

LA ORACION

EXPLICACIÓN
DEL
CATECISMO ROMANO
DE SAN PÍO V

IV

LA ORACIÓN



EDITORIAL LITURGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESTORES DE JUAN GILI
CORTES, 581.—BARCELONA
MCMXXVIII

CINCUENTA Y DOS SERMONES
SOBRE

LA ORACIÓN

POR EL RVD. PLAT
ARCIPRESTE Y CANÓNIGO HONORARIO DE BLOIS

TRADUCIDOS DE LA DÉCIMA
TERCERA EDICIÓN FRANCESA

POR EL DR. MODESTO H. VILLAESCUSA



EDITORIAL LITURGICA ESPAÑOLA, S. A.
SUCESTORES DE JUAN GILI
CORTES 581.—BARCELONA
MCMXXVIII

ES PROPIEDAD

NIHIL OBSTAT

El Censor,
AGUSTÍN MAS FOLCH, C. O.

Barcelona, 21 de Enero de 1927

IMPRIMASE

JOSÉ, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.,

Dr. Francisco M.ª Ortega de la Lorena
Canciller-Secretario

Con autorización del editor francés P. LETHIEUX

Tipografía de los editores

PRIMERA PARTE
DE LA ORACIÓN GENERAL

LA ORACION

SERMON PRIMERO

Noción verdadera de la oración

Elevese, Señor, mi corazón a ti como el humo del incienso (SAL. CXL)

Quoniam, quae divinitus tradita fuerunt, multa sunt et varia, ut nec ita facile aut animo comprehendí, aut majores nostri totam hanc salutarum memoriam teneri possint, sapientissime doctrinam in quatuor haec capita re-dactam distribuerunt : Apostolorum, symbolum, sacramenta, decalogum, dominicam orationem.

Catech. Rom.

Juiciosa observación del Catecismo Romano es que, siendo numerosas y variadas las cosas reveladas por Dios, para ayudar al espíritu a entenderlas, y a retenerlas en la memoria, redujéronlas sabiamente nuestros antiguos Padres a cuatro puntos : el Símbolo de los Apóstoles, los Sacramentos, el Decálogo y la Oración dominical.

De estas cuatro partes, que contienen toda la doctrina de la Salvación, *totam hanc salutaream doctrinam*, hemos explicado ya las tres primeras, y nos resta la cuarta, la Oración dominical. Empezamos hoy su exposición ; mejor dicho, y siguiendo también al Catecismo Romano, antes de entrar en ella directamente, tra-

taremos con detención de la oración en general. Pero deseos, como conviene serlo, de sentar un fundamento sólido en el cual podamos apoyarnos en el curso de las instrucciones, daremos en esta primera la verdadera noción de la oración.

Mas antes de empezar, a ejemplo de san Agustín, y con mejor título, nos dirigimos a Aquél que dijo: Llamad y se os abrirá, y le pedimos que abra nuestras inteligencias, la mía para que me explique bien, y la vuestra para que lo entendáis bien: *Ipse ergo aperiat et nobis et vobis, qui dignatus est ita hortari, ut diceret: pulsate et aperietur vobis*¹.

En primer lugar, no hay nadie que no sepa que la oración, considerada de un modo general, es una elevación, una ascensión del alma a Dios: *Oratio est ascensus mentis ad Deum*².

¿Pero con qué fines se eleva el alma a Dios? La cuestión es importante, por lo menos útil. ¿Será con el propósito de hacer de Dios el objeto de un estudio, a la manera de los filósofos o de los teólogos? No; uno es el cristiano que ora, y otro el filósofo o el teólogo que emprende laboriosas investigaciones sobre Dios, sobre las profundidades de su ser, sobre sus obras *ad extra*. No es posible confundirlos. Si la oración no se añade a eso, la elevación del alma hacia Dios es seguramente laudabilísima, pero es un estudio, y nada más: *Si elevationi mentis non accedat precatio, sola erit speculatio, aut studium*³. El alma que ora se eleva hasta Dios.

En primer lugar, para adorarlo, para pagarle el legítimo tributo de sus homenajes, y reconocerle como su creador y único dueño. Así lo hacía el profeta Daniel

cuando, cautivo en Babilonia, abría tres veces cada día las ventanas de su casa, se orientaba hacia Jerusalén, y cayendo de rodillas adoraba al Señor Dios de sus padres¹; o bien cuando, no menos altivo ante los hombres que humilde ante Dios, respondía a un poderoso monarca: Adoro, no a vuestros dioses, que son dioses mortales, sino a mi Dios, único que vive: *Dominiun meum adoro; quia ipse est Deus vivens; iste autem non est Deus vivens*².

En segundo lugar, para alabarle, esto es, para conferir su poder, su sabiduría, su justicia, su misericordia, su bondad, todas sus infinitas perfecciones. ¿Es otra cosa el salterio, en su mayor parte, que una oración de alabanza, ora el divino salmista bendiga al Señor en su nombre personal, exclamando: Te alabaré ¡oh Dios mío! con toda mi alma, referiré todas tus maravillas, me regocijaré en ti, y serás el único objeto de mis transportes, y cantaré la gloria de tu nombre, ¡oh tú que eres el Todopoderoso³! oro, para hacerlo con mayor magnificencia, llame en su ayuda a todos los seres creados: Vosotros, ángeles, alabad al Señor; vosotros, sol, luna, estrellas todas, luces todas que brilláis en el firmamento, alabad al Señor; vosotros, cielos de los cielos, alabadle; vosotros, grandes depósitos de la lluvia y del rocío, vosotros, abismos profundos de los mares; vosotros, fuego, nieve, hielo y vientos que suscitáis tempestades; vosotras, montañas y colinas; vosotros, árboles que lleváis frutos; vosotros, animales de los campos; vosotros, habitantes del aire, que tenéis alas, y vosotros también y sobre todo, reyes, pueblos y príncipes, y los que administran justicia, y los jóvenes, y

1. *Brev. Rom.* Hebd. iii. Quadra. Feria sext. Lect. I.
2. S. JOANN. DAMAS. ap THOM. 2. 2. q. lxxxiii, art. 1.
3. SCHRAM. t. I, p. 58.

1. DANIEL. VI, 10.
2. *Ibid.* XIV, 24.
3. PSAL. IX.

las jóvenes, y los niños, y, los viejos; alaben todos el nombre del Señor, porque sólo su nombre es grande¹.

En tercer lugar, para darle gracias. La acción de gracias forma parte de la oración. La asocia a la alabanza y la completa. En muchas partes de la Escritura es visible esta alianza, pero en ninguna tanto como en el salmo CII: Bendice, ¡oh alma mía! al Señor, y bendigan todas mis entrañas su santo nombre. Bendice al Señor, alma mía, y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios; porque él es quien perdona todas tus maldades, quien sana todas tus dolencias; quien rescata de la muerte tu vida, el que te corona de misericordias y de gracias; el que sacia con sus bienes tus deseos, para que se renueve tu juventud como la del águila.

En cuarto lugar, para solicitar sus gracias. Es la oración de petición, cualquiera que ella sea, o petición simplemente dicha, o petición con observación, o petición por insinuación. Cada una de estas formas es usada, y merece serlo. Ora una, ora otra, las hallamos casi en cada página de las Escrituras, y en cien puntos de la sagrada Liturgia. Por ejemplo: en el salmo XXVI, el divino salmista se recoge y dice: Sólo he pedido al Señor una cosa; ésta solicitaré: el que yo pueda vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida²; es una oración de petición simplemente dicha. Y si, sobre la promesa que le ha sido hecha por Dios, a saber, que nada le será negado de cuanto desee, pide Salomón esta única gracia: un corazón dócil, que le haga equitativo en todos sus juicios, y le permita discernir entre el bien y el mal³, se trata también de una oración de petición

1. Psal., cxlviii.
2. Psal., xxvi.
3. III Reg., c. iii.

simplemente dicha, *petitio, postulatio*. Pero he aquí lo que es mejor, y símpla más aprendiente; es el profeta Daniel que se dirige a Dios en estos términos: Por el honor de vuestro nombre, prestad oídos a mi oración, y no tardéis¹; o bien, y para decir las cosas más actuales, oramos tú y yo, y, a fin de dar crédito a nuestra oración al Padre, se la dirigimos por Jesucristo, su Hijo y mediador nuestro: *Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum*; o bien, invocamos cualquier motivo poderoso, tomado del mismo Hijo de Dios hecho hombre, nuestro mediador, Jesucristo; o su Natividad en Belén, o su Bautismo en el Jordán, o su Ayuno en el desierto, o su Cruz y dolorosa Pasión, o su Muerte y su Sepultura, o su Resurrección gloriosa, o su admirable Ascensión: *Per Nativitatem tuam, per Baptismum et sanctum Jejunium tuum, per Crucem et Passionem tuam, per Mortem et Sepulturam tuam, per sanctam Resurrectionem tuam, per admirabilem Ascensionem tuam, libera nos, Domine*²; es la oración con observación, es decir, la oración que toma su punto de apoyo en una cosa santa, y saca gran fuerza de esta cosa santa para conmover el corazón de Dios, e inclinarlo hacia nosotros³. En cuanto a la oración por insinuación, el capítulo XI del Evangelio de san Juan nos ofrece un ejemplo magnífico. En él se refiere toda la historia de Lázaro, de Lázaro primeramente enfermo, luego muerto, después resucitado. Cuando solamente estaba enfermo, sus dos hermanas, Marta y María, envían a decir a Jesús: Señor, el que amas está

1. DANIEL, c. ix.
2. Ex Litanis Majoribus.
3. Ad hoc pertinet obsecratio, quae est *per sacra* contestatio: sicut cum dicimus. *Per nativitatem tuam libera nos, Domine*. S. THOMAS. 2. 2. q. lxxxiii, art. 17.

enfermo. *Miserunt ergo sorores ejus ad eum, dicentes. Ecce quem amas infirmum*¹. ¿Veis el santo artificio? ¿Puede imaginarse más exquisita delicadeza, más suave insinuación? Señor, puesto que le amas, y está enfermo... con esto basta; es deciros suficientemente qué necesidad hay de vuestra presencia, y qué necesidad tenemos nosotras mismas de ella en tan gran aflicción².

Finalmente, y en quinto lugar, el alma se eleva a Dios, para ofrecerle algo en cambio de sus dones, o para ofrecerse ella misma. ¡Pero cómo! Dios se basta plenamente; de nadie necesita; infinitamente dichoso, nada puede añadirse a su felicidad. Sois un Dios, exclama el Salmista, y nada tenéis que hacer con mis bienes³. Lo mismo da. Si el alma es fiel, y está enamorada de Dios; si esta alma fiel, y enamorada de Dios, es el alma de una seráfica Teresa, o de un san Francisco de Sales, le dirá: Verdad es, Señor, que no puedo presaros el menor auxilio; pero si por un imposible, pudiese pensar que tuvieseis necesidad de algún bien, ¡ya más cesaría de desearoslo, al precio de cuanto soy, y de todo lo de este mundo. Y si, siendo lo que sois y lo que jamás podréis dejar de ser, fuera posible que recibieseis algún aumento en vuestro ser, ¡oh Dios mío, que deseo tendría de que lo obtuviésteis! Entonces ¡oh Dios eterno! quisiera que mi corazón se convirtie-

ra en deseos, y mi vida en suspiros, para deseáros ese bien¹.

Detengámonos aquí. Tenemos ya la noción completa de la oración. La oración es una elevación del alma a Dios, para adorarlo, glorificarlo, darle gracias, pedirle mercedes y pagarle, en cambio, por el don de sí mismo.

Pero ¿quiere esto decir que todas estas cosas, la adoración, la alabanza, la acción de gracias, la petición, la ofrenda, deben hallarse necesariamente en todas las oraciones?

A la verdad, se hallan todas, o casi todas, más o menos explícita o implícitamente en algunas, por ejemplo, en el *Te Deum*, en el *Gloria in excelsis*, en tal Prefacio, en tal Colecta de la Misa². Pero en rigor de doctrina, su reunión no es indispensable; cada una de ellas es una oración; la adoración por sí sola es una oración; la alabanza por sí sola es una oración; la petición por sí sola es una oración³; la ofrenda por sí sola es una oración. Añadamos también que, al nombre

1. JOANN. c. XI.

2. S. THOM. Ibid.—Est ergo insinatio haec oratio; significat necessitatem et desiderium remedi, quae efficacior est postulatione aperta, quia magis humilis, reverens et confidens. Ita Cornel. a Lap. in cap. IX JOANN.—Es también oración por insinuación el *vinum non habent* de la santísima Virgen en las bodas de Caná. Decir a Nuestro Señor que los esposos no tenían vino, era pedirle que se los procurase.

3. PSAL. XV, 2.

1. SI FRANCISCO DE SALES. *Traité de l'Amour de Dieu* Lib. V, c. VI.

2. En la Colecta de la misa del domingo de la Trinidad, encuentra S. Tomás la adoración, la acción de gracias, la simple petición y la petición en forma de observación. 2. 2. q. LXXXIII, art. 17.

3. Oratio est elevatio mentis ad Deum, qua vel bona a Deo, aut veniam delictorum petimus; vel pro acceptis beneficiis gratias illi agimus; vel eum laudamus. Notat tamen Suarez orationem posse in una ratione aliqua assignatarum partium principalium exerceri, et intendi nunc unam, nunc aliam. Immo interdum potest tota mentis aut vocis oratio, etiamsi prolata et diuturna sit, in uno tantum illorum actu occupari: quia nulla est obligatio, seu necessitas conjungendi semper omnes illos; et aliqui potest interdum major fructus, aut spiritalis devotio sentiiri vel sperari ex continuatione unius actus quam ex variatione plurium, et ideo, tunc quiescendum est potius in uno actu, quam multiplicitas affectanda. SCHRAM. *Institutiones theologicae mysticae*, t. I, p. 59.

de oración, no se revela en nuestro espíritu, por lo menos de ordinario, ni la idea de adoración, ni la de alabanza, ni la de gratitud por los beneficios recibidos, sino la de petición. En el estado presente de las cosas, orar es pedir; ante todas cosas, la oración es una petición, *petitio*. Decimos en el estado presente de las cosas, esto es, en el estado, que es el nuestro, de naturaleza caída; porque si el hombre se hubiese mantenido en el estado de naturaleza íntegra, las cosas ocurrieran de otro modo, es decir, hubiera prevalecido la adoración, o la alabanza, o la acción de gracias. En el Paraíso terrenal, dice san Agustín. Adán ni gritaba, ni gemía; tan solamente glorificaba: *In Paradiso non clamabat non gemit, sed laudabat*... Pero ya no estamos en aquella situación, sino que, indigentes, como hemos merecido serlo, repletos de miserias, sujetos a mil males, la petición es lo que principalmente hacemos, la petición en todas sus formas, *petitio, postulatio, observatio, deprecatio*, que sale de nuestros labios; la acción de gracias viene después, si es que viene, pues con mucha frecuencia falta. Y si esta corta digresión no está fuera de propósito, acordaos, acordaos, con un pequeño esfuerzo de memoria, del Evangelio que la Iglesia nos hace leer, el décimotercio domingo después de Pentecostés. Cierta día en que Nuestro Señor entraba en una aldea, salieronle al encuentro diez leprosos, manteniéndose a distancia, como ordenaba la ley, pero elevando la voz dijeron: Jesús, maestro, ten piedad de nosotros: *Jesu, praeceptor, miserere nostri*. He ahí, en efecto, la oración de petición, con su cualidad esencial, la humildad. Jesús les dijo: Id y presentaos a los sacerdotes para que legalmente se compruebe vuestra curación. Y cuando iban, quedaron curados. Uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio,

volvió atrás, glorificando a Dios a grandes voces, y postrándose a los pies de Jesús, díjole gracias. Este era un samaritano, es decir, un extranjero. Entonces dijo Jesús: ¿Pues qué, no son diez los curados? ¿Dónde están los otros nueve? *Nonne decem mundati sunt? Et novem ubi sunt?* Los otros nueve se habían dispensado de la obligación rigurosa, de la gratitud; tan importunos, dice san Bernardo comentando este pasaje, son los hombres, tan inquietos hasta que han recibido, y tan ingratos cuando han recibido, con relación a Dios: *Importunum ut accipiant, inquietum donec acciperint, ubi acciperint ingrati*. Parecería, dice otro comentarista, que los divinos favores caen en un sepulcro profundo y silencioso.²

No incurramos en semejante censura. Desde hoy querremos dar gracias al Señor. Sí ¡oh Dios mío! bendito seáis. Vuestra gracia es la que nos hace concebir el designio de explicar a estos queridos fieles el gran deber de la oración. Vuestra gracia es también la que acaba de darnos la noción verdadera y exacta de la oración. Haced que esta misma gracia nos acompañe y nos ayude en todo este curso de instrucciones, para que sea más provechoso, a vuestra gloria que al bien espiritual de nuestras almas.

1. Luc, c. xvii.

2. Apud Filium, in hunc locum.

LA ORACION

SERMON SEGUNDO

Necesidad de la Oración

Hay que orar siempre (Luc., XVIII, 1)

Primum igitur docendum est quam sit oratio necessaria; cuius praeceptum non solum consilii causa traditum est, sed etiam necessarii iussi vim habet, quod a Christo Domino declaratum est illis verbis: Oportet semper orare.

Catech. Rom.

Dice el Catecismo Romano: Como apenas hay deber más importante para los fieles que el de orar, y como, por su parte, sería un error muy perjudicial a su salvación pensar que la oración es simplemente facultativa, esto es, únicamente aconsejada, queda al cuidado de los pastores, si existe este error, corregirlo e instruir sobre la necesidad de la oración a los que están confiados a su solicitud. Esto es lo que nos proponemos en la presente instrucción. Dios nos ayude con su gracia.

Empezando por lo que es más fácil de afirmar, diremos que la oración es necesaria con necesidad de precepto.

Este precepto fué formulado por Jesucristo en los

terminos más claros y precisos. Imposible equivocarse sobre este punto. En el Evangelio de san Juan, dice: Pedid y recibiréis: *Petite et accipietis*¹. En el Evangelio de san Mateo: Velad y orad: *Vigilate et orate*². En el capítulo XVIII de san Lucas: Hay que orar siempre, y no cesar jamás de orar: *Oportet semper orare, et nunquam deficere*³. Es decir, repitiendo las palabras del Catecismo Romano, que la oración no es únicamente un consejo que uno pueda seguir, o no seguir, una invitación a la cual sea potestativo corresponder o no, sino una necesidad, una obligación real, un verdadero deber resultante de una orden expresa: *Praeceptum orationis non solum consilii causa traditum est, sed etiam necessarii iussi vim habet*.

Jesucristo confirmó con su ejemplo este precepto. Desde Belén, y para ser más exactos, desde el primer instante de su concepción santísima, cuando ya su alma bienaventurada gozaba de todas sus facultades, hasta el Calvario, en la Cruz, no cesó jamás de orar Nuestro Señor. Sus otros actos, como con tanta exactitud se ha dicho⁴, veíanse forzosamente interrumpidos: no siempre podía instruir a la multitud, ni sostener sin cesar conversaciones como aquellas con las cuales favoreció a Nicodemo o a la Samaritana; no podía continuamente obrar milagros, hacer obras de misericordia, discutir con sus adversarios, verse expuesto a sus persecuciones, porque, por encarnizadas que fuesen, estas persecuciones eran intermitentes. Pero en cuanto a la oración, no la interrumpía jamás. De día, de noche, en la soledad como en público, en el lago como

1. JOANN., XVI, 24.
2. MATH., XVIII, 41.
3. LUC., XVIII, 1.
4. P. COLERIDGE, Sermón de la montaña.

en tierra firme, en el reposo como en el viaje, oraba siempre. ¿Para qué? Para inculcarnos mejor su precepto, y asegurarle con su ejemplo una nueva fuerza que se añadiera a la que tenía ya de sus palabras.

Finalmente, los Apóstoles, órganos autorizados del Maestro reiteraron y promulgaron de nuevo este precepto. ¿Cuántas veces y en qué términos? Sería preciso leer todos sus escritos. Conducidos con prudencia, dice san Pedro, y sed vigilantes en la oración: *Estote prudentes, et vigilate in orationibus*¹. Lo mismo dice san Pablo en su Epístola a los Romanos: *Estote orationibus instantes*². Y a los Efesios: Dirigid a Dios en todo tiempo, y del fondo de vuestro corazón, toda suerte de oraciones y de súplicas: *Per omnem orationem et obsecrationem orantes omni tempore in spiritu*³. Y a los Filipenses: Nada os inquiete, pero en cualquier situación que os encontréis, ofreced a Dios vuestros deberes, vuestras súplicas y acciones de gracias: *Nihil solliciti sitis, sed in omni oratione et obsecratione cum gratiarum actione, petitiones vestrae innotescant apud Deum*⁴. Lo mismo recomienda a los Colosenses⁵, y a los Tesalonicenses, a los cuales escribe: Orad sin descansar; dad gracias a Dios en todas las cosas, porque tal es la voluntad de Dios en Jesucristo con relación a todos vosotros: *Sine intermissione orate: in omnibus gratias agite: haec enim voluntas Dei, in Christo Jesu, in omnibus vobis*⁶.

No insistamos. La oración es necesaria con necesidad de precepto. Pero ¿sólo por este título? Mejor dicho,

1. I PERR., IV, 7.
2. ROM., XII, 12.
3. EPH., VI, 18.
4. PHILIPP., IV, 6.
5. COLOSS., IV, 4.
6. I THESS., V, 17 y 18.

para ser más claros todavía: ¿Por qué Jesucristo hizo de la oración una obligación, un deber, una ley?

Esta pregunta, respetuosa, sin duda alguna, en la forma, ¿no carece de razón de ser en el fondo? En efecto, no es posible olvidar lo que hemos dicho, y suicientemente explicado, en la instrucción precedente, esto es, que la oración es una elevación de nuestra alma hacia Dios, para adorarle, alabarle, darle gracias, sollicitar sus dones y ofrecerle, en cambio, nuestras personas o nuestros bienes; cosas todas, adoración, alabanza, acción de gracias, petición, ofrenda, que pertenecen a la virtud de la religión, que son de la esencia misma de la virtud de la religión, sin las cuales, en efecto, la virtud de la religión ni siquiera podría concebirse; de aquí que santo Tomás deduzca que la oración es propia y excelentemente un acto de religión: *unde manifestum est quod oratio est propria religionis actus*¹... Después de lo dicho, ¿quién se asombrará de que Dios haya hecho de la oración un precepto? Lo único asombroso en esta materia sería que no hubiese precepto alguno.

Además, y entendiendo la oración, no como la hemos entendido hasta aquí, en su sentido más amplio sino como la entendermeos en adelante, si no siempre por lo menos con frecuencia, en sentido restringido, es decir, como petición, súplica, demanda de auxilio, *petitio, postulatio*, ¿no valdría más, pero mucho más, dar gracias a Nuestro Señor por haber hecho un deber de la oración, que inquirir, aun humildemente, las razones por las cuales lo hizo? ¡Cuán grande es nuestra indigencia! ¡Cuán numerosas y extensas nuestras necesidades tanto del cuerpo como del alma! No habemos más que de las necesidades del alma, y si

1. 2. 2. q. lxxxiii, art. 3.

nuestra experiencia personal no hasta, aunque tenga que sufrir plenamente, escuchemos testigos irrecusables.

Ora es el inspirado salmista David, quién pide a Dios que ilumine su espíritu, porque, de lo contrario, en vez de guardar su ley santa, como se propone hacer, lo de todo corazón, ni siquiera la conocería: *Domine, da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam, et custodiam illum in toto corde meo*¹.

Ora es el más sabio de los reyes, Salomón, quién declara, a la faz de sus contemporáneos, y para que sirva de enseñanza a los siglos venideros, que no podrá ser continente, es decir, puro de espíritu, de corazón y de cuerpo, si Dios no le ayuda con su gracia: *Et ut scivi quoniam aliter non possem esse continens nisi Deus det... adit Dominum et deprecatus sum illum*².

Y la Iglesia, ¿qué es lo que enseña por boca de sus Doctores más autorizados, por las decisiones más solemnes de sus Concilios, por las sentencias de condenación de sus Pontífices contra proposiciones falsas y erróneas? La Iglesia enseña que si, por nosotros mismos y por nuestras propias fuerzas, podemos observar algunos puntos de la ley, evitar ciertos pecados y resistir algunas tentaciones, no podemos, sin el auxilio de lo alto, observar toda la ley, evitar todos los pecados, resistir todas las tentaciones. ¿No hay, al decir de Nuestro Señor, tal género de demonios que no cedan más que al empleo de ciertos medios determinados, proporcionados por la gracia, pues los malos humanos son impotentes para producir este efecto? La Iglesia enseña que si, por nosotros mismos y

1. Psal. XVIII, v. 115.
2. Sap., VII, 21.
3. Mathe., XVII, 21.

por nuestras propias fuerzas, podemos ejecutar actos buenos con bondad natural, no podemos ejecutar ningún, sin el auxilio de lo alto, que sea meritorio para la vida eterna. Esto es rigurosamente cierto; su doctrina está basada en estas palabras de Jesucristo: Sin mí, nada podéis por vuestra salvación; oído bien; nada, en el sentido más riguroso de la palabra; nada, ni llegar a tan venturoso término, ni siquiera comenzar a trabajar en él, ni tan sólo desearlo, ni aun pensar en él: *sine me nihil potestis facere*¹. La razón de ello es fácil, por otra parte, de apreciarla. Es una verdad de buen sentido que las cosas deben ser del mismo orden que el fin al cual se refieren. Ahora bien, como el fin es aquí sobrenatural, los medios para conseguirlo deben ser de la misma condición, esto es, sobrenaturales. Finalmente, la Iglesia enseña que, no menos que la fe, que es el principio de la justificación, la perseverancia final, que la acaba y sella, depende enteramente de la gracia. Sin duda que podemos y debemos esperar esta perseverancia final, pero no podemos ni debemos prométnosla, ni creernos con derecho a poseerla sin una revelación particular de Dios². Es un don absolutamente gratuito, es un puro efecto de la generosidad enteramente espontánea de Dios. En tanto, dice san Agustín, estamos seguros de que Dios nos prepara una recompensa eterna, con tal que perseveremos, en cuanto no sabemos si perseveramos: *Licet Sancti de suae perseverantiae praemio certi sint, de ipsa tamen perseverantia sua reperiuntur incerti*³.

¿Qué más? Estamos ahora en condiciones para de-

1. Joann., XV, 5.
2. Conc. Trid., sess. VI.
3. De Civit. Lib. XI, c. XII.

ORACIÓN - 2

mostrar que la oración es necesaria, no ya solamente con necesidad de precepto, sino también, y a esta conclusión queríamos llegar, con necesidad de medio. ¿Cómo? ¿Por qué razón? Por la razón de que, habiéndose comprometido Dios con promesa formal, como se demuestra por estas palabras de Jesucristo que leemos en el capítulo XVI de san Juan: *En ver Paidre en mi nombre, os lo concederé*—¿y qué más puede ser este algo sino la salvación eterna del alma?—por la razón, repetimos, de que, habiéndose comprometido Dios con promesa formal a concedernos todas las gracias necesarias para la salvación, pero a condición y con dependencia de la oración, es decir, con tal que se las pidamos; por una regla contraria, mas enteramente equitativa, si no se las pedimos, no nos las concederá, y entonces, reducidos a nosotros mismos, faltos de recursos, sucumbiremos y pereceremos; sucumbiremos y pereceremos por nuestra falta, porque de nosotros depende que oremos, y, por consiguiente, que no sucumbamos, que no perezamos. Así, pues, seguros de que estamos en lo cierto, repetimos que la oración es necesaria, no únicamente con necesidad de precepto, sino también, sobre todo si se trata de gracias que se refieren más directamente a la salvación¹, con necesidad de medio, es decir, con una necesidad tal que, si falta la oración, faltará la gracia, y faltando la gracia, perecerá el alma, cuando tan fácil le sería salvarse².

1. Si se trata, decimos, de gracias que se refieren más directamente a la salvación... pues si se trata de gracias menores, de orden inferior, o más distanciadas relativamente, de la salvación, no negamos que Dios no las concede a veces sin que le sean pedidas.

2. Voir GURY, t. I, n. 259.—SCHRAM, *Institutiones theologiae mysticae*, t. I, p. 61.—Sobre todo el Concilio de Trento, que se expresa en estos términos: *Nullum credimus ad salutem*,

Queda hecha la demostración ¡oh Dios mío! Mas ¿puedo ignorar que, si no añadís crédito y favor a mi indigente palabra, no será más que un bronce que vibra, un címbalo que resuena? Haced, Señor, que llegue a comprender la necesidad de la oración; concedéme esta gracia, la cual no sería ciertamente, la menor de las gracias, pues prepararía todas las demás... Aquel al cual engendrásteis de toda eternidad, y se hizo hombre en el tiempo, vuestro Hijo único y Señor Nuestro, Jesucristo, es la vida. El mismo lo dijo: *Yo soy la vida*¹. Ir a Jesús, es ir a la vida. El mayor de los bienes que podemos conseguir, consiste en ir a Jesús, nuestra vida. Mas, por nosotros mismos, y reducidos a nuestras propias fuerzas, ¿lo podemos? Ninguno va, si no es atraído. Vos ¡oh Padre! atraéis a él: *Nemo potest venire ad me nisi Pater meus traherit eum*². Atraednos ¡oh Padre!, os lo pedimos, atraednos a Jesús. Uno de vuestros servidores que más ha penetrado en los misterios de vuestra gracia, nos ha enseñado que la oración es todopoderosa para lograr que seamos atraídos: *Non traheris? ora ut traharis*³. Atraednos, atraednos, a fin de que, unidos e incorporados a Jesús, vayamos a Vos por medio de él. Porque es tal la economía de la salvación, en la cual queréis que la oración tenga tanta parte, que la gracia del Padre nos atrae al Hijo, y que, por mediación del Hijo, tenemos acceso al Padre, ahora y por los siglos de los siglos⁴.

nisi Deo invocante, pervenire; nullum invitatum, nisi Deo auxiliante, salutem operari: nullum, nisi orantem, auxilium promereri. Creemos que nadie consigue la salvación sino a invitación y por llamamiento que Dios le hace; que nadie, aun invitado y llamado, consigue su salvación sin el auxilio de Dios, y que nadie obtiene de Dios este auxilio sino mediante la oración.

1. JOANN., XIV, 6.—2. *Ibid.*, VI, 44.—3. S. AUGUST., tract. 26, tit. JOANN.—4. EPH., II, 18.

LA ORACION

SERMON TERCERO

Objeciones y respuestas

Nuestra providencia, oh Padre, lo gobierna todo
(SAB., XIV, 3)

Quamvis secundarum causarum efficientiam non impedit Deus, praevenit tamen cum eius occultissima vis ad singula pertineat.

Catech. Rom.

Lo que las dos primeras instrucciones nos han enseñado acerca de la verdadera noción de la oración y de su necesidad como medio de salvación, bastaría ya para que encontráramos muy exacta la siguiente comparación de san Juan Crisóstomo, que cito a la letra: Quien dijera que las oraciones son los nervios del alma, anunciaría, a mi entender, una cosa enteramente verdadera. Porque así como el cuerpo debe a los nervios su cohesión, el movimiento, la vida, la fuerza para mantenerse en pie, la unidad, de suerte que si cortaseis los nervios, destruiríais toda la armonía del cuerpo; así también el alma debe a la oración la constancia, la paz interior, la facilidad de ser fiel a todos los deberes de la piedad. Suprimir la oración, es quitar su vida al alma!... Mas si estas hermosas palabras del gran

1. Citado por Luis de Granada, t. IV de los *Sermones*.

Doctor hallan eco en muchos espíritus, otros, bajo el imperio de prejuicios enojosos, las rechazan, y procuran envilecer la oración, estimándola como cosa vana, sin utilidad para el hombre que la hace, sin dignidad para Dios, a quien va dirigida, no teniendo, por último, razón alguna de ser, a fin de anular con mayor seguridad su práctica. ¿Qué conviene responderles? Tal será el objeto de esta instrucción. Dios nos ayude con su gracia.

Según santo Tomás de Aquino, tres especies de personas en los tiempos antiguos formularon objeciones contra la oración: *Triplex fuit circa orationem antiquorum error*¹. Si no en los términos, por lo menos en el fondo, el error es el mismo, y hoy como entonces, se sacan objeciones contra la oración, bien de la omnisciencia de Dios, bien de la munificencia de Dios, bien de la inmutabilidad de Dios en sus destinos. Examinemos estas tres cosas.

De la omnisciencia de Dios. Se dice: ¿Es, pues, tan necesaria la oración? Si se tratase de alguien que ignorase nuestras necesidades, santo y bueno; pero Dios, que las conoce a fondo; Dios, de quien el mismo Jesucristo dijo: *Scit enim Pater vester quid opus sit vobis antequam petatis eum*². Aun antes de que lo pidáis, vuestro Padre celestial sabe perfectamente lo que necesitáis... ¿No es, pues, si no inconveniente, por lo menos enteramente inútil la oración?

Respuesta: Si, sin duda alguna, Dios es omnisciente, lo conoce todo, lo sabe todo, no hay un pliegue, ni un repliegue de vuestro ser en que no lea él corrientemente. Según esta hermosa expresión del Rey

1. S. THOMAS.—Toda esta instrucción no es más que traducción y desarrollo del artículo 2, quæst. lxxx, pars 2. 2.

2. *Matth.*, vi, 8.

profeta en su salmo IX, oye hasta la preparación del corazón: *Præparationem cordis eorum audivit auris tua*¹, es decir, antes que el corazón haya hablado, sabe Dios ya lo que va a decir. Por eso, si le pedimos, y cuando le pedimos, no es para instruirle y darle a conocer algo nuevo. No somos narradores, sino suplicantes, según la frase de san Jerónimo; *non narratores, sed rogatores*². Le rogamos, dice san Juan Crisóstomo, no porque ignore nada, sino para inclinarlo, a fin de podamos hablarle con más facilidad, y para humillarnos también, y recordarnos nuestras faltas: *Non enim doces, sed ut inflectas; ut supplicationis frequentia illi familiaris evadas; ut humilioris et peccatorum tuorum, recorderis*³. Le rogamos, porque, como dice san Agustín, aun cuando sabe ya, y mejor que nosotros mismos, lo que nos falta, la oración serena a nuestra alma, la hace más pura, más apta para recibir las gracias que se reserva para colmarla de ellas: *Quæri potest quid opus sit ipsa oratione, si Deus jam novit quid nobis necessarium sit, nisi quia oratio nostrum serenat et purgat, capaciusque efficit ad capessendam divinam munera quæ spiritaliter nobis infunduntur*⁴. Finalmente, le rogamos, como dice el docto Bourdaloue, siguiendo a san Jerónimo, a quien comenta, porque, aunque conoce por sí mismo nuestras necesidades, y puede proveer a ellas sin nosotros, quiere ser determinado y ligado por nosotros; esto es, quiere ser excitado con nuestras oraciones a concedernos los auxilios que nos tiene destinados; quiere que nuestras oraciones sean el resorte que mueva su misericordia y

1. *Psalm* IX, 17.
2. Cat. aut. in *MATTH.* cap. VI.
3. In *MATTH.* Homil. 19.
4. Sermo. Domini in monte.

la haga obrar. ¿No es dueño de sus bienes? Y, en esta condición de dueño, ¿a quién, sino a él, corresponde concedérmolos, y disponer de ellos en las condiciones que les plazca. Ahora bien, plégole que la oración fuera una de estas condiciones, y aun la principal, y que entrase en el pacto que ha hecho con nosotros como nuestro Dios, diciéndonos: Pedid y recibiréis: *petite et accipietis*¹... ¿Qué os parecen estas autoridades? ¿No os parece que agotan el asunto en cuanto a su primera parte?

De la munificencia de Dios. Se dice: ¿No es Dios el más liberal de todos los seres? ¿No consiste precisamente la liberalidad en poner los beneficios al más bajo precio posible? Dice un sabio: Un beneficio es siempre demasiado caro, si no se obtiene más que a fuerza de oraciones, y como por violencia: *Nulla res carius emitur quam quæ precibus empta est*².

Respuesta: Nadie niega que Dios es el más liberal de los seres; hasta aquí tiene razón la objeción. En efecto, ¿qué poseemos que no lo hayamos recibido, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia? Lo hemos dicho ya en otra parte, con cierta extensión⁴, y por eso sólo en resumen lo repetiremos aquí: Sí, sin duda alguna, la creación fué, por parte de Dios, una obra de poder: dijo, o aun sin decirlo, simplemente quiso, y todo fué hecho, en el cielo, en la tierra, en el mar, en el fondo de los abismos: *Omnia quæcumque voluit, Dominus fecit, in coelo, in terra, in mare, et in omnibus abyssis*⁵. Sí, y con no menos evidencia, la creación fué, por parte de Dios, una

1. *Dominicales* t. II.
2. SENECA, ap. S. Thomas 2. 2. q. lxxxiii, art. 2
3. I *Cor.*, IV, 7.
4. Véanse nuestros Sermones sobre el Símbolo, sermón 6.º
5. *Psalm*. cxxxiv.

obra de sabiduría, una obra muy bien concebida, muy bien ligada en todas sus partes, como de ella dan testimonio estas palabras, que Dios dispuso todas las cosas con peso, número y medida: *Omnia in mensura, et numero, et pondere dispositus Deus*¹. Pero sobre todo, y anteriormente a todo, sirviéndome de una expresión impropia, ya que en Dios no hay ni antes ni después, la creación fué una obra de bondad. Dios creó porque quiso que hubiese seres a los cuales pudiese hacer bien. No son estas palabras aisladas, sin base ni fundamento, pues las encontraréis en un Padre antiguo: *Plus movetur propter suam munificentiam*: Dios creó para responder a una necesidad de munificencia; y las volveréis a encontrar en la pluma del doctor Angélico: *Divina bonitas est finis rerum omnium*: La bondad divina es la razón de ser de todas las cosas; y también: *Deus ipse solus est maxime liberalis, quia non agit propter suam utilitatem, sed solum propter suam bonitatem*²: El más grande liberal, y el único que lo es de veras, es Dios, porque no obra más que por bondad, y jamás por sacar ventaja alguna.

Pero escuchad: Por liberal que sea Dios, no lo es hasta el punto de hacer orgullosos e ingratos: orgullosos que creerían que todo se les debe, y recibirían sus beneficios con la fría actitud de un acreedor; ingratos... ¡ah! ya lo somos, y en grado elevadísimo. Veámoslo un poco; por ejemplo: ese aire que respiramos, verdadero alimento de la vida como decían los antiguos, *aer pabulum vitae*; ese sol que alumbraba nuestros días; ese astro menor y más silencioso que nos incita al descanso de la noche; esas estaciones que se suceden,

1. SAPIENT. C. XI.
2. S. THOMAS, I. q. XLIV, art. 4.

esos árboles que crecen, esos frutos que maduran, todas esas cosas y otras cien más, que Dios nos concede, por lo general, merced a un efecto enteramente espontáneo de su bondad, es decir, sin que se las pidamos, ¿en dónde están los que las agradecen, ni siquiera los que en ellas piensan²... Por eso, dice santo Tomás, cuya doctrina seguiremos hasta el fin, Dios, por liberal que sea, no queriendo serlo más que en la medida en que conviene que lo sea, reservase, para concederlo tan sólo a la oración, cierto número, cierto orden de cosas, para que, reconociendo a la vez nuestra dependencia y por su bondad, no fuéramos ni orgullosos, ni ingratos: *Deus nobis multa praestat ex sua liberalitate, etiam non petita; sed quod aliqua vult praestare nobis petentibus, hoc est propter nostram utilitatem, ut scilicet quandoque fiduciam accipiamus, recurrendi ad Deum, et ut recognoscamus eum esse bonorum nostrorum auctorem*¹. El texto es largo, pero ¡cuán exacto es el pensamiento que expresa!

De la inmutabilidad de Dios en sus destinos. Se dice: Dios es inmutable; lo que ordenó de toda eternidad para que se cumpliera en el tiempo venidero, se cumple indefectiblemente. ¿Por qué, pues, orar? ¿Por qué pedirle que tome disposiciones diferentes de las que decretó? ¿Por ventura queremos hacerle a nuestra imagen, variable y mutable, como nosotros mismos?

Respuesta: Sí, nada tan verdadero: Dios es inmutable, Dios no cambia, lo dice él mismo: *Ego Dominus, et non mutor*². Esta inmutabilidad le corresponde por su propia naturaleza; le es tan esencial como sus otras perfecciones. El día en que ya no quisiera lo que precedentemente había querido, o no hiciera, llegado el

1. S. THOMAS, 2. 2. q. LXXXIII, art. 2.
2. MALAC. III, 6.

tiempo, lo que había determinado hacer, decaería. Si no es, no ya en Israel, sino en el mundo entero, ese triunfador dueño absoluto de sus voluntades, e incapaz de separarse de ellas, nada tiene que le distinga de los hombres, no es más que un hombre: *Triumphator in Israel non parcat, et poenitudine non flectetur; neque enim homo est ut agat poenitentiam*¹.

Sí, Dios es eterno, y de toda eternidad lo ha ordenado todo, lo ha reglamentado todo, lo ha dispuesto todo, lo ha previsto todo; pero apresurémonos a añadir: En cuanto a nosotros se refiere, seres inteligentes y libres como somos, lo reglamentó, ordenó, dispuso y previo todo de conformidad con el uso, igualmente previsto de toda eternidad, que hicéramos de nuestra libertad. ¿Me he explicado? De lo contrario, vendrán ejemplos en nuestro auxilio. Por ejemplo: Dios sabe de toda eternidad que tomaréis o no tal remedio, y que, según que lo toméis, o que no lo toméis, recobraréis la salud, o moriréis. Otro ejemplo: Dios sabe de toda eternidad que sembraréis ese campo, o lo dejaréis yermo, y que según lo que hagáis, producirá o no producirá frutos.

¿Habéis entendido? Estamos a punto de resolver la dificultad; mejor dicho, está ya resuelta. Como los que hacen objeciones, y no menos alto que ellos, decimos también nosotros: Sí, Dios todo lo previó y dispuso desde el seno de toda eternidad, y nada de esta predeterminación absoluta puede ser cambiado. Pero en vez de la conclusión que sacan de estas premisas, conclusión ilegítima, sacamos nosotros otra, que es la legítima, la única verdadera, esto es, que Dios, ha-

1. Reg. xv, 29.—Si dicitur: *Poenituit Eum* Gen. c. vi. Ita loquitur Scriptura per anthropopathiam. *Poenituit enim: id est, irascens et indignans peccatis hominum.*

biéndonos visto de toda eternidad en su ciencia infinita, nuestras súplicas, futuras para nosotros, eran ya presentes para él, y que, cuando las atiende en el tiempo, cuando hace concurrir a este efecto ciertas circunstancias, ciertos acontecimientos, en vez de romper el orden de sus eternos designios, no hace más que desenvolverlo, y nosotros no hacemos más que llenar la condición a la cual había unido sus dones: *Non enim ad hoc oramus ut divinam dispositionem immutemus, sed ut id impetremus quod nobis Deus omnipotens ante saecula disposuit donare*¹.

No insistamos. En esta materia, hay un observador perspicaz, más autorizado que el mejor de los teólogos, aun que el mismo santo Tomás. Ese observador es el mundo entero. Mientras que un Epicuro, un Zenón, o cualquier otro, ideaban no sin esfuerzo, sus objeciones contra la oración, el mundo entero oraba; se oraba mal, convengo en ello; oraban los paganos a quien no podía escucharlos, pero oraban. El inexorable destino sólo gozaba de crédito, entre poetas y sofistas. Lo mismo ocurre hoy en día: mientras que algunos filósofos, o que pasan por tales, reproducen, rejuveneciéndolos algo, los argumentos de antes, a despecho de estos argumentos, cristianos, judíos, mahometanos, budistas, todo el mundo ora; siempre se oró, y siempre se orará; en lo más profundo de la naturaleza humana, y, si puedo hablar así, formando cuerpo con ella, hay un instinto invencible, indesarraigable, a prueba de todas las sutilezas, de todas las argucias de la falsaciencia, el instinto de la oración².

1. S. TOME, 2. 2. q. xxxiii, art. 2.

2. La oración nunca fué inventada; nació del primer suspiro, de la primera alegría, de la primera pena del corazón humano; mejor dicho, el hombre no nació más que para orar. LAMARTINE, *Voyage en Orient*.

Así, pues, ¿con quién nos uniremos? ¿Con los que no oran?—¿Estáis bien seguros de que no oran? ¿no es lícito dudar de ello? ¿Con lo que oran?... Formamos con los que oran, que es todo el mundo. Sí ¡oh Dios mío! Formamos con los que os adoran y os aman, con los que os alaban y bendicen, con los que os dan gracias en la prosperidad, o imploran vuestra asistencia en la aflicción. Acomódense los soñistas a un ser, que llaman Dios, pero al que niegan casi todas las prerrogativas de la divinidad; nuestro Dios es un Padre que todo lo sabe, que todo lo ve, que todo lo puede, y quiere todo lo que puede, si lo que puede ha de redundar en nuestro bien.

1. Refiere la historia de Volney, filósofo impío del siglo XVIII, viéndose asaltado por una *tempestad* violentísima en las costas de Baltimore, y hallándose en peligro de muerte, se puso a rezar *Avenurias* con fervor edificante. Pasada la tormenta, preguntóle con tono socarrón uno de los pasajeros: ¿Qué hacías hace un momento?—Uno es filósofo en su pabnete—contestóle con alguna confusión,—pero no lo es en una tempestad (*Le culte de la sainte Vierge*, por ECKON, p. 383)

LA ORACION

SERMON CUARTO

Eficacia de la oración

Pedid y recibid (JOANN., XVI, 24)

Cuius orandi munus tanta utilitas,
ut ea re coelestium donorum amplitudi-
nem consequamur.

Catech. Rom.

De estos dos puntos de doctrina, sólidamente sentados, así lo creemos, en las precedentes instrucciones, a saber, que la oración es necesaria no solamente con necesidad de precepto, sino también con necesidad de medio; y que contra el deber que tenemos de orar, ninguna objeción puede prevalecer; de estos dos puntos de doctrina, fácil es deducir la eficacia de la oración. En efecto, ¿cómo sería necesaria la oración, y verdadero deber el deber de recurrir a ella, si no nos produjera alguna utilidad, alguna ventaja? La oración es, pues, eficaz. Pero nos parece que no es suficiente llegar a esta conclusión, *ex obliquo*, únicamente por vía de consecuencia, sino que hay algo más y mejor que hacer; hay que hacer una demostración amplia y directa de la eficacia de la oración; tal será el asunto de la instrucción de hoy. Dios nos ayude con su gracia.

Para el que conoce las sagradas Escrituras o, sin

conocerlas a fondo, quiere tan sólo recorrerlas, la eficacia de la oración está exenta de toda duda. Los textos abundan, y los hechos confirman los textos.

Los textos abundan. En el salmo XLIX: Invocadme en el día de la tribulación, dice el Señor, y os libraré, y me honraréis, es decir, sacaré honor de vuestra libertad: *Invoca me in die tribulationis, eruate, et honorificabis me*¹. En el capítulo LXV de Isaías: Aun antes que griten, dice el Señor, los escucharé; apenas habrán acabado de hablar cuando ya habré accedido a su oración: *Erriquet, antequam clament, ego exaudiam; adhuc illas loquentibus ego audiam*². Lo mismo leemos en el Evangelio: Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá: *Petite et accipietis, quaerite et invenietis, pulsate et aperietur vobis*³. ¿Podrían los Apóstoles hablar de modo distinto que el Maestro? Escribe san Pablo: Dios tiene suficiente poder para hacer infinitamente más que todo lo que nosotros pedimos, aun más de lo que podemos imaginar: *Potens est Deus omnia facere superabundanter quam petimus, aut intelligimus*⁴. Y Santiago: Mas si alguno tiene falta de sabiduría—y lo mismo puede decirse de todos los demás bienes—pídasela a Dios, que a todos da copiosamente, y no zahiere a nadie, y le será concedido: *Si quis autem vestrum indiget sapientia postulet a Deo qui dat omnibus affluenter, et non improperat et dabitur ei*⁵.

Los hechos confirman los textos. En otros tiempos hubieran podido omitirse, a ejemplo del Catecismo Romano, y por las mismas razones, esto es, porque

1. Psal., XLIX, 15.
2. Isa., LXV, 24.
3. MATTH., VII, 7, 8.
4. Eph., III, 20.
5. JACOB, I, 5.

en extremo numerosos, y porque entonces todo mundo los sabía de memoria¹; pero hoy en día, podríamos proceder así? Hoy que la *Historia Sagrada* y aun el *Evangelio* son desterrados de la escuela, y no ocupan más que un lugar reducido en los libros de familia, citemos por lo menos los principales: Ora Moisés, y hace violencia al Señor; arranca el rayo de sus manos². Ora Josué, y a su petición detiénese el sol, y prolongándose el día algunas horas, el hombre de Dios acaba su victoria comenzada³. Ora Daniel, y los leones dispuestos a devorarlo, respetan su vida; un ángel les ha cerrado la boca⁴. Ora Judit, y un formidable ejército es derrotado⁵. Ora Elías y Eliseo, y, según la necesidad, o bien el fuego desciende del cielo, o bien lluvias fertilizantes riegan la tierra; o bien son curados los enfermos, o bien resucitan los muertos⁶. Ora Salomón, pide la sabiduría, y Dios colma sus deseos, y aun los supera⁷. El santo rey Ezequías, que va a morir, y Manasés en su calabozo, gritan al Señor: a éste le son perdonados sus pecados, a aquél le es devuelta la salud, y se prolongan sus días por quince años⁸. Antes de entablar la batalla, Judas Macabeo y sus soldados oran, *invocato Domino per orationes congressi sunt*; trabada la batalla, mientras combate la mano, el corazón sigue orando, *manu quidem pugnantes, sed Dominum cordibus orantes*:

1. Exempla autem eorum qui Deum exoraverunt, quia perpetuum sunt, et infinita, et posita ante oculos, omittimus. *Cat. Rom.*
2. ExOD., c. XXXII.
3. Jos., c. x.
4. DAN., c. vi.
5. JUDITH., xv, xvi.
6. III et IV Reg. passim.
7. *Ibid.*, c. iii.
8. IV Reg., II. Paralip., xxxiii.

la victoria es magnífica; tres mil israelitas destrozan un ejército de treinta y cinco mil enemigos¹... Y si del Antiguo Testamento pasamos al Nuevo, no sería posible decirlo todo en detalle. De los innumerables milagros que se relatan en él, quizás no hay uno solo que no sea debido a la oración. Esos ciegos, esos paralíticos, esos sordos, esos mudos, esos leprosos; ese publicano que es justificado en el momento mismo en que hiere el pecho orando; esa cananea, que no pide más que migajas y obtiene diez veces más; esos esposos que ven sus mequinas provisiones convertirse en la abundancia, en la hora precisa en que va a notarse la falta y a cubrirlos de confusión; esas dos hermanas Marta y María, cuyo hermano acababa de morir; ese Jairo, jefe de una sinagoga; ese Centurión, que corre a Jesús y cae a sus pies; ese ladrón en la cruz²; esos Apóstoles en el Cenáculo; ese Cornelio, primer convertido de la gentilidad³... oran, u oraron por ellos, y el milagro fué un hecho. ¡Oh plegaria, cuán eficaz eres! ¡cuán poderosa! Es tal, dice san Bernardo, que desarma al Invencible y encadena al Todopoderoso: *Oratio vincit Invincibilem, et ligat Omnipotentem*.

Pero el asunto no está agotado: quedan dos cuestiones, ambas interesantísimas. Si la oración es eficaz, y lo es, ¿de dónde le viene su eficacia? Tal es la primera. ¿En qué es eficaz, y cuáles efectos son propiamente los suyos? Tal es la segunda.

¿De dónde le viene a la oración su eficacia? La respuesta quedará muy pronto dada, si recordáis con un pequeño esfuerzo de memoria, lo que hemos dicho en la penúltima instrucción, esto es, que Dios quiere

1. MACH, xv.
2. In Evang. passim.
3. ACT, II et X.

que se le pida, *petite*, que se pida siempre *oportet semper orare*; y lo que también dijimos en la siguiente, a saber, que Dios es el mejor de todos los seres, el más liberal de todos, el único que lo es verdaderamente, el ser bueno por esencia. ¿Qué digo, que la respuesta quedará muy pronto dada? Pero si ya está dada. Desde el momento en que Dios, ser infinitamente bueno, nos impone como un deber, como una verdadera obligación, que le pidamos, es manifesto que quiere acceder a nuestra petición: *Non nos hortaretur ut peteremus, nisi daret vellet*, dice san Agustín¹. En vez de rehusar sus beneficios, añadiré con san Juan Crisóstomo, ¿no es el primero en ofrecerlos, ya que a instigación suya los pedimos: *Nunquam oranti beneficia denegat, qui, ut orantes non deficient sua pietate nos instigat?*... Pero la oración saca todavía su eficacia de otras dos fuentes: de las promesas de Jesucristo y de sus méritos. De sus promesas: son las más explícitas, las más renovadas y hechas con juramento. En verdad os digo que si pedís algo a mi Padre en mi nombre, os lo concederé². En verdad, en verdad os digo que todo lo que pidiereis en vuestra oración, lo recibiréis, os llegará⁴. Tras estas palabras, dudar de la eficacia de la oración, ¿qué sería, dice Bossuet, sino tratar de embustero a Jesucristo⁵? De sus méritos: sépase, o mejor, recuérdese, porque ya lo hemos dicho, que cuando oramos, por Jesucristo oramos, por Jesucristo Nuestro Señor: *Per Dominum Nostrum Jesum Christum*; por Jesucristo que nos ha hecho donación de sus méritos, y de

1. AP. S. THOM. 2. 2. q lxxxiii, Art. 15 in corp. ad finem.
2. *Ibid.*
3. JOANN., xvi, 23.
4. MARTH., xxi, 21, 22.
5. Médit. sur l'Evang. 44^e jour.
6. Sermones sobre el símbolo, sermón 26.^o

suyos que eran, habiendo querido que sean nuestros, nos ha dado, en virtud de esta institución, fácil acceso a su Padre; finalmente, por Jesucristo que, siendo Dios y hombre a la vez en el tiempo, sin dejar de ser lo que era antes de todo tiempo, igual al Padre, consubstancial con el Padre, todopoderoso como el Padre, Dios como el Padre, hállese en las mejores condiciones posibles para hacer valer nuestras súplicas ante el Padre: *Per Dominum Nostrum Jesum Christum qui vivit et regnat cum Deo Patre in unitate Spiritus Sancti, per omnia saecula*. Volveremos sobre este asunto cuando tratemos de las cualidades de la oración.

¿En qué es eficaz la oración, y qué efectos son propiamente los suyos? En primer lugar, daremos a una pregunta general una respuesta general: la oración todo lo puede, absolutamente todo, en cualquier orden de bienes que sea. Entre los ejemplos que hemos dado de oraciones escuchadas, ¿no están representados todos los géneros de gracia? Hay almas purificadas y cuerpos curados, grandes prosperidades obtenidas y grandes desgracias conjuradas, pueblos enteros salvados de la ruina, e individuos, como individuos, puestos al abrigo del peligro. Pero la mayor prueba la dan estas palabras del Señor: *En verdad, en verdad os digo que si pedís algo al Padre en nombre mío, os lo concederé*; y el docto Bourdaloue, comentándolas, según su sentido más literal, dice: El Hijo de Dios no nos dice solamente, si pedís tal o cual cosa, la obtendréis, sino, si pedís algo, esto es, cualquier cosa que pidáis, mi Padre os la concederá. No os dice precisamente pedid esto o lo otro, sino indeterminadamente y en general, pedid y recibiréis. Lo repito, cristianos, se necesitaba un poder y una misericordia infinitas para poder comprometerse así, y para quererlo; por tanto, aquí es donde se manifiesta la sobre-

rana grandeza de Dios a quien adoramos; aquí es donde hace aparecer igualmente ese poder supremo que le convierte en dueño de todo, y esa bondad sin límites que le hace descender y compartir todas nuestras necesidades. De aquí también tomaron ocasión los Padres para exaltar en grado tan elevado la eficacia de la oración, a la que miraron como madre de todas las virtudes, como fuente de todos los bienes, como tesoro del alma cristiana, como fondo inagotable de riqueza, porque es el medio de llegar a todo y poseerlo todo: *Si quis petieritis Patrem, dabit vobis*¹.

Tras la respuesta general, las particulares, pero sin salinos del orden de las cosas espirituales.

La oración es la que ejercita las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, y las aumenta con el mismo ejercicio: *Accedit ille fructus quod orando animi virtutes et exercemus et augemus*, dice el Catecismo Romano. Y lo explica: Quien pide algo a Dios, hace un acto de fe, demuestra que cree en Dios, creador y soberano Señor de todas las cosas. ¿Lo invocaría si no creyese en él? *quomodo enim invocabunt in quem non crediderunt*². Quien pide algo a Dios, hace un acto de esperanza; confía en la bondad de ese Dios cuyo ser le ha revelado la fe, y cuanto más le ruega, más dispuesto se siente a confiarle todas sus necesidades: *quo studiosius orat, eo maiorem et certiore fidem habet divinae curae et providentiae*. Quien pide algo a Dios, hace un acto de caridad; en efecto, ¿qué es rogar a Dios sino amarle, y a la vez reconocer que nos ama, y por lo mismo que comprendemos que nos ama, amarle cada vez más?: *Sic pii homines quo saepius cum Deo colloquuntur, ad eum amandum et colendum eo incitantur ardentius*.

Hemos dicho ya, pero brevemente, por lo cual es

¹ *Dominicales*, V domingo después de Pascua.
² Rom., xii, 14.

preciso volver sobre este punto; hemos dicho ya que la oración nos hace, sino siempre fácil, por lo menos posible, el cumplimiento, en su totalidad, de la ley de Dios. Aunque cuesta hacer esta confesión, preciso es hablar: Si no oramos, hay tal cosa o tal otra, que no podemos. ¿Qué?, me preguntaréis. ¿No hemos escuchado muchas veces, y de vuestra boca misma¹, ese texto tan autorizado, puesto que es del príncipe de los Doctores, texto que, en el curso de los tiempos, hízolo suyo un gran Concilio, por ser fórmula adecuada de una verdad teológica de primer orden, *que Dios no pide lo imposible...*? Sí, verdad es; pero precisamente ese texto mismo es el que nos da la razón: Nada tan cierto como que Dios no manda lo imposible: *Deus impossibilia non jubet*. Pero seguid: Dios, pues, no manda lo imposible; lo que creemos imposible, al ordenárnoslo Dios, nos advierte que hagamos lo que podamos, *que pidamos lo que no podemos, y nos ayuda a poder lo que no podemos: Deus impossibilia non jubet, sed iubendo ad-monet et facere quo possis, et petere quod non possis, et adiuvat ut possis*. ¿Mas habrá realmente necesidad de recurrir al argumento de autoridad? ¿No sabemos, porque nosotros mismos lo sentimos, que no podemos, sin la gracia, por consiguiente, sin la oración, cumplir la ley, toda la ley? ¿Qué son, pues, sino una confesión, y la más completa posible, estas palabras, que a cada momento se nos escapan? No puedo.—Mortificad el orgullo.—No puedo. Donad los sentidos.—No puedo. Romped esos lazos vergonzosos.—No puedo. Perdonad esa injuria, y amad aun a quien os la ha hecho.—No puedo. Verdad es, no podemos. Pero entonces, oremos, pidamos lo que no podemos, y Dios nos ayudará para que lo podamos. Siempre el gran texto, lo repetiremos

1. Sermones sobre el Decálogo, sermones 1.º y 38º.

de buen grado: No os sentís atraídos; orad por lo que seáis: *Non traheris? ora ut traharis*.

Nos queda por decir que la oración es la que convierte a los pecadores, ora se ruegue por ellos, ora rueguen ellos mismos. El libro de los *Hechos*¹ nos ofrece un magnífico ejemplo de estas dos oraciones, partiendo de puntos diferentes, pero propendiendo al mismo fin: la una hecha por el santo diácono Esteban, a intención de los que lo matan, y particularmente, lícito es creerlo², del más encarnizado de todos, un joven fariseo, de nombre Saulo; la otra hecha por el mismo Saulo. Conocida es esta historia; sabéis cómo pocos días después, aterrado, más que tocado solamente, por la gracia de Jesucristo, empezó Saulo a orar: *Ecce nunc orat*³. Era blasfemador⁴, y ya no lo es; era perseguidor⁵, y ya no lo es; *no respiraba más que amenazas y muerte*⁶, como un lobo furioso, y ahora es un cordero lleno de suavidad; y próximo está el día en que dirá que está dispuesto a todos los sacrificios, a todas las ignominias, a la muerte misma, con tal que gane almas a Jesucristo: *Ego autem libentissime impendam, et superimpendere ipse pro animabus vestris*⁷. Sin duda que todas las conversiones no ofrecen este esplendor, las mismas consecuencias, Pero no hay ni una, que sepamos, que ocurra de otro modo que con ayuda de la oración; y cuando, a fines de la primera mitad del siglo XIX, un correligionario de Saulo, enemigo jurado del nombre cristiano, tuvo tam-

1. ACT. VII, 59.
2. Toda la Tradición lo dice con san Agustín: Si Stephanus non orasset Ecclesia Paulum non haberet.
3. ACTAS, IX, 11.
4. I TIMOTH., I, 13.
5. GALAT., I, 13.
6. ACTAS, IX, 1.
7. II COR., XII, 15.

bién una visión, aunque más dulce que la que se verificó a las puertas de Damasco, apenas salió de su éxtasis, sus primeras palabras fueron: ¡Ah, cuándo se ha rogado por mí!

Finalmente, la oración es la que asegura, en cuanto es posible, en el curso de esta vida, verdadero tiempo de prueba, la perseverancia final. No basta con poseer las virtudes teologales, fe, esperanza, caridad, y ponerlas en ejercicio, ni estar en condiciones de observar, mediante el auxilio de lo Alto, toda la ley de Dios, ni convertirse, si está uno sometido a los lazos del pecado o a las tinieblas de la infidelidad; sino que hay que perseverar; sólo será salvo el que persevere hasta el fin². Pues bien, la perseverancia final, ese don por excelencia de Dios, *magnum illud usque in finem perseverandi donum*³, don, no lo olvidemos, enteramente gratuito, don puro, que no podemos ni debemos exigir como cosa delicada, *tributum, non retributum*⁴, nos lo obtiene seguramente la oración, Dios lo ha unido a la oración, quiere que la ganemos, no por un mérito de rigor, *sino por un mérito de súplica*, dice san Agustín⁵.

¡Oh eficacia de la oración! ¡Oh rico tesoro! Oremos, pues, cristianos; exploremos esta mina, hagamos valer este capital que Dios ha puesto en nuestras manos.

1. Conversión milagrosa de Alfonso Ratisbona, 20 de Enero de 1842, en Roma, en la Iglesia de S. Andrés *delle Fratte*.— Estas líneas fueron escritas el mismo día (27 de Noviembre de 1894) en que, por concesión a perpetuidad de León XIII, fué celebrada por primera vez la santa misa, misa propia, en honor de la medalla milagrosa, que se enlaza estrechamente con el hecho de la conversión.

2. MATH., x, 22.

3. Conc. Trid. Sess. VI.

4. S. Agustín.

5. Suppliciter demereri perseverantiam. De perseverantia, c. VI.

Oremos con fe, con confianza, con amor; y para resumir los efectos, frutos y ventajas de este santo ejercicio, hallaremos en él, como lo ha dicho muy bien un notable escritor de nuestro tiempo: la luz del espíritu, la fuerza del alma, el remedio de todas nuestras enfermedades espirituales, el bálsamo de todas nuestras llagas, el antídoto de todos nuestros vicios, el escudo contra todos los asaltos del demonio, del mundo, de la carne y de las pasiones, la resignación en todas nuestras aflicciones, el consuelo en todos nuestros dolores, el apoyo de todas las virtudes, la fuente de todas las gracias, la regla de la vida, el consuelo en la muerte y la prenda de la bienaventuranza eterna; porque se ha dicho que quien invoque el nombre del Señor, será salvo: *quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit*¹...

1. ROM., x, 13.—P. VENTURA. *Les femmes de l'Evangile*, p. 48.

LA ORACIÓN

SERMON QUINTO

Todavía la eficacia de la oración

Pedís y no recibís, porque pedís mal (Iac., IV, 3)

At interdum fit ut quae petimus, a
Deo non impetremus. *Catech. Rom.*

Hemos dicho y superabundantemente demostrado, en la instrucción precedente, que la oración es eficaz. Esta eficacia se saca de la infinita bondad de Dios, de las promesas de Jesucristo y de sus méritos. Esta eficacia es universal: no hay género alguno de bienes, bienes espirituales, bienes temporales, bienes individuales, bienes públicos y sociales, en los cuales no se ejerza. Pero si la oración es eficaz en derecho, ¿lo es siempre de hecho? ¡Cuántas personas hay cuyas oraciones no son escuchadas! Lo dicen ellas mismas, y a veces se lamentan amargamente de ello: *at interdum fit ut quae petimus, a Deo non impetremus*. Mas ¿por qué? ¿De qué procede que grandísimo número de oraciones no tengan efecto? Tal es la pregunta que nos hacemos, y a la cual nos proponemos contestar. Dios nos ayude con su gracia.

Según nuestro querido y autorizado maestro, el Catecismo Romano, he aquí las razones principales por las

cuales muchas de nuestras oraciones no son escuchadas, por lo menos en su tenor propio, es decir, como nos parece que deberían serlo. O bien Dios nos concede algo más grande o mejor que lo que pedimos; o bien lo mismo que pedimos, no es necesario, ni siquiera útil, y aun quizás sería para nosotros pernicioso y funesto, si Dios nos lo concediera, porque hay cosas, dice san Agustín, que Dios niega en su bondad, y da en su cólera; o bien, finalmente, pedimos con tanta tibieza y flojedad, que no ponemos atención en lo que pedimos. Pero la oración es la elevación del alma a Dios. Por consiguiente, ¿cómo podría llamarse oración cristiana el vaquero ruido de palabras pronunciadas, o por mejor decir, arrojadas al azar, sin la menor reflexión? Si el espíritu, durante la oración, en vez de elevarse hacia Dios, se distrae en toda suerte de objetos, y no se entrega a ningún sentimiento de piedad, ¿por qué asombrarnos de que Dios permanezca insensible a nuestras peticiones, cuando con nuestra negligencia y nuestra manera de orar, casi damos la prueba de que nosotros mismos no queremos, en realidad, lo que pedimos¹?

Hemos citado textualmente. Examinemos ahora una por una las razones alegadas.

La primera: Dios no nos escucha, a fin de concedernos algo más y mejor que lo que pedimos; no hay necesidad de decir que, obrando de este modo, defiende mejor nuestros intereses: *Ita est; sed tunc maxime prospicit ubiitati nostrae Deus, quod alia nobis maiora et ambliora bona impertitur*. Multitud de hechos confirman este texto. Por ejemplo, si san Pablo pide hasta tres veces, y con todo el ardor de su alma, verse libre de las tentaciones incómodas, y aun vergonzosas, para

1. *Catech. Rom.* véase el texto entero.

darle su verdadero nombre, que lo obsesionan sin cesar¹, no será escuchado; pero se le concederá la gracia de vencer al tentador; en vez de ser un soldado en reposo, un soldado, si me atrevo a decirlo, retirado y pensando, continuará siendo un soldado siempre militando y siempre mereciendo. San Pablo pide una cosa, y obtiene otra, pero otra mejor que la que pide. Si Marta y María, envían a decir a Jesús: Maestro, ven, nuestro hermano está enfermo; si Jesús sigue algún tiempo más al otro lado del Jordán, y no llega a Betania hasta el cuarto día de la muerte de Lázaro, no es porque lo retenga la indiferencia, ni tampoco ciertamente el sentimiento que hubiera tenido de su impotencia, como lo muestra muy bien lo que siguió después, sino por otros motivos, entre los cuales no fué el menor el de ofrecer a los dos hermanas la ocasión de dar testimonio de su fe, y reconocer en el médico celestial el poder, no sólo de curar un enfermo, sino también de resucitar un muerto². Marta y María reciben más de lo que piden. El ejemplo siguiente no os interesará menos que los precedentes. La madre de san Agustín oró durante toda la noche pidiendo a Dios que no la dejase su hijo, a fin de que, teniéndole a su lado, pudiese prodigarle sus cuidados y ayudarle con sus consejos, en el momento en que más necesidad tenía de ellos. En verdad que si hubo jamás una oración falta de efecto, fué sin duda alguna aquélla, pues, en la misma noche Agustín, burlando la vigilancia materna, embarcóse para Italia, y cuando, por la mañana, Mónica, que le creía y quería creerle siempre junto a ella, tuvo que rendirse a la evidencia, la pobre mujer pensó morir de dolor: *Illa insaniebat dolore...* Pero Dios tenía sus designios. De

1. II. CORINTH., c. XII.
2. JOANN., c. XI, totum.

Roma, de la que pronto se hastiará, pasará Agustín a Milán, se abocará con san Ambrosio; entre ambos, las relaciones comenzadas, no cesarán jamás; es decir, que se acerca el día en que, rechazando los errores del espíritu, corrigiendo todos los desórdenes de su corazón, el hijo de Mónica se convertirá, tras muchos combates, en uno de las más gloriosas conquistas de la gracia... Y la fuga precipitada de que hablábamos hace un instante, no entró por poco en el acontecimiento, como causa segunda, por lo menos. Cedamos la palabra al mismo Agustín. ¡Oh Dios mío, qué os pedía mi madre durante toda aquella noche pasada en oración, con tan gran abundancia de lágrimas, sino que no permitiérais que me embarcase! Pero como las miras de vuestra misericordia con relación a mí iban más lejos que las de su afecto, lo que ella pedía sin cesar para mí, prevaleció sobre lo que pedía en aquel momento. Porque vos no os negasteis a escucharla en esto más que para mejor escucharla en lo otro, haciendo con vuestra gracia que me convirtiese en lo que ella tanto deseaba, y después de tantos años, que yo fuese: *Et quid a te petebat, Deus meus, tantis lacrymis, nisi ut navigari me non sineres? Sed tu alte consuens et exaudiens caritatem desiderii ejus, non curasti quod tunc petebat, ut in me faceres quod semper petebat!*... Pero todavía nos queda mucho por decir.

1. Contes. lib. V. c. VII. — Podríamos citar como otro ejemplo lo que leemos en *Acta Sanctorum*, el 23 de Enero: Un hombre rico de Alejandría envió a su obispo, que era san Juan Limosnero, una gruesa suma para que la distribuyera a los pobres, pero suplicándole, en cambio, que pidiera a Dios en sus oraciones la salud de su hijo único, cuya vida le era muy querida. El santo Obispo distribuyó el dinero, oró e hizo orar por aquel joven, el cual pereció, poco después, en el mar, en una tempestad. Quedó el padre enteramente desconsolado y se lamentaba a Dios y al Santo del mal éxito

La segunda: Dios no nos escucha porque lo mismo que pedimos no es necesario, ni siquiera útil; quizás nos será pernicioso y funesto, si Dios nos lo concediese tal como lo pedimos; porque hay cosas que Dios niega en su bondad, y da en su cólera: *Vel quod nec necessarium nobis est, nec utile quod petimus; immo vero fortasse supervacuum id futurum sit, si dederit, atque pestiferum; quaedam enim negat propitius Deus, quae concedit iratus*. No es posible ver con más exactitud, ni expresarse mejor. Tal es, en efecto, una de las causas, y no la más pequeña, de la ineficacia de nuestras oraciones. No cumplimos las condiciones requeridas para recibir de Dios los dones que nos destina. Oramos mal.

Jesucristo dijo: *Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*¹. Ahora bien, a lo principal, que es aquí la Beatitud celestial, y todo lo que a ella conduce, esto es, una fe más viva, una esperanza más firme, una caridad más fecunda en obra, una vida enteramente llena de deberes cumplidos, y la gracia de las gracias, la perseverancia final, preferimos lo accesorio, la su-pererogación, una devoción sentimental, consolaciones interiores, dulzuras espirituales, y otras cosas de esta especie, que no son de desdenar en absoluto, lo concedo, pero que, me apresuro a decirlo, no deben pedirse sino muy condicionalmente y con la más extrema reserva.

de oraciones y limosnas. Pues bien, una noche vió en sueños un personaje enteramente semejante al Santo, quien le dijo: ¿Por qué te afliges así? ¿No me pediste que rogase a Dios que salvara a tu hijo? Así lo ha hecho, pues puedo asegurarte que, si hubiera vivido, hubiera sido un hombre perverso, y Dios lo ha sacado de este mundo para preservarlo de tanto mal, y ahorrarte a ti lágrimas por otro concepto más amargas.

1. МАРТН, VI, 33.

En efecto, ¿qué vale más, una gracia *dada gratuita-mente*, es decir, concedida a alguno menos para su utilidad propia que para la de otro, aun cuando fuese la más extraordinaria, como el don de profecía, el don de hacer milagros, o el menor grado, el más pequeño aumento de gracia *gratum facientis*, de gracia santificante? Sin duda alguna, el menor grado, el más pequeño aumento de gracia santificante¹.

Jesucristo dijo: *Todo lo que pidiereis a mi Padre en mi nombre, os lo concederé; petidle, pues*². Los intérpretes de las sagradas Escrituras, y no podían faltar aquí, han escrutado, estrechado de cerca cada una de estas palabras para extraer su sentido, todo el sentido que hay en ellas, particularmente ese *quid*, toda cosa: orar es pedir algo, una cosa que valga; y estas otras, *in nomine meo*, en mi nombre, en nombre de Jesucristo; pero, fijos bien nos grita san Agustín, se trata aquí de lo que realmente significa este nombre, no del sonido que produce; y puesto que este nombre significa *salvador*, no ora en nomb redel Salvador quien no pide cosas relativas a la salvación: *Non petitur in nomine Salvatoris, quidquid petitur contra rationem salutis*³. Juzguemos según estos principios. ¿Qué pedimos de ordinario sino cosas que nada valen? O si pedimos algo, tomando la palabra en su sentido menos estricto, ¿no son cosas que, si no son absolutamente contrarias a la salvación, poca o ninguna relación tienen con ella? He ahí por qué vuestras oraciones son

1. En el último día, muchos dirán: Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, expulsado los demonios en tu nombre, y hecho toda especie de milagros? Pero el soberano Juez les dirá: No os conozco... ¿Por qué? *Quia charitatem non habuerunt*.

2. JOANN, XVI, 23.

3. In JOANN, tract. 102.

ineficaces, y faltas de efecto. En vez de esto, amemos y busquemos lo que Dios nos ordena amar y buscar, y nos concederá sin la menor duda, lo que hayamos pedido, dice san Agustín: *Cum ita amamus quod Deus vult ut amemus, procul dubio daturus est*¹.

Jesucristo dijo: *Mi tiempo no ha llegado todavía; el vuestro siempre está a punto*². Efectivamente, siempre tenemos necesidad de recibir. El esperar nos disgusta: murmuramos, recriminamos, y de aquí al desaliento y al abandono de la oración, no hay más que un paso. Pero puede ocurrir que Dios tenga de por sí excelentes razones para no responder a nuestro primer llamamiento, ni siquiera al segundo, ya porque se proponga aumentar nuestros méritos, obligándonos así a perseverar en la oración, como piensa san Gregorio papa: *Eo magis exaudiuntur ad meritum, quocitius non exaudiuntur ad votum*; ya porque quiera hacernos estimar en su verdadero valor los dones que nos destina, ya que ocurre en el orden de la gracia lo mismo que en el de la naturaleza, esto es, que se aprendían las cosas según lo que cuestan, poco, si se obtiene fácilmente, mucho, si han exigido grandes esfuerzos. Por eso san Agustín dice con toda razón: Al aplazar sus dones, no los niega Dios, sino que los hace valer: *Cum Deus aliquando tardius dat, commendat, non negat dona*³.

Pero aún hay más que decir: Puede ocurrir que Dios tenga de por sí excelentes razones para no conceder lo que se le pide, ni ahora, ni después; es decir,

1. In Psal. xxvi. Enarr., 2.
2. JOANN., VII, 6.
3. De verbis Domini, Sermo. 51.—Parece que el viento debe extinguir la llama: no, la extingue momentáneamente, a fin de avivarla más: esta comparación es igualmente de san Agustín.

que, en ciertas circunstancias, y por motivos de los cuales es el único juez, los niegue siempre. Hace bien; un buen padre, ¿pone un arma de fuego entre las manos de su hijo pequeño, aun cuando se la pida a gritos? Un médico cuidadoso de la curación de su enfermo, ¿cederá a sus importunidades y le dará una poción que sabe ha de matarlo? Estas comparaciones son exactas. Pedís, por ejemplo, riquezas, honores, una posición sobresaliente, el éxito de un proyecto que, según vosotros, colmará vuestros anhelos; y Dios sabe a ciencia cierta que estas cosas, u otras a las cuales llamáis gracias, os serán perjudiciales, funestas, aun bajo el aspecto temporal; Dios os las niega, y os las niega misericordiosamente dice santo Tomás¹, porque, negándooslas, os salva del abismo en que inevitablemente caeríais. Y si os las concede, la terrible frase de san Agustín viene como de molde aquí, y fácil nos será apreciar su exactitud: Esto depende de que Dios está irritado, ya a causa de vuestros pecados, ya por la baja de vuestras peticiones, y entonces concede por cólera lo que en otras circunstancias hubiese rehusado por misericordia: *Quaedam enim negat propius Deus, quae concedit iratus*². Difícilmente habrá palabras más dignas de retenerse en la memoria y meditar-se seriamente.

La tercera causa de la ineffectividad de nuestras oraciones, es que oramos mal, no solamente, como acabamos de exponer, en cuanto al objeto, sino también en cuanto a la forma: *Nominquam etiam fit, ut adeo remissae ac negligenter oremus, ut ne ipsi quidem quod*

1. Fideliter supplicans Deo pro necessitatibus huius vitae misericorditer auditur, et misericorditer non auditur, 2. 2. q. lxxxiii. art. 15, ad 2.
2. De verbis Domini Sermo 33.

dicimus attendamus. Nada tan verdadero. ¡Cuánta negligencia! ¡cuánta tibieza! ¿Son verdaderas oraciones ese movimiento casi únicamente maquinal de los labios, esas fórmulas dichas con apresuramiento y como de corrido, esas palabras inarticuladas, desfiguradas, desprovistas de sentido, arrojadas al azar, mientras, que el espíritu viaja, se diluye sobre toda especie de objetos, y en el espacio de una *Ave María*, ha dado ya por dos veces la vuelta al mundo? ¿Y queríamos que Dios nos oyese, cuando no nos oímos a nosotros mismos? ¿Queríamos que nos concediese gracias, cuando nuestra oración, tal como la hacemos es más bien un pecado que merece castigo?

Pero procedamos con calma. La atención es una de las cualidades de la oración; a su debida hora, trataremos de ella en el curso de estas instrucciones.

Entre tanto, convenzámonos de que, siempre que la oración está bien hecha, es eficaz. Es eficaz cuando obtenemos estrictamente lo que pedimos. Con mayor razón es eficaz si obtenemos más de lo pedido. A veces Dios tarda en escucharnos, aunque le pidamos, al parecer, bien y otras no nos escucha del todo. En el primer caso, esperemos, esperemos aún, *expecta, reexpecta*²; Dios tiene lentitudes que ni siquiera estamos en condiciones de juzgar; soportémoslas pacientemente, *sacine sustentationes Dei*³. En el segundo caso, si Dios nos niega lo que le pedimos, porque tiene de por sí una o varias buenas razones para hacerlo, y, por consiguiente, su negación es una palabra palpable de su misericordia para con nosotros, digamos, como san Agustín: En vez de lamentarme ¡oh Dios mío! os

1. *Fiat oratio ejus in peccatum*. Psal. cviii.
2. Isa, xxviii, 10, 13.
3. Eccl, ii, 3.

benígno con toda la sinceridad de mi alma, y considérame como un beneficio que no me hayáis escuchado según mis deseos, sino según el orden de vuestra sabiduría y para mi salvación. *Gaudeo quod non exaudieris ad voluntatem, ut exaudires ad salutem*.

Algunas palabras más sobre este grave asunto, sobre los retrasos o las negaciones de Dios, y vuestra convicción ya empezada, así lo espero, quedará enteramente formada.

Tras los grandes santos de la Orden Franciscana, san Francisco de Asís y san Buenaventura, vemos aparecer, en segundo término, un personaje de fisonomía asombrosa. Lanzado muy porrito al mundo de los negocios, y quizás aún más al de los placeres, encontró una gracia de conversión allí donde tantos otros encuentran muchas ocasiones de pecar, en una fiesta pública. El Espíritu sopla donde quiere¹. Jacopone de Todi llegó rápidamente al más alto grado de abnegación y desprendimiento. El mundo le llamaba loco, y lo era, en efecto, pero a la manera del Patriarca Seráfico, loco de amor de Dios. Se le veía al pie de los altares, en los campos, en los bosques sombríos, en las orillas de los ríos y de los lagos, en todas partes donde el Creador se revela por la *grandeza* de sus obras. Iba cantando salmos, improvisando versos, anegando sus cantos en sus lágrimas. Y cuando se le preguntaba por qué lloraba así: ¡Ah, lloro, contestaba, porque el amor no es amado! Y como se le apreciara para que explicase por qué signos el cristiano puede estar seguro de que ama a Dios, contestaba: Tengo el signo de la caridad, decía, cuando, si pido una cosa a Dios, y Dios no

1. JOANN, iii, 8.

ORACIÓN - 4

me la concede, le amo más, y cuando, haciendo Dios todo lo contrario, le amo más todavía¹.

Con estas palabras quiero terminar; al dároselas a gustar, tengo el convencimiento de que hago una obra útil a la gloria de Dios y a la salvación de las almas.

1. *Les poëtes Franciscains en Italie, au XIIIe, siècle*, por F. OZANAM, p. 143.

LA ORACION

SERMON SEXTO

Facilidades de la oración

Berramo en su presencia mi oración, y le presento la extrema tribulación mía (PSALM. CXL, 3)

Quæ vox (superius allata) eam vim habet ut nihil reticeat, nihil occultet sed effundat omnia is qui ad orandum venit, fidenter confugiens in sinum amantissimi parentis Dei.

Catech. Rom.

Un antiguo profeta dijo de la sabiduría que está demasiado lejos, más allá de los mares, para ir a buscarla: *Quis transfretavit mare, et invenit illam*; y todavía más elevada que lejos, en el cielo, para hacerla descender: *Quis ascendit in coelum, et accepit eam, et eduxit eam de nubibus*? Así, añade, muy pocos son los que conocen sus caminos, y muy pocos se toman el trabajo de conocerlos: *Non est qui possit scribere vias ejus, neque qui exquirat vias ejus*¹. Por dicha nuestra, no es eso lo que ocurre con la oración. La oración está a nuestro alcance, la tenemos a mano, es de fácil uso. Esto es lo que vamos a decir en la instrucción de hoy. Dios nos ayude con su gracia.

1. BARUCH, III. 29, 30, 31.

Para indicar al punto nuestras fuentes, sacaremos, de su noción y de su necesidad, las facilidades de la oración.

De su noción. ¿Qué es, en efecto, la oración? Lo hemos dicho ya, desde la primera instrucción y no nos contradiremos aquí: La oración es la elevación del alma a Dios: *ascensus mentis ad Deum*. Pero lo que entonces omitimos, lo añadimos ahora, esto es, que al mismo tiempo que el hombre se eleva, desciende Dios y condesciende, hasta el punto de que, entre la infinita majestad, que es Dios, y la extrema miseria, que es el hombre, toda distancia parece haber desaparecido. Os veo asombrados. Leed las Escrituras. El Padre de los creyentes, Abraham, habiendo obtenido ya, una tras otra, dos gracias señaladas, pide otra tercera, más amplia que las precedentes, excusándose de su indiscreción, aunque sabe que no se le imputará como una ofensa: No os entadéis, Señor, si os hablo todavía, aunque sólo soy polvo y ceniza: *Ne quæso, inquit, indigneris, Domine si loquor, cum sim pulvis et cinis*¹. Y, en efecto, habla, sin ni siquiera esperar la respuesta. El texto siguiente es quizás más significativo; lo leemos en el capítulo XXXIII del Exodo, y Dios mismo es el que esta vez habla cara a cara con Moisés, como un amigo con otro amigo: *Loquebatur Dominus ad Moysen facie ad faciem, sicut solet loqui homo ad amicum suum*². Y el real profeta David, que también vivía bajo la antigua ley, ley de temor y servidumbre, ¿qué dice? ¿Cómo se conduce con el Señor? Oíd como le responde: Derramo mi oración en su presencia, le pongo al corriente, con toda confianza, de mis tribulaciones: *Effundo in conspectu ejus orationem meam*

1. GEN., cap. xviii fere totum.
2. EXOD., xxxiii, 11.

tribulationem meam ante ipsum pronuntio. Exhorta a otros a que hagan lo que él hace: Derramad vuestros corazones ante el Señor: *Effundite coram illo cor vestræ*; y todavía: Descargos de todos vuestros cuidados en el Señor: *Jacta super Dominum curam tuam*¹. No insistamos; desde este momento, tenemos la noción completa de la oración; es decir, que al propio tiempo que es la elevación del alma a Dios, es, y no en menor grado, una expansión, una efusión del corazón, una plática de amigo a amigo, una conversación exenta de ceremonia, libre de toda violencia, una charla del alma con Dios, *sermocinatio cum Deo*²; y san Juan Crisóstomo, desarrollando la misma idea, dice: Ved qué gran dicha y qué gran honor es para nosotros el que Dios nos permita proceder así con él! *Considera quanta tibi est concessa felicitas, quanta gloria attributa, orationibus fabulari cum Deo, cum Christo vivere colloqui*³.

De su necesidad. Nos adherimos enteramente a la juiciosísima observación⁴ de que cuanto más necesaria es una cosa en relación con un fin importante, más sencilla la hace Dios en la práctica, y de más fácil empleo. Ejemplo: No hay medio de salvación más indispensable del bautismo: *Si no renacéis del agua y del Espíritu Santo*, dijo Nuestro Señor, *no entraréis en el reino de los cielos*⁵. ¡Qué declaración! ¡Qué necesidad le del bautismo! Pero también ¡qué facilidad de recepción! Recordémosla brevemente. Siendo el bautismo necesario con necesidad absoluta para todo el mun-

1. PSAL. LIV, lxi, cxli.
2. S. GREGORIO NICENO. Ap. SCHRAM, Inst. Theol. t. 58.
3. Ap. S. THOM. 2. 2. q. lxxxiii, art. 2, ad 3. — Consonantancia Theresia et sanctus Franciscus Sales. Ap. SCHRAM. Ibid.
4. RAINERI, IV, p. 482.
5. JOANN., iii, 5.

do, quiso Dios que la *materia* del Sacramento fuese el agua, el más común de los elementos; el agua, que existe en todas partes, en los mares y océanos, en los lagos, en los ríos, en los arroyos, en las fuentes, en esas millares de corrientes que surcan nuestro globo en todos sentidos; quiso que la *forma* del Sacramento fuese una frase, la menos recargada para la memoria, la más fácil de pronunciar: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*; quiso que el ministro del Sacramento fuese, no solamente un obispo, o un sacerdote, ministros ordinarios, o, a falta de ellos un diácono, ministro extraordinario, sino también, en caso de necesidad, un seglar, un hereje, un infiel; finalmente, quiso que si el bautismo de agua, en rigor extremo de las cosas, no pudiera recibirse, lo supiesen otros dos bautismos, el bautismo de sangre por el martirio, y el bautismo de fuego, por la caridad perfecta, y que, a excepción del carácter sacramental, produjeran los mismos efectos¹.

Pues bien, para no apartarnos más del asunto, ocupé con la oración, en su orden, lo que con el bautismo, en el suyo. Lo hemos dicho ya, y lo repetimos; sin la gracia, es imposible que el pecador se convierta, y sin la gracia es imposible que el justo persevere. Y puesto que, en la casi totalidad de los casos, si no en todos, como recordaréis, la gracia, sobre todo la gracia de la salvación, va unida a la oración, se impone la conclusión siguiente: sin la oración no hay salvación... Pero observad también, porque es hora de hacer la aplicación de la regla que fué nuestro punto de partida, esto es, que cuanto más necesaria es una cosa en relación con un fin importante, más se complace Dios en ponerla a

1. Véanse nuestros sermones sobre los Sacramentos.

nuestro alcance, cuán grandes son las facilidades que la divina Bondad nos ha dado para la oración. Vamos a indicárlas en pocas palabras, si bien muchas instrucciones serían necesarias para agotar apenas la materia.

Facilidad de lugar. A la verdad, hay que hacer algunas reservas, y las haremos a su debido tiempo. Pero, hablando en tesis general, puede orarse en todas partes; en todo lugar, dice el Salmista: *In omni loco dominationis ejus, benedic, anima mea, Domino*¹; en todo lugar, repite el Apóstol: *Volo ergo viros orare in omni loco levantes puras manus*²; lo que san Juan Crisóstomo vió en las Escrituras³, podemos verlo también nosotros: san Pablo orando cerrado en su prisión⁴, Ezequías tendido en su lecho de dolor⁵, Jeremías metido en un cenagal⁶, Daniel en la cueva de los leones⁷, Jonás en el vientre de la ballena⁸... en todo lugar, pues, porque siendo la oración, como tantas veces lo hemos dicho, una elevación del alma, y, por consiguiente, un acto inmaterial, no hay lugar alguno, aun cuando estuviésemos en los confines del mundo, en donde no pueda operarse esta elevación, cumplirse este acto inmaterial. Facilidad de tiempo. También aquí hay reservas que hacer. Nuestra intención no es decir que ninguna porción de nuestra existencia debe ser descontada, a título de censo, para que quede adscrita al servicio divino, en virtud de un precepto. Pero redimido este censo, cumplido este precepto, del mismo modo que puede

1. Psal., cii, 22.
2. I Tim., ii, 8.
3. De orat. Homil. 2.
4. Act., xvi.
5. IV Reg.,
6. Jerem., xxzviii.
7. Dan., vi.
8. Jon., ii.

orarse a Dios en todo lugar, puede orarse en todo tiempo, de día, de noche, y a toda hora del día y de la noche. ¡Cuántos obstáculos, dice san Juan Crisóstomo, a quien nos complacemos singularmente en citar, porque en esta materia es quizás el Doctor antiguo que mejor ha precisado sus detalles, cuántos obstáculos, pues, hacen difícil el acceso a los reyes! Con trabajo llega uno hasta ellos; rara vez reciben; tímido embarazo nos impide hablarles con confianza; tan natural es el temor de los que obedecen, y tan frecuente la actitud altanera de los que mandan. Pero nada de esto ocurre en la Corte celestial; allí no hay antecámaras, ni fatigosas ceremonias de etiqueta, ni guardias que os digan: No es hora de recibir; volved.

Facilidad en la postura. No es menor que la de tiempo y de lugar. Orar de rodillas como Salomón, aun cuando estaba en todo el apogeo de su gloria: *Superavit Salomon; utrumque enim genu in terram fixerat*¹; elevar los ojos al cielo, como David: *Levavi oculos meos in montes, unde venit auxilium mihi*²; golpearse el pecho, como el publicano: *Publicanus autem a longinquo stans, percutiebat pectus suum*³; prosternarse con el rostro en tierra, como el Salvador mismo en Getsemani: *Et progressus pusillum, proclit in faciem suam, orans*⁴; volverse hacia Oriente, como lo hacían los cristianos en tiempo de san Agustín: *Cum ad orationem stamus, ad Orientem convertimur*⁵; o por lo menos hacia su iglesia parroquial, como Daniel, cautivo en Babilonia, hacia el templo de Jerusalén: *Fenestris apertis*

1. III REG., VIII.
2. PSAL., CXX.
3. LUC., VIII.
4. MATH., XXVI.
5. De Serm. Dom. in monte, Lib. II, c. v.

*in Jerusalem, adorabat*¹: todas estas cosas son buenas, muchas de uso diario, pero prescritas por modo absoluto, sobre todo, si se trata de la oración privada, no, no lo están.

Hay que orar largamente? ¡Ah, hablar mucho en oración...! No os está prohibido, si la atracción os arrastra a ello, y sobre todo si no lo hacéis como los paganos, que cometían el grave error de creer que la divinidad que comían de sus necesidades, si no la instruían acerca de ellas con interminables discursos. No os asemejéis, pues, a ellos, os dice Nuestro Señor: *Nolite assimilari eis; scit enim Pater vester quid opus sit vobis, antequam petatis eum*². Tampoco se os ordena, porque lo que constituye la verdadera oración no es la multiplicidad de palabras, sino la bondad de los afectos y sentimientos. Un gesto puede ser una oración, una mirada puede ser una oración, un grito, un suspiro, una lágrima pueden ser una oración. De hecho, entre los personajes orantes de la Escritura, muchos no hablan. Tal fué Moisés, como vemos en el Éxodo: ora, pero sin articular una palabra, lo cual no impide que Dios le interpele y le diga: ¿Por qué gritas tanto dirigiéndote a mí? *Quid clamus ad me*³? Otros, el mayor número, lo confieso, hablan, pero hablan poco. El leproso: Señor, si quieres curarme, puedes hacerlo⁴. Y esto es todo. El ciego de nacimiento: Señor, haz que vea⁵. Y esto es todo. La cananea: Jesús, hijo de David, ten piedad de mí. Y esto es todo. El publicano: Señor, ten misericordia de

1. DAN., VI.
2. MATH., VI.
3. EXOD., XV.
4. MATH., VIII.
5. LUC., VIII.
6. MATH., XV.

mi. Y esto es todo. El centurión: Señor, di solamente una palabra y mi servidor quedará curado. Y esto es todo. Los Apóstoles: Señor, sálvanos, que perecemos. Y esto es todo.

Pero si no es necesario orar largamente, ¿será preciso orar sabiamente? Orar sabiamente... Si sobre este punto no hemos dicho todavía lo bastante, vamos a decirlo; si ya lo hemos dicho, no tememos caer en repeticiones. Orar sabiamente... ¿Lo pensáis siquiera? ¿Qué tiene esto de común con la noción verdadera de la oración, o con su necesidad? ¿Por ventura es la oración una operación del espíritu, y no una elevación del alma... una ciencia que uno se forma por medio del estudio, y no una plática sin afectación... un alegato metódicamente dispuesto, ordenado con arte, y no una humilde súplica? ¿Ha de ser sencilla y confiada, o sólo ha de prosperar mediante sutilezas, sobreentendidos, artificios, delicadezas de lenguaje, por lo menos, como en diplomacia?—Con gran sentido se ha dicho: para orar,

1. LUC, VIII.

2. MATE, VIII.

3. *Ibid.*—Cedemos al placer de poner en nota esta juiciosa observación, muy bien expresada, de un autor (el P. Ventura, en su homilía sobre la parábola del fariseo y del publicano): He aquí una queja muy común de los cristianos de nuestros días: Cuando vamos a la iglesia, no sabemos qué decir, no somos teólogos, no sabemos orar... Pero el publicano del Templo nos ha hecho conocer en el día de hoy el poco fundamento de esta queja y lo absurdo de esta excusa. No sólo no era un teólogo, pero ni siquiera hombre de iglesia; en vez de ser justo, era pecador, y gran pecador; no solamente era seglar, sino gentil. Ello no obstante, supo orar, y mereció ser escuchado. Ahora bien, ¿cuál fué su oración! *Una sola frase*: Dios mío, ten misericordia de mí, que soy pecador. Esta sola invocación pronunciada con corazón profundamente humilde y sinceramente arrepentido, bastó para que se le perdonasen todos sus pecados, para justificarlo, para santificarlo, para salvarlo.

el talento es inútil, y la elocuencia estaría fuera de lugar. Nuestras necesidades; he ahí nuestra elocuencia; nuestra recomendación está en nuestra miseria. Nada de ceremonias, nada de rúbricas. Un niño arrodillado ante su padre, balbuciendo algunas palabras entrecortadas por el fervor, y dejando leer en su rostro recogido la oración que su boca apenas puede pronunciar; he ahí toda la oración¹.

¡Oh facilidades de la oración! ¡Oh facilidades de la oración! Pero no; en vez de lanzar esta exclamación, aunque muy legítima, asombrémonos de una cosa singularmente extraña. Las facilidades de la oración son pleo testimonio de la extremada bondad de Dios con relación a nosotros; tan sólo por bondad *acomoda Dios sus órdenes a nuestras débiles*, para emplear una frase de la Liturgia². Pero no le pedimos, es decir, no le amamos; no, no le amamos. Si le amásemos, nos complaceríamos en su trato, encontraríamos una dicha indecible en conversar con él, y cuando tuviéramos que cesar para atender a otros deberes, nos asemejaríamos a aquel ilustre anacoreta, san Antonio, quien, después de pasar varias horas de la noche en oración, lamentábase de que el sol, saliendo demasiado pronto, le arrancase de sus coloquios. Seguid la oración siempre útil, y con mucha frecuencia indispensable para obtener la gracia, sobre todo la gracia de la salvación, Dios nos la ha hecho de tan fácil empleo, para proporcionarnos un medio seguro, poco o nada costoso, de salvarnos; en cambio, nosotros no oramos, es decir, no estimamos, no deseamos, y aun sacrificamos lo que hay de más estimable, deseable y digno de nuestros esfuerzos: la vida eterna bienaventurada que Dios nos reserva.

1. FABER, *Tout pour Jésus*, p. 104.

2. Colecta de la misa del tercer domingo de Adviento.

¡Ah cristianos, cumplamos mejor con nuestro deber, y pongamos en seguridad nuestros más caros intereses! El deber que hemos de cumplir, es amar a Dios y servirle. El más caro de los intereses que debemos poner en seguridad, es la salvación de nuestra alma. El día en que nos convenzamos de estos dos deberes, recurriremos a la oración, no sólo sin esfuerzo, sino también con alegría, y al propio tiempo que experimentaremos su necesidad, gustaremos sus dulzuras.

LA ORACION

SERMON SEPTIMO

La oración mental, vocal, pública

Os adoraré, Señor, en vuestro santo templo y confesaré con la boca y el corazón vuestro nombre (Psalm., V, 8.)

Docerunt ergo parochi fidelem populum quae sit optima ratio bene petendi, et privatum et publice orandi, quae praecepta christianae orationis tradita sunt ex Christi Domini disciplina.

Catech. Rom.

He aquí todo el texto del Catecismo Romano, del cual acabamos de citar una sola parte. El modo de orar, es cosa muy importante. En efecto, aunque la oración, por su naturaleza, es muy buena, si no se hace bien, no produce fruto alguno, y con frecuencia no obtenemos lo que hemos pedido, porque lo hemos pedido mal. En consecuencia, los pastores enseñarán a los fieles la manera de orar, ya en particular, ya en público, así como también les enseñarán las reglas de la oración cristiana, según Nuestro Señor Jesucristo... Nuestro deber, queda, pues, trazado; no faltaremos a él; es decir, que, después de haber tratado de la oración en general, de su noción, de su necesidad, de su eficacia, de las facilidades que ofrece, debemos ahora explicar sus diver-

sas formas y las reglas que hay que guardar para asegurar su éxito. Entremos en esta segunda fase del asunto ; el camino será largo. Dios nos ayude con su gracia.

El Doctor Angélico, santo Tomás, y, a ejemplo suyo, el Catecismo Romano, dividen la oración en privada y pública. La privada es interna o externa. En cuanto a la pública, hecha por el pueblo, es siempre y necesariamente externa. Pero esta ojeada general no basta ; hay que entrar en ciertos detalles.

La oración privada interna—se llama también mental, del latín *mens*, espíritu—es la que hacemos en nosotros mismos sin pronunciar palabras. Tal fué la oración del profeta Elías, cuando llegó a la cumbre del Carmelo, y se sentó sobre la tierra desnuda, puso la cabeza entre sus rodillas, y se encomendó al Señor : *Elías ascendit in verticem Carmeli, et prout in terram, posuit faciem suam inter genua sua*¹. El ejemplo siguiente todavía más sensible de oración privada interna, nos es más conocido ; lo leemos en el primer capítulo del libro de los Reyes : La mujer de Elcana que no tardaría en ser la madre de Samuel, llegó a Silo para orar ante el Arca de la Alianza. Sin hijos hasta entonces, en un tiempo en que la esterilidad era un oprobio, conjuraba al Señor que mirase con piedad la aflicción de su sierva, y le diese un hijo, prometiéndole con voto, si era escuchada, consagrarlo a su servicio. Pero lo que decía, lo decía en su corazón, sin articular sonido alguno, apenas el ligero movimiento de sus labios hacía sospechar que oraba : *Porro Anna loquebatur in corde suo, tantumque labia ejus movebantur, et vox penitus non audiebatur*².

1. III REG., XVIII, 41.
2. I REG., I, 13.

La oración privada externa es la que se manifiesta a lo exterior con signos sensibles, sobre todo con palabras ; por eso se le llama vocal. La vemos en ejercicio casi en cada página de la Escritura. En el salmo L, dice el Real Profeta : Abriéis mis labios, Señor, y mi boca publicará vuestra alabanza : *Domine, labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam*¹. En el salmo CXLI, dice : Alcé mi voz para clamar al Señor y pedirle que auxilie : *Voce mea ad Dominum clamavi : voce mea ad Dominum deprecatus sum*². Por otra parte, todo el salmo no es más que una oración, no solamente hablaba, sino cantada. En el Evangelio, Jesucristo nos enseña a orar vocalmente : Cuando oréis, he aquí lo que habéis de decir : Padre nuestro : *Sic ergo vos orabitis : Pater noster*³ ; el mismo Jesús ora vocalmente : Padre, la hora ha llegado ; glorifica a tu Hijo : *Pater, veni hora, clarifica filium tuum*⁴ ; en el huerto de la agonía : Padre, cúmplase tu voluntad y no la mía : y lo repite hasta tres veces : *Non mea voluntas, sed tua fiat*⁵. En los escritos apostólicos : los Once reunidos en el Cenáculo, oran unánimemente y a una voz : *Et orantes dixerunt*⁶ ; más tarde, san Pablo recuerda a los de Colossos su deber con relación a este punto, y los exhorta a que se instruyan, se edifiquen mutuamente con salmos, himnos, cánticos espirituales, y a que canten con amor las alabanzas del Señor : *Docentes et commoventes vosmetipsos in psalmis, hymnis et canticis spiritualibus in gratia, cantantes in cordibus vestri Deo*⁷. Finalmente, la oración pública : es la oración de la

1. PSAL., LVIII, 17.
2. PSAL., CXLI, 2.
3. MATTH., VI, 9.
4. JOAN., XVII.
5. LUC., XXII, 42.
6. ACT., I, 24.
7. COLOSS., III, 15.

Iglesia misma, hecha por sus ministros, en ciertos días, de conformidad con las reglas establecidas, en presencia del pueblo reunido, y a intención de él. Ya veis que la oración pública no es una oración cualquiera, aunque esta oración cualquiera sea recitada en común; no, en el sentido riguroso de la palabra, es la oración de la Iglesia, es decir, compuesta por la Iglesia, y saca de este origen toda su fuerza. La oración pública no es la oración hecha por tales o cuales, sin mandato, sino por aquellos a los cuales propuso la Iglesia para este ministerio, únicos que tienen poder para orar en nombre del pueblo. Los días destinados a la oración pública obligatoria, tampoco dependen de la libre elección; el ciclo sagrado los señala cada año, según orden invariable, en su misma movilidad. Tampoco son facultativas las prescripciones y ordenanzas que regulan todo el servicio divino, las invocaciones, los himnos, las ceremonias. Ese conjunto de ritos religiosos, se llama Liturgia. Añadamos, finalmente, para no ser demasiado incompletos, que, de todas las oraciones públicas, es la principal, y aun en cierto sentido la única, porque contiene todas las otras: la adoración, la alabanza, la petición, la acción de gracias, la ofrenda, es el Santo Sacrificio de la Misa, y que, asistiendo a él, como tiene el deber de hacerlo, el pueblo cristiano cumple todo lo que está obligado a cumplir con relación a Dios bajo los diversos aspectos de adoración, de alabanza, de petición, de acción de gracias y de ofrenda.

La oración interna o mental, la oración externa o vocal, la oración pública, nos son ya bien conocidas en cuanto a su verdadera noción. Una cosa resta por decir: ¿Es necesaria? Sí, es necesaria... lo son todas. Seguid con la atención que merece esta exposición doctrinal. Necesidad de la oración mental. No orar de memo-

... aun cuando se deshiciera uno en oleadas de palabras, sería puro fariseísmo. Echad una ojeada al Evangelio, y veréis, en tiempo de Jesucristo, aquellos orgulosos fariseos haciendo ostentación de piedad, con su manto de anchas franjas, que era el manto de la religión, llevando en su frente y al brazo sus *filacterias*; mostrábanse de pie en medio de las sinagogas, o en los sitios más frecuentados, en donde las calles desembocaban en las plazas, *in angulis platearum*, y allí hacían largas oraciones, con el único objeto de atraer sobre ellos la atención¹. No os parezcáis a ellos, os grita Nuestro Señor; cuando hubiereis de orar, entrad en vuestro aposento, es decir, entendiendo estas palabras como deben entenderse, en el sentido espiritual, en la parte más silenciosa de vuestro corazón, cerrad cuidadosamente la puerta sobre vosotros, esto es, sobre vuestros sentidos, sobre todo, el de la vista y el del oído, porque, si se quedaran abiertos, darían entrada a objetos externos, a vanas imaginaciones, y vuestro Padre que ve en el secreto, y habrá sido testigo de la sinceridad de vuestros homenajes, os escucha según vuestro mérito, y en la medida de vuestras necesidades². Ante todas cosas, Dios mira el corazón³. Dios sólo escucha los gritos del corazón⁴. ¿Queremos ser únicamente un bronce sonoro, un címbalo resonante⁵? ¿Quisiéramos incurrir en el reproche que Dios hacía antes a su pueblo por boca de Isaías: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí: *Populus meus labiis me honorat, cor autem ejus longe est a me*⁶.

1. MATH. VI. 5.
2. *Ibid.* v. 6.
3. I REG. XVII.
4. Deus non vocis, sed cordis est auditor. San Cipriano.
5. I COR. XIII, 1.
6. ISA. XXIX, 13.

Necesaria es la oración vocal, o por lo menos muy útil. El Doctor Angélico da tres razones de ello.—Primera: que la oración, y todo lo que a ella se refiere, como el tiempo, el lugar, la postura misma del cuerpo, es muy propio para exaltar la devoción interior. para estimularla, para darle impulso: *Adjungitur vox triplici ratione. Primo quidem ad excitandum interiorem devotionem, quia per exteriora signa, sive vocum, sive etiam aliquorum factorum, movetur mens hominis, et secundum apprehensionem, et per consequens secundum affectionem*¹. Esto es, que puede decirse en particular de la oración vocal lo que se dice del culto externo, del cual es una parte. El hombre, desde la caída original, convertido en ser más terrenal, más sometido al cuerpo, necesita símbolos, signos, todo un conjunto de cosas sensibles, que le sirvan de escalones para elevarse hasta Dios. Un buen autor moderno—podría creerse que se ha inspirado en santo Tomás—compara el hombre que hora, al principio vocalmente, y sube luego, uno tras otro, todos los grados de la oración, al águila que, partiendo del fondo del valle, agita sus pesadas alas, azota el aire espeso, hasta que, ganando las alturas, se ciernen inmóvil en el firmamento².—Segunda: que siendo compuestos, como lo somos, de cuerpo y alma, y habiendo recibido ambos elementos de la pura liberalidad de Dios, le debemos como dos servicios, uno corporal y otro espiritual: *Secundo adjungitur vocalis oratio, quasi ad redditionem debiti, ut scilicet homo Deo serviat secundum illud totum quod ex Deo habet, id est non solum mente, sed etiam corpore*³. Ahora bien, de estos dos servicios, la oración vocal hace,

1. S. THOM. 2. 2. q. lxxxiii, art. 12.
2. AUGUSTO NICOLAS, *Études sur le Christianisme*, t. III, p. 491.
3. S. THOMAS. *Ibid.*

por lo menos en parte, aquel del cual vamos a ocuparnos ahora, el corporal. Cuando el profeta Oseas exhortaba al pueblo a volver al Señor y a dirigirle esta oración: *Quita de nosotros toda iniquidad, acepta este bien, y te presentaremos la ofrenda de nuestras alabanzas: Omnem aufer iniquitatem, et accipe bonum, et redemus vitulos labiorum nostrorum*¹, ¿qué quería decir con esto? ¿qué eran aquellos sacrificios ofrecidos por los labios, sino la oración vocal?—Tercera: que hay a veces en el alma que ora tal exuberancia de santos afectos, de inflamados deseos, de dulces transportes, algo así como una locura de amor, que entonces es preciso que la lengua hable, que la voz estalle, que las rodillas se doblen, que las manos se junten, que los ojos se eleven al cielo, o se deshagan en lágrimas. Esto es lo que santo Tomás llama redundancia, es decir, que el alma, demasiado llena, se derrama por el cuerpo: *Tertio adjungitur oratio vocalis ex quadam redundantia ab anima in corpus, ex vehementi affectione*². Las Escrituras y las *Vidas de los Santos* abundan en ejemplos. No habremos más de las Escrituras. Oíd a David que exclama: *Mi alma se desborda de júbilo*; por eso canta mi lengua: *Laetatum est cor meum, et exultavit lingua mea*³. Y en otras partes: *Puesto que tu misericordia conmigo es tan grande, Dios mío, mis labios no cesarán de bendecirte, y alzaré en tu nombre las manos al cielo, y mi boca te alabará con los labios palpitantes de alegría*⁴. Pero nada puede compararse con lo que leemos en el capítulo IV de los Hechos: Encarcelados por los príncipes de los sacerdotes, y luego libertados, Pedro y Juan refieren a los hermanos reunidos en el

1. OSE., x, xiv, 3.
2. S. THOM., *ibid.*
3. PSAL., xv.
4. PSAL., lxii.

mismo lugar las maravillas que el Señor obró por sus manos, las palabras de fuego que el Espíritu Santo puso en su boca, y la conversión de cinco mil hombres que a esto siguió. Llena de entusiasmo la Asamblea, se levanta en masa, y exclama con voz unánime: Señor, tú eres el que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto en ellos se contiene; tú eres el que, hablando el Espíritu por boca de David, nuestro padre, siervo tuyo, dijiste: ¿Por qué se han alborotado las naciones, y los pueblos han forjado empresas vanas...? Y aplican todo el salmo II, de donde este texto profético está sacado, a los sucesos que acaban de pasar. Y cuando terminaron, ocurrió en el seno de la Asamblea como una segunda Pentecostés; el sitio en que estaban reunidos tembló y todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y anunciaban la palabra de Dios con confianza: *Et cum orasent, motus est locus in quo erant congregati: et repleti sunt omnes Spiritu Sancto, et loquebantur verbum Dei cum fiducia*¹.

Finalmente, necesaria es también la oración pública, la oración hecha por el pueblo, en cuanto pueblo, porque Dios no es menos el Dios del todo que el de cada una de las partes, del ser humano tomado colectivamente, que del ser humano tomado individualmente. A la sociedad que tiene a Dios por primer autor, le incumbe reconocerle como primer autor y último fin. Pero no se olvide que la oración pública, según *la notición total* que de ella hemos dado, es necesaria; por consiguiente, ore el pueblo en los lugares destinados a la oración pública, que antes eran el Templo y las Sinagogas, después, en los orígenes del Cristianismo, las Catacumbas, y hoy la iglesia propia de cada fracción y subfracción del pueblo cristiano. Ore el pueblo en los

1. Act., IV, 24-31.

as de oración pública, fijos o móviles, tal como el cielo sagrado los indique. El domingo y las fiestas cristianas han sido substituídas, no arbitraria, sino legítimamente, el domingo al antiguo sábadó, las fiestas cristianas a las neomenias y otras fiestas judías; no emplearlas en la oración pública, sería ir contra la ley de Dios y la autoridad de la Iglesia.—Ore el pueblo cristiano, no por sí mismo directamente, sino por los oficialmente encargados de la oración pública, esto es, por mediación del sacerdote; del sacerdote, único con autoridad para orar en nombre del pueblo; del sacerdote, digámoslo con san Pablo, sacado del pueblo, y establecido para el pueblo, en lo que se refiere al culto divino, a fin de ofrecer dones y sacrificios por los pecados... Nadie, pues, puede atribuirse a sí mismo este honor, sino que es preciso ser llamado a él por Dios, como Aarón¹.—Ore el pueblo tanto como pueda, de conformidad con las reglas establecidas para la oración pública, marcándose con el signo de la cruz, postrándose o poniéndose de pie, cuando deba hacerlo, orando en voz baja, o salmodiando, según que la Iglesia ore en voz baja, o salmodie. ¿Se referiría a esta observancia de las reglas de la oración pública san Pablo cuando escribía a los Corintios: *Hágase todo con orden y con veniencia?* *Omnia autem honeste et secundum ordinem fiant*².—Finalmente, y por cuanto, como ya lo hemos dicho, entre las oraciones que el sacerdote hace, hay una más excelente que todas las otras, que contiene todas las otras, que es toda adoración, toda alabanza, toda acción de gracias, toda petición, toda ofrenda: el Sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, la Misa; asista con frecuencia a él, y asista so-

1. Hebr., V, 4.

2. I Cor., XL.

bre todo cada domingo y cada día de fiesta; nada mejor puede hacer, ya para cumplir con la totalidad de sus deberes para con Dios, ya para su propio bien, aun como pueblo.

Y ahora que ya sabemos lo que es la oración, ya interna, ya externa, ya pública, así como las obligaciones que nos incumben, bajo estos tres aspectos, oremos como debemos orar.

Oremos con el corazón. Si la oración no es interna, no es más que un simulacro de oración; Dios, que es espíritu y verdad, quiere ser orado en espíritu y verdad. *Spiritus est Deus, et eos qui adorant eum in spiritu et veritate oportet adorare*¹.

Oremos con la boca. Ya hemos dicho que los signos sensibles en general, las palabras en particular, son utilísimas para excitar la devoción interior. ¿Hay que hacer largas oraciones vocales? ¡Oh la más ingenua de las preguntas! Puesto que la razón de ser de la oración vocal es excitar la devoción, haced largas oraciones vocales, si largas oraciones vocales os llevan a la devoción; pero si no os llevan a ella, si en vez de llevaros a ella, son un obstáculo, si la obstruyen, si la ahogan, dejad, os grita santo Tomás, dejad todas esas largas oraciones vocales, en que la rutina tiene tan gran parte, y sólo sirven para distraeros: *Et ideo in singulari oratione, tantum est vocibus et huiusmodi signis utendum, quantum proficit ad excitandam interius mentem. Si vero mens per hoc distrahatur, vel qualitercunque impediatur, est a talibus cessandum*²... Una pregunta provoca otra. ¿Hay que servirse de formularios quiero decir, de colecciones de oraciones ya hechas? Ni se os ordena, ni se os prohíbe. Antes se os prohibi-

1. JOANN., IV, 24.
2. S. THOM., loc. jam. cit.

ta que se os ordenaría. Vale más orar con el propio corazón y la propia lengua, que con el corazón y la lengua de otro. Sentís mejor vuestras necesidades, que tal autor más o menos juicioso, más o menos ilustrado, entregado a la misión de expresarlas. Pero si juzgáis útil recurrir a las ya hechas, bebed en buenas fuentes, y en vez de esas soberías, de que están llenos muchos libros¹, tomad, apropiaos las oraciones de los santos, de un santo Tomás, por ejemplo, de un san Buenaventura, de una santa Teresa, de un san Agustín en sus piadosos soliloquios, y mejor todavía mil veces las incomparables oraciones de la Iglesia, sus colectas, y tantas otras, sobre todo las de la Misa. Haced largo uso de las oraciones de la Iglesia; jamás las usaréis suficientemente.

Oremos públicamente, en los lugares y días de la oración pública. Esto quiere decir que hay tiempo y tiempo: tiempo para orar en secreto, *in abscondito*², y tiempo para orar en la gran asamblea, *in ecclesia magna*³; tiempo para tener oculto el misterio de Dios. *Secretum regis abscondere bonum mest*⁴, y tiempo para cantar sus alabanzas, y celebrar la magnificencia de sus obras, *opera autem Dei revelare et confiteri honorificum est*⁵; tiempo para salmodiar de espíritu y de corazón, *psallam spiritum, psallam et mente*⁶, y tiempo para convocar a todo el pueblo, ancianos, jóvenes, doncellas, y aun los niños, aun los que todavía están en la

1. Bene invigilandum est, praesertim moderno tempore, ut pretiosum a vili rite segregetur; plurimi enim titulo tenus pilibelli ineptis, aut etiam erroribus scitent. *Schram.* t. I, p. 86.
2. MARTH., VI, 6.
3. PSAL., XXI, 26.
4. TOBI., XII, 7.
5. TOBI., XII, 7.
6. I COR., XIV, 15.

lactancia, y reunirlos en la casa del Señor, para orar todos juntos, *congregate populum, coadunate senes, congregate parvulos et sugentes ubera; egrediatur sponsus de cubili suo, et sponsa de thalamo suo, et clamate ad Dominum*¹.

¡Oh Dios mío, haga vuestra gracia que estos diversos tiempos, tan distintamente señalados en vuestras Escrituras, sean fielmente guardados por el pueblo cristiano, para mayor gloria vuestra y para su propia dicha!

1. JOEL, I, 14, II, 16.

LA ORACION

SERMON OCTAVO

La oración en común en la familia

Donde dos o tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos (MATTH., XVIII, 20)

El Salvador prometió que allí donde dos o tres personas se reúnen en su sombra, estaría en medio de ellas para escucharlas. No privemos, pues, a nuestras moradas, de la bendición prometida a la oración en común.
Extr. de un Mand. de Cuaresma (1)

Lo hemos dicho en la última instrucción: una es la oración aislada, individual, ya vocal, ya mental, hecha en secreto, *in abscondito*, y otra la oración pública, siempre vocal, hecha por el pueblo y para el pueblo, *in ecclesia magna*. Pero el asunto no queda agotado. Hay otra oración, que no es ni la oración individual, porque la hace nvarios, ni la oración pública, porque los varios que la hacen no son más que una fracción del todo, es decir, de la gran Asamblea de los fieles: la oración en común. Pero todavía no es esta la última

1. *Mandamiento de Cuaresma del cardenal Richerd, archivo de Paris, 1894.*

forma de mi pensamiento. Menos consiste mi propósito en hablaros de la oración en común, considerada por modo general, que de una especie particular, tomada entre todas las demás, de la oración común. Ya me habéis entendido: me refiero a la oración en familia, esto es, hecha conjuntamente por todos los miembros que la componen. Dios nos ayude con su gracia.

Empezando por un argumento de autoridad, aunque en esta materia no hay precepto positivo, sino simplemente consejo, diremos que, de todos los catecismos diocesanos, no hay uno solo que no recomiende la oración en común dentro de la familia. Así también, cada año, al empezar la cuaresma, de todas las Pastorales que tienen por objeto la oración, no hay una sola que no invite a los fieles, y no los exhorten con las más apremiantes razones, ora a adoptar tan piadosa práctica, ora a continuarla, si ya la practican, o a reanudarla si, por desgracia, la abandonaron. Bastará citar, entre muchos, uno solo de los más distinguidos obispos de la primera mitad del siglo XIX, dirigiéndose a sus pátricos:

“Reclamamos vuestro concurso, amados cooperadores, les decía, para propagar una práctica que, una vez introducida en los hábitos del pueblo, se elevará a la altura de una institución social. Porque ¿qué podría nuestra débil voz si no se viera sostenida y fecundada por los esfuerzos y las industrias de vuestro celo? Exhortad, aprendiad, conjurad a vuestros parroquianos; emplead todos los medios de persuasión que os proporciona con relación a ellos vuestro ministerio, la predicación, la enseñanza del catecismo, la dirección de las conciencias, las visitas del pastor, para determinarlos a instalar en su hogar esa prenda de protección y de salvación. Dadles a entender que no se les propone

una novedad, sino un retorno a las costumbres de sus padres. Si interrogan a los ancianos, su testimonio confirmará el vuestro. Si lográis popularizar en las familias la comunidad de la oración, por lo menos la de la noche, pues bien vemos la dificultad de reunir por la mañana, por causa de los negocios y la diversidad de trabajos, todos los individuos de la casa, os veréis abundantemente recompensados de vuestros esfuerzos. Ya no tendréis el dolor de ver niños que, llegados a la edad de la discreción, muestran una ignorancia deplorable de las oraciones del cristiano y de los elementos de la fe, cuando se presentan a las pruebas preparatorias del acto más santo y a la vez decisivo para su dicha en la vida presente y en la de lo por venir. Cuando seáis llamados a la cabecera de los enfermos y de los moribundos, ya no se os desgarrará el corazón pues no encontraréis hombres descuidados de su suerte eterna, incapaces de hacer un acto de contrición y de amor de Dios, hombres a los cuales haya que enseñarles a pronunciar, palabra por palabra, como a los niños, el mismo *Padrenuestro*. En la cátedra sagrada, vuestra palabra será mejor comprendida y más religiosamente escuchada. Veréis los santos oficios y los tribunales de la penitencia más concurridos. Contaréis menos ausentes en las solemnidades de la Pascua en torno de la Mesa Eucarística. No tendréis que lamentaros tanto de los desórdenes y escándalos que provocan, en los domingos y fiestas, las asambleas nocturnas. Vivimos en una época en que cada uno debe aportar su piedra a la consolidación del edificio social; será siempre la mejor solución de los problemas que atormentan a las sociedades humanas, a menos que se descubra el secreto de hacerlas vivir y prosperar sin

esta garantía, fenómeno que no se ha producido desde su origen¹.”

¡Qué página tan conmovedora!... Analicemos sus principales ideas.

En primer lugar, nada tan verdadero como que la oración común en la familia no es una novedad, es decir, la introducción en el hogar doméstico de una práctica desconocida de nuestros padres. En los siglos de fe, cuando las instituciones, las leyes, las costumbres estaban enteramente impregnadas de cristianismo, ¿cómo la familia no hubiera sido cristiana? Lo era. Cada mañana, y sobre todo cada noche, el padre, la madre, los hijos, el abuelo lleno de días, el huésped del hogar, el viejo servidor, todos oraban con el mismo corazón, con la misma voz, al Padre común que está en los cielos.

En segundo lugar, nada tan verdadero como que la oración en común en la familia procura ventajas que no puede obtener en el mismo grado la oración aislada. En igualdad de las demás circunstancias, ella es más eficaz. En esta materia, como en cualquier otra, la unión hace la fuerza. Un haz triple se rompe difícilmente, dice la sagrada Escritura². Ayudado el hermano por el hermano, leemos en los Proverbios, es como una ciudad inexpugnable³. Los hechos responden a los textos. En el capítulo IV del Evangelio de san Juan, un oficial superior, *regulus*, se acerca a Jesús, y le pide la curación de su hijo: es escuchado, pero sólo a la segunda vez, y no sin oír estas palabras del Señor, por lo menos muy frías: *Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis*⁴. En cambio, en el capítulo VIII del Evangelio

1. *Cardenal Giraud, arzobispo de Cambrai*, t. IV, p. 111.
2. *ECCLE.*, IV, 12.
3. *PROV.*, XVIII, 19.
4. *JOANN.*, IV, 47.

de san Mateo, otro suplicante, un centurión, pide la curación de un simple criado, y es escuchado al punto. ¿De dónde esta diferencia? Supongo que las disposiciones personales del segundo suplicante eran más perfectas que las del primero, pero es permitido atribuirlo a la causa de que el primero pedía él solo, en tanto que el segundo, iba acompañado de sus amigos y conocidos, y pedían con él y para él, apoyando su causa de la mejor manera posible. He aquí el texto: *Et cum audisset de Jesu, misit ad eum seniores Iudeorum... At illi cum venissent ad Jesum, rogabant eum sollicite, dicentes ei: quia dignus est ut hoc illi proestes. Diligit enim gentem nostram*¹...

Pero, independientemente de esta primera ventaja, que es general y pertenece a toda oración colectiva, por el solo hecho de ser colectiva, hay otras particularidades, propias solamente de la oración en común en la familia. Suponiendo, en efecto, que todos los que viven bajo el mismo techo, esposo, esposa, padre, madre, hijos, criados, hagan la oración en común, no a intervalos, sino cada día, no durante un tiempo, sino en todo tiempo, ¿qué ocurrirá?

Ocurrirá una visión cada vez más limpia y siempre presente de las verdades santas que hay que creer, de los divinos mandamientos que debemos observar, de las virtudes cristianas que debemos practicar. En efecto, ¿cómo desarraigar todas estas cosas, o simplemente echarlas en olvido, si cada día se recitan públicamente sus fórmulas? Parecemos que no es un juicio formulado al azar, sino exacto y verdadero, el siguiente: la oración en común, por lo menos una vez al día, es como la continuación, bajo otra forma, de los catecismos de la primera edad.

1. *MATTH.*, VIII, y *LUC.*, VII.

Ocurrirá un cumplimiento más fiel de los deberes doméstico. Sí, si ocurre, como decíamos hace un momento, que el esposo, la esposa, el padre, la madre, los hijos, los criados, oran en común, no a intervalos, sino cada día, no durante un tiempo, sino siempre, el esposo y la esposa se amarán con amor más tierno, más verdadero, más sincero, más duradero, y las pocas nubes, si las hay a veces en el cielo de su unión, se disiparán pronto; los hijos serán más obedientes, los criados más concienzudos, los amos de humor más agradable. Es decir, que estas tres cosas, que tanto agradan al Señor, pero que tan raras son fuera de los hogares cristianos, se hallarán reunidas en éste precisamente porque en él se ora en común: la concordia entre hermanos, el amor de los parientes, un marido y una mujer que se armonizan perfectamente: *In tribus placitum est spiritui meo: concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier bene sibi consentientes!*

Ocurrirá el cumplimiento igualmente más fiel, de los deberes religiosos. ¿Pues qué, no es ya un deber religioso cumplido esa oración en común hecha todos los días? Seguirán los otros. Puede uno ser inconsecuente consigo mismo durante un tiempo más o menos largo, pero no lo será indefinidamente. Ese hombre, ese padre de familia, que oye recitar en torno suyo, y recitará él mismo ostensiblemente los mandamientos de Dios y de la Iglesia, acabará tarde o temprano por no infringir más la ley de la penitencia. Mujer, que has conducido a tu marido a orar como tú y en unión contigo, veo venir el día en que no irás sola a misa, a oír la plática del pastor, a comulgar por Pascua. En una palabra, veo venir el día en que todas las costumbres de la vida

1. ECCII, xxv, 2.

cristiana tenderán entrada, una tras otra, en tu casa, y tu casa será como san Pablo quería que fuesen todas las casas cristianas: una iglesia doméstica.

Mas si no fuese una familia sola la que se hallase en estas condiciones, con una visión más clara, más precisa, siempre presente de las verdades de la fe, no menos que con un cumplimiento más fiel, y, a la larga, integral, completo, de los deberes domésticos y religiosos; si, repito, no fuera una familia sola, aislada, perdida y anegada en la masa, como lo estaba en medio de la gentilidad la de Abraham, sino diez, veinte, cien, todas; si todas las familias fueran cristianas y, por consiguiente, la sociedad, para la que son las familias lo que son a los ríos los pequeños cursos de agua, y los ríos al océano; si esto fuera así, todos los problemas sociales actualmente existentes, y de aspecto tan formidable, ¿no estarían resueltos? ¿Qué digo? Ni siquiera se suscitarian, porque, si se suscitan, es precisamente porque la sociedad ha dejado de ser cristiana, y se ha expulsado de ella a Dios... ¡Ah, vuelva Dios a la sociedad, y vuelva pronto, si queremos evitar una ruina cierta y quizás inevitable! Vuelva a las instituciones, a las leyes, a las costumbres, a la familia, a la familia sobre todo, porque la sociedad, recibiendo de la familia sus elementos enteramente formados, o casi formados, es decir, poco modificables en adelante, lo que sea ésta, casi inevitablemente lo será aquélla, religiosa o incrédula, si la familia es religiosa o incrédula, sana o corrompida, si la familia es sana o corrompida. Así lo quiere la lógica de las cosas. Ahora bien, como la oración hecha cada día en la familia, es uno de los medios más eficaces para cristianizarla, nos hallamos ya en condiciones para entender las palabras del principio, cuya importancia quizás no hemos apreciado aún en su

totalidad, esto es, que, una vez introducida en las costumbres de los pueblos, la oración doméstica se elevaría a la altura de una institución social, como también las siguientes, que no son otra cosa que la aplicación práctica de estas: Exhortad, apremiad, conjurad a vuestros feligreses; emplead todas las vías de persuasión que os proporciona, con relación a ellos, vuestro santo ministerio, la predicación, la enseñanza de la doctrina, la dirección de las conciencias, las vistas del pastor, para determinarlos a instalar, cerca de su hogar, esa prenda de protección y de salvación... Pero tenemos algo mejor aún, mejor que un obispo particular, cierta autoridad que se une a su nombre; tenemos al Obispo de los Obispos, al Obispo universal, nuestro gran Papa León XIII. Seguro es que nadie ve con vista más segura los males que nos trabajan y los que nos amenazan. Pues bien, a los unos y a los otros, a estos para conjurarlos, y aquéllos para curarlos, ¿qué les opone? Una obra fecunda, conocida hoy del mundo entero: la Asociación universal de las familias cristianas, y su consagración a la Sagrada Familia de Nazaret, el más perfecto ejemplar de la sociedad doméstica, modelo acabado de toda perfección. ¿Qué desea con todo el ardor de su corazón? Que se extienda y penetre por todas partes esta santa liga; que a este efecto, los primeros Pastores de las diócesis, y, bajo su autoridad, los pastores secundarios, unan sus esfuerzos a los suyos, en la seguridad de que cuanto más hondas raíces echen la piedad y la virtud en el seno de la familia, mayor abundancia de frutos resultará, para el bien común. Pero a una Asciación tal como ésta, de origen religioso, y de fin religioso, corresponde un ejercicio religioso bien determinado, y diario, si es posible. ¿Cuál será? ¡Ah, mi triunfo es fácil, porque no soy yo quien

va a hablar, ni siquiera un obispo, por elevado que esté en la jerarquía, sino el papa en persona. Escuchad, traduzco literalmente: *La imagen de la Sagrada Familia de Nazaret deberá hallarse en cada una de las familias inscritis, y sus miembros orarán en común ante esta imagen, por lo menos una vez al día, y en cuanto sea posible, por la noche.*

Piadosos fieles, voy a terminar. A vosotros toca responder a las apremiantes invitaciones que se os han dirigido. Entre la resolución y la ejecución, entre el decir y el hacer, no hay intervalo alguno, *dirixi, nunc coepi*. A la obra, pues: desde hoy, y cada día en adelante, haced la oración en común, y aun me atreveré a decir que lo sepa el pastor, a fin de que tenga esta nueva ocasión de elogiar vuestra docilidad, y por ello mismo, un nuevo motivo para bendecir al Señor.

LA ORACION

SERMON NOVENO

La oración jaculatoria

Hay que orar siempre, y no cesar jamás (Luc., 18, 1)

Quando rogamus Deum, pietate opus est non verbositate; aliud est sermo multus, aliud diuturnus affectus; nam plerumque hoc negotium plus genitibus agitur quam sermonibus, plus affectibus quam affatu.
S. AUGUST. *De serm. Dom.*, lib. 2

La oración privada, ya mental, ya vocal, y la oración pública, siempre y necesariamente vocal, ha sido el objeto de la penúltima instrucción. Otra forma de oración será el objeto de la presente: la oración jaculatoria, que participa de la mental y de la vocal. Empecemos por explicar su noción, y una vez sentada con exactitud esta noción, sacaremos de ella consecuencias prácticas de gran importancia. Dios nos ayude con su gracia.

Enseña con gran exactitud un autor eminente! que, por oraciones jaculatorias hay que entender ciertas palabras vivas y afectuosas por las cuales el alma se lanza hacia Dios, ora para demostrarle su confianza, ora para darle gracias por sus dones, ya para exaltar su grandeza, ya para anonadarse en su presencia, bien a

1. BOURDALOUE, *Pensées*, t. I, p. 30.

acés para doblegar su cólera e implorar su misericordia, bien para dirigirle humildes peticiones y reclamar su auxilio. Cortas son estas palabras, y sólo forman unas cuantas frases, pero frases llenas de energía, y, si me atrevo a decirlo repletas de substancia. De aquí que se las llame oraciones jaculatorias, porque son como rasgos inflamados que parten repentinamente del alma y traspasan el corazón de Dios.

Pero esta noción de la oración jaculatoria, tan claramente expuesta, no puede ni debe quedar en estado de teoría únicamente. Definir la oración jaculatoria como acabamos de hacerlo, es manifestamente recomendar su uso, uso autorizado, fácil, útil y aun necesario. Estudiemos, uno tras otro, estos diferentes calificativos, y demos a las ideas que expresan el desarrollo conveniente.

Uso de la oración jaculatoria, uso autorizado: Si recorremos las Escrituras, veremos que están llenas de oraciones jaculatorias, sobre todo el Salterio y el Evangelio. En el Salterio, oraciones jaculatorias: este grito de David: *Vos sois, Señor, el Dios de mi corazón*; y este otro: *¡Oh Dios mío y mi misericordia!*; y este otro: *¡Quién tuviere alas como la paloma, para volar hasta ti Señor, y descansar en ti!*; y este otro, de género diferente: *Sacád mi alma del fondo del abismo ¡oh Dios mío! y acordaos que es lo único que poseo*; y este otro al cual un antiguo atribuía pronta y como universal eficacia: *¡Oh Dios mío, corre en mi auxilio! Señor, apresúrate a socorrerme!*... En el Evangelio—¿habrá que recordar las oraciones breves, cortas, que ya he-

1. A. Cassianus, in solo illo versu Psal. lxxix: *Deus in adiutorium meum intende: Domine, ad adiuvandum me festina* presentis sinum subsidium pro omnibus nostris indigentis inventi, si iugiter eum in corde et ore habeamus. *Ap Schwam.* t. p. 87.

mos mencionado en una de las precedentes instrucciones? La del ciego de nacimiento: *Señor, haz que vea*; la de la Cananea: *Señor, hijo de David, ten piedad de mí*; la de los Apóstoles: *Señor, séme propicio, porque soy pecador*; la del pródigo: *Padre, perdame contra el cielo y contra ti...* Tras las Escrituras, la Liturgia. Pocos oficios litúrgicos hay que no contengan una o varias oraciones jaculatorias. Sólo damos un ejemplo, pero un ejemplo notable entre todos: las siete grandes antífonas de Navidad: ¡Oh Sabiduría...! ¡Oh Adonai...! ¡Oh Vástago de Jessé...! ¡Oh llave...! ¡Oh Oriente y esplendor de la luz eterna...! ¡Oh Rey de las naciones...! ¡Oh Emmanuel...! Cada exclamación termina en una plegaria en relación con la exclamación misma. Los Doctores de la Iglesia tampoco se han mostrado mudos sobre este asunto. ¿Qué es sino una recomendación de la oración jaculatoria este hermoso pasaje de san Agustín que nos ha servido de introducción: Cuando oramos a Dios, tenemos necesidad de un fervor muy grande de sentimiento, no de gran afluencia de palabras; una cosa es un discurso largo y otra un afecto continuo; más eficaz es la oración que se expresa por gemidos que la que se expresa por palabras, por lágrimas que por frases. Y cuando, al escribir a una dama romana llamada Proba: Es la costumbre de nuestros hermanos de Egipto, le decía, el hacer frecuentes oraciones, pero muy breves, por tanto, como rayos, a fin de que la atención del espíritu, en vez de adormecerse, esté siempre despierta: *Dicuntur fratres in Aegypto crebras quidem habere orationes, sed eas tamen brevissimas, et raptim quodam modo jaculatas, ne evanescat atque hebetetur intentio*¹, ¿no

1. Epist. ad Probam, n. 20.

valga a decirle: Haz lo mismo? Si no tuviéramos la oración de ser breves, añadiríamos a san Agustín, Doctor por excelencia de la vida espiritual para todas las condiciones de la vida, a san Francisco de Sales, expresando el deseo de que la oración jaculatoria nos sea común y tan ordinaria como la aspiración; añadiendo, para concluir, que en este ejercicio de las oraciones jaculatorias consiste la gran obra de la devoción, y que, en rigor, en tanto pueden suplir las otras especies de oración, en cuanto, si faltan, es difícil sustituirlas¹... Léase todo este hermoso capítulo del más admirable de sus libros.

Uso de la oración jaculatoria, uso fácil. Es la evidencia misma.—Fácil porque, estando compuesta la oración jaculatoria de pocas palabras, y con mayor razón, si es enteramente mental, como sucede con frecuencia, nada puede impedir, dice san Juan Crisóstomo, que la hagamos, ni el tiempo, ni el lugar. Y añade: ninguna necesidad de doblar la rodilla, ni de golpearse el pecho, ni de alzar las manos al cielo, y menos todavía de erigir un altar. Ora os halléis en la soledad, o estacionados en la plaza pública, ora vayáis a comprar, o regreséis de la compra, ya seáis comerciantes por menor de pie junto al mostrador, ya zapateros o sastres, o domésticos muy atareados, o destinados a los oficios más humildes de la cocina, siempre y en todas partes podéis elevar vuestra alma a Dios. ¿Por qué? Porque Dios no se avergüenza ni de los lugares, ni de los empleos que uno ejerce; un alma ferviente es lo único que pide: *Non enim locum Deus vereatur, sed unum solum explet, fervidam mentem*².—Fácil porque, si bien valga más

1. Introducción a la vida devota, segunda parte, cp. XIII.
2. De orat. hamil. 2. Sólo hemos tomado los rasgos principales de este texto, tan largo y abundante en detalles.

quizás variar las fórmulas de oración jaculatoria, pasar, por ejemplo, de la intercesión a la acción de gracias, de la acción de gracias a la alabanza, de la alabanza a la petición, según el tiempo, las circunstancias, el estado de espíritu en que se halla uno, no está ni mucho menos prohibido servirse de una sola, por decirlo así, de uso universal. La historia menciona un piadoso solitario que decía día y noche, y no decía más que esto: *¡Alabado sea el nombre del Señor!* San Agustín, cuyos libros están llenos de oraciones jaculatorias, mostraba una predilección especial por estas dos palabras *Deo gratias*: *¡Gracias, Dios mío...! Prefería su querido Deo gratias*, y lo repetía sin cesar; a escucharle a él, no es posible imaginar nada mejor en el alma, ni en los labios, ni en la pluma; no es posible decir nada más corto, ni gustar nada más dulce, ni comprender nada más grande, ni practicar nada más útil: *Quid melius et animam geramus, et calamo exprimamus quam Deo gratias? Hoc nec dici brevius, nec audiri loetius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest!*—Fácil, en fin, porque, valiéndome de la autoridad de san Francisco de Sales para emplear esta comparación², ocurre con el amor divino lo que con el amor profano, que, a pesar de ser tan opuesto por el objeto, se parecen en cuanto al modo de acción. Si un hombre está poseído de un amor loco, casi todos sus pensamientos están ocupados por la persona que ama; su corazón no tiene afecto más que por ella; su boca la elogia constantemente; si está separado de ella, le escribe las cosas más tiernas, y poco falta para que grave su nombre en la corteza de todos los árboles que encuentra. Pues del mismo modo, los

1. EPIST., XII. n. 1.
2. BOURDALOUE emplea la misma comparación, no sin tomar algunas precauciones con relación a sus lectores, *Pensées*, t. I, p. 38.

que aman a Dios, no cesan de pensar en él, de aspirar a él, de hablar de él; si fuera posible, quisiéran grabar su nombre divino en el pecho de todos los hombres¹... Tras esto, el santo Doctor, de quien hemos tomado textualmente este pasaje, muestra, mediante muchos ejemplos tomados de buena fuente, cómo los santos se valían de las obras de Dios, aun de las más comunes, para elevarse hasta Dios; éste exclamando, a la vista de una oveja en medio de petros hambrientos: Así te viste tú ¡oh Dios mío! en medio de tus enemigos; aquél, considerando una corriente de agua: Mi alma ¡oh Salvador! no hallará reposo hasta que se abisme en vos, que sois su principio, como esa corriente de agua marcha a abismarse en el océano; otro, en presencia de las flores, de un género especial, que se vuelven como por instinto hacia el sol siguiendo todos sus movimientos: ¿Cuándo será ¡oh Dios mío! que también mi alma obedezca sin esfuerzo a los atractivos de vuestra gracia? En realidad, ¡cuán fácil es, pues, este ejercicio de las santas aspiraciones y de las saludables ideas, a quien sabe y quiere leer en ese hermoso libro de la naturaleza, en el cual está escrito el nombre de Dios en cada una de sus páginas!

Finalmente, uso de la oración jaculatoria, uso útil. ¿Qué son estas palabras cortas, vivas, que parten como rayos? Pequeñas centellas; sí, os responde un piadoso autor; pero esas pequeñas centellas son suficientes para iluminar vuestra alma y calentarla. Otro, muy docto, muy versado en las cosas espirituales, considera las oraciones jaculatorias como otros tantos medios eficaces para preservarse del pecado: Sobre todo en los momentos de tentación violenta, es preciso repetir las sin

1. S. FRANCISCO DE SALES, *Ibid.*
2. S. FRANCISCO DE SALES, *Ibid.*

cesar; sería desear, añadir, que tuviéramos algunas elegidas por adelantado y siempre dispuestas¹. No es imposible que vayan adheridos a la oración jaculatoria efectos todavía más notables. Acordaos tan sólo de esta particularidad de la Pasión, la confesión del buen ladrón. ¡Cuánto tiempo necesitó este hombre, blasfemo hasta entonces, para ganar el cielo, y desde el cadalso pasar al Paraíso? El tiempo de lanzar un rayo, esto es, de hacer la oración jaculatoria que ya sabéis: Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino²... David, adúltero y homicida, necesitó menos aún: Pegué, exclama, *peccavi*. — Bien está, le responde el profeta hablando en nombre de Dios, vuestro pecado está perdonado³... Una sola palabra, pero era sincera, y por eso bastó. ¡Ah cristianos, puede darse el caso de que, entre vuestros difuntos se halle alguno cuya muerte, demasiado poco prevista y preparada, le haya dejado grave inquietud respecto a su salvación. Y si ocurre que haya dejado esta vida en condiciones peores, con signos, humanamente hablando, casi ciertos de reprobación, como sucede en nuestros desdichados tiempos, vuestra inquietud es todavía más justificada. Pero ¿quién sabe si el último latido del corazón no fué para Dios? ¿Quién sabe si en el último segundo, su última palabra interior no fué un *peccavi*... un *Dios mío, ten piedad de mí*, un *Perdóname, Dios mío*?... Y cuando pensamos que Dios, infinito en misericordia, se da por satisfecho con esa última mirada dirigida a él... Esto es lo que ha dado lugar a esta reflexión tan exacta, de una doctrina teológica tan verdadera, el que, con los hombres, para tratar un negocio, un negocio de reconciliación sobre todo,

1. FABER, *Progrés de l'âme*, p. 267.
2. LUC., XXIII, 42.
3. II. REG., XII, 13.

se necesitan frecuentes entrevistas, largas negociaciones, en tanto que con Dios puede terminarse todo en un instante¹.

Todavía hay otra razón por virtud de la cual el uso de la oración jaculatoria es útil. Si es menos llamativa que la precedente, no carece de valor, ni mucho menos, y aun desde cierto punto de vista, la esclarece. Todo consiste en saber apreciarla. Hay que orar siempre, dice Nuestro Señor, y no cesar jamás². Que estas palabras son preceptivas, no parece dudoso. Hay que, *oportet*, hay que orar siempre, *oportet semper orare*, y no cesar jamás, *et nunquam deficere*. Si este segundo miembro de la frase no añade substancialmente nada al primero, lo confirma singularmente. Es un pleonismo, género de afirmación fuertemente acentuada, bastante frecuente en las Escrituras. Pero orar siempre, ¿qué es? Orar una vez por semana, cada domingo, en la misa parroquial, ¿es orar siempre? Orar una vez al día, y mejor aún, dos veces, por la mañana y por la noche, como se acostumbra en todas las familias cristianas, ¿es orar siempre? Si esta primera interpretación parece insuficiente, y deja subsistir alguna duda, esta otra será absolutamente falsa, y justamente condenable al obligarnos a estar siempre de rodillas, con las manos juntas, los ojos elevados al cielo, y teniendo sin descanso fórmulas de oración en los labios³. Tú, obrero, en la fragua o en el taller; tú, artesano, labrador o viñador; tú hombre de negocios; tú, hombre de estudio; tú, hombre público; tú, criada, ama de casa, madre de familia, agobiados de quehaceres; nosotros todos, en fin, tenemos deberes que cumplir, que absorben nuestras horas, nues-

1. BOURDALOUE, *Ibid.* p. 36.
2. LUC., XVII, 1.
3. Tal es la interpretación errónea de una secta herética, los equitas, que fueron condenados por varios concilios.

tros días, la vida entera. Orar siempre, porque la cuestión no está resuelta, ¿qué es pues? Las Escrituras y los Doctores abundan en respuestas. Orar siempre es abstenerse de pecar, llevar una vida pura, observar toda la ley, dice el hijo de Sirac, en el Eclesiástico: *Qui observat legem, multiplicat orationem; sacrificium salutare est attendere mandatis, recedere ab injustitia*¹. Orar siempre es hacer todos los actos por Dios, ofrecerle todos nuestros padecimientos, aficciones, pruebas, de cualquier género que sean; finalmente, dice santo Tomás, dirigir toda vuestra vida, orientarla, ordenarla hacia Dios: *Tandem homo orat, quandiu totam vitam suam in Deum ordinat*². Orar siempre, dice san Agustín, es desear siempre lo único que es deseable, amar siempre lo único que es amable, es decir, Dios. Cualesquiera que sean vuestras ocupaciones, si el deseo y el amor duran siempre, orad siempre; el frío de la caridad es el silencio del corazón; el ardor de la caridad es el grito del corazón; si la caridad se manifiesta siempre, vuestros deseos no cesan, y si vuestros deseos no cesan, tampoco cesa vuestra oración: *Ipsum desiderium tuum oratio tua est et si continuum desiderium, continua oratio... Frigus charitatis silentium cordis est, flagrantia charitatis clamor cordis est. Si semper desideras, semper oras*³. Orar siempre, dice Bossuet, es conservar en el corazón algunas verdades sacadas de las lecturas o de la oración hecha en las horas debidas, y recordarla sin esfuerzo, manteniéndose, en cuanto es posible, en un estado de humilde dependencia con relación a Dios, y exponiéndole sus necesidades, es decir, poniéndose las

1. ECCLEI, XXXIV.
2. In Epist. ad Rom. c. I.
3. In Psal. XXXVII, y serm. 80.

ante los ojos, sin decir nada¹. ¿Pues qué, todas esas respuestas, que tenemos por buenas desde que proceden de fuentes tan autorizadas, ¿no suponen la oración jaculatoria? ¿Cómo abstenerse del pecado, y sobre todo, cómo resistir a ciertas tentaciones, vivas, repentinas, impetuosas, sino con una oración viva, repentina, impetuosas, como la tentación misma? Ofrecer a Dios todas las aficciones, ¿es posible hacerlo de un modo útil, si no es por medio de oraciones hechas, no a largos intervalos, sino frecuentemente, y, por decirlo, de hora en hora? El deseo sin cesar renovado de lo único que es deseable, el amor alimentado constantemente de lo único que es amable, ¿qué es sino la misma oración jaculatoria? Del mismo modo, ¿son otra cosa que oraciones jaculatorias esas verdades que sacamos de una oración, o de una lectura, que conservamos en nuestro corazón, que recordamos sin esfuerzo, y mejor aún, esa alma que se pone en la presencia de Dios, y como ante su paso, sin decirle nada?

Hagamos, pues, cristianos, frecuentes oraciones jaculatorias. Contraigamos desde ahora, si aún no lo poseemos, ese hábito dulcísimo, y hasta cierto punto necesario. Día vendrá, y de este día una hora, en que la oración jaculatoria será nuestro grande, nuestro grandísimo recurso. ¡Dichoso el que muere con los ojos fijos en el crucifijo, pronunciando con los labios o el corazón, esta plegaria que la Iglesia nos hace leer cada domingo en el oficio de Completas, como para que se grave más en nuestra memoria: *Señor, en vuestras manos encomiendo mi alma. In manus, tuas, Domine, commendo spiritum meum*...

1. *Opusculi de pieté*, t. XIV, p. 127.
2. S. CHRYSOSTOMUS et S. BONAVENTURA ejusmodi aspirationis ad cuiuslibet horae sonitum commendant (SCHRAM).

LA ORACION

SERMON DECIMO

La oración contemplativa

Señor, a no haber sido tu ley el objeto de mi meditación, hubiera sin duda perecido en mi angustia (SALM. CXVIII, 92)

Dolendum sane quod concionatores, parochi et confessarii populum fidelem statim a pueritia in hoc puncto (id est oratione mentali) non frequentius instruant: Incrurentur animas ad perfectionem christianam in magna copia evolutantes.

SCHRAM. *Inst. Theol. myst.* t. I, p. 92

Hemos dicho en las dos precedentes instrucciones que Moisés, en el Sinaí, y Elías, en la cumbre del Carmelo, dirigieron oraciones al Señor sin pronunciar una palabra, y que estas oraciones eran buenas, puesto que fueron escuchadas; pero esta forma de oración mental no es toda la oración mental. Existe otra. Esta otra es la oración mental llamada contemplativa, y más brevemente oración, meditación. Retengamos tan sólo este último nombre, y hagamos de lo que expresa el asunto de la presente instrucción. ¿Qué es la meditación? Dios nos ayude con su gracia.

La meditación bien definida, a nuestro parecer, es un ejercicio religioso por medio del cual se profundiza tal

o cual verdad del orden sobrenatural, no para saber más en este orden de conocimientos, o comunicarlos a otros, sino con un objeto práctico y personal, es decir, para ser más piadosos, más virtuosos, en una palabra, para hacernos mejores. Expliquemos esta definición. La meditación es un ejercicio religioso.

Un ejercicio religioso muy noble. Las tres grandes facultades del alma, la memoria, la inteligencia o entendimiento y la voluntad, toman parte en ella.—La memoria proporciona el asunto, mejor dicho, lo recuerda, porque fué previsto por adelantado y sumariamente preparado; lo recuerda, pues, lo precisa, lo revisa, con ayuda de la imaginación, de los más vivos colores, por lo menos, de los que soporta. Ora es una verdad moral, por ejemplo, la injuria, como infinita, hecha a Dios por el pecado, la fealdad particularmente horrible del vicio impuro, la excelencia de la castidad, la necesidad de ser humilde y las ventajas que esta virtud procura; ora es alguna de las máximas de que está lleno el Evangelio, entre otras, la que ha poblado de santos el cielo: ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?; finalmente, y con más frecuencia, un rasgo de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, su concepción santísima en el seno de María, su nacimiento en Belén, su presentación al Templo, su huida a Egipto, su vida oculta, sus enseñanzas públicas, sus milagros, su muerte en cruz, su gloriosa resurrección, su triunfal ascensión. ¡Ah!, ¿por qué los cristianos no han de meditar cada día el misterio del Verbo encarnado?—La inteligencia o el entendimiento hace su obra una vez acabada la de la memoria o de la imaginación, o mejor, la de ambas. El entendimiento se apodera de la verdad moral, de la máxima, del misterio objeto de meditación que la memoria ha propor-

cionado, o simplemente recordado, que la imaginación ha hecho más sensible mediante los colores de que reviste las cosas, y la estudia, la discute, se la aplica, se penetra de ella, como la lana, dice san Francisco de Sales, que ha de teñirse, se embebe el líquido en que ha sido sumergida; es este, por otra parte, un trabajo fácil, como lo enseñan los doctos en esta materia, para lo cual basta con que el alma se haga las preguntas siguientes: ¿Qué he de considerar en el asunto propuesto? ¿Qué conclusión práctica he de sacar de él? ¿Qué motivos me impulsan a conformarme con esta doctrina? ¿Cómo la he seguido hasta aquí? ¿Qué he de hacer ahora que la luz brilla ante mis ojos? ¿Qué obstáculos he de vencer? ¿Qué medio necesito? Es decir que si uno de nuestros modernos incrédulos hallase en algún filósofo antiguo, Platón, Sócrates o Epicteto, un sistema tan bien ideado de perfeccionamiento moral, apenas tendría palabras para expresar su entusiasmo.—La voluntad empieza aquí su acción; a ella le toca ahora obrar; de lo contrario, la meditación dejaría de ser una oración mental, y no sería más que una simple especulación, o un examen de conciencia truncado. Por consiguiente, a la voluntad pertenece obrar, formar piadosos afectos, generosas resoluciones; piadosos afectos, o de amor de Dios, o de odio al pecado, o de confusión a vista de las faltas cometidas, tan numerosas y tan imperfectamente expiadas, o de compasión, o de alabanza, o de gratitud, o de alegría, según lo exija el asunto, sin que sea necesario expresarlos con palabras, pues sólo el corazón es el que habla; generosas resoluciones, que sean verdaderamente tales, esto es, prácticas, particulares, de aplicación inmediata, para el mismo día. En efecto, resoluciones faltas de estos caracteres, vagas, indecisas, flotantes, sin objeto, por lo

menos próximo, carecerían de efecto sobre el alma para corregirla, como no lo tendrían sobre una muralla, para abatirla, descargas de artillería hechas al azar... Pero basta ya sobre este punto, ya que nuestra intención no consiste precisamente en enseñar cómo y por qué reglas debe hacerse la meditación, sino más bien demostrar que es un ejercicio religioso, muy noble, mediante el concurso que las tres grandes potencias del alma están llamadas a prestarle.

La meditación es un ejercicio religioso.

Un ejercicio religioso, si no absoluta y rigurosamente obligatorio para todos, en el mismo grado, por lo menos muy útil. Lo dicen las Escrituras. Léase el capítulo VI del Deuteronomio, el día en que Dios da su ley a los hijos de Israel, les dice: La grabaréis en vuestro corazón; la enseñaréis a vuestros hijos, la meditaréis, sentados en vuestra casa, o caminando, o por la noche durante los intervalos del sueño, o por la mañana desde que os levantéis. Y cuando, en el Evangelio, dice Nuestro Señor Jesucristo que el hombre no vive solamente de pan y vino, sino de toda palabra salida de la boca de Dios, ¿qué quiere significar esta asimilación del alimento corporal con el espiritual, sino que hay que hacer con éste lo que se hace con el otro, es decir, masticarlo, triturarlo, digerirlo, rumiarlo, si me atrevo a emplear esta palabra? Sólo con esta condición aprovecha en realidad.—Los Doctores de la Iglesia lo repiten. Oigamos a san Bernardo: La meditación es la que sirve de antorcha a nuestra alma, de ojo a nuestra conducta, de guía a nuestros pasos; la que purifica nuestros pensamientos, perfecciona nuestras obras, corrige nuestros defectos, regula nuestras

1. Deut. c. v. 7.
2. Matth., iv, 4.

costumbres, ordena, en fin, toda nuestra vida, tanto interior como exterior. San Francisco de Sales, maestro de los maestros en esta materia, dice: Poniendo la oración a nuestro espíritu frente a la luz divina, y exponiendo nuestra voluntad al amor celestial, nada hay tan propio para purgar nuestro entendimiento de sus ignorancias, y nuestro corazón de sus malos afectos.—El ejemplo de los santos lo confirma. ¡Cuántos de ellos no debieron su eminente santidad a la meditación frecuente de las grandes virtudes de la salvación! En su soledad de Belén, entrega Jerónimo su cuerpo a las prácticas de la penitencia más austera; tanto temor le infunden los juicios de Dios, de los cuales había hecho el asunto habitua lde sus pensamientos! Antonio medita estas palabras: Si quieres ser perfecto, vende cuanto posees, da su precio a los pobres, y hallarás rico tesoro en el cielo. El cielo por la tierra, ¡qué cambio tan provechoso! He ahí que, al revés del joven del Evangelio, a quien estas mismas palabras del Salvador pusieron tan triste, Antonio, lleno de gozo, se desprende de todo, para no pertenecer más que a Dios. —Y para la razón misma... si está iluminada por las luces de la fe, el asunto no está fuera de su competencia. Empréndalo, pues, y trátelo; repita, por lo menos, si no puede hacer otra cosa, lo que con tanta perfección dijo el docto Bourdaloue: Si he de creeros, una corta meditación cada día no es una práctica que se armonice con vuestro estado; pero para sacaros de vuestro error, os haré algunas preguntas que os parecerán muy extrañas, pero que no están fuera de lugar. Porque

1. ¿Quién, sobre este asunto, ha hecho mejor que san Jerónimo lo que, en esta materia, se llama composición de lugar? Parecía oír ya la trompeta del juicio final, y ver despertarse los muertos al ruido de este trueno.

cuando me decís: ¿Me conviene entregarme a la meditación?, os contesto: ¿Os conviene salvaros? ¿Os conviene conservar vuestra alma limpia de todo pecado? ¿Os conviene, en medio de tantos lazos, de tantos escollos, en que vuestra condición os expone en relación a la conciencia, descubrirlos todos, y conocerlos a fondo, para tener cuidado con ellos y evitarlos? ¿Os conviene saber en qué estado estáis con relación a Dios, lo que debéis a Dios, como pagaréis a Dios, si en toda la conducta de vuestra vida obráis según los principios del Evangelio y de la ley divina? ¿Os conviene conocer la religión que profesáis, penetrar sus grandes verdades, llenaros de ellas, no olvidar jamás las grandes esperanzas que os da, y las terribles amenazas que os hace, y precaveros así contra mil ocasiones, mil tentaciones, tanto más peligrosas cuanto más sutiles, y que quizás no notáis? Todo esto, y algo más, os pregunto: ¿os conviene en el mundo? Sin duda que, siendo cristianos, como creéis serlo, no vaciaréis en reconocer que nada hay tan importante para vosotros, ni nada, por tanto, más conveniente que todo lo que acabo de indicaros. Ahora bien, todo cuanto acabo de indicaros depende de la meditación, y, por consecuencia incontestable, nada, en cualquier estado que os encontréis, os conviene tanto como la meditación! ¿Qué enseñanza! ¿Qué

1. Bourdaloue, *Pensées*, t. I, p. 22.—Aunque todos estos textos y argumentos de razón tienen tan gran fuerza, no puede decirse que la meditación entendida en sentido estricto sea obligatoria para todos los fieles indistintamente, y cada día.—SCHRAM nombra y cita, en apoyo de esta opinión, que es la suya, teólogos notables, entre otros, Suárez, y añade: *Deiuno et naturali praecepto orandi Deum satisfi per orationem mentalem, aut vocalem, exceptis tamen iis qui specialiter voto, vel instituto, ad mentalem obligantur*. Entra luego en detalles que interesan mucho a los religiosos y a los eclesiásticos. *Inst. Th. myst.*, t. I, p. 91.

argumentación! ¡Cómo se complace uno en oír con gran interés los lejanos acentos de esta poderosa y sobria elocuencia!

La meditación es un ejercicio religioso.

Un ejercicio más fácil de lo que generalmente se cree. Es decir, que ninguna de las razones invocadas con mucha frecuencia para dispensarse de ellas, tiene valor alguno. ¿De dónde, en efecto, las saca? De su estado, de que uno es seglar y no eclesiástico, secular y no religioso. ¡Como si, según se nos acaba de decir, todos los cristianos, a cualquier estado que pertenezcan, no tuvieran que asegurar su salvación, y como si, a este fin, no fuese la meditación, no diré el único, pero sí uno de los mejores medios que deben emplearse!—De su poco ánimo. ¿Cómo? Cuando tanto ánimo se tiene para las cosas temporales, por ejemplo, para obtener una ganancia más o menos grande, para contratar un matrimonio, para sostener un proceso, para hacer prosperar un comercio, quizás para tramar una intriga, ¿puede creerse que uno se reconozca tan poca cosa cuando se trata de intereses por otro concepto tan importantes, como los intereses del alma?—De falta de tiempo. Esta razón es tan poco valedera como las anteriores. En general, lo que menos falta es el tiempo. Hay tiempo para todo, para los negocios, para los placeres, para comer y beber, para dormir, sin contar la parte, por desgracia muy grande, que se lleva la ociosidad. ¿Será posible que no lo haya para Dios, sobre todo cuando sólo reivindica una pequeñísima parte? Finalmente, añadiré, para quitar a la pereza su último refugio, o al espíritu de contradicción su última palabra, que las arideces y sequedades del corazón, y, si son involuntarias, las distracciones mismas, no son obstáculo alguno para la meditación. A este respecto,

nadie habló mejor que el santo Obispo de Ginebra: "Aun cuando, dice, no se ocupara uno durante la meditación más que en expulsar y rechazar continuamente las distracciones, no estaría menos bien hecha la meditación. El Señor se contenta con nuestras buenas intenciones. Una onza de oración, hecha en medio de distracciones y hastíos, vale más que cien libras en medio de consolaciones. Si Dios no cree conveniente añadirnos a sus pláticas, permanezcamos en la antecámara y hagámonle nuestras reverencias. Inmóviles estatuas en las galerías de los príncipes, no dejan de honrarlos. Si, pues, el Señor quiere que seamos como estatuas en su presencia, contentémonos con honrarle como estatuas."

Concluyamos. Mejor instruídos ya acerca de la excelencia, ventajas y facilidad de la meditación, seamos fieles en adelante, y, si es posible, cada día, a este santo ejercicio. Pero ¿cuándo? ¿cada día? Cuando... mejor por la mañana que en cualquier otro momento. Dios prefiere las primicias. Al rayar el día es cuando el hombre prudente, es decir, el alma fiel, aplica su corazón, y procura adherirse al Señor que la creó, y ofrecer sus oraciones al Todopoderoso: *Cor suum tradet ad vigilandum diuiculu ad Dominum qui fecit illum, et in conspectu Altissimi deprecabitur*¹. ¿Durante mucho tiempo? Aconsejaos del número e importancia de vuestras ocupaciones, de los cuidados que reclama el gobierno de vuestra casa. Para algunos, media hora, para los más, un cuarto de hora, será la medida justa. Y si ese cuarto de hora os falta... haced algunas oraciones jaculatorias, o bien una o dos reflexiones prácticas, o un examen rápido de vosotros mismos. Y si el libro de meditación os falta... medidad vuestras mismas

1. EccL, xxxix, 6.

oraciones vocales. ¿Quién sabe si desde la primera palabra hallaréis amplia materia para saludables pensamientos? Habiendo cierto misionero encontrado un pas-torcillo², le preguntó: ¿Qué oración tienes por costumbre hacer?—Respondióle el niño: Día y noche digo solamente *Padre nuestro*.—¿Por qué no acabas la Oración dominical? Porque, a estas primeras palabras, me represento toda la bondad, toda la ternura de un padre, y me digo: ¿Cómo? ¿Soy hijo de un Dios, yo, pobre pastor de corderos? ¿Tengo por padre al que creó los cielos y la tierra con una sola palabra, al que fijó en el cielo esos miles de estrellas que veo por la noche al recoger mi ganado? Mas no solamente es mi padre, sino que lo es también de mis semejantes, es el *padre* de todos; y entonces me pongo a soñar, a llorar, y no puedo decir otra cosa.

¿Quién había sido el preceptor de este niño y lo había elevado a tan alto grado de contemplación? Nadie sino Aquel a quien Nuestro Señor decía: Te doy gracias ¡oh Padre! porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes de este mundo, y se las has revelado a los humildes y pequeños: *Confiteor tibi, Pater, quod abscondisti haec a sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis*³.

1. Suppleri potest meditatio quida[m] modo per lectionem, preces vocales et jaculatorias, examina et reflexiones, in illis qui revera ob infirmitatem, incapacitatem, temporis et loci defectum, meditationi vacare non possunt... vel rudiment elementa practica catechismi, uti praecepta Dei et Ecclesiae, vel ponderant aliquam ex orationibus christianis, pausando in singulis earum verbis. SCHRAM, p. 101.

2. Este misionero era el P. Lejeune, del Oratorio.

3. Luc., x, 21.

LA ORACION

SERMON UNDECIMO

La oración indulgenciada

El espíritu del Señor me ha ungido, y me ha enviado para curar a los de corazón contrito, y predicar la redención a los esclavos, y la libertad a los que están encadenados (Isai., LXI, 1).

Sacrosancta Synodus indulgentiarum usum, Christiano populo maxime salutarem, et sacrorum Conciliorum auctoritate probatum, in Ecclesia retinendum esse, docet et praecepit.
Conc. Trid. sess. 25

La elección de las oraciones es de la mayor importancia. Pero ¿qué oraciones podemos elegir con más seguridad que las que la Iglesia ha aprobado e indulgenciado? Hay más de una relación entre las indulgencias y la vida espiritual, y el uso de las devociones indulgenciadas es la piedra de toque en la cual se reconoce casi infaliblemente un buen católico. San Alfonso de Liguorio, añade el autor que ahora citamos, dice que, para llegar a ser santo, basta con ganar el mayor número de indulgencias posible. El B. Leonar-do de Porto-Mauricio parece ser de la misma opinión. arrojan viva luz sobre esta materia, Santa Brígida fué Las revelaciones particulares y auténticas de los santos

suscitada por Dios, en gran parte, como ella lo asegura en sus escritos, por propagar y honrar las indulgencias. Santa María Magdalena de Pazzi vió almas castigadas en el Purgatorio únicamente por haberlas despreciado¹. Después de estas reflexiones tan justas, las cuales sacan una autoridad muy grande de las fuentes de que emanan, el deber, más que indicado, queda impuesto. Vamos a hablar de las oraciones indulgenciadas. Dios nos ayude con su gracia.

Empecemos por decir, a modo de sumario muy sucinto, lo que nos proponemos exponer en el curso de esta instrucción: recitar oraciones indulgenciadas es orar con seguridad y provecho; con seguridad, por lo menos en cuanto al objeto de la oración; con provecho, en razón de las utilidades que de ello resultan.

En primer lugar, recitar oraciones indulgenciadas es orar con seguridad, es decir, con entera seguridad de que se ora bien, por lo menos en cuanto a lo que constituye el objeto de la oración. ¿Habrá que demostrarlo largamente? ¿Qué es, en efecto, una oración indulgenciada? ¿Qué puede ser, desde que ha sido juzgada digna de tal favor? Es evidente que es una oración muy ortodoxa, una oración, no sólo buena, sino muy buena, una oración que lleva en sí su auténtica aprobación, una oración inferior, sin duda, a las oraciones, propiamente hablando, litúrgicas, si ya no lo es en sí misma, pero ocupando el primer puesto en segunda fila. Como veis, estamos ya muy lejos de ese género de oraciones de las cuales hemos hablado en una instrucción precedente, oraciones de formularios y colecciones, buenas algunas, mediocres otras, bastante semejantes, como con acierto se ha dicho, a las flores artificiales, las cuales, bellas en apariencia, carecen de vida y de aroma, o bien,

1. FABER, *Progrès de l'âme dans la vie spirituelle*, p. 273.

esos libros encuadrados con lujo y perfectamente adornados, pero cuyo interior no responde a la decoración externa. ¡Oh, cuánto mejor son las oraciones indulgenciadas, precisamente porque son indulgenciadas, si y porque merecieron serlo, con mucha frecuencia, no siempre, a causa de su objeto!

En segundo lugar, decimos que, recitar oraciones indulgenciadas, en cuanto indulgenciadas, es orar con provecho, esto es, sacar de nuestras oraciones grandes y numerosas ventajas. La demostración será más larga, si bien no será más difícil. Si, si rezo el rosario, o tal otra oración, proponiéndome ganar las indulgencias que le están concedidas, contad y pesad las utilidades que me reportan!

Primera utilidad: hago un acto de fe a las enseñanzas de la Iglesia, especialmente a ésta, tan largo tiempo y tan obstinadamente rechazada por la herejía: si la absolución sacramental remite los pecados en cuanto a la culpa y en cuanto a la pena eterna, subsiste, ello no obstante, la pena temporal, ya que, por la indulgencia que la Iglesia me concede, plenaria o parcial, me libra, total o parcialmente, de esta pena.

Segunda utilidad: tributo homenaje, en cuanto está

1. Para exponer esta materia, nos hemos inspirado en este pasaje del P. Faber: El desprecio de las indulgencias es un signo de herejía, y el odio que los herejes les han tenido siempre, prueba hasta qué punto las aborrece el demonio, así como el gran poder que tienen sobre Dios y cuán agradables son a sus ojos. Se hallan mezcladas a tal número de creencias de la Iglesia, desde la jurisdicción de la Santa Sede hasta la doctrina del purgatorio, de las buenas obras, de los santos y de la satisfacción, que son en cierto modo, el sello de nuestra ortodoxia, y la desgraciada historia de los errores que han afundido a la Iglesia, nos muestra que, para ser verdaderamente santo, hay que ser verdaderamente católico romano, porqué, fuera de Roma, no puede haber catolicismo, ni santidad. *Progrès de l'âme*, etc., p. 275.

en mí, a Jesucristo, a su santísima Madre y a los santos. Porque la fe me enseña, y lo creo firmemente, que las indulgencias, ganancia espiritual que sirve para extinguir mi deuda, la deuda contraída por el pecado, no son otra cosa que la aplicación que se hace de las satisfacciones de Jesucristo, de la santísima Virgen y de los santos, satisfacciones que, siendo infinitas las de Jesucristo, y superabundantes las otras, forman ese fondo de reserva, llamémosle con su verdadero nombre, ese tesoro de méritos, en cuya posesión está la Iglesia, para sacar de él, sin agotarlo jamás, y, por este medio, recompensar el fervor de los penitentes, y suplir a su debilidad.

Tercera utilidad: tengo al papa por mi verdadero y legítimo soberano en el orden de las cosas espirituales. Esto es también la evidencia misma. En toda sociedad regularmente organizada, únicamente el soberano, llámese como se llame, rey, emperador, presidente, tiene el derecho de gracia, en el sentido amplio de la palabra, esto es, el único que puede perdonar, en toda la extensión del territorio, una pena jurídicamente pronunciada. Desde el momento en que el papa me concede esta indulgencia, esta remisión de la pena en que he incurrido por el pecado, y desde el momento en que la acepté, y tengo por muy verdadera, me afirmo como súbdito del papa, y como hijo agradecido de la santa Iglesia Romana. Es decir, que cuanto más entramos en el fondo del asunto, más justa nos parece, y de doctrina más exacta, la afirmación siguiente: si el precio de las indulgencias es un signo de herejía, la estimación que hacemos de ellas y el precio que les asignamos, es el sello de nuestra ortodoxia¹.

Cuarta utilidad: si las indulgencias son aplicables a

1. FABER, *ut supra*.

las almas del purgatorio, como ocurre, si no siempre, por lo menos en muchos casos, y yo se las aplico, en efecto, por vía de sufragio, ¡qué buena obra ejecuto! ¡qué gran misericordia ejerzo! Esas almas son prisioneras, y yo las visito; son cautivas, y yo las rescato; están sumidas en tales aflicciones, que las más terribles de aquí bajo apenas podrían dar alguna idea, y yo las consuelo; están desnudas, carecen de todo, no tienen otra facultad que la de padecer, y yo suplico su impotencia, proveo a su extremada angustia, las pongo en mi puesto, y les transfiero todas mis ganancias espirituales, cuando podría quedármelas todas. Esas quiere decir que hago en obsequio suyo actos de insigne caridad, obras de la más generosa bondad, por consiguiente, de gran mérito para mí. Esto quiere decir, ¡oh almas santas!, pues tengo el deber de llamaros así, aunque estéis todavía en estado de purificación, que después que hayáis entrado en el cielo, os acordéis de quien haya contribuído a llevaros a él; que rogaréis por el amigo, por el hermano que lleva ahora vuestras cadenas; que, llegadas al puerto, no pararéis hasta que lo hayáis atraído también a él. Vos ¡oh Dios mío! así lo queréis. Vos dijisteis, y antes pasarán el cielo y la tierra que dejen de cumplirse estas palabras: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia¹. Otra de vuestras promesas es que un vaso de agua dado en vuestro nombre a uno de nuestros prójimos, por pecador que sea, no quedará sin recompensa². ¿Con cuanta más razón, y este es el caso presente, si es amigo vuestro?... También ¡oh Dios! lo queréis por otro motivo, y es la quinta utilidad que podemos sacar: Un alma de más en el cielo no

1. MATEO, V, 7.

2. *Ibid.*, 42.

es para Vos cosa indifferente, ni mucho menos. Un alma, y mejor si son diez, veinte, cien, a la cual haya yo beneficiado con mis buenas obras, con mis satisfacciones, oraciones, indulgencias, para introducirla más deprisa en la celestial morada, y, ya en ella, con templa cara a cara la augusta Majestad, la adora, la bendice, la exalta en santos cánticos; un alma así, digámoslo con seguridad, aumenta la gloria del Todopoderoso, no su gloria, esencial, que halla en sí mismo, siempre perfecta, siempre infinita, sino su gloria accidental, que saca de sus obras, entre las cuales sus santos, ángeles u hombres, ocupan el primer lugar. Esto quiere decir, para declarar todo vuestro pensamiento, que no solamente el alma, o las diferentes almas, cuya libertad habré apresurado, sino Dios mismo, me será deudor.

¡Ah cristianos, si estas explicaciones son largas, atended únicamente al asunto principal. ¡Es tan hermoso, tan interesante, tan rico! ¡Y tengo tantas razones para pensar que no he hecho más que desflorar! Sea de ello lo que se quiera, y por poco que sea lo que haya dicho, aprovechaos de ese poco. No perdáis de vista nuestro punto de partida: las oraciones indulgenciadas. Entre las oraciones acostumbradas, dad la preferencia a las indulgenciadas. Son las mejores, en razón de su origen, de su objeto, de las ventajas incomparables que nos procuran. La Iglesia, como buena madre, llena de solicitud por sus hijos, las ha multiplicado casi a lo infinito. Adoptad las que están a vuestro alcance, las que podéis recitar sin tener un libro en la mano, las que están más en uso en la vida diaria cristiana. ¿Me permitís esta comparación? ¿Por qué las indulgencias no han de tener su *Gra* como los ferrocarriles, los transportes marítimos, las fuentes ferruginosas y ter-

nales? ¿Por qué los hijos de las tinieblas han de ser más avisados en sus operaciones que los hijos de la luz? En la materia que nos ocupa, piadosos fieles, yo mismo seré vuestra *Gra*¹. Se trata, no tanto de oraciones indulgenciadas, en general, como de las que más están a vuestro alcance y de práctica más fácil. Tales son:

El rosario. Los soberanos pontífices lo han enriquecido, bajo diversas formas, con tantas indulgencias, ya plenarias, ya parciales, que sería, si no imposible, por lo menos demasiado larga su enumeración. Para ganarlas basta una intención general, renovada de tiempo en tiempo, cada día, si es posible, con tal que se cumplan las condiciones prescritas².

Los actos de fe, esperanza y caridad. Gozan de la misma munificencia. Por rescripto de 11 de Diciembre de 1754, el papa Benedicto XIV concedió indulgencias plenarias, perpetua, aplicable a las almas del purgatorio, a los que hagan estos actos cada día, con devoción durante un mes, siempre en las condiciones prescritas; además, una indulgencia plenaria, en el artículo de

1. Recomendamos a los sacerdotes, y sobre todo a los pastores de almas, que hagan conocer y apreciar las indulgencias, y explicar a los fieles sus saludables efectos. Indiquen cada domingo las principales indulgencias que pueden ganarse en la semana, y las condiciones para ganarlas.

2. Digamos, con muchos otros, que la doctrina de la Iglesia sobre las indulgencias, nada tiene de común con la que atribuye la herejía. No, no basta "que el papa observe tal o cual ceremonia, que recite una oración, visite una iglesia, siga una procesión, lleve un rosario, una medalla, un trozo de ropa, sin dejar de ofender a Dios toda su vida". Regúterese el estado de gracia, la contrición sincera de los pecados, la confesión, por lo menos cada 15 días, y en muchos casos la comunión, el cumplimiento de tal obra de religión o de misericordia, según el tenor de los rescriptos pontificios, de los cuales a nadie es permitido apartarse, fuera del caso de imposibilidad, para el cual concede conmutación quien puede concederla.

la muerte, a los que hubiesen sido fieles a esta práctica durante su vida; finalmente, una indulgencia parcial de siete años y siete cuarentenas cada vez que se hagan estos actos, ya en días diferentes, ya en el mismo día, igualmente aplicables a las almas del purgatorio. Siendo estos actos inseparables, o casi inseparables, de la oración de la mañana y de la noche, por tanto, de uso diario, júzguese de la extensión de este beneficio.

Las letanías de la santísima Virgen, seguidas del versículo *Ora pro nobis*, y de la oración *Gratiam*. Hay concedidas para el que las recite con corazón contrito. 300 días de indulgencia, y una plenaria para los que las reciten todos los días, en las cinco principales fiestas de Nuestra Señora: Inmaculada Concepción, Natividad, Anunciación, Purificación y Asunción.

El *De profundis*, con el versículo *Requiem aeternam*. Quien lo recite, por la noche, o si no lo sabe de memoria, dice en su lugar el *Pater*, el *Ave* y el versículo *Requiem aeternam*, gana una indulgencia de 100 días, y si lo reza cada día durante un año, una indulgencia plenaria, en el día elegido a este fin.

Del mismo modo, indulgencia parcial de 100 días a la recitación del *Angelus*, por la mañana, al mediodía, o por la tarde, e indulgencia plenaria, en el día que se elija, si el rezo se ha hecho una vez al día durante un mes.—Indulgencia plenaria una vez cada seis meses, a quien haga la oración contemplativa, u oración mental cada día, por lo menos durante un cuarto de hora.—Indulgencia de 300 días a quien se una con la intención al sacerdote celebrante, al fin de cada misa rezada, y recite, en unión con él, las oraciones ordenadas por el soberano pontífice León XIII.—Finalmente, numerosas indulgencias concedidas a quien rece oraciones jaculatorias, por ejemplo: Bendito sea el nom-

bres de Dios... Sea bendito Jesús en el santísimo Sacramento del altar... ¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que acudimos a vos. Y cien otras.

¡Cuántas ganancias espirituales! ¡Qué cosecha tan abundante! Y si, como es permitido, y en la medida en que es permitido, se hace aplicación de las indulgencias ganadas a las almas del purgatorio, ¡qué suma de méritos, porque, en este caso, hay un mérito de orden superior, ya que, por espíritu de caridad, se ayuda al prójimo con un bien, del cual tiene uno el derecho de usar para sí mismo! Recordad estas palabras del gran san Lígorio: Para ser santo, basta ganar el mayor número de indulgencias posible. Ingenioso parece también el pensamiento siguiente, pero, examinado de cerca, es muy exacto: En el día del juicio los elegidos quedarán asombrados de serlo: tan desproporcionadas con la recompensa les parecerán las obras realizadas por ellos en el curso de su peregrinación terrenal. ¿Cómo, por un poco de tribulación pasajera, un premio inmenso, eterno de gloria? Pues bien, parece que los más asombrados serán los que hayan obtenido la salvación por medio de las indulgencias, sobre todo de aquellas de que se habrán desprendido en beneficio de sus hermanos. Me alimentasteis, me visitasteis, me vestisteis, les dirá Jesucristo. Y ellos, cada vez más asombrados, preguntarán: ¿Cuándo, Señor, tuvisteis hambre y sed, y os alimentamos? ¿Cuándo estuvisteis prisionero, y os visitamos? ¿Cuándo estuvisteis desnudo, y os vestimos? Y Jesús les responderá: Cuando hicisteis estas cosas en favor de los más desvalidos de vuestros prójimos, vuestros hermanos del purgatorio, por mí las hicisteis?

1. I COR., c. IV, v. 17.
2. MATTH., cap. XLV.

LA ORACIÓN

SERMON DUODECIMO

Objeto de la oración

No sabéis lo que pedís (MATT. c. XX)

Sed quoniam in singulis petitionibus Dominice Orationis, quid postulant, quid non, suo loco dicetur; satis hic erit fideles universe illud admonere ut quae justa, quaeve honesta sint, a Deo petant homines, ne, si contra quod deceat aliquid postulant, illo responso repellantur: Nescitis quid petatis.

Catech. Rom.

Para abrirnos una entrada en la instrucción de hoy, nada tan propio como este relato sacado del Evangelio.

Hacia el fin del tercer año de predicación del Salvador, algunos meses antes de la última Pascua, dijo Jesús a sus Apóstoles: Subiremos a Jerusalén, y el hijo del hombre—que era él mismo—será preso, flagelado y crucificado, pero resucitará al tercer día; esto es, que desde aquel mismo momento, tomará posesión de su reino. Salomé, esposa de Zebedeo, y madre de Santiago y de Juan, oyó estas palabras, y creyendo llegado el momento, acércase a Jesús, se postra a sus pies, y tendiendo las manos hacia él, le dice: Señor, tengo que hacerte una petición.—Haba.—Cuando estés en tu reino, toma a mis dos hijos, aquí presentes,

como tus primeros ministros, y haz que se sienten, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda.—Mujer, le responde Jesús, no sabes lo que pides... Dejemos que el relato evangélico prosiga y termine; nuestra entrada en el asunto queda abierta, o por lo menos, a punto de abrirse. No sabes lo que pides, dice Nuestro Señor, y más literalmente quizás: No sabes lo que hay que pedir: *Nescitis quid petatis*... Pero nosotros, cristianos, ¿lo sabemos mejor? Sí, así lo creo, gracias a las luces más vivas de la fe. Pero ¿lo sabemos con la perfección conveniente? Lícito es ponerlo en duda. Por eso intentamos decirlo, Dios nos ayude con su gracia.

¿Cuál es, pues, el objeto de la oración? En otros términos, y quizás con más claridad, ¿qué cosas debemos pedir en la oración?

A esta pregunta, daremos sucesivamente una respuesta general y varias particulares.

Una respuesta general.

San Agustín nos la proporciona: Todo lo que es objeto de un deseo honesto, dice, puede pedirse a Dios: *Hoc licet orare, quod licet desiderare*². El Catecismo Romano ha bebido sin duda en esta fuente, porque reproduce a san Agustín casi palabra por palabra: Podemos pedir a Dios todo lo que legítimamente podemos desear: *Quidquid recte optari potest, petere licet*. He ahí la respuesta general; como tal, esto es, como respuesta general, no puede ser mejor.

Respuestas particulares.

Nos parece inútil observar aquí que no pueden ser, y no serán, en efecto, más que la aplicación, o, si me atrevo a decirlo, la evolución de la respuesta general.

1. Varias de las ideas bosquejadas en la quinta instrucción hallarán aquí su confirmación y total desenvolvimiento.
2. Ap. THOM., 2. 2. q. lxxxii, art. 5.

En primer lugar, siendo cierto que Dios es lo que es, el Altísimo, el Todopoderoso, el Rey eterno de la gloria, pedimos legítimamente todo lo que se refiere y contribuye al honor que le es debido; por ejemplo: que su nombre sea santificado, esto es, que sea alabado, bendito, exaltado, por todo el universo; que venga su reino, es decir, su reino en las inteligencias, en cuanto son capaces de conocerle; su reino en los corazones, en cuanto pueden amarle; que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo, a saber, que, a imitación de los ángeles y de los santos en el cielo, los hombres aquí bajo cumplan sus órdenes y se coloquen bajo su ley. No insistimos más por ahora; a su debido tiempo vendrán las explicaciones, cuando examinemos la oración dominical.

En segundo lugar, es cierto que, siendo, como lo somos, llamados a un estado sobrenatural, es decir, a ver a Dios un día, a poseerle, a gozar de él eternamente, en aquella otra tierra, llamada con tanta propiedad *la tierra de los vivientes*, podemos legítimamente pedir todo lo que es propio para conducirnos a ella: la fe en las verdades que la santa Iglesia nos propone creer; la esperanza de los grandes bienes que nos tiene prometidos; la caridad, sin la cual no somos nada ante Dios, nada más que un bronce sonoro o un címbalo resonante; la victoria sobre las malas inclinaciones de la naturaleza; la vigilancia para prevenir las tentaciones, y la fortaleza para resistirlas, si se presentan; el odio al pecado y la perseverancia en el bien; en una palabra, todas las gracias, santificante, sacramental, actual suficiente, actual eficaz¹, necesarias a nuestra de-

1. No hay más que las gracias *gratis date*, como visiones, revelaciones, don de profecías, donde milagros, que no está permitido pedir, *nisi ad summum in nominis circumstantiis, et sub conditione*. SCHRAM. t. I, p. 71.

bilidad, para asegurarnos, con la práctica de las buenas obras, el estado de gloria al cual nos llama Dios¹.

En tercer lugar, es cierto, y por la misma razón, que podemos legítimamente pedir todo cuanto es indispensable a nuestra subsistencia y a la conservación de nuestra vida terrenal. El patriarca Jacob ora y dice: Si el Señor me concede, pan para alimentarme y vestidos para cubrirme, será siempre mi Dios². El patriarca Jacob oraba bien. Salomón ora y dice: No os pido, Señor, riquezas ni pobreza, sino solamente lo que necesito para vivir³. Salomón oraba bien. A quien ponga en duda esto; a quien dude de que Salomón y Jacob oraban bien, y que del mismo modo oran bien los que oran como ellos, bastará recordarle la cuarta petición de la Oración dominical: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, es decir, lo único necesario. Hemos añadido: por la misma razón; esto es, por la razón de que estamos llamados a una vida distinta de la actual, la vida eterna bienaventurada; ya que, antes de vivir en lo futuro, hay que vivir en lo presente, en otros términos, y para hablar con más claridad, porque, siendo la vida terrenal presente la condición *sine qua non* de la vida celestial, futura, el vehículo que nos lleva a ella, el navío que debe desembarcarnos en la otra orilla, preciso es que se cumpla esta condición, que este vehículo sea alimentado, que este navío sea provisto de todo lo necesario a la travesía.

Finalmente, y en cuarto lugar, es cierto que, independientemente de los bienes de que acabamos de hablar, hay otros, a la verdad mucho menos necesarios que los primeros, menos necesarios también que los

1. II PÉTR., I, 10.

2. GEN., XXVIII, 20-21.

3. PROV., XXX, 8.

segundos, y aun inferiores a los terceros, pero bienes al fin, y verdaderos bienes, por lo cual podemos legítimamente pedirlos. A ello nos autorizan las Escrituras y la Iglesia nos da el ejemplo. Nos autorizan las Escrituras. ¿Por ventura condenan las Escrituras a Moisés, a Elías, a Ezequías, a los Apóstoles, al ciego de nacimiento por haber pedido, Moisés la victoria de los hebreos sobre los amalecitas, Elías el término de un hambre que despoblaba a Israel, Ezequías la prolongación de sus días, los Apóstoles el apaciguamiento de una furiosa tempestad, el ciego de nacimiento la curación de su vista, o mejor la construcción nueva de todo su aparato visual, puesto que era ciego de nacimiento? En manera alguna. La Iglesia nos da el ejemplo. ¿Qué madre fué jamás más tierna, más previsora de sus hijos? Leed sus Colectas y Oraciones, su Misal, su Ritual, sus Letanías mayores, todos sus libros litúrgicos. Tiene oraciones, compuestas expresamente, para conjurar la peste, la guerra, el rayo, las tempestades, los naufragios, los terremotos, todos los males; para pedir y obtener el sol o la lluvia, según la necesidad, la serenidad del aire, la regularidad de las estaciones, la fertilidad de los campos, todos los bienes del orden temporal. Bendice... ¿qué no bendice ella? Bendice los árboles y los frutos que los producen; bendice los ganados y sus apriscos; bendice las casas que se construyen en la tierra y las que flotan sobre las aguas; bendice los ferrocarriles y los coches rápidos que ruedan sobre ellos, *ut, dum velocibus homines properant in via, citius et imparati non discedant e vita*; bendice la ropa blanca de los enfermos, a fin de que sirvan para el retorno de la salud. Repitámoslo: ¿qué es lo que ella no bendice? Bendice el pan, el vino, el agua, la sal, el aceite, los huevos, todo lo que se bebe y se come,

quodcumque comestibile, para que aproveche al cuerpo y al alma, *ad corporis sanitatem et animae tutelam*, es decir a todo el hombre. No aumentemos estos detalles. He ahí, después de la respuesta general, las respuestas particulares.

Pero si legítimamente podemos pedir a Dios todos estos bienes, que son, como acabamos de ver, de cuatro especies, ¿quiere esto decir que hayamos de pedirlos todos, éstos y aquellos, de la misma manera? Cuestión es esta que no carece de importancia, ni quizás de dificultad. En todos los casos son indispensables las explicaciones.

Según santo Tomás, algunos filósofos antiguos creían que había que pedir bienes a la Divinidad, pero de una manera general, sin especificar nada, porque, decían, sabiendo mejor que nosotros lo que nos es bueno y útil, nos escuchará, no según nuestros deseos, a menudo engañosos, sino según nuestras necesidades reales.

El mismo santo Doctor se apodera de esta opinión, seguramente muy respetable, porque demuestra la gran idea que aquellos hombres, aunque paganos, tenían de la Divinidad; la estudia detenidamente y tras maduro examen, la considera falsa en parte, y en parte verdadera¹.

1. *Utrum in oratione debeamus aliquid determinate a Deo petere?* Respondendo dicendum, quod sicut M. Valerius refert, Socrates nihil ultra petendum a diis immortalibus arbitrabatur, quam ut bona tribuerent; quia hi demum scirent quid unicuique impetrare melius foret. Quae quidem sententia aliquantulum vera est, quantum ad illa quae possunt malum eventum habere: quibus etiam homo potest male et bene uti: Sicut divitia quae multis exitio fiunt: honores qui complures pessumderunt bona, quibus homo male uti non potest, quae scilicet malum eventum habere non possunt. Haec autem sunt quibus beatitudinem mereamur, quae quidem sancti orando absolute petunt. 2. 2. q. lxxxiii, art. 5.

Es falsa en parte, porque hay cosas de tal modo buenas, de tal modo incapaces de volverse malas en cualquier caso que sea, que podemos y debemos pedir las por modo absoluto, sin restricción, sin segundas intenciones, especificándolas. Por ejemplo: Pedid a Dios que le améis siempre, que le sirváis mejor, que observéis mejor su ley, que cumpláis mejor vuestros deberes; que seáis más piadosos, más virtuosos, más perfectos, que perseveréis en el bien, que tengáis un fin dichoso, esto es, una muerte cristiana, una santa muerte que os ponga en posesión de la dicha eterna; siendo todas estas cosas esencialmente buenas, incapaces de tener nunca un mal resultado, *quae malum eventum habere non possunt*; antes por lo contrario, no pudiendo sino redundar en bien, porque os conducen al soberano bien, pedidlas por modo absoluto, sin temor de errar, y especificándolas.

Es verdadera en parte, porque hay cosas buenas, a la verdad *bonae*, pero sin serlo lo suficiente para que no puedan, en tal o cual caso determinado, volverse malas, y, por tanto, perjudicar la salvación de vuestras almas, o por lo menos comprometerla de un modo irremediable. Por consiguiente, mientras que las primeras pueden y deben pedirse en absoluto, las segundas no pueden ni deben pedirse más que condicionalmente y con toda reserva. Por ejemplo, es permitido desear riquezas, porque la riqueza es un bien; el que es abundantemente rico, como Abraham, el más rico propietario de la época patriarcal, ¡cuántas limosnas, buenas obras, fundaciones piadosas o caritativas puede hacer! Pero hay que desear las riquezas condicionalmente, porque, aun cuando sean verdaderos bienes, no dejan de ser peligrosas, ya a causa del afecto excesivo de que con frecuencia son objeto, ya por la facilidad mayor que

ofrecen para pecar. Es permitido buscar los honores, las dignidades, un cargo del Estado, un *tránsito* en el ejército; es permitido ambicionar los sufragios de los concudadanos para entrar en el Ayuntamiento, en la Diputación, en el Congreso; todas estas cosas son legítimas; pero ¡cuán preferible es la vida piadosa, cuán menos cargada de responsabilidades, cuánto más segura para la salvación! Estas palabras de san Agustín son siempre verdaderas. Numerosos son aquellos a quienes la vida privada ha procurado toda suerte de bienes; no menos numerosos quizás son los que, llegados a la cumbre de los honores fueron presa del vértigo y cayeron miserablemente: *Multis profuit privata vita: multis obfuit altus honor*¹. Permitido es, en fin, pedir la salud, una larga vida, todas las ventajas del cuerpo, una memoria feliz, una inteligencia abierta, todos los dones del espíritu; pero si la salud ha de haceros menos dependientes de Dios, o más olvidadizos de vuestros deberes, más vale la enfermedad. Si una larga vida no sirve más que para multiplicar no vuestros méritos, sino vuestros pecados, más vale la muerte prematura. Si la ciencia... ¡Ah, la ciencia, qué gran bien es! La ciencia sólo cede el paso a la virtud. Dios, qué es el Dios de las virtudes, *Deus virtutum*, es también el Dios de la ciencia, *Deus scientiarum Dominus est*. Pero ¿quiere esto decir que este gran bien no pueda convertirse en un mal, en un gran mal? Todo depende de la fuente. Si la ciencia, sacada de una fuente emponzoñada, ha de hacer de ti, como de tantos otros, un impío, un ateo, quizás un orgulloso, por lo menos, ¡ah, cuán preferible es que seas el buen aldeaño del Autor de la Imitación, que sirve a Dios, y le ama de todo corazón, y no ese filósofo soberbio que

1. SERMO LXXXIX, n. 7.

considera el curso de los astros, sin dignarse tener un pensamiento para el que ha creado todas esas maravillas con un raso de su omnipotencia!¹

Concluámos. Y para hacerlo, numerosas frases felices, quiero decir, muy propias de una buena conclusión, acuden a mis labios: Esta: Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo se os dará por añadidura: *Quaerite primum regnum Dei, et iustitiam eius, et haec omnia adicientur vobis*². Esta otra tantas veces repetida ya, y tan digna de ser siempre meditada: ¡De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma: *Quid prodest homini, si universum mundum lucratur, animae vero suae detrimentum patitur*³. Y esta otra, que es la Colecta que la Iglesia nos hace leer en la misa del tercer domingo después de Pentecostés: ¡Oh Dios mío, que sois el protector de todos los que esperan en vos, y sin vos no hay en el hombre ni fuerza, ni santidad: multiplicad sobre nosotros los efectos de vuestra misericordia, a fin de que, teniéndoos por pastor y por guía, de tal modo pasemos por los bienes temporales, que no perdamos los eternos: *Ut te rectore, te duce, sic transeamus per bona temporalia, ut non amittamus aeterna*... Es decir, que esta admirable Colecta, no solamente es una oración, sino toda una lección de buena teología sobre el estado respectivo de los bienes eternos y de los bienes temporales. Estos están subordinados a aquéllos, y son, no el fin, sino los medios, no el término, sino el camino que a aquéllos conduce. Tal es precisamente la razón por la cual son bienes, verdaderos bienes: su relación con los bienes eternos. Pero

1. *Lmít.*, lib. I, c. II.
2. *MATTH.*, VI, 33.
3. *MATTH.*, XVI, 26.

esa es también la razón por la cual se convierten en males, en verdaderos males, cuando salen del orden providencial, quiero decir, cuando se convierten en obstáculo, y obstruyen el paso a los bienes eternos; del propio modo que un camino se opondría a su destino, y dejaría de ser camino, si impidiese al viajero, ora descendiendo con falsas indicaciones, ora deteniéndolo con intempestivas diversiones, llegar a donde se propone ir.

Espero, cristianos, que no olvidaréis esta enseñanza, y que cada año, el tercer domingo después de Pentecostés, al volver sobre el sagrado ciclo, os refrescará su recuerdo.

LA ORACIÓN

SERMON DECIMOTERCIO

Preparación para la oración

Antes de la oración, prepara tu alma, y no quieras ser como el hombre que tienta a Dios (EccII, XVIII, 23).

Est in divinis literis: Ante orationem praepara etc. Tentat enim Deum is qui cum bene orat, male agit; et cum loquatur cum Deo, a precibus aversit, quo quique animo Deo precetur faciat, tradent parochi vias precationis piis auditoribus.

Catech. Rom.

Es decir, que, como entrada a esta instrucción, tenemos un texto, un comentario del texto y una línea del deber enteramente trazada. El texto es excelente; fué dictado por la misma sabiduría divina: Antes de la oración prepara tu alma y no quieras ser como el hombre que tienta a Dios. El comentario del texto es muy autorizado; es de un maestro: En efecto, tienta a Dios quien ora bien y obra mal, o quien deja que se extravíe y se disipe su espíritu, cuando habla a Dios. Finalmente, seguiremos la línea del deber enteramente trazada: Puesto que es importantísimo orar animados de santas disposiciones, y puesto que, para hacerlo, hay que saber la preparación que pide la oración y las cua-

lidades de que ha de estar revestida, vamos a decirlo. Por hoy, nos limitaremos a exponer la preparación para la oración. Dios nos ayude con su gracia.

Para encerrar esta instrucción en sus límites propios, y no anticipar nada de lo que será el objeto de las instrucciones siguientes, diremos que es preciso aportar a la oración un espíritu recogido, un alma en gracia de Dios, o por lo menos exenta de adhesión al pecado, un corazón libre de toda animosidad contra el prójimo, y mejor aún, enteramente llena de caridad para con él; finalmente, y para no omitir la intervención de la voluntad, una intención recta. Examinemos sucesivamente todos estos puntos.

En primer lugar, un espíritu recogido. ¿Habrá que insistir mucho sobre esto? Conocidas nos son estas palabras de Nuestro Señor: Cuando oréis, entrad en vuestro aposento—que es en realidad vuestra propia estancia;—cerrad cuidadosamente la puerta, y orad en el secreto¹. Nosotros lo interpretamos en el verdadero sentido: Entrad en vuestro gabinete, a saber, en lo más íntimo de vuestra alma; cerrad cuidadosamente la puerta, es decir, no deis acceso a ningún pensamiento extraño, que os distraiga, y orad en el secreto, esto es, explayad vuestro corazón a Dios solo. La misma interpretación se aplica a la célebre visión del profeta Elías, referida en el libro III de los Reyes, cuando, huyendo al desierto, e implorando, la asistencia del Señor para evitar la cólera de la impia Jezabel, revelóle el Señor su presencia con un signo sensible. Descendense al punto un viento impetuoso, capaz de romper las rocas y desarraigar las montañas; pero el Señor no estaba en aquel viento: *Non in spiritu Dominus*. Luego sobrevino un terremoto, como si se sacudiese la

1. MATTH. VI.

tierra y se la sacase de sus bases; pero el Señor no estaba en aquel terremoto: *Non in commotione Dominus*. Después, encendiéndose un gran fuego, en todo semejante a un vasto incendio..., pero no estaba en aquel fuego: *Non in igne Dominus*. Finalmente, cuando cesaron todas estas cosas, oyóse como un sople ligero y suave, *sibilus aurae tenuis*; esta vez era el Señor, y al punto el santo hombre se cubrió el rostro con el manto, en señal de respeto: *Quod cum audisset Elias, operuit vultum suum pallio*¹... ¿Habéislo entendido? Ocurre ahora, y ocurrirá siempre, lo que ocurrió en tiempo del Profeta. Antes que Dios nos admita a su audiencia, y nos haga sus comunicaciones, preciso es que ese viento furioso, se apacigüe, que esa tierra que tiembla, entre en reposo, que ese fuego que amenaza con devorarlo todo, se extinga; en otros términos, y sin figuras, es preciso que impongamos silencio a todos los ruidos del monte; que concluyamos una tregua con los cuidados turbulentos y los pensamientos tumultuosos; que, haciéndonos menos terrenales, más espirituales, separando de los objetos exteriores nuestros sentidos, y, si es posible, nuestro mismo espíritu de los sentidos, nos hagamos admisibles a Aquel que, todo espíritu y todo verdad, nada desea tanto como adoradores en espíritu y en verdad², puesto que de ellos recibe más honor.

En segundo lugar, un alma en gracia de Dios, o por lo menos, exenta de adhesión al pecado. Esta disposición³ para la oración ¿sería menos necesaria que la precedente? Lo es más. Leed las Escrituras: La alabanza no conviene más que a las almas rectas³.—Los

1. III. REG., XIX.
2. JOANN., IV, 24.
3. PSAL. XXXII, 1.

ojos de Dios están sobre los justos, y sus oídos no se abren más que a sus oraciones¹.—¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién se mantendrá en pie en el lugar santo? Aquel cuyas manos son inocentes y su corazón puro². El Nuevo Testamento habla como el Antiguo, el Evangelio como el Salterio. Jesucristo como los Profetas, los Apóstoles como Jesucristo. Si permanecéis en mí por la caridad, y mis palabras permanecen en vosotros, por vuestra obediencia a mi ley, pedid lo que queráis, y os será concedido³.—Queridos míos, si nuestro corazón nada nos reprocha, podemos contar con que toda cosa que pidamos nos será concedida, porque guardamos los mandamientos del Señor, y hacemos lo que le es agradable⁴... No instamos, pues quizás hemos insistido ya demasiado; en todo rigor, hubiera bastado la razón. Evidente es que sólo tiene entrada en la casa, el amigo de la casa, y, como decía un Padre antiguo, nadie recibe un adversario, un enemigo, nadie admite en su casa a quien no proce- de como él: *Nemo adversarium recipit, nemo nisi comparem suum admittit*⁵.

Pero de lo que acabamos de sentar con superabundancia de testigos, y que la razón por sí sola hubiese demostrado, esto es, que es preciso aportar a la oración un alma en gracia de Dios, ¿se sigue que los pecadores no puedan ni deban orar? La conclusión sería prematura. Cuando el ciego de nacimiento del Evangelio—esta página os es conocida, y la Iglesia nos la hace leer, cada año, el miércoles de la cuarta semana de Cuaresma;—cuando, pues, el ciego de nacimiento del

1. PSAL. XXXIII, 16.
2. PSAL. XXXIII, 4.
3. JOANN., XV, 7.
4. JOANN., III, 21-22.
5. TERTUL. de orad., n. 10

Evangelio, acosado a preguntas por los fariseos, les dió esta respuesta: Lo que sabemos es que Dios no oye a los pecadores: *Scimus autem quia peccatores Deus non audit*¹, decía una cosa que no era ni absolutamente verdadera, ni absolutamente falsa²; en otros términos, decía una cosa ya verdadera, ya falsa, según los casos.

En efecto, si se trata de pecadores no arrepentidos, que, por lo contrario, perseveran en el pecado, que se obstinan en el mal, en vez de desear salir de él, pero que continuán orando, por un resto de hábito, o en vista de un interés únicamente temporal, la frase es verdadera, Dios no los escucha: *Peccatores Deus non audit*³. Sobre este extremo, las Escrituras son formales. En el libro de Job: El hipócrita, el avaro, el ladrón del bien ajeno, si permanece en el pecado, Dios no oirá sus gritos, cuando la aflicción caiga sobre su cabeza⁴. En el libro de los Proverbios: El Señor tiene por injuriosa y aborrece⁵ la oración del que se tapa los oídos para no oír la ley del Señor, que le reprende. En Isaías: ¿Tan corta es la mano del Señor que no pueda salvaros, y sus oídos tan duros que ya no os escuchan? No, no, son vuestras iniquidades las que han levantado un muro entre él y vosotros; son vuestros pecados los que le han hecho taparse el rostro para no escucharos⁶. Así hablan las sagradas Escrituras, y los hechos con-

1. JOANN, IX.
2. Las luces que le proporcionaba el judaísmo no eran bastante vivas para hacerle distinguir lo verdadero de lo falso: *Illud verbum coeci adhuc innuñci, id est nondum perfecte illustrati*. S. AUGUST. ap. S. THOM. 2. 2. q. lxxxvii, art. 16 ad 1.
3. O si los escucha, para su desgracia: *Deus enim quaedam negat proptius quae concedit iratus*. S. AUGUST. ap. S. THOM. 2. 2. q. lxxxiv, art. 16.
4. JOB, xxvii, 89.
5. PROVER, xxviii, 9.
6. ISA, lix, 1 y 2.

guardan con los textos; sólo citaremos uno: Ateniéndose a las apariencias, ¡qué hermosos sentimientos de piedad los del rey Antíoco, cuando, después de oprimir, con el más odioso y tiránico yugo, durante todo su reinado, al pueblo de Dios, atacado de un mal incurable, volvió sus ojos al cielo implorando su auxilio! Pero, añade el historiador sagrado, si bien aquel malvado rogaba al Señor, no debía hacerle misericordia,¹ porque su oración era efecto de la gravedad de su mal, no de la conversión de su corazón.

Por lo contrario, si se trata de pecadores que, en efecto, lo fueron, que lo son todavía, pero que no quieren serlo y aun, lleguemos al extremo, en el caso de que sólo por modo imperfecto no quieran serlo, ya es otra cosa: suban al Templo con el publicano, pecador como ellos; tengan confianza; la frase del ciego de nacimiento ya no es verdadera; Dios los escucha; su oración le es agradable, y aun, en cierto sentido, es obra de Dios, ya que, en efecto, oran, porque Dios, por su gracia, le inspira que oren.

Habéis seguido y comprendido estas explicaciones. La cosa es clara: hay que aportar a la oración un alma en gracia de Dios, o por lo menos, exenta de adhesión al pecado.

En tercer lugar, un corazón libre de toda enemistad para con el prójimo, mejor aún, enteramente lleno de caridad con relación al prójimo. Como la precedente, esta proposición tiene dos miembros distintos; no los confundamos.

Decimos, en primer lugar, libre de toda enemistad. También aquí abundan los textos, San Pablo quiere que los hombres oren en todo lugar, elevando a Dios sus manos puras, y no abrigando cólera contra nadie,

1. II MACH, ix, 13.

ni disensión con nadie¹. San Pablo no era más que órgano de otro, más autorizado que él. Escuchemos a este otro, a Jesucristo mismo: Cuando os dispongáis a orar—es el mismo asunto de nuestra instrucción, si tenéis algo contra cualquiera, perdonadlo². Y en otra parte: Si no perdonáis a los hombres, que son vuestros hermanos, tampoco os perdonará vuestro padre las ofensas que le hayáis hecho³. Y en otra parte aún: Si estando a punto de depositar vuestra ofrenda en el altar, esto es, de ofrecer a Dios un sacrificio—que es la oración en su forma más elevada,—os acordáis de que vuestro hermano tiene algo contra vosotros, dejad allí mismo el sacrificio, aunque esté empezado, y corred primeramente a reconciliaros con vuestro hermano, hecho lo cual, volveréis a presentar vuestra ofrenda⁴.

Esto, en realidad, es de razón y justicia. ¿Cómo Dios podría ser bueno con quien desea ser malvado? ¿Cómo Dios podría atreverse a pedirle gracia, cuando se niega uno a conceder gracia? ¿Apaciguará jamás a su Padre, el Padre celestial, el que sólo abriga en su corazón ideas de odio contra uno de sus hermanos: *Quomodo placabit Patrem, iratus in fratrem*⁵?

Mejor aun, hemos añadido, lleno de caridad con relación al prójimo. ¡Ah, he ahí lo que, esta vez, es bien determinante. No hacer daño al prójimo, no desearle mal alguno, ya es algo, pero solamente un *minimum*. Mas, si este *minimum* no queda ya sin mérito, ¿cuántos más tesoros de bondad, y de ternura, de los que re-bosa el corazón de Dios, caerán con abundancia sobre el que ama a ese querido prójimo, sobre el que le quiere

1. I TIMOTH., II, 8.
2. MARC., XI, 25.
3. MATH., VI, 15.
4. MATH., v. 23-24.
5. TERTUL., de orat., n. 10.

bien, sobre el que le hace bien, según su poder? Bien, sobre el que le hace bien, según su poder? Bienaventurados los misericordiosos, porque tendrán misericordia¹. Dios no podría dejarse vencer en generosidad por su criatura. Tabita resucitará a la oración de san Pedro, porque toda la vida de aquella piadosa mujer, estuvo llena de buenas obras². El centurión Cornelio será el primero de los gentiles que abraza la verdadera fe, porque es religioso, temeroso de Dios, él y toda su casa, y, escuchad lo que sigue, hace muchas limosnas al pueblo, y ora a Dios sin cesar: *Religiosus, et timens Deum, cum omni domo sua, faciens eleemosynas multis plebi, et deprecans Deum semper*³... No insistamos más por ahora; sería adelantarnos a una instrucción que vendrá luego, a su hora, pero que ya desde aquí anunciamos con el título de la oración y sus buenas obras.

Finalmente, y en cuarto lugar, porque tampoco debemos omitir la parte de la voluntad: hay que aportar a la oración una intención recta, es decir, aquello sin lo cual la oración, aunque recogida y procedente de un alma en gracia de Dios, y en paz con el prójimo, carecería de valor y nada aprovecharía. Si tu ojo es puro, sano, bien constituido, dice Nuestro Señor, todo tu cuerpo se verá iluminado, y no chocará en parte alguna; pero si tu ojo es malo, mal conformado, viciado de cualquier manera que sea, todo tu cuerpo, sumergido en tinieblas, chocará contra algún obstáculo⁴. En sentido espiritual, este ojo es la intención. Según que la intención es buena o defectuosa, nuestras acciones, en general, nuestras oraciones en particular, tienen mérito, o nada valen.

1. MATH., v. 7.—2. ACT., IX, 40.
3. ACT., x, 2.—Qui in proximum misericors est, vicissim Deum in se misericordem experietur. CORNEL. A. LAP. in h. l.
4. MATH., VI, 22, 23.

el deber, diremos el por qué de él y las condiciones de su cumplimiento. Dios nos ayude con su gracia.

En primer lugar, es una verdad fácil de sentar que debemos orar en nombre de Jesucristo.

Las palabras de Jesucristo son formales. En el capítulo xiv de san Juan, dice: 'Todo cuanto pidiereis a mi Padre, en mi nombre, lo haré, a fin de que el Padre sea glorificado por el poder que comunica a su Hijo'. En el capítulo xv del mismo Evangelista, añade: 'No sois vosotros los que me habéis elegido, sino que soy yo quien os ha elegido a vosotros... y todo lo que pidiáis a mi Padre, en mi nombre, os lo concederé'. Y todavía en otra parte, empleando esta vez la fórmula del juramento, agrega: 'En verdad, en verdad os digo que, si pedís algo a mi Padre, en nombre mío, os lo concederé; hasta aquí nada habéis pedido en mi nombre; pedid, pues'.

No es menos convincente la práctica de la Iglesia. ¡En nombre de quién se hacen todos sus exorcismos, todas sus bendiciones, la mayor parte de las oraciones que concurren a la administración de los Sacramentos? En nombre de Jesucristo. Recorred su Ritual, su Misal, todos sus libros litúrgicos; leed la Colecta Secreta, la Poscomunión de cada domingo, la de cada fiesta, o también de cada día ferial; ¿con qué conclusión las canta el sacerdote, si las canta, o las recita, si no hace más que recitarlas? Casi invariablemente, con ésta: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*: Por Jesucristo Nuestro Señor. Pero sobre todo en el Canon de la Misa, que es la parte más viviente del adorable Sacrificio, es en donde reaparece por lo general la fórmula sa-

1. JOANN., xiv, 13.
2. *Ibid.*, xv, 16.
3. *Ibid.*, xvi, 23-24.

grada. Desde las primeras palabras: 'Os rogamos, Padre clementísimo, y os pedimos humildemente por Nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo, que os dignéis aceptar y bendecir estos dones, estos presentes, estos santos y puros sacrificios. Y más lejos, solicita el sacerdote sacrificador la protección de Dios, la paz en esta vida, la liberación en la otra de la condenación eterna, y la admisión en el número de los elegidos: Por Nuestro Señor, y más lejos aún, se piden, y se piden por Nuestro Señor Jesucristo, el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz por todos los que descansan en Jesucristo, y por nosotros, aunque pecadores, una parte de la dispensación de las divinas misericordias. He aquí la oración final: Recibid favorablemente, Trinidad Santísima, dice el sacerdote, el homenaje de mi entera dependencia, y haced que el sacrificio que, a pesar de mi indignidad, acabo de ofrecer a vuestra divina Majestad, sea grato a vuestros ojos, y, por vuestra misericordia, a mí y a todos aquellos por quienes lo he ofrecido, nos colme de bendiciones. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Sería inútil insistir. El deber está cumplido. Pero ¿por qué debemos orar en nombre de Jesucristo? ¿Cómo debemos orar en nombre de Jesucristo? Casi no hay punto más interesante que este en toda la doctrina cristiana; plegue a la divina gracia que los exponga dignamente.

¿Por qué debemos orar en nombre de Jesucristo? Parece que esta primera pregunta no es de difícil resolución. Sumariamente lo hemos dicho en otra parte¹, y ahora lo detallamos más aquí: Jesucristo es el mediador único, el mediador universal, el mediador autorizado. Estudiemos, uno tras otro, estos tres puntos.

1. Veáanse nuestros sermones sobre el Símbolo, sermón 26.º

samientos; tienen entre sí una trabazón evidente; también comprenderéis su progresión.

Jesucristo es el mediador único. Los textos abundan, Jesucristo dijo: *Sine me nihil potestis facere*¹. Sin mí, nada podéis hacer. Oído bien: nada, nada, absolutamente nada². Lo siguiente no es menos explícito: *Nemo venit ad Patrem nisi per me*³. Nadie viene al Padre sino por mí; o, como traduce nuestro gran Bossuet su paráfrasis: Nada es aceptado, si no se presenta por su mano; si la oración no se hace en su nombre, ni siquiera será oída, ningún beneficio se concede sino por medio de él⁴. El príncipe de los Apóstoles predicó ante el Sacerdote esta doctrina del Maestro: *Non est in alio aliquo salus. Non enim aliud nomen est sub caelo latum, in quo oporteat nos salvos fieri*⁵. No hay salvación en ningún otro; no hay otro nombre bajo el cielo por virtud del cual pueden salvarse los hombres. San Pablo escribe a su discípulo Timoteo, y, en la persona de éste, a los fieles de todas las edades: *Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum homo Christus Jesús*⁶: Así como no hay mas que un Dios, así no hay más que un mediador entre Dios y los hombres, el Hombre-Dios, Jesucristo.

Jesucristo es el mediador universal: así se trate de los hombres, de los ángeles, de los santos, o de la Reina misma de los ángeles y de los santos; es decir, que jamás hubo atribuciones más generales, ni poder más extendido. Si se trata de hombres, por Jesucristo

1. JOANN., XV, 5.
2. Nec parvum, nec magnum, nec facile, nec difficile potestis facere, sed simpliciter nihil. CORNEL. A LAP., in h.
3. JOANN., XIV, 6.
4. *Sermon sur l'Ascension*, 2.^a parte.
5. ACT., IV, 12.
6. I TIMOTH., II, 5.

hace la oración de petición, como acabamos de demostrar; la alabanza, que es otra forma de oración, y la acción de gracias, no llegan a Dios más que por Jesucristo; la alabanza, como leemos en san Pablo: *Per Ipsum ergo offerimus hostium laudis Deo, id est sanctum labiorum confitentium nomini ejus*¹, y la acción de gracias, como lo vemos también por la hermosa teología de san Pablo: *Gratias agentes semper pro omnibus in nomine Domini nostri Jesu Christi Deo et Patri*². De otro modo no llegarían a su destino. Si se trata de las cosas angélicas, ocurre lo mismo que con las de los hombres. La Iglesia canta: Por Jesucristo alaban los Angeles a la divina Majestad, la adoran las Dominaciones, la reverencian y tiemblan las Potestades, y celebran su gloria con transportes de júbilo, los cielos y las Virtudes de los cielos y los felices Serafines: *Per quem majestatem tuam laudant Angeli, adorant Dominaciones, tremunt Potestates. Caeli, caelorumque Virtutes, ac beata Seraphim sociis exultatione concelebrant*³. Si se trata de los Santos, no es menos claro aún. Los Santos en el cielo, ¿serían mediadores entre Dios y nosotros, y podrían serlo, aun en el menor grado, sin el mediador principal, universal y único, Jesucristo? La Iglesia se ha declarado sobre este punto: Mandamos, dicen los Padres del Concilio de Trento, a todos los obispos y a todos los que están encargados de enseñar a los fieles que, siguiendo la costumbre de la Iglesia católica y apostólica, de conformidad también con el sentir unánime de los santos Padres y con los decretos de los santos Concilios, procuren instruirlos en todas las co-

1. HEB., XIII, 15.
2. EPH., V, 20.
3. Prefacio común.

sas referentes a la intercesión e invocación de los Santos, enseñándonos que los Santos que reinan con Jesucristo ofrecen a Dios sus oraciones por los hombres; que es bueno y útil invocarles por modo suplicante, y recurrir a su ayuda y asistencia para obtener de Dios sus beneficios, *Por su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, nuestro solo Redentor y nuestro único Salvador*¹. La liturgia concuerda con la definición dogmática. La Iglesia ruega a todos los santos sin excepción, cada día, en el canon de la misa—volvemos sobre esto, porque la mediación de Jesucristo no tiene en ninguna otra parte una aplicación tan completa;—en el canon de la misa, pues, no pudiendo nombrarlos a todos, cita por lo menos un gran número, los principales, por cuyos méritos y oraciones suplica a Dios que le conceda en todas las cosas su ayuda y protección; pero olvidó lo que sigue: *Por Jesucristo Nuestro Señor*², con lo cual confesamos que no hay mérito, ni oración, ni dignidad en los santos, en cualquier grado de gloria que estén elevados, sino por Jesucristo, y en nombre de Jesucristo. Finalmente, ni siquiera la Reina de los ángeles y de los santos, la incomparable Madre de Dios, María... ¡Ah, cuán poderosas son sus intervenciones! ¡Oh la más admirable de las vírgenes! exclama san Bernardo. ¡Oh la más venerable de las mujeres! ¡Oh santa vivificadora de la raza humana! Luego, dirigiéndose a la primera madre de esta raza hasta entonces perdida, exclama: Corre, Eva, corre hacia María; corre hacia tu hija, infortunada madre. Responde su hija por la madre; satisfaga la hija por la madre; quite la hija el oprobio de la madre. El hombre cayó por la mujer; no debe levantarse más que por la mu-

1. Sesión XXV.^a
2. Communicantes, etc.

jer¹... Sin embargo de esto, María no tiene acceso al Padre más que por Jesucristo, su Hijo; Vela por nosotros, pero ora, como nosotros, en nombre de Jesucristo; he vuelto a leer la Colecta de cada una de estas fiestas, y siempre la misma conclusión: *Per Dominum nostrum, Jesum Christum*.

Y ahora ¿habrá mucha necesidad de decir, para completar esta doctrina, que Jesucristo es el mediador autorizado? Desde el momento en que es el mediador único, universal, y que fuera de él no hay ningún otro, si no fuera autorizado, nos sería cerrado todo recurso a las divinas misericordias. Lo está, pues. Sí, y jamás lo repetiremos bastante, tenemos un Introdutor segurísimo, y, por él, un acceso fácil al Padre²; tenemos un suplicante acreditadísimo, que, habiendo orado en los días de su vida mortal, por aquella oración acompañada de lágrimas, de grandes gritos y abatimientos extremos, mereció que todas las nuestras fuesen escuchadas³; tenemos un Abogado, como le llama san Juan⁴, y el oficio responde a la palabra, un Abogado muy escuchado, que no sólo pide como explica Bossuet⁵, que se nos haga misericordia, sino que demuestra que debe hacérsenos misericordia. ¿Cómo? ¿Qué lenguaje emplea a este efecto? ¿Qué especie de abogacía emplea este abogado sin igual? La respuesta: se presenta, *Apparet vultui Dei pro nobis*⁶; se presenta a Dios, con sus manos y sus pies atravesados, su costado abierto, con todas sus llagas, en fin, que conserva y guardará siempre en su carne glorificada, como prue-

1. HOMIL. 2, In Missus est.
2. ROM., V, 2.
3. HEB., V, 7.
4. I JOANN., II, 1.
5. *Sermon sur l'Ascension*, 2.^a parte
6. HEB., IX, 24.

ba viviente del sacrificio sangriento que ofreció por nosotros, del precio infinito que pagó por nosotros, de los méritos infinitos que adquirió, pero que los ha hecho nuestros por sustitución.

Por eso, para concluir con el gran Apóstol: *Ademus cum fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno*¹. Presentémonos ante el trono de gracia con confianza, a fin de obtener misericordia, y encontrar en él, por gracia, los auxilios que necesitamos.

Pero ¿cómo nos presentaremos? ¿En qué condiciones oraremos por Jesús, con Jesús, en Jesús? Porque no se trata de pronunciar con la boca solamente la sagrada fórmula: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, ya que de nada serviría, dice muy bien san Agustín, hacer sonar las palabras y las sílabas, si los sentimientos interiores no responderán?

Orar en nombre de Jesucristo, es reconocer a Jesucristo por lo que es, y todo lo que es, el Justo, el Santo, el Redentor, el Hombre-Dios; el que no tiene esa idea de Jesús, no ora en nombre de Jesús: *Qui sentit de Christo, quod non est de unico Dei Filio sentiendum, non petit in ejus nomine*².

Orar en nombre de Jesús, es reconocernos tales como somos, y todo lo que somos, insuficientes, y aun indignos, pecadores, no pudiendo apoyarnos en nada de lo que nos pertenece, sino tan sólo en los méritos infinitos de Jesucristo. Toda esta instrucción está dedicada a demostrarlo.

Orar en nombre de Jesús, es como ya lo hemos demostrado⁴, y lo repetimos aquí, pedir *algo, quid*, esto

1. Heb., iv, 16.
2. *Brev. Rom.*, Dom. quit. post Pasch. Lect. 7.
3. *Ibid.* Lect. 8.
4. Sermón 50.º

es, no toda especie de cosas, cosas inútiles, menos todavía cosas dañosas, sino cosas que sean *algo*, cosas dignas, verdaderas, grandes, *cum tu oras, magna ora*. ¿Cómo, pedís cosas pequeñas al Grande, a *Magno parva petis*? dice san Agustín; y Bossuet, expresando el mismo pensamiento a su manera, añade: Los hombres se ven embarazados cuando se les piden grandes cosas, porque son pequeños, y Dios considera como indecoroso que se acerquen a él para pedirle cosas pequeñas porque es grande².

Orar en nombre de Jesús, es, pues, pedir cosas dignas, verdaderas, grandes; cosas, por ejemplo, que uno sabe que son conformes con la gloria de Dios, y con los intereses de Jesús, o que deben contribuir a nuestra santificación, y, por ello mismo, a nuestra salvación: la fe en las verdades que se nos proponen, la esperanza de los grandes bienes que nos son prometidos, la caridad sin la cual uno no es más que un bronce sonoro, un címbolo resonante; la victoria sobre nuestras pasiones, la vigilancia para prevenir las tentaciones, la fuerza para dominarlas, y este otro bien, que es el bien de los bienes, la perseverancia final... Añadid a esto, si os parece bien, la petición de gracias temporales, la salud, el éxito de una empresa, y aun dignidades, pero con la expresa reserva, no lo olvidemos, de que Dios no nos conceda estos bienes de orden inferior más que si han de sernos verdaderamente útiles, y nos los niegue, si han de sernos perjudiciales:

1. S. AGUSTÍN.
2. *Sermon sur le culte du à Dieu*.—La historia no ha escatimado alabanzas a la respuesta que dió Alejandro a uno que se excusaba en su condición para no aceptar un rico presente que le ofrecía el monarca: Considero, no lo que te conviene recibir, sino lo que me conviene darte.

Quando petitis temporalia Deo committite ut, si prosint, det; si scit obesse, non det.

Finalmente, orar en nombre de Jesús, es unirse a Jesús, como el miembro a la cabeza, no digo por la caridad, en estado permanente, porque, ¿quién puede asegurar que no caerá nunca, por lo menos momentáneamente?, sino por esa caridad tan pronto recobrada como perdida, ya que, no sólo para los flojos, menos aún para los rebeldes es Jesús causa de salvación, sino para los que le obedecen y viven bajo su imperio: *Factus est omnibus obedientibus sibi causa salutis*?

Mas, oh Señor, orar así, y cumpliendo todas estas condiciones, ¿no es ya una gracia muy grande? Y puesto que tantas veces hemos dicho, en el curso de estas instrucciones, para que podamos olvidarlo ahora, que nada podemos sin vos, os pedimos esta gracia, y os la pedimos al Padre por vos que sois su Hijo y Nuestro Señor.

1. S. AGUST., de Verb. Dom., Serm. LII.
2. HEB., v, 9.

LA ORACION

SERMON DECIMOQUINTO

Cualidades de la oración. Orar con atención

Oraré con el espíritu, y oraré inteligiblemente
(I COR., XIV, 15)

Nos vero toti nitamur, ut non solum verba, sed mens verborum comes ad Deum accedant: nam si lingua quidem proferat verba, mens autem fortis sit, sua tractans negotia, et imaginans quae in foro aguntur, nulla nobis utilis est, fortassis autem et maior condemnatio.

S. JOANN. CHRYSOST. AP. SCHEAM.

Orar en nombre de Jesucristo, es la primera cualidad que debe tener la oración; lo hemos dicho en la instrucción precedente. Orar con atención, es la segunda. ¿Lo demostraremos con extensión? No lo demostraremos del todo, pues es la evidencia misma. Si la oración es, como tantas veces lo hemos notado, una elevación del alma a Dios, *ascensio mentis ad Deum*, una plática, *colloquium*, una conversación con Dios, *sermocinatio*, no hay nadie que no vea que fuera el colmo de la inconveniencia no pensar, en la oración, ni en lo que se dice, ni en aquel a quien se le dice. Mas, por desgracia, si especulativamente hablando vemos con toda claridad, ¿por qué en la práctica obra-

nos tan mal? Cuántos pensamientos de orden, extraños, si lo preferís, se interponen entre Dios y nosotros, y nos desvían! ¿De dónde proceden, pues, hay que llamar a las cosas por su nombre, esas innumerables distracciones? ¿A dónde nos conducen? ¿De qué medios valernos para combatir las? Esto es lo que vamos a decir hoy. Dios nos ayude con su gracia.

Cuando hayamos expuesto, como vamos a hacerlo, que la enfermedad de nuestra naturaleza viciada por el pecado, la disipación sobrada habitual del espíritu, las pasiones diversas del corazón, la acción incesante del demonio, son las fuentes de donde proceden las distracciones, quedará dicho lo esencial, o casi lo esencial, a nuestro entender, sobre la primera cuestión.

Nuestra enfermedad presente, fruto del pecado. En el estado de naturaleza íntegra, el hombre conversaba sin esfuerzo con Dios, sin distraerse en los objetos exteriores, estaban sometidas a la razón las potencias inferiores de su alma, y la razón lo estaba a Dios. Pero ya no gozamos de aquel estado. El pecado echó por tierra aquel orden tan hermoso, y rompió aquella armonía. Difícilmente nos sostenemos en las alturas, dice santo Tomás: *Mens humana propter infirmitatem naturae diu stare in alto non potest*; sobre todo cuando se trata de cosas espirituales, yo no sé qué peso, como irresistible, nos aparta de Dios, para llevarnos hacia las criaturas: *Pondere enim infirmitatis humanae deprimitur anima ad inferiora*. Por eso, concluye, hay distracciones exentas de pecado, en razón de nuestra enfermedad. *Eo quod non ex negligentia, sed ex fragilitate, non potest quis, ut oportet, assistere coram Deo*¹.

1. S. THOMAS, 2. 2. q. lxxxiii, art. 13 ad 2 et 3.

La disipación demasiado habitual del espíritu. En efecto, como si no fuera bastante que nuestro espíritu se nos escapase por su propio extravío, nosotros mismos contribuimos a ello con harta frecuencia, mediante una acción directa, culpable esta vez. Un molino muele lo que se le da a moler, ni más, ni menos. El molinero que se lamentara de que el suyo no le diera más que mala harina, haría reír. Insensato, le gritarían, da a moler a tus muelas, no espelta, u otro grano de calidad inferior, sino puro y hermoso trigo, y tendrás hermosa y blanca harina... Lo mismo ocurre con el espíritu. No obra más que con aquello de lo cual se le lleva. Poned en él atención, recogimiento, una imaginación apacible, y llegado el momento de la oración, saldrá de él una oración bien hecha. Poned en él ruido, agitación, toda especie de pensamientos fútiles, vanos, ociosos, disipadores, y será muy extraño que os dé otra cosa que distracciones.

Las pasiones diversas del corazón. San Agustín expone en alguna parte el misterio de la buena oración, es decir, de la oración hecha en las condiciones normales: El amor, dice, es el que ora y gime, el que pide, el que busca, el que llama a la puerta, el que descubre las verdades hasta entonces ocultas, el que, tan pronto como nos son reveladas, nos aferra a ellas: *Amore petitur, amore queritur, amore pulsatur, amore revelatur, amore denique in eo quod revelatum fuerit, pervenitur*¹. ¡Ah cuán diferente es el papel de las pasiones! ¿Qué tienen de común con el puro y santo amor esas furias desgrenaadas? El vengativo que ora, si es que ora, el intemperante, el ambicioso, el orgulloso, el colérico, el vicioso, ¿en qué piensan? ¿Qué imágenes pasan y vuelven a pasar sin cesar por sus

1. *De moribus Eccl. Cath.*, lib. I, cap. xvii, n. 31.

ojos? Marinos perturbada se muestra la atmósfera durante la tempestad desencadenada; menos agitada la superficie de las aguas cuando sopla el viento de la tempestad.

Finalmente, el demonio y su acción incesante. ¿Es el principal agente de nuestras distracciones? Quizás; si bien, en muchos casos, hay que confesar que nosotros mismos le facilitamos singularmente la empresa. Pero lo indudable es que, siendo lo que es, puro espíritu, ejerce una atracción muy real, aunque secreta y oculta, sobre nuestras facultades, principalmente sobre nuestra imaginación, sobre nuestro temperamento, y nos impulsa tan diestramente hacia el lado a que nos inclinamos, que ni siquiera lo advertimos. Por otra parte, como no ignora el arma poderosa que tenemos contra él con la oración, nada omite para hacerla incongrua a los monjes a la oración, decía un autor antiguo, muy versado en estas materias, y monje también, entra en campaña con sus legiones: *percipit tunc se cum suis ad arma provocari, cum monachi signo campanulae ad psalmodiam vocantur*. En ningún otro punto tanto como en éste, entre él y nosotros—y proporcionalmente hay que decir lo mismo de todos los cristianos,—queda entablada la lucha: *universum bellum quod inter nos et demones conflatur, non est de alia re, quam de oratione*. Cuánto más se convence de que la oración nos es saludable y bienhechora, más odio le tiene, y más furiosos golpes le asesta: *Est enim illi oratio valde adversa et odiosa; nobis vero salutaris et valde benigna*¹. ¡Oh, queridos y santos religiosos, de todo hábito y de todo nombre, lo que era verdad en tiempo de san Nilo, lo es hoy y lo será

1. *Ab. Schram*, t. I, p. 115.

siempre; sí, en realidad, preciso es que seáis muy sensibles al inferno, para que, a los ojos de los que combaten contra vosotros, bajo sus órdenes, vuestras obras de caridad y de abnegación todo orden, no basten a haceros perdonar el que seáis hombres de oración!

Ya sabemos de dónde proceden nuestras distracciones: de nuestra enfermedad nativa, de la disipación demasiado habitual del espíritu, de las pasiones tumultuosas del corazón, del demonio y de sus artificios. ¿A dónde conducen? Vamos a decirlo.

Exactísima observación del Sabio es que las moscas que mueren en el perfume en que cayeron, echan a perder toda la suavidad del mismo: *Muscae morientes perdunt suavitatem unguenti*¹. Sin expresarla tan bien, vosotros mismos hubierais podido hacer la misma observación. Un mosquito, o cualquier otra bestecilla, que nada en el vaso en que os disponéis a beber, os produce asco casi invencible; por eso el amo de la casa, si lo advierte, o el criado, si sabe su obligación, se apresura a quitar al punto la bebida manchada. ¿Queríamos, pues, que Dios fuese menos delicado? Porque, en efecto, ¿qué representan esas moscas muertas echando a perder el perfume en que cayeron? Lo dicen los comentaristas: las distracciones; las distracciones, que arrebatan a las oraciones, llamadas perfumes por las Escrituras², su dulzura y suavidad: *Muscae sunt distracciones in oratione occurrentes. Aptè dicuntur mortuæ, quia orationis gratiam et devotionem interminuunt*³.

Un anciano autor, de gran autoridad, Pedro de Bloys, compara la oración a un panel. ¿Qué es un

1. *Eccle.*, x, 1.
2. *Apoc.*, v, 8.
3. *CORNEL.* a LAP. in h. l.

panal? No es la miel sola ni menos la cera sola, sino la miel con la cera, o mejor, la miel en la cera. Lo mismo ocurre con la oración: la buena oración es la devoción contenida en las palabras: *Quid est fœvus, nisi mel in cera? El quid mel in cera, nisi devotio in littera?* El piadoso autor deja que el lector saque la conclusión. Esto no es difícil. Los alvéolos de cera, sin miel dentro, por bien contruídos que estén no son más que un vulgar trozo de cera; del mismo modo, la oración de la cual está ausente la devoción expulsada por las distracciones, no es más que una simple y vana reunión de palabras: *verba et voces, praeætereque nihil*.

Las distracciones producen otros efectos, más lamentables aún. Expongámoslos brevemente.

El que ora con distracción, si voluntariamente está distraído, hace una oración estéril. No le procurará ni fortaleza, ni luz, ni consuelo, ni alegría interior. ¿Hay algo más fácil de comprender? Lo que hace fructificar la oración, es la atención del espíritu sostenida con el afecto del corazón; la oración no es eficaz, ni puede serlo, más que en cuanto el corazón dicta lo que la lengua pronuncia: *Ille solum orandi pertinacia meretur esse fructifera, si quod ore precamur, mente meditemur*. En cuanto a esos cristianos, por desgracia muy numerosos, que, si bien tienen el cuerpo en oración, con su espíritu vagabundo corren toda la tierra y articular con la boca oraciones en las cuales no toma parte el alma, no sacan provecho alguno de sus recitaciones. Porque ¿cómo Dios podría escuchar peticiones que no escuchan los mismos que las hacen: *Ore quidem orantes, mente autem foris vagantes, omni se orationis fructu privant: putantes exaudiri a Dei preces quas nec*

1. Ap. BEUVELET, *Méditations*, t. II, 100ª meditación.

est audiant qui fundunt? Tal es la doctrina del venerable Beda¹.

El que ora con distracción, si está voluntariamente distraído, peca venialmente; esto no es dudoso: *Si quis se propositio, in oratione, mente evagetur, hoc peccatum est*². Hay cierto deshonra para Dios orando de esta manera. Si se trata de una oración de superrogación y de puro consejo, peca también venialmente, porque, libre de hacerla, o no, desde el momento en que hace esta oración facultativa, debe hacerlo bien, del mismo modo que el súbdito que, libre de quedarse en su casa o de ir a ver al soberano de paso por la región, si va, debe saludarle con respeto³. ¿Iremos más adelante? ¿Hay algún caso en que el pecado sea mortal? Por ejemplo, según el sentir de la mayoría de los teólogos, el precepto de la oración es obligatorio *sub gravi*, por lo menos una vez al mes⁴. Si, pues, durante todo un mes no he hecho más que oraciones distraídas, sin ninguna atención de espíritu, sin ningún afecto de corazón, ¿será temerario afirmar que no he caído más que en faltas veniales⁵.

¡Ah cristianos! ¿qué más se necesita para volver a considerar varios textos, que precedentemente hemos citado, y rogar a Dios que en ellos encontremos medios de resistencia a las distracciones?

1. Ap. VENTURA, *Fœmnes de l'Evangile*, p. 42.
2. S. THOM. 2. 2. q. lxxxiii, art. 13, ad. 3.
3. *Per se peccat venialiter distractus, quoties voluntarie sine justa ratione, distrahitur, etiamsi oratio fiat absque obligatione, quia aliquam Deo irrogat irreverentiam*. GURV. n. 261.
4. *Ibid.* n. 260.
5. Puesto que la oración entraña esencialmente la atención, síguese que en las oraciones que nos son ordenadas, la atención es de precepto; de suerte que entonces no basta pronunciar, sino que una distracción notable y voluntaria debe ser considerada como una ofensa grave y mortal. BOURDALOUE, Jueves de la 1.ª semana de Cuarema.

*Ante orationem praepara animum tuum, et noli esse quasi homo qui tentat Deum*¹. Antes de orar, preparad vuestra alma, y no os conduzcáis como un hombre que intenta a Dios. Tentar a Dios, ¿qué es? Tentar a Dios es esperar un efecto sin poner la causa, siendo así que sólo de uno depende el ponerla; especificando, es esperar hacer una buena oración, sin observar nada del ceremonial de la Corte celestial. Uno de los artículos de este ceremonial consiste en ponerse en la presencia de Dios, recogerse, fijar el espíritu y el corazón, para decirlo de una vez, estar atento. Hagamos lo que está prescrito. Mas si esta atención no dura, y no será muy extraño que no dure, pues de los millares de santos que la Iglesia ha canonizado, solamente cita uno solo que llegó a este grado de perfección, es decir, a no haber tenido distracción alguna²; si, pues, esta atención no dura, nada importa; a menos de una revocación positiva de vuestra parte, a los ojos de Dios persevera, y vosotros habréis adquirido el fruto de la oración: *Evocatio mentis quae fit praeter propositum orationis fructum non foliis*³.

*Tu autem cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio ora Patre tuum in abscondito*⁴: Tú, al contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre. Hemos dicho que este aposento es el interior de vuestra alma. Entrad en él; la puerta del aposento son vuestros sentidos externos; cerradla. ¿Cómo? En un día caliente de estío, dejáis puertas y ventanas siempre entreabiertas, y os lamentáis de que vuestro aposento esté lleno de mosquitos. Cedo a la tentación de tomar de un excelente au-

1. ECCLEI., xviii, 23
2. S. LUIS DE GONZAGA, *Brev. Rom.*, 28 junio.
3. S. THOM. 2. 2. q. lxxxiii, art. 13 ad 3.
4. MATTH. vi, 6.

otra comparación, del mismo género que la precedente, pero más llena de indígenas, más llamativa: las distracciones se parecen a esos enjambres de insectos zumbadores que revolotean en las noches de verano y nos fatigan con su zumbido, más aún que con sus picaduras. Los ahuyentamos y se largan, pero ¡vano triunfo!, las ligeras cohortes relacen sus filas y empiezan de nuevo su monótono concierto en tono todavía más agudo que la vez primera. Esos enemigos nos siguen por todas partes, y sólo el aire enrarecido que se respira en las colinas de la mortificación, o la proximidad de la contemplación, logra alejar de nosotros esos parásitos del crepúsculo¹.

A estos textos antiguos, antiguos porque ya hemos hecho uso de ellos, añadamos otros dos.

Cuando Abraham llegó al pie de la montaña, en cuya cumbre debía, por quererlo Dios así, inmolar su hijo Isaac, dijo a sus criados: *Expectate hic cum asino; ego et puer illuc usque properantes, postquam adoraverimus, revertemur ad vos*². Esperad aquí con el asno; nosotros subiremos y, acabado el sacrificio, volveremos a unirnos con vosotros. ¿Qué significa esto, entendido en el sentido místico? San Bernardo nos lo dirá: *Circae, solitudines, anxietates, labores, poenae, servitutes, expectate me hic cum asino, corpore isto, donec ego cum puero, ratio scilicet cum intelligentia, usque illuc properantes, postquam adoraverimus, revertemur ad vos*³. Vosotros cuidados, inquietudes, zozobras, ansiedades, trabajos, disgustos, servidumbres, objetos distrayentes de todo orden, quedaos aquí, a la puerta, con el asno, es decir, con el cuerpo, mientras que el niño y yo, es decir, mi

1. FABER, *Progrès de l'âme dans la vie spirituelle*, p. 462
2. GEN., xxii, 5.
3. APUD SCHRAM, t. I, p. 116.

espíritu y mi corazón, nos entregaremos a la oración. Nos juntaremos con vosotros al salir del lugar santo.

Que el santo Patriarca ponía gran cuidado en no hacer más que actos perfectos de religión, nos lo muestra el hecho de que, en la tarde de otro día, ofreciendo un sacrificio al Señor, apresuróse a espantar los pájaros que se abatieron sobre el cuerpo de las víctimas inmoladas y divididas ya en dos partes, según el ceremonial: *descenderunt volucres, super cadauera; et abigebat eas Abraham!* Hermosa imagen, dice el gran papa san Gregorio, de la conducta que debemos observar con relación a las distracciones, pájaros importunos que se abaten sobre las santas víctimas, los piadosos holocaustos que ofrecemos al Señor, las oraciones, para chuparlos hasta la médula: *Sic ergo, nos cum in arca cordis holocaustum Deo offerimus, ab immundis, hoc volucris custodiamus, ne maligni spiritus et perversae cogitationes rapiant, quod mens nostra offerre se Domino utiliter sperat?*

Pero, oh Dios mío, ¿de qué nos serviría saber lo que debemos practicar, y cómo debemos practicarlo, si no fuéramos ayudados de vuestra gracia? Os la pedimos, Señor; os pedimos como la Iglesia y con la Iglesia que, libres de espíritu y de cuerpo,—más de espíritu, nos atrevemos a añadir, que de cuerpo—cumplamos, sin trabas en adelante, todo lo referente a vuestro culto. *Ut mente et corpore pariter expediti, quae tua sunt, liberis mentibus exequamur?*

1. GEN., XV, 11.
2. AP. CORNEL. A LAP. in ECCLES. c. X v. 1.
3. Colecta del domingo XIX después de Pentecostés.

LA ORACION

SERMON DECIMOSEXTO

Cualidades de la oración. Orar con humildad

Ya que una vez he comenzado, hablaré a mi Señor, aunque sea yo polvo y ceniza (GEN., XVIII, 27)

Gradus ad orationem erit vere humilis ac demissus animus, scelerumque recordatio: quibus sceleribus intelligat, qui ad Deum accedit, se non modo dignum non esse qui quidquam impetret a Deo, sed qui ne in eius quidem conspectum veniat oraturus.

Catech. Rom.

El capítulo XVIII del Génesis nos muestra la oración de Abraham al Señor en la que pedía que fuera salvada de la ruina una ciudad abominable y maldita. No expondré aquí las fases diversas de esta oración memorable, fases que constituyen una de las páginas más hermosas del sagrado Libro. Lo que de ella quiero sacar únicamente son las siguientes palabras que prueban muy bien los internos sentimientos del gran supplicante *Quia semel caepi, loquar ad Dominum meum cum sim pulvis et cinis*: Ya que una vez he comenzado hablaré a mi Señor, aunque sea yo polvo y ceniza... y de ellas deduzco la tercera cualidad que debe tener la oración: la humildad. Dios nos ayude con su gracia.

Si me atreviera, diría que la plática está ya hecha; tan fácil es seguir el método trazado por el Catecismo Romano: textos y ejemplos, dice; sólo esto es necesario.

Textos; e indica la fuente de donde pueden sacarse: en las Escrituras: *Huius praeparationis sepiissime mentionem faciunt divinae Litterae*. Por ejemplo:

En el Eclesiástico: La oración del que se humilla penetra los cielos. llega a Dios mismo, y no se retira de la presencia del Altísimo sin que sea escuchada¹; Jonatás, que todas daban en el blanco y ninguna vía atrás: *Sagitta Jonathae nunquam rediit retrorsum*.²

En Isaías: ¿En quién reposaré mi vista, dice el Señor, sino en el pobrecito, en el humilde de corazón, que se arrepiente de sus pecados, y escucha mi ley con temor respetuoso³?

En el libro de Judit; La santa vinda que en él figura como personaje principal, estaba muy instruida de esta verdad, cuando, retirada en su oratorio para orar, y prosternándose en tierra, exclamó: Señor, sé que los soberbios os han disgustado desde el principio del mundo: en cambio siempre ha sido de nuestro agrado la oración de los humildes⁴.

En el libro de los Salmos: El Señor oye la oración de los humildes, y no desdeña sus súplicas⁵. Y en otra voz hacia él, y me escuchó desde el fondo de mi santuario, y mis gritos llegaron hasta él, y sus oídos los

1. Eccl., xxxv, 21.
2. II. Reg., I, 22.
3. Isa., lxvi, 2.
4. Judith, IV, 15.
5. Psal., ct, 20.

recogieron¹. Y en otra parte: Este pobre—era el mismo divino Salmista—gritó al Señor, y el Señor lo escuchó, y lo sacó de la aflicción². Y en otra parte: El Dios Altísimo lanza miradas llenas de humildad sobre los humildes, y no conoce más que desde muy lejos de los espíritus soberbios³.

Y todavía hay otros muchos, que los pastores versafos en el estudio de los sagrados Libros hallarán si esfuerzo: *Occurrent pastoribus eruditus loci immunitatis qui in hanc sententiam conveniunt*⁴.

Ejemplos: no son menos numerosos que los textos. Ora es el patriarca de los antiguos días, el padre de los creyentes, cuyas palabras hemos citado desde el principio.

Ora el Centurión del Evangelio dirigiéndose a Jesús en estos términos: Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero di una palabra y quedará curado mi siervo⁵.

Ya la Cananea, la cual, profundamente humillada por la contestación que le dió Jesús, y cuyo sentido entendió ella muy bien, se vale de la contestación misma para hacer más apremiante su ruego, como si dijera: Sí, verdad es, soy cananea, y, por tanto, como vuestros paisanos nos califican, extranjeros e infieles, y como vos, Señor, acabáis de darlo a entender, una pobre perra; pero los perritos recogen las migajas que caen de la mesa del amo, y nadie se lo impide⁶.

Ya María Magdalena, la famosa pecadora. ¿Existió jamás una miseria más extrema, y, llegada la hora del

1. Psal., xvii, 7.
2. Psal., xxxiii, 7.
3. Psal., cxxxvii, 6.
4. Catech. Rom.
5. Mat., v, 8.
6. Marc., vii, 27.

arrepentimiento, una humildad más profunda? En medio de un festín, a pesar de que fué en casa de un rico fariseo, es decir, en casa de un hombre que representaba la porción más orgullosa y activa de la nación, aquella mujer cae a los pies del que ella reconoció por su Salvador, los riega con sus lágrimas, las llaciones voluntarias, que el amor inspiró, y vivifica, oye resonar en sus oídos estas dulces palabras: Muchos pecados le son perdonados, porque mucho amó.

Ya, finalmente, el publicano: Conocidísimo es este personaje: *Publicanus ille notissimus*? ¿Lo será tanto si el fariseo no le sirviese de fondo obscuro y no lo pudiese de relieve?

Cierto día, pues, en que Nuestro Señor vió entre la muchedumbre algunos que confiaban en sí mismos, creyéndose los únicos justos, y despreciaban a los otros, dijo esta parábola: Dos hombres subieron al Templo a orar; el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto, en pie, oraba en su interior: ¡Oh Dios! te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantando al cielo, sino que se daba golpes de pecho diciéndolo: Dios mío, ten misericordia de mí, que soy pecador. Os declaro, pues, que éste volvió a su casa justificado, mas no el otro, porque todo aquel que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.

1. Luc., VII, 27.
2. *Catech. Rom.*
3. Luc., XVII, 9-14.

¿No ahí el pequeño drama evangélico que la Iglesia representa ante nuestros ojos, cada año, en el décimo domingo después de Pentecostés. Consigo lleva su explicación; pero como lo que abunda no daña, démonos el placer, bien legítimo por cierto, de oír el ingenioso comentario de san Juan Crisóstomo.

Estos dos hombres, dice, el fariseo y el publicano, podemos asimilarnos a dos cocheros guiando dos carruajes, diferentes, y dirigiéndose al cielo. Al principio pareció que el primero, que era justo, o por lo menos, reputado como tal, iría deprisa, pues nada como la justicia, entendida en el sentido de las Escrituras, es decir, la santidad, para conducir rápidamente a Dios; y que el segundo, por lo contrario, que era pecador, no se movería sino con gran trabajo, porque nada tan pesado como el pecado, ni nada tan propio, desgraciadamente, para retardar la marcha. Pero todo esto no eran más que apariencias, y muy pronto se vió. En efecto, junto con la justicia, o lo que se creía que era la justicia, tenía el fariseo en su carro el orgullo, cuyo peso es tal que traba, embaraza y hace imposible todo vuelo, todo arranque hacia el cielo. El publicano, por lo contrario, junto con sus pecados que eran demasiado reales, tenía en su carro la humildad, la humildad cuya característica consiste en aligerar y, finalmente, en anular el peso del pecado, de tal modo que nada le impedía ya montar y llegar al término de su viaje. Así, mientras que el uno vacila en su sitio, el otro se tiene firme; mientras que el uno cae desde lo alto, el otro se eleva desde abajo; mientras que, para el uno, la austeridad de la virtud no le impide la condenación, para el otro, la enormidad de sus pecados no origina retraso alguno a la gracia; mientras que el fariseo soberbio, en su carruaje al

que hace pesado el orgullo, rueda al abismo, el publicano, en su carro aligerado y guiado por la humildad, se eleva suavemente, pero con seguridad, atraviesa las nubes, sube de esfera en esfera, y llega hasta Dios... Finalmente, el oráculo del Maestro se cumple a la letra: El que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado¹.

¿Lo habéis entendido? Pero quiera Dios que este comentario, que hemos calificado de ingenioso, porque lo es, nos reporte tanto provecho como placer nos ha causado.

Seamos humildes. Sin humildad, dice el mismo gran doctor, san Juan Crisóstomo, todo está perdido, nada vale, ni el ayuno, ni la obra de misericordia, ni la castidad, ni nada: *Sive orationem, sive jejunium, sive misericordiam, sive pudicitiam sive aliud quid bonorum absque humilitate congreges, statim cuncta diffidunt cunctaque deperunt*².

Seamos humildes en la oración, pues de ésta se trata aquí. Porque, para apartarnos por un instante del cuadro en que nós habíamos circunscrito, y pedir a la razón misma una noción, ¿hay nada más legítimo, más

1. *Geminas aurigas et duas bigas in stadio positas sermo praesens proponit; in altera quidem iustitiam cum superbia, in virtute facile antea, palmanque decurionis celeritatis obinere, non peccati pernicie, sed conjugatae humilitatis facultate. Contra bigam alteram virtutis retardari et vinci, non humilitas praesumma sua excellentia peccati superat pondus, ac intolerabili onere suae molis praevalet, adeo ut etiam deorsumque versus facile detrahat (Catena aurea et CORNEL. LAP. in c. XVIII Lucae—los dos textos se completan el uno al otro).*

2. AP. CORNEL. A LAP. in LUC. c. XVIII.

natural, más conforme a la esencia de la oración y a la idea que en nosotros despierta? Dada su noción más obvia, sobre todo en cuanto es una petición, una súplica, una petición de auxilio, *petitio, postulatio*, orar de otro modo que con humildad, ¿no fuera la más flagrantemente de las contradicciones, un contrasentido, una especie de demencia? *Iste pauper clamavit ad Dominum*¹: Este pobre clamó al Señor. He ahí la oración: un grito de angustia. *Tu misericors, ego miser; tu dominus, ego pauper; tu medicus, ego aeger*². Señor, vos sois la misericordia, yo la miseria; vos la opulencia, yo la indigencia; vos el médico, yo el enfermo. ¡Oh alma mía, exclama san Bernardo, interpeándose a sí mismo, oh alma mía, míl pecados te agobian, míl deseos carnales te obsesionan, míl cuidados te asedian, míl errores te envuelven, toda suerte de contratiempos endurecen y llenan de enojos tu vida! ¡Te veo pobre, miserable, ciego, impotente para el bien, inclinada al mal, encorvada hacia la tierra, ¿y orarías con altivez?... No, no; humíllate, arrepientete, llora, gime, vuélve los ojos a Dios, y dile: Cúrame, Dios mío, porque he pecado contra ti: *Sana animum meum, quia peccavi tibi*³.

Es decir, si entendemos esto, que los más caros intereses del alma, no menos que la razón y el buen sentido, quieren que oremos con humildad. La gracia, sin la cual, ya lo hemos dicho suficientemente, es imposible la salvación, sólo la da Dios a los humildes: *humilibus dat gratiam*⁴; en cuanto a los orgullosos, se las niega; pero es esto poco decir, ya que la expresión de las Escrituras es mucho más fuerte: Dios no

1. *Loc. Jam. cit.*

2. S. Agust.

3. In cantica. Serm. xxxvi.

4. I PETR. c. v.—Véase el comentario de CORNELIUS A LAP.

los atige con un castigo puramente negativo, son una simple privación de gracia, sino que su acción es positiva, directa: les hace frente, los combate, los derriba: *Deus superbis resistit*¹. Esto fué lo que ocurrió al fariseo. No, a la verdad, que debemos vernos tentados a hacer una oración como él hizo la suya, dictada por la soberbia, y enteramente llena de arrogancia, pues el lazo sería demasiado grosero, sino que hay varias especies de fariseísmo; hay un orgullo más diluido, más sutil, casi imperceptible, del cual ni siquiera los más circunspectos procuran guardarse. En cuanto hemos hecho alguna buena obra, o bien orado con alguna devoción, ¡es tan raro imaginarse que hemos hecho un servicio a Dios, por lo que queda obligado con relación a nosotros? Dios obligado con relación a nosotros; ¡qué contrasentido! Tanto valdría decir que el rico está obligado para con él pobre, el médico para con el enfermo, el juez para con el criminal al cual perdona la pena. ¡Dios obligado con relación a nosotros, siendo así que él lo es todo, y nosotros nada; o que, si algo somos, lo somos de prestado! ¿Qué tenemos que no lo hayamos recibido? Y si lo hemos recibido, ¿por qué nos gloriamos como si no lo hubiésemos recibido?... *Quid autem habes, quod non acceperis, si autem acceperis, quid gloriaris, quasi non acceperis*¹?

¡Oh Dios mío, aunque tenemos mil razones para oraros con humildad, hacerlo así es una gracia, una gracia que sólo de vos podemos recibir! Concedéndonos, Señor, condecidos esta gracia, a fin de que, si la obtenemos, y sacamos provecho de ella, confesemos una vez más que vos sois el que hacéis en nosotros *el que-ter y el hacer*, y que, cuando premiáis nuestros méritos, premiáis vuestros propios dones.

1. *1 Cor., IV, 7.*

LA ORACION

SERMON DECIMOSEPTIMO

Cualidades de la oración. Orar con confianza

El que ora, ore con fe¹ y sin vacilar (JACOB., I, 6)

Est vero, ad hanc quoque praeparationem animi fides necessaria.
Catech. Rom.

Se ha dicho ingeniosamente, y a la vez con verdad que, así como los pájaros necesitan alas para volar, así las necesita la oración para elevarse a Dios. La humildad y la confianza, la humildad del pecador y la confianza del hijo de Dios, son estas dos alas. Sin la confianza, la humildad no sería más que inútil envilecimiento; sin la humildad, la confianza no sería más que enojosa presunción. Esto quiere decir que hay que presentar a Dios un espíritu profundamente humillado, que se cree indigno de todo, pero al propio tiempo un corazón tiernamente confiado, que aspira a todo. De la humildad hemos hablado en la precedente instrucción; de la confianza hablaremos hoy; y, en primer lugar, diremos cuán necesaria es para asegurar el efecto de la oración, y, en segundo lugar, los motivos en que se funda. Dios nos ayude con su gracia.

1. Hic fides magis fiduciam, quam fidem significat. CORNEL.
a Lap. in hunc locum.

Ante todas cosas, diremos que las sagradas Escrituras afirman que una de las cualidades esenciales de la oración, es la confianza. Repítanlo los doctores e intérpretes de las Escrituras, y si fuera preciso, la razón misma bastaría a demostrarlo.

Las Escrituras: Si alguno, dice el apóstol Santiago, tiene falta de sabiduría—palabra genérica que sirve para expresar todas las cosas necesarias o útiles a la salvación,—pídselos a Dios, con fe, sin vacilar, pues quien anda dudando es semejante a la ola del mar alborotado del viento acá y allá¹. Pero el Apóstol es sólo un eco; preciso de oír al Maestro. Todo lo que pidáis, dice Jesucristo—y claro es, por el contexto, que, las cosas mismas, humanamente hablando, más imposibles, el desatrago de una montaña, por ejemplo, no quedan exceptuadas—lo recibiréis, y os será concedido según nuestro deseo². Y Jesucristo hace lo que dice; sus actos confirman sus palabras. Los prodigios de toda especie que obra, no los atribuye a su poder ni a su misericordia, sino a la confianza de los suplicantes. Cuando van a encontrarle los dos ciegos, como se refiere en el capítulo IX de san Mateo, pidiéndole que los cure, les pregunta: ¿Creéis que puedo hacerlo?—Lo creemos. Y en el mismo instante quedan sus ojos abiertos a la luz³. Del mismo modo, dice a María Magdalena la famosa pecadora: Tu fe te ha salvado; vete en paz⁴. Y al paralítico: Ten confianza, hijo mío; tus pecados te son perdonados⁵. Y a la mujer del flujo de sangre, que hacía doce años que estaba enferma, y había gastado todo cuanto poseía en consultas de

1. *Loc. iam cit.*
2. *MATTH., XXI, 22.*
3. *MATTH., IX, 28.*
4. *LUC., VII, 50.*
5. *MATTH., IX, 2.*

médicos y en remedios: Hija, ten confianza, y serás curada." Y, en efecto, lo fué en el mismo instante¹.

Los doctores y los intérpretes de las Escrituras. Si un hombre, dice uno de ellos, cree firmemente que Dios, toma en consideración su petición, y puede escucharla, merece recibir lo que constituye el objeto de su oración; porque, añade, son irrevocables estas palabras del Señor: Todo lo que pidieréis, si creéis que debéis obtenerlo, lo obtendréis en efecto². Y concluye así: Tened por cierto que si dudáis ser escuchado, no lo seréis.

Pro certo non exaudiendum se supplicans quisque non dubitet cum se dubitaverit exaudiri? San Bernardo dice lo mismo, mejor dicho aún; lo malo es que la tradición, por exacta que sea en cuanto al sentido, no ofrece más que imperfectamente, o bien, no da en absoluto el juego de palabras ingeniosísimo que vemos en el texto original: *Quemcumque enim locum occupaverit pes vester, vester erit; pes vester, ubique spect vestra est, et quantumque illa processerit, obinebit*: es decir, avanzemos con confianza; toda región que pisemos, nos pertenecerá. Ahora bien, el pie del alma es la esperanza; cuanto más penetremos con santa intrepidez, más terreno ganaremos³. Y en su hermoso comentario del divino Cántico, hablando de los grandes santos, dice: Porque son grandes, se atreven a grandes cosas, y estas grandes cosas a que se atreven, las obtienen; así, pues, cuanto más avancéis en los dominios señoriales del Rey del cielo, mayor parte tendréis en ellos: *Magna audent, quoniam magni sunt, et quae audent obtinent. Quatenus ergo in Bonis Domini fidu-*

1. *MATT., IX, et MARC., V.*
2. *CASSIEN. AP. CORNEL. A. LAP. in cap. I. JACOB.*
3. *Ibid.*

*ciae pedem porrexeris, eatenus possidebis*¹. No es posible decir más.

Pero si hay que orar con confianza—y es necesario, porque, aun cuando faltan las pruebas de autoridad, la razón por sí sola, como ya lo hemos dicho, bastaría a afirmarla, ya que, en efecto, nadie pide, ni piensa en pedir, lo que no espera obtener: *Nemo id orat de quo desperat*²—¿por qué es preciso hacerlo? ¿Qué motivo nos mueven a ello? Son numerosos, dice el Catecismo Romano: *Multa sunt quibus nos confidere oportet in hoc officio precationis*.

Primer motivo: Dios mismo y todo cuanto sabemos de su providencia, de su poder, de su bondad, de su liberalidad: *Est ipsa Dei in nos perfecta voluntas ac benignitas*. Su providencia es infinita; con el ojo abierto siempre y en todas partes, ninguna de nuestras necesidades se le oculta. Yo no sé qué filósofos, si puede darse este calificativo a hombres que bordean los abismos del ateísmo, se imaginan hacer de Dios una especie de rey, holgazán, voluntariamente retirado en las silenciosas profundidades de la eternidad, sin el menor cuidado de sus criaturas. ¡Que aberración de espíritu! No, hermano; cuando oras, no creas que azotas tan sólo al aire, ni que lanzas al viento las palabras; por lo contrario, convéncete de que el Señor está más presente a ti, que tú a él, que ve tus lágrimas, oye tu voz, tus gemidos, la expresión de

1. CASSIEN.—Queda uno asombrado de los prodigios de santo Domingo, de san Francisco de Asís, de san Francisco Javier, de san Antonio de Padua—el culto de este último toma actualmente extraordinarias proporciones. El pan llamado de san Antonio, es una de las maravillas de nuestro tiempo. Mas cesa el asombro cuando recuerda uno que esos sembradores de milagros tenían la fe que traslada las montañas.

2. *Ibid.*

tus deseos, como lo cantó el Real Profeta: *Domine ante te omne desiderium meum, et gemitus meus a te non est absconditus*¹. Su poder tampoco tiene límites, y, como dice admirablemente san Pablo en su Epístola a los Efesios: Puede hacer, no solamente lo que pedimos, sino más de lo que pedimos, más de lo que podemos concebir: *Potens est facere omnia superbudentur quam petimus aut intelligimus*². Para decirlo todo de una vez, sólo no puede hacer, lo que no puede querer. ¿Pero su bondad es menor que su poder? Quiere todo lo que puede, si es necesario a nuestra salvación que lo quiera. Es padre; tal es el nombre que se da y que quiere que se le dé: Cuando oréis, orad de este modo: Padre nuestro. Así, pues, pedid, buscad, llamad. El que pide, obtiene; el que busca, encuentra; al que llama se le abre³... Después de estas seguridades, ¿sería tímida, temerosa, vacilante vuestra oración? ¿Y qué decir de su liberalidad? ¿No es, como los otros atributos, infinita? Sólida y hermosa doctrina es la que, firmada por nombres autorizados, he leído en alguna parte; dice que toda la creación está en un plano inclinado, dispuesto de tal suerte, que todos los seres tienen doble misión que cumplir, la de recibir y la de dar, según que tienen otros seres encima o debajo de ellos. Reciben de los seres que les son superiores, y dan a los que les son inferiores; con relación a éstos son causas; con relación a aquellos son efectos; esto supone en todos ellos, cierta indignencia, porque, no pudiendo dar más que en cuanto reciben, al dar se empobrecen. ¡Oh cuán feliz sería un ser, cuya condición esencial de su naturaleza consistiera en

1. Psal. xxxvii, 10.

2. Eph. iii, 20.

3. Mart., cap. vi.

poder dar siempre, sin pedir jamás, ni siquiera poder recibir! Pero ¿por qué una hipótesis donde existe una realidad? Tú eres oh Dios mío, ese ser. Ser de los seres, es decir, ser que eres siempre causa, y jamás efecto; ser que todo lo saca y lo saca siempre, de su propio fondo, sin pedir jamás nada prestado; ser esencialmente *diffusivo*, que puede y quiere esparcirse en largueza de toda especie; de lo contrario, no serías ya el soberano Ser, el Ser del los seres, el Ser hacia el cual, como cantó el divino Salmista, todos los seres alzan sus manos. vuelven los ojos, para recibir de él la subsistencia, cada cual según sus necesidades, y el puesto que ocupa en el plan de la creación: *Oculi omnium in te sperant, Domine, et tu das escam illorum in tempore opportuno. Aperis tu manum tuam, et implet omne animal benedictione*¹.

Segundo motivo: Según el Catecismo Romano, vuestro único guía en toda esta exposición, sacamos este motivo de Jesucristo, el gran Orante: *Est summus ille deprecator, qui nobis semper praesto est, Christus Dominus*. Aun cuando Dios sea de perspicacia infinita, de poder infinito, de bondad infinita, y el más liberal de todos los seres, el único, a decir verdad, que lo es y puede serlo por la condición misma de su naturaleza, no es imposible que seamos indignos de sacar de esta fuente, o porque oramos mal, o porque somos pecadores. Pero, lo he dicho ya, y lo repito, pues no os disgustará oír de nuevo una de las verdades más firmes de nuestra santa religión: tenemos en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, el Hombre-Dios, un sustituto de nuestra debilidad, un mediador en el sentido más absoluto de la palabra, muy activo, siempre en ejercicio, de tal modo que no parece sino que el

1. Psal. cxliv. 15 et 16.

único objeto, el único fin, la única razón de ser de su presencia en el cielo, consiste en interceder sin cesar en nuestro favor¹; un abogado muy escuchado, muy autorizado: Queridos hijos, escribía san Juan a los primeros fieles, os digo estas cosas para que no pequéis; pero si ocurre que alguno peque, tenemos por abogado cerca del Padre a Jesucristo, el Justo por excelencia²; su pontífice, en fin—todo pontífice es excelentemente, en virtud de su mismo título, un intercesor acreditado³—un pontífice santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores, más elevado que los cielos; en otros términos, un pontífice, que no teniendo personalmente nada que ventilar con la justicia divina, goza de tal crédito para con su Padre, que sus ofrendas son siempre acogidas, y sus súplicas siempre escuchadas⁴. Por eso, concluye el gran Apóstol: *Adamus cum fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno*⁵. Vamos a presentarnos ante el trono de gracia con confianza, a fin de obtener misericordia, y encontrar en él, por gracia, los auxilios que necesitamos.

Pero aún hay más; todavía nos queda por exponer un tercer motivo de confianza en la oración.

Leemos en el capítulo XII del profeta Zacarías; Dios es quien habla: Derramaré sobre la casa de David, y sobre los habitantes de Jerusalén, es decir sobre los fieles, miembros de la Iglesia, el espíritu de gracia y de oración: *Effundam super Domum David, et super*

1. I Tim., 1, 2, et Heb., vii, 25.

2. I. Joan., ii, 1.

3. Heb., v, 1.

4. Heb., ix, 12.

5. *Ibid.*

habitatores Jerusalem, spiritum gratiae et precum. ¿Cuál es el sentido que estas palabras, al principio misteriosas, ofrecen al espíritu? El espíritu de oración, para limitarnos a esta palabra, ¿qué es? Por ejemplo, ¿sería un atractivo particular para la oración, una necesidad fuertemente sentida de la oración, una especie de sed ardiente de orar; o bien, ese recogimiento profundo, por medio del cual, durante todo el tiempo que dura, el alma borra de su recuerdo toda idea del mudo, y se desprende por modo tan absoluto de toda vista humana, de todo objeto terrenal, que está como perdida, como absorbida en Dios? O bien, para tomar de la naturaleza un término de comparación, ¿hay qué llamar espíritu de oración a lo que hay en la oración de más fino, de más diluido, de más sutil, de más fácil vuelo hacia el cielo, como, en el orden material, se llama espíritu de una cosa, de un licor, por ejemplo, esta misma cosa, este mismo licor quintaesencado, y reducido, por decirlo así, al estado de espíritu? Sin duda que todas estas interpretaciones son admisibles; pero ¿son suficientes? ¿son adecuadas a su objeto? ¿no toman los efectos por la causa? Esa necesidad imperiosa, esa hambre y sed de oración que experimentan ciertas almas, es un efecto. Ese recogimiento profundo, especie de absorción del alma en Dios es un efecto. Ese algo que se exhala de la oración, y sube como vapor de incienso, es un efecto. Ya es hora de nombrar la causa, al autor de esas maravillas, y de tantas otras. Es un ser personal, no una cosa; un ser tan viviente, tan subsistente, tan operante, ¿qué digo? más viviente, más subsistente, más operante mil veces que vosotros o yo: es el Espíritu mismo de Dios, el Espíritu del Padre y del Hijo, Dios como el Padre y el Hijo; el Espíritu

1. ZACHAR., XII, 10.

santo... el Espíritu Santo que ayuda a nuestra debilidad, *Spiritus autem adiuvat infirmitatem nostram*; el Espíritu Santo que nos sugiere las peticiones que debemos hacer, y el modo de hacerlas, porque casi no sabemos ni lo uno ni lo otro, *nam quid oremus, sicut oportet, nescimus*; el Espíritu Santo, que llena de suavidad nuestra voz, y de amor verdaderamente filial nuestro corazón, cuando exclamamos: Padre, Padre; *accipitis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba, Pater*; el Espíritu Santo, que no hace más que hacernos orar, y hacernos exclamar, y hacernos gemir, pero que ora él mismo, que exclama el mismo, que gime él mismo en nosotros y por nosotros, *sed ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus*... ¿Es esto todo? Aunque me haga pesado, repetiré una vez más que no tenemos acceso al Padre más que por Jesucristo, Pontífice único, Mediador universal. Pero, cuidado, no vayáis a inferir de esto que el recurso al Espíritu Santo es inútil, o facultativo a lo más. Porque si es verdad que no podemos llegar al trono de gracia más que por Jesucristo y que, fuera del suyo, no hay otro nombre por cuya virtud obtengamos la salvación, es otra verdad, no menos sólidamente asentada, que sólo por el Espíritu Santo, y en el Espíritu Santo podemos invocar, o siquiera pronunciar útilmente, ese nombre divino de Jesucristo: *Nemo dicere potest: Dominus Jesus, nisi in Spiritu Sancto*?. Queda así demostrada esta conclusión del Catecismo Romano, a la cual me encaminaba y quería llegar, a saber, que siendo el Espíritu Santo el autor de nuestras oraciones —ya las haga, ya las inspire solamente, es imposible que, producidas por él, no sean escuchadas: *Denique*

1. ROM., VIII, 15-26.
- 2. ROM., II, 3.

nostrae ductor est precationis Spiritus Sanctus, quo duce, preces nostras audiri necesse est.

¡Ah, oremos, pues, cristianos, pero como se debe, *sicut oportet!* Y por cuanto es tiempo de terminar esta instrucción, ¿cómo podría hacerlo mejor que poniendo ante vuestros ojos esta hermosa página de san Bernardo? "Sea, dice, la oración confiada, y no tímida. La oración tímida no penetra en el cielo. Si uno ora tímidamente, es poco decir que no sube; ni siquiera marcha. Sea la oración confiada, y no tímida; la oración tímida, si sube algo, empiece por languidecer y perece luego, porque le falta el vigor. Sea la oración confiada, pero sin presunción; ¿cómo la oración presuntuosa obtendría el perdón de los pecados, si ella misma no está sin pecado? ¡Ah, me diréis que el sentimiento de vuestra indignidad os hace perder de vista la divina benignidad...! Pero no olvidéis que, como está escrito que un abismo llama a otro abismo, el abismo de la misericordia llama al abismo de la miseria para absorberlo y engullirlo. Sí, hay en el corazón del hombre asombrosas profundidades de malicia; por lo contrario, hay en el corazón de Dios profundidades insondables de bondad. Por eso, oh Dios mío, si me turbo a la vista de mis miserias, acuérdomme al punto de la multitud de vuestras misericordias, y suspiro; y el día en que, miserable y mezquino como soy, entre en vuestro poder, de todo quiero acordarme menos de vuestra justicia!"

1. Ap. CORNEIL. A LAF. in JACOB, c. 1.

LA ORACION

SERMON DECIMOCTAVO

Cualidades de la oración. Orar con perseverancia

Como la esclava tiene hijos sus ojos en las manos de su señora, así nuestros ojos estarán clavados en el Señor, para moverle a que se apiade de nosotros (SALM. CXXII, 2)

Non imitandi illi qui semel, aut iterum orantes, nisi quod petunt impetrant, in oratione defatigantur: nulla enim hujus officii lassitudo esse debet.

Catech. Rom.

Página interesante e instructiva es la que leemos en el libro IV de los Reyes. Antes de partir para la guerra con los sirios, el rey de Israel, Joás, fué a ver al profeta Eliseo. En el curso de la conversación, dijo el Profeta al Rey: Abre la ventana que mira al Oriente, y dispara una flecha. Hizolo así el Rey, y dijo el Profeta: Esa es la flecha de la salvación, es decir, de la victoria que obtendrás sobre tus enemigos; pero toma otras flechas, y dispáralas y el Rey disparó otras tres flechas; luego se detuvo. Entonces el hombre de Dios se encolerizó grandemente y dijo: Si hubieras tirado cinco, seis o siete flechas, hubieras herido a Siria hasta exterminarla. Pero como sólo has disparado tres, sólo

conseguirás tres victorias!... Dejemos que el relato continúe, volvamos a nuestro asunto. Ya lo entreveís. Así como el rey de Israel cometió la falta de no disparar más que tres flechas, cuando hubiera debido disparar gran número de ellas en señal de una victoria más completa, así también muchos cristianos cometen la falta, y el Catecismo Romano los censura por ello, de no orar más que de una vez, o dos, *semel aut iterum*, con lo cual, si no quedan satisfechos sus deseos, se apodera de ellos el cansancio, los abate la tristeza, y dejan de orar. Pues bien, me propongo enseñar a esos cristianos, o demasiado confiados, o insuficientemente instruidos, que la oración debe ser perseverante. Dios nos auxilie con su gracia.

Digámoslo sin rodeos. Tan necesaria es la perseverancia a la oración como la atención, la humildad y la confianza. Para demostrar esta necesidad, no nos faltan ni los textos, ni las parábolas explicativas de los textos, ni los ejemplos mas demostrativos todavía.

Los textos. En primer lugar, el autor inspirado del Eclesiástico da a todos cuantos quieren oírle, esta saludable advertencia: Nada os impide orar siempre? Réfere-se en el libro de Judit que el sumo sacerdote Elia-cín, congregó a su pueblo situado en Betulia, y le dijo: Sabed que el Señor Dios os escuchará seguramente si perseveráis en las obras de penitencia y en la oración¹. San Pablo escribe a los fieles de Tesalónica: Orad sin descanso²; y a los de Colosios: Insistid, esto es, perseverad en la oración³. Pero en esta materia, como en todas las otras, las palabras más expresivas

1. IV REG., XIII, 14-20.
2. ECCLE., XVIII, 22.
3. JUDITH, IV, 12.
4. THESS., V, 17.
5. COL., IV, 2.

son las siguientes de Nuestro Señor, idénticamente referidas por dos evangelistas, san Mateo y san Marcos: Pedid y recibiréis, buscad y encontrareis, llamad y se os abrirá¹. Pedid, buscad, llamad; he ahí dice Bossuet, tres grados, y como tres instancias que hay que hacer perseverantemente una tras otra². Jesucristo continúa: Porque el que pide, recibe, el que busca encuentra, y el que llama se le abre³. Esto es, concluye san Juan Crisóstomo, no calleis hasta que no hayáis recibido, no os retiréis hasta que no hayáis encontrado, no dejéis de llamar hasta que no os hayan abierto. Si oráis con esta disposición, y decís a Dios: Mientras no me escuchéis, continuaré suplicando, tened por seguro que obtendréis: *Igitur, ne abscistis donec acciperis, ne recedas donec invenieris, ne studium remittas donec aperitur janua. Si hoc enim animo accesseris, dixerisque: nisi recipiam, non abeo, prorsus accipies*⁴.

¿Es posible decir más?

Las parábolas. La palabra supera al simple texto. Es un pequeño drama. Oímos hablar y vemos obrar a los personajes de estos pequeños dramas. Según que proceden bien o no, que hablan juiciosamente o no, tomáis partido por ellos o en contra de ellos, y la conclusión, tan segura como si procediese de un razonamiento, pero ni seca ni abstracta, os agrada precisamente por la forma sensible que reviste. Sin llevar más adelante esta noción, vengamos a las dos parábolas que dicen relación a nuestro asunto.

1. MATTH., VII, 7. MARC., XI, 24.
2. *Méth.*, 39 días.
3. MATTH., VII, 8.
4. Ap. FILLON in MATTH., VII, 8. — Ocurre con nosotros, dice el docto Gersón, lo que con un menidgo, que recibe a menudo una limosna más abundante de personas que lo han hecho esperar mucho a la puerta de su casa (citado por Faber. *Progrès de l'ame*, etc., p. 271).

Si alguno de vosotros, dice el Señor, tiene un amigo, y va a encontrarle durante la noche, y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque otro amigo mío acaba de llegar de viaje a mi casa, y no tengo nada que darle. Y si el otro responde desde dentro: No me molestes, la puerta está ya cerrada, y mis criados están ya como yo acostados; no puedo levantarme a dárte los, y si el primero continúa llamando, yo os aseguro que, cuando no se levantara a dárselos por razón de su amistad, a lo menos por librarse de su impertinencia, se levantará, y le dará cuantos hubiere menester¹.

Tal es, citada textualmente, según el evangelista san Lucas, la parábola llamada del *amigo inoportuno*. Y está bien llamada así; pero suponed que en vez de ser, como venos que fué, inoportuno, en todo el rigor de la palabra, faltar de delicadeza, y aun de pudor, hubiese sido cortés, llamando, pero sin gritar, tocando a la puerta, una, dos o más veces, pero humildemente, ¿hubiese logrado lo que pedía? O bien el hombre de dentro no se hubiera despertado—se duermne profundamente a media noche, pues es la hora del primer sueño—o, aunque se hubiese despertado, hubiese hecho oídos sordos, atendiendo a muchas razones, superiores, a sus ojos, a las obligaciones que impone la amistad... en tanto que, infortunado, fatigado, abrumado por los gritos de aquel supuesto amigo, y por los golpes asettados a su puerta, se decide a levantarse, juzgando más conforme a su interés, por lo menos tal como lo entiende, violentarse que seguir escuchando aquel escándalo. La conclusión se impone: Dios, que es una infinidad de veces más amigo nuestro que el hombre de dentro lo era del de fuera, ya que, en último resultado, antes que amigo de su amigo, era

1. Luc., xi, 5-9.

amigo de sí mismo, amigo de su reposo; Dios, repito, ¿rechazaría la oración perseverante de sus hijos? Si un hombre a quien se despierta, y se pone de malhumor, se ve como obligado a acceder a la impertinencia que ha turbado su sueño, ¿cuánto más no dará voluntariamente Dios, Dios que, no solamente no duermne, sino que nada teme tanto como que nos durmamos en el pecado, y en tal situación no le pidamos nada? *Si dare cogitur qui, cum dormiat, a potente excitatur invidius, quanto det benignius, qui nec dormire novit, et dormientes nos excitat ut petamus*¹.

La segunda parábola conduce a la misma conclusión. Es la parábola del *juez inícuo*. Tras algunas palabras de prefacio, indicando que va a tratar de la perseverancia en la oración, dice Nuestro Señor: En cierta ciudad había un juez que ni tenía temor de Dios, ni respeto a hombre alguno. Vivía en la misma ciudad una viuda, la cual solía ir a él diciendo: Hazme justicia de mi contrario. Mas el juez en mucho tiempo no quiso hacérsela. Pero después dijo para consigo: Aunque yo no temo a Dios, ni respeto a hombre alguno, para que me deje en paz esta viuda, le haré justicia, a fin de que no venga de continuo a romperme la cabeza².

¡Cuán bien hilvanado está todo este relato! ¡Qué monstruosidad el hombre que figura en primer término, que juzga en nombre de Dios—no es posible, en efecto, juzgar sino en virtud de una delegación divina³—que no teme a Dios, que quizás le niega! ¡Si por lo menos temiese chocar contra la opinión, verse castigado por su legítimo veredicto, y así, gracias a una feliz consecuencia, fuese mejor que sus principios! Pero

1. S. AUGUST., ap. Fillion in Luc., c. xi.
2. Luc., xviii, 1-7.
3. PROV., viii, 16.

no, no respeta a los hombres, como no teme a Dios. Por eso, vosotros todos los que esperaréis justicia, tú sobre todo, pobre viuda, tan digna de interés y de piedad, pero sin defensa, como ocurre en ese estado, no esperaréis nada de ese hombre sin pudor. Así, entreteníala él, brutal o cortesmente, pues la historia nada dice de esto, pero ¿qué importa? hasta que, por fin, movido por un sentimiento, en realidad, poco loable, ya que lo inspiró el egoísmo, pues pensaba: Si continuo así, puede ocurrir que me pegue o que me mate!; cedamos a sus importunidades, y cedid, en efecto... ¿Veis ya la conclusión? En cuanto a mí, apenas tengo valor para expresarla. Que Dios, en efecto, compare a su amigo, como en la parábola anterior, a un padre, como se dice en el capítulo XI de san Lucas, a cierto gran rey, como lo vemos en muchos lugares de las Escrituras, enhorabuena, nada más fácil de concebir, ni nada más correcto, pues uno de los términos no excluye al otro; de Dios a amigo, de Dios a padre, de Dios a rey, hay relación. Pero vos, oh Dios mío, vos la soberana justicia, vos la soberana sabiduría, vos la soberana bondad, ¡poneros en parangón, como lo hacéis, con un hombre sin entrañas, sin pudor, sin fe ni ley, y esto para inculcarnos que, si ese miserable, ese inicuo, cedió por miedo a las importunidades de una pobre suplicante, vos, con mayor razón, cedéis a las importunidades de vuestros hijos!... Sí, oh Dios mío, lo repito, y aunque lo repitiera un millón de veces, no lo diría suficientemente: para obrar así, preciso es que seáis bueno. Preciso es que queráis dar de corazón, para que, a fin de inducirnos a pedir, lleguéis has-

1. Según los mejores intérpretes, las palabras del original tienen este sentido.

ta el extremo, hasta comprometer vuestro honor, con semejante comparación.

Los ejemplos, esto es, los hechos. ¿Qué hechos? Hay necesidad de citarlos, aunque sea en corto número? Puesto que, por todo lo que acabamos de decir, y podríamos añadir, sin agotar, ni mucho menos, la materia, y puesto que Dios permite, y no sólo permite, sino que quiere que seamos audaces, ¡es tan difícil creer que, en efecto, hubo, hay y habrá siempre audaces?

Un audaz fué el hijo de Isaac. El hecho está relatado en el capítulo XXXII del Génesis. Durante toda una noche, Jacob lucha cuerpo a cuerpo con un personaje misterioso, que no tarda en reconocer que es un ángel en forma humana. Quiere a toda costa que Dios, cuyo representante autorizado es este ángel, le bendiga, a él y a toda su raza. Aunque herido en el combate, le dice: No te dejaré hasta que obtenga lo que te pido: *Non dimittam te, nisi benedixeris mihi*¹. No hay mejor comendador de las Escrituras, que las Escrituras mismas. Pues bien, en esta circunstancia, el profeta Oseas nos enseña que los medios de que se valió Jacob—quien en adelante se llamará Israel, esto es, el fuerte contra Dios,—y las armas de su victoria, no fueron otras que su constancia, sus gemidos, sus lágrimas y la obstinación de su oración: *Flevit, rogavit, invaluavit*².

Otro audaz fué Moisés. Nos referimos a la misma fuente autorizada de las Escrituras en el capítulo XXXII del Éxodo. Los israelitas acababan de cometer un crimen abominable. Fabricaron un becerro de oro, y le adoraban. Dios intervino y se aprestó a la venganza. Moisés pide gracia, ora, suplica, conjura. ¿En

1. GEN., XXXII, 24-30.

2. OSEE, XII, 3.

dónde se detendrá? Llega a la intimidación; Señor, ¿qué dirán de vos los egipcios? Que diestramente nos sacasteis de sus manos para exterminarnos en el desierto, y limpiar la tierra de nuestra presencia: *Ne, quæso, dicant Aegypti: Callide eduxit eos, ut interficeret in montibus, et deleret e terra.* El Señor se amansa; no hará lo que había pensado hacer contra su pueblo: *Placatusque est Dominus ne faceret malum quod locutus fuerat adversus populum suum*¹.

Otra audaz es la cananea del Evangelio. Con qué humildad ora, ya lo hemos dicho en otra parte. Con qué oportunidad e invencible atrevimiento, lo decimos ahora. Pide la curación de su hija horribilmente torturada por el demonio, Jesucristo ni siquiera la escucha: *qui non respondit ei verbum*; insiste ella: Jesucristo la rechaza: *No he sido enviado más que para las ovejas descarriadas de Israel*, es decir, puesto que eres del país de Canaán, nada puedo en favor tuyo; insiste todavía, y esta vez Jesucristo la humilla: *No, no es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros. ¿Qué palabras tan duras! ¿Qué asimilación tan mortificante! No importa; la cananea ora siempre: Es verdad, Señor, pero los perros comen a lo menos de las migajas que caen de la mesa de sus amos, y se alimentan de ellas.* ¡Oh triunfo de la oración perseverante! El Creador es vencido por la criatura: Mujer, dice Jesús, grande es tu fe; hágase conforme tú lo desas. Y su hija quedó curada en el mismo instante. *O mulier, magna est fides tua: fiat tibi sicut vis. Et sanata est filia ejus ex illa hora*².

1. EXOD., XXXII, 1-14.

2. MARTH., XV, 21-28.—Como en las Escrituras, abundan en la *Vida de los Santos* los ejemplos de oraciones confiadas, perseverantes, hasta la indiscreción, hasta la audacia. Santa Teresa: Señor, no podéis negarme el favor que os pido. ¿Cómo

¡Oh cristianos, oremos como esas grandes almas, y, como ellas, comprendamos que Dios nos hace esperar para suscitar en nosotros instancias a las cuales resolvó de antemano ceder. Sí, oh Dios mío, decía un antiguo Padre, combatís contra nosotros no escuchándonos al punto, a la medida de nuestras impaciencias; o mejor, parece que combatís contra nosotros, porque de vuestra parte no es más que fingida y dulce estratagemma, obligándonos a rogáros a menudo, por largo tiempo, siempre, cuando en el fondo, combatís por nosotros: *O dissimulatrix clementia qua durum te simulas: quam pite pugnæ adversus eos pro quibus pugnas*¹. No cesemos, pues, de orar; no demos tregua ni descanso a nuestros esfuerzos; pidamos, busquemos, llamemos, porque el que ha hecho las promesas, es fiel: Al fin vendrá, y no engañará la espera; si tarda, tened paciencia, porque seguramente vendrá, y no tardará: *Abprebit in finem, et non mentietur; si moram fecerit, expecta illum; quia veniens veniet, et non tardabit*².

podría esto armonizarse con vuestra misericordia? ¿Cómo podría tolerarlo el amor que me tenéis? No, Señor, esto sería intolerable. ¿Por ventura obraría yo así con vos? (*Vida*, c. XXXIV y XXXVII. Ad. a su Vida, n. 14). Santa Catalina de Sena; Señor, no cesaré, ni os dejaré en paz, hasta que me hayáis concedido lo que os pido: *Dominè, non dimittam te, nisi in quod postulo obtinero*. Por eso, dice el historiador, lo continuaba todo: *Itaque omnia obtinebat*. CORNEL. A LAP. IN JACOB. c. I, v. 6.

1. Citado por Bourdaloue en su hermoso sermón sobre el Evangelio de la Cananea. Jueves de la 1.ª semana de Cuaresma.

2. HABACUC., II, 3.

LA ORACIÓN

SERMON DECIMONONO

Cualidades de la oración. La oración y las obras

La oración unida al ayuno y a la limosna es buena
(TOB, XII, 8)

Ieiunium et elemosynam ad orationem adhibeamus. Ieiunium quidem certe maxime est cum oratione sociatum... Sequitur elemosyna quae magna ipsa cum oratione societatem habet.

Catech. Rom.

Es doctrina de los santos Doctores de la Iglesia sacada de las Sagradas Escrituras que las obras deben acompañar a la oración para asegurar su éxito. San Agustín: El clamor del alma justa es su vida, no el ruido de las palabras: *Vivamus bene; non vocibus, sed moribus*¹. San Juan Crisóstomo: Así como el que llama a la puerta, no sólo grita con la voz, sino que golpea con la mano, así también el que hace buenas obras llama a la puerta del Señor precisamente con las buenas obras que hace: *Sicut enim qui pulsat ostium, non tantum voce clamat, sed manu, ita et qui bona opera facit, pulsat operibus bonis*². A éstos añadiremos un antiguo y sabio intérprete de las Escrituras:

1. Serm. 349.
2. Catena aurea in Marth., c. VII.

sólo escucha Dios a aquellos cuya fe bien entendida sus buenas obras imprimen a sus oraciones un movimiento que los lleva a Dios: *Solummodo illi a Deo audiuntur, qui recta fide et bonis operibus levant orationes suas ad Deum*¹. ¿Pero qué obras en particular, justamente calificadas como buenas, están llamadas a producir tan feliz resultado? Es lo que vamos a decir en la instrucción de hoy. Dios nos ayude con su gracia.

Para expresar de una vez todo nuestro pensamiento, diremos que tres especies de obras, buenas por su naturaleza, deben, según la necesidad y las circunstancias del tiempo, acompañar a la oración, y servirle de apoyo: las obras de religión, las de penitencia y las de misericordia o caridad.

En primer lugar, las obras de religión. Esto es la evidencia misma. Si es imposible, como dicen san Pablo² y el buen sentido, invocar a Dios, si no se cree en Dios, ¿podrá hacerlo con esperanzas fundadas de ser escuchado, el que, aun teniendo todavía fe en su corazón, como dice también san Pablo³, la niega con sus actos?

En tiempo de Jeremías, muchos judíos, poco cuidados de guardar su fe, o mejor dicho, voluntariamente violándola, aun en sus partes esenciales, con tal que dijeran: El templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor: *Templum Domini, templum Domini, templum Domini est*⁴, se consideraban saldados con el Señor. Pero el Profeta les grita: No, no; esto no es así; puesto que deshonráis al Señor, no os salvará el templo del Señor, sino que, como ocurrió a vuestros

1. RABAN. MAUR. AP. A LAP. In ECCLE., VIII, 29.
2. ROM., X, 14.
3. TIT., I, 16.
4. JEREM., VII, 4.

hermanos de Efraím, el Señor, en vez de escucharos, os arrojará de su presencia: *Et projiciam vos a facie mea sicut projeci omnes fratres vestros, universum semen Ephraim!*

Los fariseos de la época evangélica tampoco fueron más prudentes. Interpretar falsamente la ley de Moisés, que no era otra que la misma ley de Dios, encerrarla en un formalismo estrecho y añadirle tradiciones sin fundamento, observancias vanas, a riesgo de ahogarla bajo este farrago, como ayunar fuera de tiempo, lavarse el cuerpo, varias veces al día, a pretexto de piedad, pagar escrupulosamente el diezmo de las menores hierbas, y, lo que se relaciona más directamente con nuestro objeto, hacer varias oraciones en los rincones de las calles, por ostentación, y con miras interesadas; he ahí, como sabéis, lo que practicaban, sin cuidarse lo más mínimo de observar las prescripciones verdaderas de la ley. Tampoco ignoráis el concepto en que Jesucristo los tenía, ni los términos en que censuraba a aquellos hipócritas en religión?

Más ¿por qué buscar ejemplos tan lejos? ¿Tan raro es hallar cristianos que se parezcan al judío del tiempo de Jeremías, o al fariseo de la época evangélica, olvidando estas palabras tan prudentes de Jesucristo: *Debiatis observare estas cosas sin omitir aquellas?* Practicar lo contrario de lo que deberían practicar. Este hace novena tras novena, según él, con gran devoción, y no se cuida de oír misa los días de fiesta en que es de precepto; aquél emprende cierta lejana peregrinación, para obtener de un santo renombrado un favor especial, y omite sin escrúpulo la confesión anual y la comunión

1. JEREM., VII, 16.
2. In Evang. passim.
3. MATTH., XXIII, 23.

pascual; el de más allá—cito a Bossuet; este gran hombre no se desdiseña de descender de las alturas en que habitualmente se cieme, para considerar los menores detalles de la vida cristiana,—se inquieta porque no ha rezado el rosario y sus otras oraciones acostumbradas, o porque ha rezado una *Ave María* de menos... No permieta Dios que lo censure; alabo la exactitud religiosa en los ejercicios de piedad; pero ¿quién podrá tolerar que arranque cada día cuatro o cinco preceptos del santo Decálogo, y pisotee los más sagrados deberes del cristianismo? ¡Extraña ilusión, añade Bossuet, con la cual nos fascina el enemigo del género humano! No puede borrar del corazón del hombre el principio de religión que en él ve profundamente arraigado, y le da, no su legítimo empleo, sino una peligrosa distracción, a fin de que, ilusionados con tan vana apariencia, creamos haber satisfecho con tan pequeños cuidados las obligaciones que nos impone la religión... Su conclusión, particular al asunto que trata, pero que, generalizada, se adapta también al nuestro, es demasiado exacta para que no la citemos, como el resto, textualmente: Así, pues, cristianos, desengañémonos. Os exhorto a que rogéis a la santa Virgen; ella os fortalecerá en las tentaciones, os procurará vino para vuestros banquetes, es decir, la caridad en vuestra conducta o el valor en vuestras larguezas, pero oíd cómo habla en las bodas de Caná a aquellos por los cuales se interesa: Haced lo que mi Hijo os ordene: *Quodcumque dixerit vobis, facite*. He rogado, he intercedido, pero haced lo que él os diga: con esta condición veréis el milagro y el efecto de mis oraciones!

En segundo lugar, las obras de penitencia. ¿Son

1. Sermón sobre la devoción de la santa Virgen. Segunda parte.

menos-necesarias que las de religión? Pocos textos hay en las Escrituras en que no estén asociados el ayuno y la oración.

En el pórtico del Evangelio, vemos que la profetisa Ana, una de las primeras en confesar a Jesucristo, y en darlo a conocer al mundo, de ochenta y cuatro años de edad, había pasado toda su vida en el ayuno y la oración: *In jejuniis et observationibus serviens nocte ac die*¹.

En los Hechos, vemos también que los Apóstoles, antes de imponer las manos a Saulo y a Bernabé, para el ministerio a que Dios los destina, ayunan y oran: *Tunc jejunantes et orantes, imponentesque manus, dimiserunt eos*². Esto era dar la forma a los futuros siglos. En adelante, nadie recibirá la Unción sacerdotal sin que toda la Iglesia ayune y ore por esta intención. Si del Nuevo Testamento nos remontamos al Antiguo leemos que

Ester resuelve presentarse ante el rey Asuero, aunque sin llamarla—lo cual era caso de muerte;—pero se trata de salvar de la destrucción a todo un pueblo, y por ello, tres días antes, ella y todos aquellos a los cuales ha comunicado ella el secreto de su empresa, ayunan y oran: *Orate pro me; non comedatis et non bibatis tribus diebus, et tribus noctibus; et ego cum ancillis meis similiter jejunabo*³.

Nehemías es un animoso israelita. Cautivo del rey de los persas con toda su unción, al oír el relato de las calamidades que pesan sobre aquellos de sus hermanos que quedaban en Judea, concibe el proyecto de reedificar el Templo y las murallas de la Ciudad Santa; pero

1. LUC, II, 57.
2. ACT, XIII, 3.
3. ESTH, IV.

antes de pedir la autorización al rey, su señor, se dirige al Rey del cielo que tiene en sus manos el corazón de los reyes de la tierra, y apoya su oración en el ayuno de varios días: *Sedi, et flevi, et lavi diebus multis; jejunabam et orabam ante faciem Dei caeli*¹.

Pero, los hechos generales hablan con más elocuencia aún.

Un general asirio, Holofernes, se apronta, a la cabeza de un ejército formidable, a sitiar a Betulia. Para rechazar sus ataques y vencerlo, el gran sacerdote Eliacán, no descuida ninguna de los recursos que la prudencia pone por obra, como lo prueba, el relato sagrado; pero tampoco queda postergada la oración acompañada del ayuno, y respondiendo a la recomendación que se le ha hecho, todo el pueblo clama al Señor, ora y ayuna, aun las mujeres: *Et clamavit omnis populus ad Dominum instantia magna, et humilaverunt animas suas in jejniis et orationibus, ipsi et mulieres eorum*².

Como Ester en la corte de Asuero, Nehemías en Susa, Eliacán en Betulia, proceden los Macabeos en la historia del pueblo de Dios. ¡Qué hermosos aparecen aquellos valientes guerreros, últimos baluartes, pero baluartes invencibles de la nacionalidad judía expirante, cuando, reunidos en Masfa—era un sitio renombrado de piedad: *locus orationis erat*—dejando descansar sus armas por un día, ayunan, revisten el cilicio, se cubren de ceniza la cabeza, y elevan grandes voces hacia el cielo: *Et jejunaverunt illa die, et induerunt se cilicis, et cinerem imposuerunt capiti suo... et clamaverunt voce magna in coelum*! Después de esto, Judas les dice: Tomad las armas y tened buen ánimo, y estad preve-

1. ESDRAS, II, cap. I.
2. JUDITH, cap. IV.

nidos para la mañana, porque más nos vale morir en el combate, que ver el exterminio de nuestra nación y del santuario¹.

Pero basta con estos ejemplos. Ellos dicen que la oración, sostenida con obras de penitencia, es todopoderosa para con Dios: apacigua su justicia, llama su misericordia. ¡Ojalá hiciéramos más a menudo esta experiencia! ¡Ojalá los pueblos, y no menos, sino más aún que los individuos, entendiesen mejor estas cosas! En vez de esperar la salvación de sus armamentos, de la precisión de sus máquinas de guerra, del número de sus soldados, sin descuidar nada de lo que la ciencia humana puede proporcionar, debieran confiar principalmente en el Señor. El Dios de los ejércitos se declara siempre por el pueblo fuerte: *Hi in curribus, et in equis: nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus*².

En tercer lugar, las obras de caridad. Son el acompañamiento obligado de las obras de penitencia. Si quieres que tu oración se eleve hasta Dios, dice san Agustín, préstale dos alas: el ayuno y la oración: *Vis orationem tuam volare ad Deum? fac illi duas alas, jejunium et elemosynam*³... Pero ¿qué limosna? ¿qué obra de caridad? Las que el Señor mismo pide por boca de Isaías: Socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda⁴ y en otra parte: Compartid vuestro pan con el que tiene hambre, dad abrigo al que de él carece: si veis un hombre desnudo, vestidlo, no despreciéis vuestra propia carne. Después de esto: *Tunc—ya veis aquí el lazo estrecho que existe entre las buenas*

1. I Macch., cap. iii.
2. Psal. xix, 8.
3. Enarr., in Psal. xlii.
4. Isa., i, 17.

obras y la oración,—después de esto, me invocáis, y yo os escucharé; clamaréis ante mí, y a vuestra primera demanda, os diré: He me aquí: *Tunc invocabis, et Dominus exaudiet; clamabis, et dicet: Ecce adsum*¹.—Las obras que hacía el viejo Tobías, las que le valieron, por parte del mismo cielo, tan hermoso testimonio de satisfacción. Todo este texto es digno de citarse. El arcángel Rafael es el que habla. En el momento en que la misión de que fué encargado por su augusto Señor cerca del joven Tobías, tocaba a su cumplimiento, dice el Santo Patriarca: Voy a manifestarte la verdad y no quiero encubrirlos más lo que ha estado oculto. Cuando tú orabas con lágrimas, y enterrabas los muertos, y te levantabas de la mesa a medio comer, y escondías de día los cadáveres en tu casa y los enterrabas de noche, yo presentaba al Señor tus oraciones— así unidas a las buenas obras—para que las aceptase: *Quando orabas cum lacrymis, et sepeliebas mortuos, et dereliquebas prandium tuum, et mortuos abscondebas per diem in domo tua, et nocte sepeliebas eos, ego obtuli orationem tuam Domino*².

No proseguiremos esta exposición. El ejercicio de la caridad, en cuanto es cualidad de la oración, ha sido tratado ya suficientemente, por lo que incuririamos en repeticiones.

Pero lo que no quiero omitir ni para esta parte del asunto, ni para las precedentes, es que las recomendaciones finales que podría hacer referentes a las obras de religión, de penitencia y de caridad, las ha hecho ya otra voz cuya autoridad nadie posee en el mismo grado.

En 1891, en su Encíclica sobre el Rosario, nuestro

1. Isa., lviii, 8, 9.
2. Tob., xii, 11, 12.

gran papa León XIII, tratando de la oración, de su eficacia, de su necesidad, hoy más urgente que nunca, expresaba el vivísimo deseo de que las buenas obras se uniesen a ella, pues de lo contrario resultaría estéril.

En 1895, dirigiéndose a un gran pueblo, y exhortándole a la oración, a fin de obtener de Dios, motor de los corazones, su vuelta a la unidad de la fe, recomendaba las mismas obras de religión, de penitencia y de caridad, sobre todo a aquellos que, en el seno de esta nación, por ser ya católicos romanos, han de considerarse como la levadura que debe hacer fermentar toda la masa. Escuchémosle: Preciso es que las disposiciones interiores del alma, necesarias a la oración, vayan acompañadas de las acciones y ejemplos que convienen a la profesión cristiana. Estos ejemplos son la observancia de la rectitud, de la justicia, de la penitencia, de la piedad para con los pobres, del respeto de las leyes, de la paz y concordia entre vosotros; esto es lo que apoyarán vuestras oraciones del modo más excelente.

Y añade: La misericordia divina es favorable a las peticiones de los que con toda justicia cumplan los preceptos de Cristo. El mismo Jesucristo lo prometió al decir: *Si moriatis en mí, y mis palabras moran en vosotros, pedid lo que queráis, y se concederá a vuestras peticiones!*

Os dejo, cristianos, bajo la impresión de esta doctrina. Acabar así todo lo que teníamos que decir sobre las cualidades de la oración, páreceme que es una buena conclusión.

1. Encíclica a los ingleses, publicada por *L'Univers*, 24 de Abril de 1895.

LA ORACION

SERMON VIGESIMO

¿Quién debe orar?

La oración perseverante del justo puede mucho a los ojos de Dios (SANT., V, 16)

Nemini id (exclinet veram fidem) ex animo petenti clausae sunt fores divinae benignitatis.

Catech. Rom.

Las siete instrucciones anteriores nos han enseñado lo que debe ser la oración para que Dios la acepte favorablemente: Debe precederla una preparación conveniente; Jesucristo, mediador único, ha de servirle de punto de apoyo; debe ser hecha con atención, humildad, confianza y perseverancia, y deben acompañarla o seguirla las buenas obras. Pero aun hay más que decir: Las siete instrucciones siguientes, últimas referentes a la oración en general, responderán a otras tantas cuestiones. ¿Quién debe orar? ¿quién debe ser orado? ¿por quién? ¿cuándo? ¿dónde? ¿en qué actitud? ¿de qué fórmulas de oración hay que hacer uso? Hoy tocáremos la primera cuestión: ¿Quién debe orar? Dios nos ayude con su gracia.

¿Quién debe orar?

Antes de responder, y a fin de hacerlo metódicamente,

te y con claridad, distinguiéremos los hombres por su estado de alma con relación a Dios en justos, pecadores e infieles.

El justo es el que actualmente se encuentra, porque puede caer, en ese estado feliz tan bien llamado estado de gracia. Mientras permanece en él, el hombre es amigo de Dios, confidente de Dios, familiar de Dios: Cualquiera que me ama, dice Nuestro Señor, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diligit me, et ad eum venimus, et mansionem apud eum faciemus*¹.

El pecador es el polo opuesto. Desde que el pecado de que ha cargado su conciencia, es mortal como lo suponemos aquí, este hombre, de amigo que era, se ha convertido en enemigo de Dios; enemigo obstinado, si permanece en ese estado, si persevera en él, si se aclimata en él; enemigo temporal, si, arrepintiéndose, vuelve a Dios, y pide entrar de nuevo en su gracia, ya que, para todo pecador, como para el hijo pródigo del Evangelio, la casa paterna queda siempre abierta.

Finalmente, el infiel. Pero ¿qué entendemos aquí por infiel? Para hablar el lenguaje de la teología, hay varias especies de infieles: la infidelidad privativa y la positiva². Privativamente infiel es el que es, por culpa suya, ignorante de las verdades del Cristianismo; y positivamente infiel, el que, conociéndolas, las desprecia o contradice. No tratamos aquí ni del uno, ni del otro; son pecadores, u obstinados, o arrepentidos, y por este título entran en la precedente categoría, la categoría de los pecadores. Pero hay otra especie de

1. JOANN., XIV, 23.

2. No entra en nuestro asunto hablar de la infidelidad negativa, esto es, de la infidelidad de los que jamás hablan de la revelación cristiana.

infieles, si es que podemos darles este calificativo, por que empiezan a tenerla verdadera fe; tales son los que, perteneciendo de buena fe a un culto falso, pero teniendo dudas acerca del valor de este culto, buscan la verdad, firmemente resueltos a abrazarla desde que la encuentren.

Supuestos estos preliminares, y espero que bien entendidos, ¿quién debe orar?

Por lo que se refiere a los justos, la cuestión apenas tiene razón de ser. Puesto que son amigos de Dios, confidentes de Dios, familiares de Dios; puesto que tienen esa especie de gracia que los hace ser a los ojos de Dios *personae gratae*, oren, usen largamente del derecho de petición; con tal que pidan lo que deben pedir, y de la manera como deben pedirlo, Dios queda obligado por sus promesas, nada puede rehusarles, según la expresión del apóstol Santiago: *multum enim valet deprecatio iusti assidua*¹. Oren pues, los justos.—Los justos son los hijos. Mientras tengan puro su corazón, son los mejores orantes. De la boca de sus hijos, recibe Dios su alabanza más perfecta², y salen las súplicas más dignas de ser escuchadas.—Los justos son los sacerdotes, los cuales deben serlo por un título especial, por su estado: los sacerdotes que la Iglesia disputa siete veces cada día a Dios, a fin de dirigirle fervientes súplicas, y obtener para los pueblos, cuyos proveedores son en el orden espiritual, abundantes bendiciones.—Los justos son los religiosos; también ellos, como antes Abraham, son sacados por Dios de su casa, de su parentela, de su propio país, a fin de que, por medio de esa secuestración de la masa común, se hagan más aptos para ese gran ministerio de la oración al cual los

1. JACOB, V, 16.

2. PSAL. VIII, 3.

llama!—Finalmente, los justos son todos los que, bajo una u otra denominación, en una Compañía o en otra, no teniendo más que una sola bandera, forman parte de ese inmenso ejército de santos que combaten sin descanso por Dios, por los intereses de su gloria y

1. En el momento en que las Ordenes religiosas están sometidas a las leyes más amenazadoras, nos parece conveniente trasladar aquí esta página magistral de uno de los más grandes escritores de este siglo:

“Cuando en invierno, a media noche, se ilumina repentinamente el coro de la iglesia, y los religiosos, cubiertos de sus amplios hábitos blancos, arrodillados en sus sillas de coro, se inclinan a las estatuas de mármol que oran en las tumbas, empiezan a cantar las alabanzas del Altísimo; cuando el piadoso concierzo, en el cual se distingue la voz vibrante del hombre que remonta aún la vida, y la voz cascada del que desciende los rápidos escalones de la muerte, se eleva, dominando el ruido del torrente y de la tempestad, hacia Dios; cuando se reconocen en las palabras santas explicaciones para todos los dolores del género humano; cuando oímos que esos solitarios olvidados del mundo se acuerdan de él en sus oraciones, y lo colocan, gracias a frutos de penitencias que él ignora, bajo las misericordias divinas, ¿cómo no pensar en el hombre que se ha dicho: En A la hora en que el desorden enciende su santorchas, encenderé los cirios del altar; a la hora en que el malvado medita su crimen, en que el culpable siente sus remordimientos, en que el pobre padece sin luz y sin amigos, oraré por el pobre, por el culpable, por el malvado; oraré por los muertos y por los que van a morir; oraré por los desgraciados, a fin de que ese peregrino, y por los dichosos, por miedo a que olviden. Esta oración se ha perpetuado de año en año, de siglo en siglo, y a los vanos llama la muerte, no ha podido vaciar las sillas de oro en que parece sentarse, siempre el mismo cuerpo. Las revoluciones pensamiento de esas almas abnegadas, una palabra en esos hombres, un pliegue de esos sudarios eternos... Y muchos otros tras nosotros, que venimos detrás de otros, hallarán aquí lo que nos borra el llanto de lágrimas piadosas, unirán las voces de un momento a esas voces que no se extinguirán nunca.” (Luis Veuillot, *Pèlerinages en Suisse*).

por la salvación de sus hermanos... Oren, pues, los justos, oren, oren menos por ellos que por nosotros, menos por tal o cual del pueblo cristiano que por el pueblo cristiano; finalmente, oren por el mundo entero. Las lágrimas de los justos anegan las iniquidades del mundo y sirven de caución a los pecados del mundo: *Piorum lacrymae peccati diluvium sunt, et mundi eximentum*¹. Por las oraciones de los justos está toda- vía el mundo en pie: *Quis dubitet mundum precibus sanctorum stare*? Y el día en que ya no haya justos que oren por la nueva Sodoma, por la nueva Gomorra³, por el mundo entero, el fuego del cielo caerá sobre el mundo, y llegará el último día del mundo⁴...

¿Quién debe todavía orar?

De los justos, pasemos a los pecadores. Ha llegado el momento de hacer distinción entre el pecador obstinado y el pecador arrepentido. Si se trata, pues, del pecador obstinado en su pecado, amando a ese querido pecado, no queriendo dejarlo, o por lo menos, no haciendo esfuerzo alguno para dejarlo, ¿debe orar? La oración hecha en semejantes condiciones, ¿no sería una irrisión, una insolencia, una provocación, añadidas a la suma ya considerable de los pecados antiguos? ¿Se concibe un súbdito rebelde, todavía con las armas en la mano, dirigirse a su príncipe, y, sin balbucir ni siquiera una palabra de excusa, solicitar un favor? Por tanto, no ore, no ore... o bien, pues es muy duro cerrar la puerta de la oración, por indigno que uno sea de llamar a ella, si ora, aunque actualmente siga

1. S. GREG. NAZIAN. cont. Julian. AP CORNEL. a Lap. In JACOBI, V, 16.

2. RUFFIN. *Ibid*.

3. GEN., XVIII.

4. Véase el mismo pensamiento expresado en nuestros sermones sobre el Decálogo.

amando el pecado, pida no amarlo ya, y aunque actualmente no quiera dejar el pecado, pida la voluntad de dejarlo. Hay que reconocer que esto no es más que un mequino comienzo, pero comienzo, al fin; ¿habrá que rechazarlo? ¿habrá que extinguir una lucecilla, incierta, trémula, perdida en una espesa noche? ¿Acaso fué otro el principio de la conversión de Agustín? ¿hallamos en ella ni siquiera ese *minimium*? Véala claramente mi debilidad, nos dice, y me avergonzaba de ella, pero continuaba encadenado, no por una cadena de hierro, sino por mi voluntad, más dura de romper que el hierro: *Suspirabam ligatus non ferro alieno, sed mea ferrea voluntate*. ¡Qué miserable era! Os pedía la castidad, Dios mío, y al mismo tiempo os rogaba que no me la concedierais tan pronto: *At ego adolescens miser, et valde miser, petebam a te castitatem et continentiam, sed noli modo*. Tenía que me escuchais demasiado pronto, que me curaseis mi enfermedad antes de lo que yo quería, prefiriendo el placer de verla prolongarse y gozar de ella, a la dicha de librarme de ella: *Timebam me cito exaudires, et cito sonares a morbo concupiscentiae, quam mallebam expleri, quam extinguí*... ¡Qué ejemplo! ¿Es el único? ¡Ah, si conociéramos la historia general de las almas! Precisamente porque no la conocemos, experimentamos cierta perplejidad sobre este punto. ¡Oh Dios mío, perdonad al pobre predicador, si se engaña quitando demasiado a la justicia, para favorecer la parte de la misericordia?

1. S. AUGUST. *Confess.*, Lib. 8.

2. Omnes peccatores non sunt prohibendi, sed potius admonendi ad frequentes, in seipsis non vitiatas orationes, quia licet in obstinatis, consuetudinariis, et ad poenitendum incuriis, non proficiant ex infallibili Dei promissione, ex pura tamen ejus misericordia adhuc prodesset forte poterunt. SCHRAM. *Inst. Theol. mys.*, t. I, p. 74. SCHOL., III, ad 4.

Mas en lugar del pecador aferrado a su pecado, y sin obstinándose en él, aunque la inmovilidad no sea absolutamente completa, sino que en el fondo de esas tinieblas aparezca a veces algún resplandor; si se trata de un pecador con disposiciones atenuadas de arrepentimiento, de un pecador que reconoce sus faltas, que está interiormente afligido de ellas, que desea su perdón prometiéndolo, en cuanto su debilidad todavía grande puede permitirlo, no volver a caer, enhorabuena; esta vez estamos a vuestras anchas. Ese pecador no es ya un pecador, hay que colocarlo, dice santo Tomás, en el número de los penitentes: *Qui peccatores sunt magis computandi in numero poenitentium quam peccatorum*¹. Por consiguiente, ore, ya que puede y debe hacerlo; ore a la manera de los verdaderos penitentes; sin ir a otra parte, las Escrituras le proporcionan muchos y hermosos modelos; a la manera de David: ¡Dios mío, tened piedad de mí, según toda la extensión de vuestra misericordia²; a la manera del publicano: Señor, sedme propicio, pues soy un gran pecador³; a la manera del hijo pródigo: Me levantaré, iré a mi padre, y le diré: Padre, pégue contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo⁴. Estas oraciones, u otras semejantes, hechas con compunción, con amor, aun cuando este amor no sea más que inicial, no solamente las acoge Dios, sino que además, en su bondad infinita, invita, excita, impulsa a los pecadores a que se las hagan: Venid a mí todos los que estáis afligidos y agobiados, y yo os consolaré, dándoos así la seguridad de que serán escuchados: *Horum* (peccatorum) *oratio suum obtinet locum apud*

1. *Ibid.*

2. *Psal.*, l.

3. *Luc.*, c. x.

4. *Luc.*, c. xv.

Deum; nam eorum preces audiuntur, imo vero huiusmodi homines liberalissime misericors Deus invitat: Venite, inquit, ad me omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos¹.

Queda el infiel, impropriadamente llamado infiel, es decir, como ya lo hemos explicado, aquel que, metido de buena fe en un culto falso, pero teniendo dudas sobre el valor del tal culto, busca la verdad, firmemente resuelto a abrazarla, desde el momento en que la encuentre. ¿Debe orar? Precisemos bien la cuestión, dándole toda la extensión que requiere. Para saber si Dios ha hablado a los hombres; las doctrinas que les ha dado; la sociedad que ha instituido para hacerla depositaria de ellas; el modo como desea ser adorado, modo tan poco facultativo, que cualquier otro es un culto falso; para saber, pues, todas estas cosas con toda seguridad, esto es, sin temor alguno de errar, ¿debe orar? En vez de una demostración por el razonamiento, dos hechos nos darán la respuesta: un hecho propiamente dicho, y un documento.

El hecho es contemporáneo de los orígenes mismos del Cristianismo: Había en Cesárea, leemos en el capítulo X de los *Hechos*, un hombre llamado Cornelio, centurión de la cohorte llamada Itálica, religioso y temeroso de Dios con toda su casa, el cual hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios sin cesar... El capítulo X continúa, y refiere en detalle la visión con que Cornelio fué favorecido, su iniciación por san Pedro en la verdadera fe, su conversión definitiva y la de toda su familia².

Pero ¿por qué este hombre, nacido en país idólatra, de una familia idólatra, idólatra él mismo al principio, se dirigió al judaísmo para hallar en él un conocimiento

1. *Catech. Rom.*
2. *Act.*, x, 1 y sigs.

del verdadero Dios más exacto que el que hubiese logrado con las solas fuerzas de su razón? La respuesta está en el texto que acabo de citar: era un hombre de oración, y de oración continua: *Deprecans Deum semper*. ¿Por qué, en vez de continuar en el judaísmo, verdadero culto, pero por sólo por un tiempo determinado, del verdadero Dios, y de judaizar también él, como tantos otros de aquella época, le vemos pasar al Cristianismo, forma última y perfecta del verdadero culto del único verdadero Dios? La respuesta es la misma: era un hombre de oración, y de oración continua: *Deprecans Deum semper*; porque, dice el Catecismo Romano, los que experimentan un deseo ardiente de conocer la verdad, y piden con fervientes oraciones la gracia de ser instruidos, si perseveran en esta disposición, la divina bondad no rechaza sus deseos ni sus instancias: *a Dei clementia eorum studium non repudiatur*; y para que no ignoréis que este ejemplo del centurión Cornelio viene verdaderamente *ad rem*, añade: Como lo prueba el ejemplo del centurión Cornelio: *quod exemplo Cornelii centurionis comprobatum videmus¹.*

El documento es reciente. Es la Carta Apostólica que León XIII dirigió en 1895 al pueblo inglés, con el fin de promover su vuelta a la unidad de la fe. ¡Qué documento! ¡Qué admirable carta! ¡Qué aliento de caridad tan evangélica circula por toda sus páginas! ¡Cuán bien descritos están los orígenes cristianos de la Isla, que será con el tiempo la Isla de los santos! ¡Cuán discretamente indicadas las causas que produjeron la separación! ¡Cuán sabiamente distribuidas las alabanzas que merecen las obras actualmente existen-

1. *Est praeclerea eorum gradus qui nondum fidei lumen acceperunt etc.*

tes en esa ilustre nación, obras de beneficencia, obras de temperancia, obras de moralización! Mas ese proyecto de vuelta a la unidad, ¿sobre qué lo funda el Pontífice para esperar su realización? Únicamente sobre la gracia de Dios. Los sabios nada pueden sobre esto. Los políticos nada harán. Los hombres por bien intencionados que sean, tampoco harán nada. Sólo la gracia de Dios lo hará todo. Mas ¿cómo obtener la gracia divina, único medio de alcanzar el fin tan vívidamente deseado? Sólo con la oración. "Puesto que la confianza que abrigamos de un éxito feliz, dice, la apoyamos principalmente en el maravilloso poder de la gracia divina, hemos tomado, tras maduro examen, la resolución de invitar a todos los ingleses que se vanaglorian del nombre cristiano a cooperar a la misma obra, exhortándolos a elevar su corazón a Dios con nosotros, a poner su confianza en él, y a pedirle, aplicándose asiduamente a la santa oración, el auxilio necesario en tan grandes circunstancias." Y añade: "Vosotros, pues, todos los que estáis en Inglaterra, cualquiera que sea la comunidad o la institución a que pertenezcáis, permitid que os exhortemos, para vuestra salvación eterna y para la gloria del nombre cristiano, a dirigir vuestras oraciones y vuestros votos al Soberano Padre Celestial, y a no cesar de hacerlo con fervor!"

Queda terminada nuestra empresa. ¿Quién debe orar? Los justos. ¿Quién debe orar? Los pecadores. ¿Quién debe orar? Los infieles. ¡Plegué a Dios que esta doctrina aproveche a aquellos a los cuales está destinada, es decir, a todo el mundo! ¡Bendígala sobre toda la divina gracia, pues, al bendecirla, hará que fructifique!

1. Carta apostólica de León XIII a los ingleses.

LA ORACION

SERMON VIGESIMOPRIMERO

¿A quién debemos orar? ¿a quién podemos orar?

Invócame, dice el Señor, en el día de la tribulación
(PSALM. XLIX, 15)

Deum autem orandum esse et ejus nomen invocandum, ipsa loquitur natura vis insita in hominum mentibus, non solum tradunt divinae Litterae in quibus licet audire imperantem Deum: Invoca me in die tribulationis.

Catech. Rom.

Queda resuelta la primera cuestión, la relativa al sujeto que ora. El sujeto que ora es el justo, el pecador, el infiel. La segunda cuestión se refiere al sujeto a quien hay que orar y se formula así: ¿A quién debemos orar? ¿a quién podemos orar? Todo el mundo puede comprender la importancia de esta cuestión y el interés que entraña. Procuraremos resolverlos de modo que nada esencial quede omitido. Dios nos ayude con su gracia.

¿A quién debemos orar?

La respuesta es fácil, y será corta. Debemos orar a Dios. Recorramos las Escrituras. A Dios invocan Abraham y todos los Patriarcas, David y todos los Profetas, Job y todos los justos esparcidos por la gen-

tilidad, Ester, Judit y todas las santas mujeres de la antigua Ley. El Hombre-Dios, Jesucristo, hace a Dios esta admirable oración, cuyo texto recogió san Juan: Padre santo, guarda aquellos que me diste, mis discípulos, en la fe y en la caridad, a fin de que sean una misma cosa por la caridad, así como nosotros lo somos en la naturaleza. A Dios pide el protomártir san Esteban el perdón de sus verdugos², y la Iglesia, la libertad de san Pedro aprisionado por Herodes³. A Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, dobla san Pablo la rodilla, y ora, para que su apostolado entre los egipcios produzca frutos abundantes de santificación⁴. Si de las Escrituras pasamos a la Liturgia, y tomamos o el *Gloria in excelsis*, o el *Te Deum*, o entre las Colectas, no la más bella, pues todas son igualmente bellas, sino una cualquiera al azar, veremos que, ya a Dios Padre, ya a Dios Hijo, ya a Dios Espíritu Santo, ya a las tres Personas indivisiblemente unidas, que no hacen más que un solo y mismo Dios, dirigimos nuestra adoración, nuestros homenajes, nuestras súplicas, nuestras alabanzas. La razón es fácil. Prescindamos de las otras formas de oración, para fijarnos únicamente en la oración de petición, *petitio*, *postulatio*. Dios sólo es el principio de todo bien, el único autor de todo don perfecto. Nada hay, en cualquier orden que sea, de la naturaleza, de la gracia o de la gloria, que no le pertenezca como cosa propia. Santo Tomás distingue muy bien entre el que recibe una oración pudiendo escucharla él mismo, por sí mismo, y el que sólo puede intervenir, a título ofi-

1. JOANN. cap. XVII.
2. ACT., VII, 60.
3. ACT., XII, 5.
4. EPH., III, 14.

cioso, para que sea escuchada¹. Dios sólo ocupa el primer orden, todos los demás, el segundo. Los mismos paganos no lo ignoraban. Politeístas por extravío del espíritu, sobre todo por la corrupción del corazón, pero, en muchas ocasiones, principalmente en tal calamidad, en tal gran peligro, recobrando sus derechos la verdad, se convertían en monoteístas, y olvidadizos, y aun desdeñosos, de aquella prodigiosa cantidad de dioses, de semidioses, y de diosas, de los cuales habían poblado sus mansiones, sus plazas públicas, sus ríos, sus fuentes, y aun sus bosques, en vez de dirigir sus miradas hacia aquellas divinidades, que, en el fondo, sabían que eran sordos e impotentes, las elevaban hacia el cielo, y exclamaban: Dios mío, Dios mío, socorrednos... lo cual era testimonio de un alma naturalmente cristiana, como nota Tertuliano: *Testimonium animae naturaliter christianae*.

¿A quién podemos orar?

Una sola palabra diferencia esta primera cuestión de la primera. En vez de decir: ¿A quién debemos orar? decimos: ¿A quién podemos orar? No podría ser de otra manera. Desde que sabemos que no hay más que un solo Dios, al cual debemos orar, en el sentido riguroso y absoluto de la palabra, el asunto entraña otra pregunta, la cual es imposible que se formule en otros términos que los siguientes: ¿A quién podemos orar?

Sin que sea más difícil que la precedente, la respuesta será más larga. En efecto, a muchos podemos orar, porque tienen el poder, no de conceder gracias, pues esto es derecho exclusivo de Dios, sino de sollicitarlas, de impetrarlas. Para dar a esta doctrina todo el desarrollo debido, diremos:

1. 2. 2. q. lxxxiii, art. 5.

Podemos orar a los ángeles, en razón de su excelencia, de sus funciones, de sus servicios. De su excelencia: son nuestros hermanos mayores, datan de la mañana de la creación; pero lo que los hace superiores a nosotros, menos es la superioridad del tiempo, que el número, como infinito, y la magnificencia de los dones que recibieron. De sus funciones: Dios los hizo ministros de él, y de ellos se sirve para gobernar hombres y cosas: cada cuerpo celeste, cada elemento, sólido o flúido, cada pueblo, cada provincia, cada hombre, tiene un ángel encargado de su guarda. De sus servicios: el servicio responde a la función, es decir, que encargados de guardarnos, los ángeles nos guardan, en efecto, nos asisten, nos aconsejan, nos libran de una infinidad de peligros, tanto por parte del cuerpo, como del alma. Finalmente, y para algo todavía más directo, la Escritura nos los muestra orando por nosotros, o recogiendo nuestras oraciones para elevarlas al trono de Dios y hacerlas valer³, o aun bendiciéndonos. No te dejaré marchar, dice Jacob al Ángel del Señor hasta que me hayas bendecido.⁴ Y cuando, más tarde, el hijo de Jacob, José, convertido en virrey de Egipto, presenta a su padre sus dos jóvenes hijos, Efraím y Manasés, para que los bendiga, el santo anciano, colocando sobre su cabeza sus manos venerable, dijo: *Angelus qui me eruit de cunctis malis, benedicat pueris istis*⁵. Bendecidnos también a nosotros ¡oh ángeles! O mejor dicho, para emplear el lenguaje de la Iglesia, la cual, mejor que ningún otro sabe distinguir entre el culto absoluto de Dios y el relativo tributado a los amigos de Dios: ¡Oh Dios, que

1. HEER, I, 14.
2. DAN, x, 15.
3. JOB, xii, 12. AROC. VIII, 3.
4. GEN, xxxii, 26.
5. Ibid. c. xlviii.

ordenáis con infinita sabiduría, los diferentes ministerios de los ángeles y de los hombres, dignaos concedernos como protectores en la tierra a esos espíritus bienaventurados que no cesan de ejecutar en el cielo, vuestra divina voluntad¹.

Podemos orar a los santos. En efecto, al hacerlo, no violamos los derechos de Dios, sino que continuán, como lo hemos dejado hace un momento, enteros, inalienables. No se perjudica a la autoridad del Soberano, ni se priva en nada su dignidad, por la sencilla razón de que, a fin de llegar más fácilmente hasta él, y obtener de su munificencia algún favor, nos servimos de una persona intermediaria que tiene libre entrada en Palacio. Tal es precisamente el caso: oramos a los santos, amigos de Dios, los interesamos por nuestra causa, por esta cualidad, que es la suya, de amigos de Dios, familiares de su corte. ¿Qué les pedimos? ¿Qué concedan? No. ¿Qué obtengan? Sí, y nada más. Tal es la misión que les conviene y está en nuestras intenciones, como en nuestras palabras. Propiamente hablando, decimos a Dios: *Tened piedad de nosotros; escuchadnos*; y a los santos: *Rogad por nosotros, interceded en favor nuestro*; lo cual constituye dos formas de oración muy diferentes: *Hinc duas adhibemus precandi formulas, modo differentes: ad Deum enim proprie decimus: Miserere nobis, audi nos; and sanctum: Ora pro nobis*²... Tampoco violamos los derechos de Jesucristo, en cuanto mediador único, universal. Ya lo hemos sólidamente sentado en otra parte³, para que lo repitamos aquí. No colocamos en la misma línea, ni mucho menos, a Jesucristo, el Santo de los Santos, y a los santos; lo

1. *Colecta de los Angeles guardianes.*
2. *Catech. Rom.*
3. *Sermón decimocuarto.*

que Jesucristo es, lo es por su naturaleza, por su propio fondo, y lo que son los santos, lo son por gracia, y por la comunicación que de ella se les ha hecho. Jesucristo es el mediador de redención, y como tal, lo decimos muy alto, es único, y no puede dejar de ser único. Los santos, si es permitido llamarlos así, son mediadores de intercesión, subordinados al primero, en virtud de los méritos del primero. Jesucristo mediador de redención, era necesario; no hay salvación en ningún otro¹, y bastaba en realidad, dice san Bernardo, *sufficere poterat Christus*, pues vertió en sobrada abundancia su sangre para rescatar mil mundos, aun más culpables que el nuestro: *Siguidem et nunc omnis sufficit ex eo est*? ¿Quiere esto decir que los segundos, los mediadores de intercesión, sean inútiles? El Cénitua en que, para tener acceso a Jesucristo, y presentarle su demanda, se dirigía a sus amigos que eran también amigos de Jesús: *Misit ad Eum Centurio amicos*².

Pero aun hay más. Los santos que la Iglesia honra con culto público, no son todos los santos; hay otros, y en gran número: los niños que mueren, si puedo hablar así, húmedos todavía del agua bautismal y van rectos al cielo; las almas que, salidas de la vida purgatorio, de satisfacer a su justicia, hasta su total libertad; finalmente, los justos que viven en la tierra, todavía viajeros, *adhuc in via*, frase empleada por la teología, que los distingue de los que, llegados al término, *nunc in termino*, descansan de las fatigas de

1. ACT., iv, 12.
2. *Brev. Rom.* in fest. B. V. sub tit. Auxil. Christ.
3. LUC., cii, 6.

la ruta en la posesión, ya segura y tranquila, de Dios, gobernan bien. ¿A cuáles de ellos podemos orar? A todos.

Podemos orar a los niños muertos después del bautismo. Son como ángeles, a quienes de buen grado los comparamos. Ven la faz del Padre! Desde que abandonan esta vida, Dios los pone en posesión inmediata de la felicidad eterna; así lo declara la sagrada Liturgia, la cual, en el día de sus funerales, parece mucho más preocupada de tributarles honores que de ofrecer a Dios inútiles oraciones faltas de objeto: *Omnipotens et misissime Deus, qui omniū parvulis renatis fonte baptismatis, dum migrant a saeculo, vivam illico largiris aeternam*²... La consecuencia que se saca de estas premissas está indicada: con tal que lo hagan *privadamente*, los padres y las madres de estos niños, sus padrinos y los mismos ministros del Sacramento, pueden dirigirles oraciones. San Francisco Javier invocaba a las almas de los niños bautizados por él y a los cuales una muerte prematura había abierto las puertas del cielo, pues decía con razón que, fuera de los santos que la Iglesia canoniza, no hay personas de las cuales podamos estar más seguros de la salvación: *Utpote de quorum aeterna beatitudine tanta est certitudo, quā nulla major post illam de Sanctis ab Ecclesia canonizatis*³.

Podemos orar a las almas del purgatorio; son almas santas, aman a Dios, y Dios las ama; tienen sobre los justos que viven en la tierra la ventaja de que si, entendiendo esta palabra en el sentido más amplio, son viajeros todavía, como ellos, pero en sentido estricto, son viajeros, tienen la certeza absoluta, que no tienen éstos,

1. MATTH., xviii, 10.
2. *Rituale Rom.* in Exeq. Parvul.
3. *Ap. Schram*, t. I, p. 66.

de llegar a la gloria. Pues si alguien dice que no nos ven, que no nos oyen, que, no pudiendo consolarse ellas mismas, mal pueden consolar a los demás, nada lo prueba y es permitido pensar lo contrario.

Pero concedamos que no nos ven, que no nos oyen, y que, impotentes en lo que les concierne, no pueden, a la hora presente, serenos de utilidad alguna. Por lo menos, se nos concederá que, cuando lleguen a la patria, y quizás están próximas a entrar, sabrán, no sólo las oraciones que por ellas se hicieron, sino también las oraciones que se les dirigirán, las cuales se apresurarán a llevar al trono de Dios para hacerlas valer allí. Por eso, añade el gran teólogo de quien hemos tomado estas ideas: Aunque no sea necesario dirigir oraciones a las almas del purgatorio, no debe quitarse esta devoción a aquel que saca provecho espiritual de esta devoción práctica: *Quapropter qui in hoc modo orandi fructum et devotionem senserit, non videtur ab illo revocandus, quamquam per se loquendo non videatur necessarius*¹... Y con esto llegamos a nuestra última proposición, la cual no es, como la precedente, tan sólo muy probable, sino absolutamente cierta.

A los justos que viven todavía podemos dirigir nuestras oraciones. En efecto, ¿quién podría impedirlo? ¿No son también amigos de Dios? ¿No tienen al presente, aunque pueden perderla, esa gracia, justamente llamada por la teología *gratum faciens*, que los hace agradables a Dios? Por otra parte, los ejemplos, no

1. Suarez. *Ap. Schram*, t. I, p. 66 y sigs. GURV t. I, n. 262. Nota etc. San Felipe Neri aseguraba haber recibido por su medio (las almas del purgatorio) más de una gracia. *Ap. POSTEL. Les douleurs de la vie*, p. 579.—Más explícito es el testimonio de santa Catalina de Bolonia: Cuando cupio ab aeterno Patre gratiam aliquam impetrare, recurreo ad animas in locis purgatoriis existentes, ut nomine meo apud ipsam legationem fungantur, atque interventione earum exaudiri sentio. *Ap. BOL. 9, Mart.*

tenemos persuasivos que los razonamientos, y más fáciles de apreciar, ¿escasean aquí? San Pablo escribe a los fieles de Roma: Hermanos míos, os conjuro por Jesucristo Nuestro Señor, y por la caridad del Espíritu Santo, que me ayudéis con vuestras oraciones¹; a los de Colossos: Orad por mí, a fin de que predique dignamente los misterios de Jesucristo, y para que Dios haga entrar en los corazones mis palabras². El mismo ruego hace a los de Tesalónica³, a los filipenses⁴ y a los hebreos⁵. El Antiguo Testamento no va a la zaga del Nuevo. Veo que se busca a los Profetas por sus oraciones; tan general era la opinión del favor de que gozaban cerca de Dios; y así, Ezequías⁶ busca a Isaías, Se-decías⁷ a Jeremías, Naamán el sirio⁸ a Eliseo. Todo el pueblo corre hacia Samuel, y le grita: Ora por nosotros⁹. Aarón juzga a Moisés más digno que él de ser escuchado, a pesar de que era el sumo sacerdote, y le pide que interceda por María, su hermana, atacada repentinamente por la lepra¹⁰. Pero todavía hay algo más y mejor: Dios mismo se hace promotor de oraciones a los hombres, precisamente llamados sus hombres, los hombres de Dios. Abimelec se hace culpable de rapto, aunque con circunstancias atenuantes; por eso lo perdonará Dios, pero a condición de que Abraham ore por él¹¹. Los amigos de Job insultan a su malhechore y blasfe-

1. ROM., XV.
2. COLOSS., IV.
3. THESS., V.
4. PHILIPPE, I.
5. HER., XIII.
6. ISA., XXXVII.
7. JEREM., XXXVII.
8. IV REG., V.
9. I REG., XII.
10. NUM., XII.
11. GEN., XX.

man contra Dios. Dios les dice: Presentaos a mi servidor Job; él orará por vosotros, y yo os perdonaré. Presentáronse a Job; el santo hombre oró por ellos, y Dios los perdonó!

He terminado el cuadro que me había propuesto trazar; mas antes de terminar, alejaré de vuestras almas una preocupación que con seguridad las obsesiona horriblemente. He hablado de los ángeles en general, esto es, milicia celeste a que pertenezcan; de todos los santos, cualquiera que sea el grado de santidad, empezada, acabada, en camino de perfeccionarse... y no he dicho una palabra de la santísima Virgen. ¡Hablar de los ángeles y de los santos, y no decir nada de la Reina de los ángeles y de los santos! ¡No decir nada de María, de María, nuestra Madre, nuestra vida, nuestra esperanza, nuestra abogada, nuestra mediadora para con el gran Mediador, Jesús; de María, de tal modo acreditada, de tal modo poderosa ante el Altísimo, que la teología, sin dejar de sostener sus conclusiones, esto es, que en derecho es tricto y riguroso, sólo a Dios debemos orar, añade que *no podrá excusarse de pecado el que no ore jamás a la santísima Virgen*², lo cual equivale a decir, si entendemos esto bien, que pondría su salvación en peligro! Lo repetimos: ¡qué olvido tan grande no hablar de María al tratar este asunto!... No, mil veces no; no es un olvido. Es un retraso, no es un olvido. Es una deuda que debemos pagar, que se pagará con usura...

1. JOB, XLII.—Añadamos, con todo, pues esta observación es importante, que las oraciones que hacemos a los justos que todavía viven, no son del mismo orden que las que dirigimos a los santos. Al dirigirles nuestras oraciones, no creemos tributarles un culto propiamente dicho, como cuando oramos a los santos.

2. GURV, t. I, n. 262. Quær. 5.º

He de hacer algo mucho mejor, y haré algo mejor que consagrar a María, un cuarto de instrucción, o media instrucción, o una instrucción entera... ¡Llegue pronto el día en que emprendamos este asunto! Y una vez emprendido, no lo dejaremos hasta que esté agotado, si es que de un olvido aparente, no creemos en la temeridad real de prometer agotar un asunto inagotable... ¡Llegue pronto ese día, llegue pronto, y cuando llegue, será un día bendito!

LA ORACION

SERMON VIGESIMOSEGUNDO

¿Por quién debemos orar?

Recomiendo, pues, ante todas cosas que se ore con insistencia por todos los hombres (I Tim. II, 1)

Orandum est pro omnibus sine ulla exceptione vel inimicitiarum, vel gentis, vel religionis: nam sive hostis sit, sive alienus, sive infidelis, proximus est: quem quia Dei jussu amare debemus, sequitur ut preces quoque (quod amoris officium est) pro eo facere oporteat.

Catech. Rom.

¿Quién debe orar? Ya lo sabemos; los justos, los pecadores, los infieles, es decir, todo el mundo; en efecto, no hay ningún hombre que no entre en alguna de estas categorías. ¿A quién debemos orar? ¿a quién podemos orar? También lo sabemos. ¿A quién debemos orar? Únicamente a Dios en razón de su soberano dominio sobre todas las cosas. ¿A quién podemos orar? A todos los amigos de Dios, los ángeles, los santos, los niños muertos después del bautismo, las almas del purgatorio, los justos que viven todavía. Preséntase ahora esta cuestión no menos importante, no menos práctica que las anteriores: ¿Por quién debemos orar?... Dios nos ayude con su gracia.

En primer lugar, decimos con el Catecismo Romano, quien a su vez lo toma de varios puntos de la Escritura, que orar por otro es un deber, *officium*, un deber obligatorio para todos, de tal modo que no hay nadie que esté exento, un deber obligatorio con relación a todos, de tal modo que no hay nadie que no sea objeto de él. La razón que da es excelente: es un deber de caridad, *amoris officium est*; por consiguiente, como todo hombre tiene el deber de amar a todos los hombres, a todo hombre incumbe el deber de orar por todos los hombres.

Pero esta respuesta muy general, aunque en sí, y rigurosamente hablando, es suficiente, puede, en razón de su misma generalidad, no ser suficiente. Es necesario, o por lo menos útil, especificar. Nuestro querido y autorizado maestro, el Catecismo Romano, especifica. Sigámosle, y ciémosle siempre que podamos. Hay que orar por los pastores, por los príncipes, por los justos, por los enemigos, por los infieles, por los pecadores, por los muertos, por los moribundos. Examinemos sucesivamente estas clases de personas, y demos al deber de la oración que debemos hacer, el desarrollo conveniente.

En primer lugar, hay que orar por los pastores: *Debemus autem hoc precationis officium primum pastoribus tribuere*, por los pastores, es decir, por todos los pastores, incluso por los que todavía no lo son, pero que lo serán, si Dios les presta su gracia: los diáconos, los subdiáconos, los acólitos, los exorcistas: los lectores, los ostiarios. Por los pastores, esto es, por todos los pastores en general, y por cada uno en particular, de cualquier grado de la jerarquía de orden o jurisdicción a que pertenezcan, y, en primer lugar, por el Supremo Jerarca, por el Príncipe de los pastores, por el Papa. La Iglesia lo quiere y lo hace. No se dice una sola misa en

todo el mundo católico cada día, en la que no se ore *pro Papa nostro*¹, por nuestro Papa. Ayer era Pío IX, de grande y gloriosa memoria; hoy es León XIII; mañana será otro. En el origen de la Iglesia se llamaba Pedro. Pedro fué el primer papa, como León XIII hace el número 260. Pues bien, habiendo sido encarcelado Pedro, primer papa, por Herodes—otros lo serán por otros,—y dado a guardar a cuatro escoltas de soldados, de cuatro hombres cada una, con el propósito de hacerlo morir ante todo el pueblo, después de la Pascua, toda la Iglesia hacía a Dios continuas oraciones por su libertad: *Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo*². Por todos los obispos, y particularmente por el diocesano. Los obispos son elegidos por el Espíritu Santo, para regir y gobernar, bajo la dependencia del Papa, la Iglesia de Dios³. Es esta una carga pesada para el Episcopado, y lo fué siempre. ¿Se ha aligerado? ¡Quiera Dios, decía no ha mucho un obispo, que no se haga más pesada aún! Pocos saben las penas secretas, las decepciones amargas que asedian a los obispos⁴. Por todos los sacerdotes en general, por los párrocos en particular. Son éstos vuestros pastores inmediatos. Ahora bien, tampoco les faltan pruebas. Por todas partes, aun en las más humildes aldeas hay un enemigo⁵, un sembrador de cizaña, algún Elimas, *avertens homines a fide*⁶.

A las dificultades accidentales, más o menos grandes según los tiempos, agregad las obligaciones numerosas, y aun diarias y delicadas, propias del estado. No sólo por un título, sino por diez, tienen los pastores necesidad del

1. En el canon de la misa.
2. ACT., XII.
3. *Ibid.*, XX, 28.
4. MONS. LANDRIOT.
5. MARTH., XIII.
6. ACT., XIII.

auxilio divino. Sacerdotes sacrificadores y ministros de los Sacramentos, necesitan estar en gracia de Dios, sin intermitencias, siempre. Confidentes y directores de conciencias, no ven con exactitud, ni pronuncian juicios equitativos, si no tienen por asistente y consejera la divina Sabiduría¹. Predicadores y catequistas, su enseñanza, si no es bendecida de lo Alto, es infructuosa y estéril. Ya sabéis que san Pablo pedía a los colosenses el auxilio de sus oraciones, para que su palabra penetrara en los corazones². Conocida os es también la historia de un predicador renombrado que convertía a los hombres por milares. Pues bien, un día, fuéle revelado que ninguna de sus conversiones reconocía por autor su talento ni su elocuencia, sino que todas se debían a las oraciones de un pobre *Frute* que, sentado en las gradas de su púlpito, rezaba *Ave marías* mientras él predicaba por el éxito de sus sermones³.

En segundo lugar, hay que orar por los príncipes: *Secundo loco pro principibus nos precari oportet*. Bajo esta denominación, comprendemos todos los que, por cualquier título que sea, rey, emperador, presidente, magistrado, ejercen el poder, o una parte del poder. Tal fué siempre la práctica de la verdadera religión. Aun en los días de la cautividad, oraba el judío, y hacía orar, por un Nabucodonosor y un Baltasar: *ut sint dies eorum sicut dies coeli super terram*⁴. Nosotros tenemos algo mejor que la antigua sinagoga. El texto entero de san Pablo está presente a todas las inteligencias: *Observo igitur primum fieri observationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones pro omnibus hominibus, pro regibus et omnibus qui in sublimitate sunt, ut quietam*

1. ECCII., XXIII.
2. *Loc. jam cit.*
3. AP. FABER, *Todo por Jesús*, p. 11.
4. BARUCH, I, 11.

ORACIÓN - 14

*et tranquillam vitam habeamus, in omni pietate et castigate*¹: Os conjuro insistentemente que hagáis súplicas, oraciones, demandas, acciones de gracias por todos los hombres, particularmente por los reyes, y en general, por todos los que están elevados en dignidad, a fin de que, por mediación suya, tengamos una vida feliz y tranquila, en toda piedad y honestidad. La conducta respondía a la doctrina. Los cristianos oraban por los emperadores, aun cuando eran los más perseguidos por ellos. Testigo Tertuliano; citemos tan sólo el pasaje siguiente de su Apologética: Con los ojos elevados al cielo, las manos extendidas, porque de nada tenemos que avergonzarnos, sin monitor que nos enseñe las fórmulas, porque entre nosotros el corazón es el que ora, pedimos para los emperadores larga vida, un reinado tranquilo, seguridad en el palacio, valor en el ejército, fidelidad en el Senado, virtud en el pueblo, la paz en el mundo entero; finalmente, pedimos todo lo que César desea como hombre y como César: *quaecumque hominis et Caesaris vota sunt, oramus*. Pero se lo pedimos únicamente a Aquel a quien debemos pedirlo y único que puede concederlo: *Haec ab alio rogare non possum, quam a quo scio me consecutum, quoniam et ipse est qui solus praestat*². ¡Qué lástima que los Césares no entendiesen este lenguaje y los sentimientos que inspiraba! ¡Qué lástima sobre todo que no siempre lo entendieran los reyes cristianos! Si yo ¡pobre de mí! no tengo autoridad para dar esta lección, por lo menos no encontrarán mal que se la dé un gran rey, san Luis, el cual recomendaba a su primogénito, para cuando le sucediera, que tuviera en gran aprecio a los eclesiásticos, que son gentes de oración; y en cuanto a él mismo, si moría an-

1. I TIM., II, 1 y 2.
2. APOLOG., XXX.

tes, como así sucedió, que auxiliara a su alma con misas y oraciones por todo el reino de Francia.¹

En tercer lugar, hay que orar por los justos y por los pecadores. Por los justos: aunque parezca muy extraño, tienen gran necesidad de ello: *Egent enim et illi precibus aliorum*². ¿Han llegado a la cumbre de la perfección? ¿No tienen aún, por lo contrario, un camino muy largo que seguir, *grandis restat via*? El que es justo, acabe de justificarse; el que es santo, santifíquese siempre³. Tal es la ley. No está permitido, ni siquiera es posible, permanecer estacionario. No avanzar, es retroceder. Mas no es esta la única razón que debe movernos a orar por los justos; porque ya pueden dejar de subir, ya pueden caer repentinamente. El estado de gracia, llamémosle, como la Escritura, por su verdadero nombre, la justicia; la justicia no es inamisible. Es único tesoro que, si así lo queremos, y trabajamos en consecuencia, aumentará cada día, y cada hora del día; pero cada día también, y hasta el último soplo, podemos perderlo. Por eso, nos grita san Pablo: Los que estáis de pie, cuidado con caer: *Qui se existimat stare videat ne cadat*⁴. Cuando a la vuelta de una misión que les había confiado, dijeron los discípulos a Jesús: Señor, *aun los demonios nos estaban sujetos*, créanse justos, y es permitido creer que lo eran, en efecto, aunque las gracias *gratis datae*, esto es, la, que se reciben para utilidad de otros, no sean signos infalibles. Pero, ¡cuánto les daría que reflexionar la respuesta de Jesús, como nos lo da a nosotros: Veía que Satanás caía del cielo como una estrella desprendida del firmamento: *Videbam*

1. Testamento de san Luis a su hijo Felipe. ROHRBACHER, Libro 74.
2. Catech. Rom.
3. Apoc., XXII, 11.
4. I Cor., x 12.

Satanam sicut fulgur de caelo cadentem! También san Pedro podría considerarse justo, y, aunque Nuestro Señor lo calificase con una palabra durísima, ¿no lo era verdaderamente el día en que protestaba en los términos más enérgicos de su inviolable adhesión a la persona del Maestro? Ya sabéis lo que ocurrió. Algunas horas después caía en la más horrible de las apostasías, ante la palabra, poco temible por cierto, de una criada². ¡Oh debilidad! ¡oh extremo desfallecimiento, aun de los más fuertes! Hay que tener por verdadera y expresiva del estado, no de un alma, sino de todas las almas, la siguiente oración de san Agustín: ¡Oh Dios mío, gracias os doy, no sólo por los pecados que me habéis perdonado, sino también por los que no he cometido, porque, sin vuestra gracia, seguramente hubiera caído!...—Por los pecadores: si los justos son tan indigentes, y tienen, tanta necesidad de oraciones ajenas, ¡cuánto más los pecadores! A la verdad, son de varias especies. Según que pertenecen a una u otra, las oraciones ajenas aprovechan o no. A los pecadores accidentalmente pecadores, pecadores por debilidad, por atracción, por violencia de la tentación, o, cuando lo son por malicia, si esta malicia es pasajera, les aprovechan las oraciones. A los pecadores endurecidos, obstinados en el mal, impenitentes, y queriendo serlo, no les aprovechan. ¿Acaso no están ya condenados estos pecadores, no ciertamente por el hecho de Dios, sino por el suyo propio³? Aun cuando Moisés y Samuel se pre-

1. LUC, x, 17-18.
2. MARC, xiv.
3. Orantes tamen non pro omnibus peccatoribus exaudiantur, sed pro quibusdam. Exaudiuntur enim pro praedestinatis, non autem pro praescitis ad mortem. S. TH. 2. 2. q. lxxxiii, q. vii ad pra. — Et supra: Contingit enim quandoque, quod oratio pro alio facta, non impetrat, cetiamsi fiat pie, et perse-

sentaran ante mí para implorar mi misericordia, dice el Señor por boca del profeta Jeremías, mi corazón no se volverá hacia ese pueblo—el pueblo judío,—prevaricador e ingrato: *Si steterit Moyses et Samuel coram me, non est anima mea ad populum istum*; apártense de mí, y no vuelva a verlos: *Ejice illos a facie et egrediantur*¹...

¿Pero qué estoy haciendo? ¿Tengo autoridad para esta blecer esas diversas especies, como no sea en pura teología? ¿Quién es pecador obstinado, y quién no lo es? Mejor dicho, para hablar el lenguaje de san Juan: ¿quién es pecador *ad mortem*, y quien lo es *non mortem*? ¿Lo sabemos nosotros? En el momento mismo en que temblaba de rabia contra Cristo Jesús, y, para herir en la persona de sus discípulos, se hacía dar cartas de presentación para las autoridades de Damasco, Saulo estaba tan cerca de la conversión, que casi la tocaba³... Así, pues, oremos indistintamente por los pecadores⁴, sin que esto quiera decir, notémoslo bien, que no podamos, o bien, que no debamos, orar más particularmente por tal o cual de ellos: tú, madre, por Agustín; tú, esposa, por tu marido, nuevo Patricio; yo, pastor, por aquel de mis feligreses cuya conversión sería un gran bien. Sin extremar esta conclusión capaz, ello no obstante, de los más útiles desenvolvimientos, oremos por los pecadores. Nada tan meritorio, qui-

veranter et de pertinentibus ad salutem, propter impedimentum quod est ex parte ejus pro quo oratur. *Ibid.* ad 2.

1. JEREM., xv, 1.
2. Qui scit fratrem suum peccare peccatum non ad mortem, petat... Est peccatum ad mortem; non pro illo dico ut roget quis. I. JOANN., cap. V.
3. ACT., ix.
4. Sed quia non possumus praedestinatos distinguere a reprobis, nulli est denegandum orationis suffragium. S. THOM. 2. 2. q. lxxxiii, ad 3.

zás nada que Dios pida tanto. Refiere un buen autor que en una visión con la cual fué favorecida santa Catalina de Sena, díjole Jesús: Te recomiendo vivamente que ruegues con perseverancia por la salvación de los pecadores, en nombre de los cuales te salvago que me hagas violencia con tus súplicas y tus lágrimas para que yo pueda satisfacer el deseo ardiente que me consume de concederles gracias!

Finalmente, en cuarto lugar, hay que orar por los enemigos, por los infieles, por los muertos, por los moribundos.—Por los enemigos: las palabras de Jesucristo son precisas, y aun imperativas: Orad por los que os persiguen y calumnian: *Jussit Dominus precari pro persequentibus et calumniantibus nos*². La razón es sencilla. La oración, por otro, es una de las formas de la caridad, y esta, siendo universal en sus aplicaciones, síguese que, como no podemos excluir a nadie de nuestras oraciones. Añadamos también que, a falta de ley, nuestro interés bien entendido bastaría para impulsarnos a ello. En efecto, tal es la sagaz observación de san Juan Crisóstomo, esto es, que orar por los enemigos, es convertirlos, sin que lo sepan, en bienhechores nuestros, porque, orando así, al solo impulso de la caridad, realizamos manifestamente una obra muy agradable a los ojos de Dios³.—Por los infieles, y, dando a esta palabra la mayor extensión posible, por todos los que están fuera de la verdadera religión. Desde su origen, lo hacía así la Iglesia; al mismo tiempo que alzaba sus tiendas y enarbolaba su pabellón⁴, a fin de co-

1. FABER.
2. *Catech. Rom.*
3. *De David y Saul.*
4. *Isa., LVI, 2.*

bijar en ellas la multitud de las naciones, oraba para que así lo hiciesen; nos lo dice san Agustín: *Illud etiam Augustini testimonio celebratum est, hanc esse acceptam consuetudinem ab Apostolis, pro iis qui ab Ecclesia sunt alieni preces et vota faciendi*¹. Todavía lo había, a cada año, el Viernes Santo, ora con la solemnidad que sabéis por los cismáticos, los herejes, los pérfidos judíos, los paganos mismos, y con ello muestra suficientemente que, entre tantas otras que usurpan su nombre, y no son más que madrastras, sólo ella es la verdadera madre. También lo hacéis vosotros, piadosos asociados de la Propagación de la Fe. Pero ¿lo hacéis en realidad? Por las estadísticas veo que dais la limosna cada semana, pero ¿dais también la de la oración? ¡Es tan fácil! ¡Es sobre todo tan necesaria! Toda cosa destinada a producir un efecto, sólo en su orden lo produce. La limosna semanal proporciona al misionero el viático, y pone en su mano los instrumentos de evangelización; pero ¿quién hará germinar al misionero mismo? ¿quién lo sacará de la tierra? ¿quién le infundirá el amor de su hermano salvaje, de su hermano idólatra? La oración, la oración de la Iglesia y de los fieles.—Por los muertos y los moribundos. Por los muertos, ya lo he dicho en otra parte². Pero ¿lo he dicho también por los moribundos? Si lo he dicho, me complazco en repetirlo. ¡Ah, el terrible combate, el último combate, la agonía! Aun para los más justos, el resultado es dudoso. Podemos y debemos pedir la victoria final; podemos y debemos esperarla; pero prometérmola, pero merecerla y exigirla como cosa debida, nadie puede ni debe hacerla. Es un don, un puro don, y si a este primer aspecto de la

1. *Catech. Rom.*
2. En los sermones sobre el Símbolo y sobre los Sacramentos

situación, añadimos estas otras cosas: un cuerpo acabado por la enfermedad; un alma que conserva apenas el imperio de sí misma; los juicios de Dios, ahora muy próximos y muy propios para causar mortal terror; finalmente, y no menos que todo lo demás, las empresas y artificios del demonio, tan temible en todo tiempo, pero en aquella hora más temible que nunca... ¡Ah, el terrible combate, el último combate, la agonía! ¡Ah, cuán numerosos son cada día, en toda la superficie del globo, esos agonizantes, esos combatientes de la última hora! ¡Ochenta mil! ¡Ah, cristianos, ved todo mi pensamiento. Quizás lo expresaréis mejor que yo. Orad por ellos en general, o por este o el otro de ellos, por ejemplo, por el que tiene más necesidad. Sea quien sea ese hombre moribundo, sostiene una lucha suprema, sea o no pariente o amigo vuestro, viva cerca de vosotros o a mil leguas de distancia, en uno u otro continente, en una isla perdida del Nuevo Mundo, quizás de vosotros dependa decidir la victoria; quizás la suerte de ese hombre está en vuestras manos, depende de vuestras oraciones. El divino Redentor, Jesús, quiere que seáis vosotros, y no él, si es permitido hablar así, quienes lo salvéis; vosotros estáis llamados a llenar la medida de las gracias que exige su salvación; a vosotros corresponde poner en su frente la corona que hayáis hecho por él, lo ignoraréis siempre, por lo menos hasta que os presentéis al Tribunal de Dios; entonces lo sabréis, y entonces sabréis que lo que hicisteis por ese hermano, otro hermano lo hizo por vosotros. Pero terminemos.

¡Oh Dios mío, dadnos cada vez más la inteligencia práctica de esta verdad: Hay que orar por el prójimo

en general, por tal o cual prójimo en particular, según los tiempos y las circunstancias!

Pero como jamás apreciarnos tanto las cosas como cuando tenemos interés en apreciarlas bien, dadnos a entender que, trabajando así, por medio de la oración, en la salvación de otros, aseguramos la nuestra propia; porque estas palabras son de aplicación universal. Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

LA ORACION

SERMON VIGESIMO TERCERO

¿Cuándo debemos orar?

Haced en todo tiempo, con espíritu y fervor, continuas oraciones y plegarias (Efesios, VI, 18)

Vult (Deus) nos quotidie rite petendo petere fidentius; vult impetratis iis quas postulamus, in dies magis testificari suam in nos ipsos benignitatem.

Catech. Rom.

Todas las cuestiones precedentes, cuestiones de personas, quedan ya resueltas: ¿Quién debe orar? ¿a quién debemos orar? ¿a quién podemos orar? ¿por quién hay Cuestión de tiempo: ¿cuándo debemos orar? Cuestión de lugar: ¿en dónde debemos orar? Cuestión de modo: ¿cómo debemos orar? Cuestión de fórmulas: ¿cuáles son las mejores oraciones y las más usadas? Vamos a tratar hoy de la primera: ¿Cuándo debemos orar? Dios nos ayude con su gracia.

Si queremos hacer un esfuerzo de memoria, y recordar estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *Hay que orar siempre*¹,... sin caer en el error de los euquistas que las entendían al pie de la letra, lo menos

1. Luc., XVIII, 1.

que podemos deducir de ellas es que hay que orar a menudo, esto es, como lo especifican la mayor parte de los catecismos, por la mañana y por la noche, antes y después de las comidas, los domingos y días de fiesta, en las tentaciones y aficciones.

Por la mañana y por la noche. Superfluos serían los largos razonamientos. Siendo Dios lo que es, nuestro Señor y Dueño, y siendo nosotros lo que somos, súbditos y servidores, ¿hay nada más justo que ofrecerte nuestros homenajes, no a raros intervalos, como si fuera un deber costoso, sino cada día, y varias veces al día? ¿Pecamos, si no lo hacemos? Y si es pecado, ¿qué clase de pecado es? ¿Es simplemente venial? ¿Podría ser mortal? Cuestiones difíciles, que ni los teólogos, ni a ejemplo de ellos, los predicadores, han resuelto por unanimidad por lo menos¹. Tampoco las resolveremos nosotros, sino que nos limitaremos a esta reflexión muy juiciosa de un autor autorísimo en la materia, esto es, que no podría considerarse como buen cristiano, si no ora cada día, por lo menos dos veces, por la mañana, después de levantarse, y por en la noche, al acostarse, como, en efecto, es justo hacerlo, para que no pueda decirse que se tiene más cuidado del cuerpo que del alma, de alimentar el cuerpo que de reconfortar el alma: *Nemo Christiani nomine dignus est, nisi solem bis in die, maxime cum surgit, et vespere antequam cubitum eat, ut tantumdem in die reficienda animae tributum, quantum corpori nutriendo impenditur*². A los cristianos, si los hay de esta especie, que rara vez oran, por consiguiente, pequeños cristianos, cristianos teñidos de cristianismo casi bo-trado, ¡cuán digno de preferencia es, por ejemplo, el

1. Véase Gousset, t. I, n. 410. Gury, t. I, n. 261.

2. Card. BONA. ap. SCHRAM, t. I, p. 64.

santo rey David, que desde que despuntaba el día, tenía su alma puesta en el Señor¹; y también los fieles de la primitiva Iglesia, a los que un testigo sospechoso, pues era pagano, llamaba hombres de antes de salir el sol, *antelucanos*, porque, en efecto, se reunían, a la primera alba, para orar en común²; y del mismo modo, finalmente, tantos santos, un san Antonio, que se quejaba de que la aurora viniera a interrumpir sus coloquios con Dios; un santo Domingo, que consagraba, a la manera del Salvador, el día a la salvación de las almas, y las noches a oraciones repletas de fervor; un san Francisco de Asís, que también pasaba noches enteras en oración, y llamaba a los frailes *cigarras nocturnas*, por oposición a las cigarras, propiamente dichas, que cantan durante el día.

Antes y después de las comidas. Práctica es esta de todas las épocas. Cuando te hayas saciado, dice el Deuteronomio, da gracias al Señor tu Dios³. En el Evangelio, Nuestro Señor bendijo antes de multiplicarlos⁴, los cinco panes con los cuales alimentó a la multitud. En los Hechos, vemos que san Pablo, durante un viaje que hizo por mar, bendijo la comida de los marineros en presencia de todo el pasaje⁵. Una de las más hermosas páginas de Tertuliano es precisamente aquella en la cual pinta los ágapes tales como se practicaban todavía entre los cristianos: En ellos no hay bajeza ni inmodestia; nadie se pone a la mesa sin haber hecho la oración; se conversa sabiendo bien que Dios escucha; se come moderadamente, como teniendo que orar durante la próxima noche. La comida

1. Deus meus, ad te de luce vigilo. Psal. lxxii, 2.
2. Carta de Plinio a Trajano.
3. Deuter., vi.
4. Joann., vi.
5. Act., xxvii.

termina con la oración, y una vez terminada, se canta un himno al Señor. Para decirlo todo en una palabra, se sale de allí como de una escuela más que de un festín¹. Felices tiempos en que las costumbres eran tan morigeradas! El nuestro ya ha cambiado. Sin hacer otras consideraciones que las que supone el asunto, diremos que, exceptuadas las Comunidades religiosas y algunas raras familias fieles a las santas tradiciones de lo pasado, ¿quién reza ya antes y después de las comidas? ¿Quién, aun entre los menos accesibles al respeto humano, hace el signo de la cruz? Convento en que no hay obligación de hacerlo, pero ¿hasta cuándo nos limitaremos a no cumplir más que las cosas obligatorias? ¿No debería suplir aquí la gratitud al precepto? ¿Quién nos proporciona el alimento? ¿Quién pone a nuestros pies para imitar el lenguaje del Salmista, las ovejas, los bueyes, las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar? ¿Por qué no añadir con él, ya que esto sería la acción de gracias: ¡Oh Señor, Dios Nuestro, cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra: *Domine, Dominus noster, quam admirabile nomen tuum in universa terra*²?

El domingo, y, por extensión, cada día de fiesta. ¿Habrá que insistir mucho? Hemos dado sobre el domingo una serie de instrucciones que quizás no habéis olvidado³. El domingo es el día bendito, es decir, según el sentido propio de la palabra, el día separado de la masa, puesto aparte, reservado. En efecto, desde que el domingo sustituyó legítimamente al antiguo sábado, tiene el carácter de éste y todas sus prerrogativas. El domingo es el día de descanso, no de un descanso cual-

1. Citado por L. de GRANADA.
2. Psal. viii, 8 y sigs.
3. Sermones sobre el tercer mandamiento.

quiera, menos todavía de un descanso *ad luxuriam et ebrietatem*, como dice san Agustín, sino un descanso santo y santificado; en otros términos, el día en que, retirados los instrumentos de trabajo y descartada, toda preocupación terrenal, hay que entrar en comunión con el Padre celestial, exponerle nuestras necesidades, pedirle sus gracias, rogarle más largo tiempo y mejor, asistir sobre todo al santo Sacrificio de la Misa, que es, menos una oración, que la oración misma, la oración por excelencia, que entraña la adoración, la alabanza, la acción de gracias, la petición, la ofrenda, todas las formas de la oración. Finalmente, el domingo es, no tanto el día de la oración individual—para hacer la oración individual, todos los días son buenos—cuanto el día de la oración pública, colectiva, por que el hombre no sólo es individuo, sino que forma parte de la familia, de la sociedad; es también un ser colectivo. Por eso, ¡oh hombre, oh cristiano!, si la Iglesia como buena madre que es, madre respetuosa de la libertad de sus hijos, no te impone sobre este un precepto formal, sus deseos, sus invitaciones, sus exhortaciones te son conocidos: entra en la gran Asamblea, *in ecclesia magna*, mézclate en la sociedad de tus hermanos, asiste a la misa parroquial, vuelve al oficio de la tarde, ora y canta como todo el mundo y con todo el mundo. Pero no invadamos el terreno de la próxima instrucción.

En las tentaciones. Lo dijo el santo hombre Job, hace ya cerca de cuarenta siglos, y millares de bocas lo han repetido después; es una verdad incontestable que la vida del hombre es un combate, una lucha incesante, un servicio de guerra: *Militia vita hominis super terram*¹. ¿Siempre fué así? No; al principio el hombre te-

1. Job, VII, 1.

nía la completa posesión de sí mismo. Su razón se sometía a Dios sin esfuerzo, dirigía la parte inferior del alma y era obedecido. Esto es lo que llamamos el estado íntegro de naturaleza. Pero vino el pecado, y rompió estos lazos de dependencia. ¡Cuántos deseos inmoderados! ¡cuántas ambiciones desordenadas! ¡cuántos apetitos desbocados! ¡cuántas incitaciones al mal! ¿Quién someterá a todo ese pueblo rebelado? ¿Quién lo hará entrar en razón? ¿El hombre por sí mismo? Algunos filósofos lo han creído o fingido creerlo, y así dijeron, no sin cierta arrogancia: ¿Quién pensó jamás en atribuir a los dioses las acciones virtuosas de los hombres, y darles gracias por ello: *Quis unquam, quod bonus vir esset, diis gratias egit*? También lo creyeron algunos poetas, o fingieron creerlo; escuchemos uno de ellos, y no el menor. Concédame Dios únicamente la vida y las riquezas; en cuanto a la honestidad del alma, es asunto mío: *Det vitam (Deus), det opes; aequum mi animum ipse petabo*². Los pelagianos creíanlo igualmente, o fingían creerlo. ¿Lo habían tomado de los estoicos, o de ellos mismos? Sea de ello lo que se quiera, la Iglesia los condenó, como condenó y condena a todos los que, antiguos o modernos, marcharon por esta vía. Esto es pura justicia. El hombre no vive ya en el estado primitivo; su caída lo ha debilitado. Si cuenta todavía con cierta fuerza para observar algunos puntos de la ley, evitar ciertos pecados, resistir algunas tentaciones, tiene muy poca para observar toda la ley, evitar todos los pecados, resistir todas las tentaciones. Cayó David, cayó Salomón, cayó san Pedro, cayeron otros en número incontable. ¿No hemos caído también nosotros casi todos? ¿No caeríamos si Dios no nos sos-

1. *Maxima de los estoicos*. Ap. Cicer.
2. Horacio.

tuviere? De aquí se deduce la necesidad de la gracia. Y supuesta la necesidad de la gracia, se impone la siguiente conclusión, cuya razón ya hemos dado¹: es preciso orar. Léase el capítulo sexto del libro de Tobías. El joven Tobías, guiado por el ángel Rafael, estaba sentado a la orilla de un río, cuando de repente vio salir de las aguas un monstruo horrible, que se le echaba encima para devorarlo. Al punto gritó: ¡Señor, que me embestido; *Domine, invadit me*²... No que ya le hubiera embestido, sino que iba a hacerlo... He aquí mi asunto. Para nosotros, el monstruo que sale de las profundidades de Satanás o de los bajos fondos de la naturaleza viciada, es la tentación, la tentación fuerte, o el orgullo, o la cólera, o la impureza, o la sensualidad; y el grito, la petición de socorro, es la oración del alma cristiana en lucha con un enemigo poderoso.

En las aflicciones. Nada se parece tanto a estas palabras de Job: La vida del hombre en la tierra es un combate, como estas otras del patriarca Jacob, cuando, interrogado sobre su edad por Faraón, respondió: Mis días han sido poco numerosos, y no buenos: *Dies parvi et mali*³. Es la historia en compendio de toda vida humana. No la detallaremos; pero ¿qué hacer en medio de tantas pruebas como la existencia, ya tan corta, está llena? No decimos que no haya que hacer otra cosa que orar; nada tan permitido como hacer frente a los golpes de la fortuna; la fría insensibilidad del fatalista, es reprochable; hay que obrar; orar y obrar: *Tristatur aliquis vestrum, oret*⁴. Si alguno de vosotros está triste, ore. La Iglesia tiene oraciones expresas para

1. Sermón décimo.
2. Tob. vi, 3.
3. Gen. xlvii, 9.
4. Jac. v, 13.

el tiempo de la tribulación¹. El profeta Jeremías se dirige al Señor y le pide que considere su aflicción². Y el Salterio, ¿qué es sino un prolongado grito de angustia, no menos que de adoración y alabanza? ¡Cuán confortadora es esta doctrina, y cuán dignos de imitación estos ejemplos! Orad, pues, almas afligidas, acertaos a Dios, postraos a sus pies, arrojados a su seno. ¿A qué esas murmuraciones, quizás esas recriminaciones, por lo menos esas desconfanzas? Oigo que dice el divino Salmista: Oré, y el Dios de toda justicia me escuchó, y en lo más fuerte de mi tribulación, dilató mi corazón³. ¿Tan cerrado está el vuestro que ningún átomo de consuelo puede entrar en él? ¿Hay en ese corazón alguna herida tan profunda, tan dolorosa, tan envenenada, que no pueda suavizarla, y aun curarla, la divina unción? No, Señor, no. Vos tenéis mil medios para difundir esa divina unción. Desconocemos esos medios, pero basta con que vos los conozcáis. Vuestro espíritu sopla donde quiere, cuando quiere y del modo que quiere. No sabemos a dónde va, ni cómo va, cuando se ha tenido cuidado de llamarlo, y lleva la abundancia de la paz. ¡Ah, cuán bueno es ese Espíritu del Señor! ¡Cuán bueno es, no solamente, como decía el Profeta, para los que temen al Señor, sino también y sobre todo para los que esperan en él, para los que le aman y le invocan!

¿Nos detendremos aquí? Habiendo dicho cuanto nos propusimos decir, esto es, que hay que orar por la mañana y por la noche, antes y después de comer, los domingos y días de fiesta, en las tentaciones y en las aflicciones, podríamos hacerlo. Pero ¡cuántos circuns-

1. Inter orationes diversas.
2. TREN., I.
3. Primer salmo de Completas.

tancias en la vida, graves, aunque raras, o por lo menos más intermitentes, quedarían en la sombra! Añadamos, pues, que en tiempo de guerra, hay que orar; que en tiempo de epidemia, hay que orar; que en un grave peligro, hay que orar, que en el mayor peligro, que es la muerte, hay que orar; si habéis pecado gravemente, teniendo a Dios irritado, y vosotros en estado de condenación, hay que orar; si tenéis que recibir un sacramento, como la medida de las gracias que los sacramentos confieren, en proporción a las disposiciones que uno tiene, hay que orar; si elegís un estudio, o emprendéis algún negocio importante, aun cuando sólo se trate de vuestros intereses temporales, hay que orar. Esta última consideración no debe echarse en olvido. ¡Cuántos de nuestros proyectos, aun los mejor concebidos, abortan, o no responden a todas las esperanzas que en ellas fundábamos, porque, habiendo prescindido de Dios, como si no se cuidase de las cosas humanas, sólo confiamos en nuestra prudencia y en nuestro saber!

¡Oh Dios mío! ahora que conocemos el deber de la oración, no sólo en cuanto al principio que lo establece, sino en cuanto a la aplicación de este principio, por lo menos en lo referente al tiempo y a las circunstancias del tiempo, haced que no faltemos a él, y que cada día, por la mañana y por la noche, antes y después de comer, cada domingo y cada fiesta, en los oficios públicos, si es posible, en las tentaciones, en las aflicciones, o en cualquier otro momento decisivo para nuestros intereses espirituales, o también para nuestros intereses temporales, nos dirijamos a vos, ¡oh Padre clementísimo! de quien procede toda bendición, y el auxilio en tiempo oportuno.

LA ORACION

SERMON VIGESIMOCUARTO

¿En dónde hay que orar?

Escrito está: mi casa será llamada casa de oración.
(MATT., XXI, 13)

*Deus, qui nobis per singulos annos
huius sancti templi tui consecrationis
reparas diem... exaudi preces populi
tui et praesta: ut quisquis hoc templum
beneficia petiurus ingreditur, cuncta
se impetrasse lactetur.*
In anniv. dedic. eccl.

En la instrucción precedente, hemos respondido a esta pregunta, que era la primera entre las cuestiones referentes a las cosas: ¿Cuándo hay que orar? La segunda, del mismo orden, es la siguiente: ¿En donde hay que orar? Ciertamente, no carece de interés, ni de utilidad tampoco. Dios nos ayude con su gracia.

¿En donde hay que orar?

Si esta pregunta no fuera más que la equivalente de esta otra: ¿En donde podemos orar?, ya estaría contestada. Porque ya lo hemos dicho¹. Se puede orar en todas partes, en todo lugar, como lo cuenta David en el Salmo CII: *In omni loco dominationis ejus, benedic anima mea Domino*². En todo lugar, escribe san Pablo

1. Sermón 6.º
2. Psal. cii, 22.

a su querido discípulo Timoteo, para que éste lo repita a sus fieles de Efeso: *Volo ergo viros orare in omni loco, levantes puras manus*¹; en todo lugar; los ejemplos abundan más que los textos: Ezequiel ora en su lecho de dolor, Job en su estercolero, Daniel en la cueva de los leones, Jonás en el vientre de la ballena, Jeremías hundido en un cenegal, el Buen Ladrón en la cruz, san Pablo en la prisión, con grillos en los pies; finalmente, en todo lugar, como lo demuestra la razón misma, sin esfuerzo de investigación o argumentación. ¿No está Dios en todas partes? ¿No estamos en él como el pez en medio del agua? San Buenaventura dice de los ángeles que, a cualquier lugar que sean enviados, corren siempre en Dios. *Angeli quocumque militant, intra Deum currunt*. Verdad es que no tenemos la agilidad de los ángeles, pero, cambiando muy poco de la frase, casi puede aplicarse a nosotros el pensamiento del santo Doctor: En cualquier lugar que estemos, nos encontramos siempre en Dios: *ubique sumus, intra Deum sumus*.

Pero las dos cuestiones no son idénticas. Esta: ¿En donde hay que orar?, dice más que esta otra: ¿En dónde se puede orar?, ya que va más lejos, tiene un sentido más claro, sobre todo más preceptivo, cual es el siguiente: Aun cuando podemos orar en todas partes, ¿no hay lugar asignado a la oración, un lugar más particularmente llamado de oración, y, precisando aún más, un lugar en donde no sólo se pueda, sino que se deba orar? Sí, este lugar, o mejor, estos lugares existen; son las iglesias; las iglesias, casas especiales, aunque hechas por la mano del hombre como las otras casas; casas que, aunque sean pobres, y las hay que apenas difieren del establo de Belén, carecen, no obstan-

1. 1 Tim., II, 8.

te su desnudez, de la vulgaridad de las otras casas; finalmente, casas que se llevan en nombre que no se atrevería a tomar ninguna otra casa: casas de oración, *domus orationis*. ¿Pero de dónde sacan este nombre? Y como aquí la cosa responde al nombre, ¿de dónde les viene a las iglesias ser casas de oración, lugares determinados de oración? Vamos a decirlo, siguiendo paso a paso, no al Catecismo Romano, que nada dice sobre esto, sino al Doctor angélico, santo Tomás.

En primer lugar, las iglesias son casas de oración, lugares determinados de oración, en virtud de su bendición, y mejor aún, de su consagración: *Primo quidem propter loci consecrationem, ex qua specialem devotionem concipiunt orantes ut magis exultantur*¹. Si son simplemente bendecidas, sobre ellas se ha pronunciado la oración litúrgica siguiente por el obispo, o por su delegado, pues la bendición de una iglesia es una bendición reservada: *Deus qui loca nomini tuo dicanda sanctificas, effunde super hanc orationis domum gratiam tuam: ut ab omnibus hic Nomen tuum invocantibus auxilium tuae misericordiae sentiantur*². ¡Oh Dios, que santificais los lugares dedicados a vuestro nombre, derramad vuestra gracia sobre esta morada, a fin de que todos cuantos os invoque, reciban y expentinamente el auxilio de vuestra misericordia. Si están consagradas, lo que es un grado notablemente superior a la simple bendición, ¡cuántas ceremonias se han llevado al cabo a este efecto! ¡cuántos exorcismos, aspersiones y abluciones! ¡cuántas incensaciones! ¡cuántas unciones en el altar, las paredes y aun en la puerta de entrada! finalmente, cuantas oraciones, por ejemplo, y entre otras muchas, la siguiente: *Descendat*

1. S. THOM., 2. 2. q. lxxxiv, art. 3 ad 2.
2. *Ritual Romano*.

*in hanc ecclesiam tuam Spiritus tuus septiformis gratiae ubertate redundans: ut quotiescumque in hac domo tua sanctum nomen tuum fuerit invocatum, eorum qui te invocaverint a te pio Domino preces exaudiantur*¹. ¡Oh clementísimo Señor, descienda vuestro espíritu sobre esta casa con toda la abundancia de sus gracias, a fin de que cada vez que sea en ella invocado vuestro santo nombre, todos cuantos lo hayan invocado vean bien acogidas sus plegarias. ¡Ahora bien, todas estas bendiciones y consagraciones, ¿pueden quedar sin efecto? ¿No obran, por lo contrario, lo que expresan, casi a la manera de los Sacramentos? ¿No es preciso que el lugar que las ha recibido, en adelante santificado, esmente un lugar de oración, con mejor título aún que, bajo la antigua ley, el Templo de Salomón, que también fué dedicado al Señor con ritos ceremoniales santos y santificantes, pero de dignidad inferior, aunque del mismo orden?²

En segundo lugar, las iglesias son casas de oración, lugares determinados de oración, en virtud de las cosas sagradas que en ellas existen o en ellas se verifican, y de los signos de santidad que en ellas vemos: *Secundo, propter sacra mysteria, et alia sanctitatis signa quae ibi continentur*³. ¿Quién podría enumerar las cosas sagradas que existen o se hacen en las iglesias? La predicación, la palabra sacerdotal, que por más que pase por una boca humana, aun cuando sea la menos elocuente y más pobre del mundo, es siempre la palabra de Dios, del mismo modo que una agua de buena fuente es siempre agua de buena fuente, cualquiera

1. Ceremonial de la consagración de una iglesia.
2. III. REG., VIII.
3. S. THOM. *Ibid.*

que sea el canal, de madera o de tierra, que la transmita; la predicación, repetimos, sermón o catecismo, es cosa sagrada: *mysterium sacrum*. Los Sacramentos, agentes activos y misteriosos de un trabajo sobrenatural, uno que hace al cristiano; otro que lo perfecciona una vez hecho; éste, el más augusto de todos, que lo alimenta con alimento substancial, divino; aquél que cura su alma, cuando está llagada, por llagas que tenga, y así de todos los demás, produciendo cada uno su efecto; los Sacramentos, repetimos, son cosas sagradas; *mysteria sacra*. Hay otras cosas todavía, cosas que no confieren la santidad como los Sacramentos, pero que, en uno u otro grado, la significan, *signum sanctitatis*. El altar es un signo de santidad, *signum sanctitatis*; significa y representa a Jesucristo, la verdadera piedra, *petra autem erat Christus*, de donde parten y se derraman por el pueblo cristiano torrentes de gracias, como para el antiguo pueblo brotaba de una peña del desierto una fuente abundante de agua viva¹. La cruz, y la veis por todas partes, es un signo de santidad, *signum sanctitatis*; significa, y nos pone ante la vista, a cada paso que damos aquí, nuestra redención por Jesucristo, por Jesucristo que, siendo Hijo del Padre, igual al Padre, Dios como el Padre, tomó del hombre todo el hombre, excepto el pecado, para rescatar el hombre del pecado². Signos de santidad son las asperciones, las genuflexiones, las prostraciones las bendiciones, las incensaciones, todos los ritos ceremoniales, que no es lícito omitir, ni siquiera alterar. Signos de santidad son los salmos, los himnos, las secuencias, las antifonas y responsos, toda la lengua litúrgica, la más hermosa lengua el mundo. Signos de santidad son el agua

1. I. Cor., x, 4.
2. PHILIP., II, 7.

bendita, el pan bendito, el cirio bendito, los cuales sacan de las oraciones que los han hecho lo que son, cierta virtud santificadora. Signos de santidad son, y predicando santos y de la Reina de los santos, esculturas en madera, fundidas en bronce, pintadas sobre vidrio o sobre tela. ¿Podría olvidar la lamparita del santuario, que jamás debe apagarse, aun durante el menor espacio de tiempo? También ella, la pequeña lámpara del santuario, es un signo de santidad; ella dice, en su mudo lenguaje, que en ese tabernáculo, ante el cual está colocada, como un centinela, hay alguien que lo habita, alguien que está tan vivo, mil veces más vivo que vosotros y yo, alguien que exista antes que nosotros, que existirá después que nosotros: es el único habitante de la ciudad o de la aldea que no muere... He ahí las iglesias, en parte, por lo menos, porque es imposible decirlo todo. Tales son los sagrados misterios que en ellas se realizan, y los signos de santidad que en ellas vemos. Y, para sacar las conclusiones de estas premisas, por imperfectas que sean, he ahí lo que las hace ser casas de oración, lugares determinados de oración. Ya lo hemos dicho cien veces: ¿quién, pues, lo ignora, quién puede ignorar que la oración es una elevación del alma a Dios? Pero ¿quién no sabe también que el alma no se eleva jamás a Dios de un pleno vuelo, y que si esto ocurre, es un hecho excepcional, de un gran hábito de las cosas espirituales? En cuanto a las otras, y son la casi totalidad, no ocurre lo mismo. Necesitan signos, símbolos, ceremonias, fiestas religiosas, cantos, y, finalmente, un conjunto de cosas sensibles por medio de las cuales, como por otros tantos escalones, puedan remontarse a Dios. Así, nuestro

admirable Doctor, santo Tomás, dice con gran exactitud, en este mismo magistral artículo, que todas estas cosas no son para Dios, pues no tiene necesidad de nada, sino para nosotros, que somos muy terrenales, y no podemos prescindir de ellas: *Determinatus locus eligitur, non propter Deum qui adoratur, sed propter ipsos adorantes*¹.

Finalmente, y en tercer lugar, las iglesias son casas de oración, lugares determinados de oración, en virtud del carácter que debe tener la oración, en ciertos días y en ciertas épocas, carácter no expresado positivamente por santo Tomás, pero que fácilmente lo deja adivinar: *Tertio, propter concursum multorum adorantium, ex quo fit adoratio magis exardibilis*². ¿Cuál es ese carácter? Aunque ya lo hemos dicho, conviene recordarlo: la oración puramente interior no basta; si no es exterior, no, a la verdad, siempre, pero a intervalos por lo menos, no tarda en debilitarse; no somos puros espíritus para que la contemplación sea nuestro estado habitual. Tampoco basta con que la oración exterior sea privada, solitaria, contenida en el secreto, *in abscondito*, sino que debe hacerse a cielo abierto, *in aperto*, y el pueblo debe tomar parte en ella, en cuanto pueblo, porque Dios no es menos el Dios del todo que el de cada parte de este todo; en otros términos, del ser humano tomado colectivamente, que del ser humano tomado aisladamente. La conclusión se impone. Desde que la oración debe ser pública, preciso es que haya casas de oración pública. Desde que la oración debe ser hecha por el pueblo, por todo el pueblo, preciso es que la casa de oración del pueblo sea bastante grande, bastante espaciosa para contener al

1. S. THOM. *Ibid.*

2. *Ibid.*

pueblo, a todo el pueblo. El corazón basta para la oración interior. Para la oración exterior, individual, el *cubiculum* del Evangelio, la habitación privada, basta. Pero para la oración pública, y debe serlo; debe serlo, no sólo de derecho natural, como acabamos de decir, sino también de derecho divino positivo, como lo hemos dicho extensamente en otra serie de instrucciones; para la oración pública, pues, no basta la casa particular ni el oratorio doméstico. Para la oración del pueblo es preciso el templo de vastas proporciones, la basílica de múltiples naves, la gran iglesia: *Ecclēsia magna*... Todas estas explicaciones, tan propias para interesados, como para instructivos, están contenidas, por lo mismo complazco en citar de nuevo: *Determinatus locus eligitur ad adorandum, propter concursum multorum adorantium*: Son necesarios lugares determinados de oración para recibir la multitud de los orantes. ¿Añadiré que, por medio de este gran concurso de orantes, se obtiene con más seguridad lo que se pide: *ex quo fit oratio magis exaudibilis*; es decir, que al mérito del deber cumplido, se agrega la esperanza fundada de una suma de gracias más grande? Si dos o tres se hallan reunidas en mi nombre, dice Jesucristo, yo estaré con ellos¹. Y si se hallan cien, o mil, ¿qué ocurrirá? En esto, como en todo lo demás, la unión hace la fuerza. Cuando los ninivitas, desde el primero al último, desde el rey en su trono, al más humilde de sus súbditos, se pusieron a orar, a implorar la divina misericordia, Dios se dejó ablandar². Lo mismo ocurre siempre que oremos en estas condiciones. Dios quiere que se le haga violencia: *Haec vis Deo grata est*... Pero

1. MATH., XVIII, 20.
2. JOAN., III.

este nuevo derrotero nos llevaría demasiado lejos, por lo que es preciso acabar.

Nada hay nuevo bajo el sol. En tiempo de san Juan Crisóstomo, se decía ya lo que muchos otros han dicho después, y lo que quizás habréis dicho vosotros mismos: ¿No puedo orar yo en mi casa: *Amon orare domussum?* No nos contradigamos. Ya lo hemos repetido muchas veces: podemos orar en todas partes, en todo lugar, *in omni loco*. Pero la observación siguiente, que es de Nuestro Señor Jesucristo, relativa a otro asunto, lo reconozco, ¿no encuentra también su aplicación aquí, esto es, que hay que hacer tal cosa, y no omitir tal otra: *Haec oportuit facere et illa non omittere*¹? ¿Y no tendría una explicación más legítima aún, si de las dos cosas, la una simplemente recomendada, esto es, hasta cierto punto facultativa, y la otra ordenada en absoluto, se dejase la cosa simplemente recomendada, por la cosa absolutamente ordenada? Este es el caso. Si el domingo oráis en vuestra casa, o recorriendo vuestros campos, vuestras praderas, vuestros viñedos, admirable; hacéis una acción laudable, y por ella os alabo. Pero si el domingo, o el día de fiesta, descuidáis la oración pública, la oración en unión con vuestros hermanos, en la casa de nuestro común Padre, ¿no tengo el derecho y la obligación de censuraros? *Haec esto, y no omitáis lo otro*: son palabras del Maestro.

3. MATH., XXIII, 23.

Para ser exactos, y decir cosas útiles, empecemos por distinguir entre la oración pública y la oración privada, particular, individual.

Si se trata de la oración pública... Mas parece indispensable recordar aquí sumariamente lo que ha constituido el objeto, en parte por lo menos, de una de nuestras precedentes instrucciones. La oración pública no consiste en tal número de orantes, aunque sea muy crecido. Una cosa es la oración en común, y otra la oración pública. La oración en común es la que hacen varias personas reunidas a este efecto, sabiendo bien lo que ciertamente es verdad, que la oración de varios vale más que la oración de uno solo. Tal es, por ejemplo, la oración que hacen todos los miembros de una misma familia, de una misma comunidad, en virtud de un acuerdo amistoso, o de una regla común. La oración pública es la oración que la Iglesia misma hace en ciertos días invariablemente fijos, en ciertas horas igualmente determinadas, no por tales o cuales, sin mandato, sino por los que la Iglesia ha investido de este ministerio, únicos que tienen autoridad para orar en nombre del pueblo cristiano. Por ejemplo, las misas de los domingos y días de fiesta son oraciones públicas; las vísperas, aunque no tengan el mismo carácter obligatorio, son oraciones públicas; tal procesión, tal ceremonia, tal ejercicio religioso *ad usum populi*, autorizados por el obispo diocesano, y con mayor razón cuando los ordena, con oraciones públicas. Supuestos estos preliminares, si se trata de la oración pública, la respuesta será corta y rápidamente entendida. Hay que conformarse, en la medida de lo posible, en cuanto a la postura del cuerpo, con las reglas establecidas para la oración pública, reglas tanto más fáciles de observar cuanto los encargados de la ora-

LA ORACION

SERMON VIGESIMOQUINTO

¿En qué actitud debemos orar?

¿Qué ofreceré al Señor que sea digno de él? Doblaré la rodilla ante el Dios excelso (Miq., VI, 6)

Exterior devotio fit propter interio-
rem, ut videlicet per signa humilitatis,
quæ corporaliter exhibemus, excitemur
nostri affectus ad subleandum se
Deo: quia, connaturale est nobis, ut
per sensibilia ad intelligibilia proceda-
mus.

S. THOM. 2. 2. q. LXXXIV, art. 2.

No ocurre con el predicador lo que con el funcionario público romano llamado pretor, el cual, encargado de un servicio público, lo desempeñaba, si puedo decirlo así, por mayor; de los menudos detalles, no se cuidaba: *de minimis non curat prætor*. No, el sacerdote-párroco, como se debe a todos, nada debe descuidar de lo que interesa a la vida cristiana práctica. Por eso, habiendo explicado ya en qué tiempo debemos orar, y en qué lugar, vamos a decir ahora en qué actitud, o postura del cuerpo, hay que orar. ¿Quién sabe si lo que ahora os parece pequeño, no crecerá en el curso de esta instrucción? Dios nos ayude con su gracia.

ción pública, no pudiendo ni debiendo apartarse jamás de ella, no hay que hacer más, con relación a esto, que lo que se vea que ellos hacen: persignarse cuando lo hagan, arrodillarse cuando se arrodillen, levantarse cuando se levanten, sentarse cuando se sienten, orar en voz baja o salmodiar, según que oren en voz baja o salmodien. Pero lo que debe hacerse, ¿se hace siempre? ¿Puedo callar lo que tantas veces he visto, con gran escándalo mío cada vez que lo he visto, esto es, cristianos, hombres y mujeres, hombres sobre todo, tomarse con Dios extrañas libertades, permaneciendo sentados cuando se leen o se cantan el Evangelio, el Sanctus, el Pater, o bien de pie durante la Consagración o en el momento de la bendición con el Santísimo Sacramento? Pero ya hay bastante sobre este punto.

Si se trata de la oración privada, particular, individual, la respuesta será un poco más larga, pero no mucho más difícil. No hay ley alguna que prescriba esta postura o la otra. Con tal que el alma se aplique sinceramente a Dios, y la oración sea ferviente, cualquier postura que tome uno cuando ore, ora bien. Expliquemos los dos extremos de esta corta exposición.

Primero: no hay ley alguna que prescriba para la oración privada, particular, individual tal postura o tal otra. Los suplicantes son libres, dice san Agustín de hacer de sus miembros lo que bien les parezca, o ponerse de rodillas, o llevar las manos al cielo, o prosternarse en tierra: *Orantes de membris sui corporis faciunt quod supplicantibus congruit, cum genua figunt cum extendunt manus, vel etiam prosternuntur solo*¹.

En efecto, si conocemos los Libros santos, vemos

1. Ap. SCHRAM, t. I, p. 83.

que los personajes que en ellos figuran oran, ya de pie, ya de rodillas, ora sentados, ora con el rostro en tierra, bien con los ojos y las manos elevados al cielo, bien golpeándose el pecho.

Empezando, como es conveniente hacerlo, por Nuestro Señor Jesucristo:

En el Huerto de los Olivos, ora con la faz postrada en tierra, diciendo: Padre mío, si es posible, pasa de mí este cáliz: *Procidit in faciem suam, orans, et dicens: Pater mi, si possibile est, transcat a me calix iste*¹.

El Santo rey David ora, ya con las manos², ya con los ojos³ elevados al cielo, acostado y regando su lecho con lágrimas de penitencia⁴; en el capítulo VII del libro segundo de los Reyes, le vemos orar sentado: *Ingressus est rex David, et sedit coram Domino, et dixit*⁵...

El publicano se golpea el pecho, tiene los ojos humildemente fijos en tierra, y en lenguaje es el de un verdadero penitente; ello no obstante, el Evangelio nos lo muestra en pie: *Et Publicanus a longe stans, nolebat nec oculos ad caelum levare, sed percutiebat pectus suum, dicens: Deus propitius esto mihi peccatori*⁶.

Moisés ora con los brazos extendidos. Nadie ignora la siguiente particularidad referida en el libro del Exodo: Moisés oraba en la montaña, mientras los is-

1. MATHE., XXVI.

2. PSAL., CIV, 2.

3. PSAL., CXII, 1.

4. PSAL., VI, 7.

5. II REG., VII, 18.

6. LUC., XVIII.—Parece que el segundo *stabat* tiene el mismo sentido que el primero. Los dos *orantes*, el fariseo y el publicano, están de pie. Ita FULÓN, in h. l.

raelitas combatían en la llanura; dos hombres llegaron a sostenerle los brazos, a fin de que orara mucho tiempo en esta actitud, y, por este medio asegurase la victoria de los suyos: *sustentabant manus ejus ex utraque parte, et factum est ut manus illius non lassarentur usque ad occasum solis*¹.

A pesar de todo, hemos de reconocer que la oración de rodillas aparece con más frecuencia en las Escrituras: Salomón ora de rodillas; *utrumque genu in terram fixerat*². Daniel en Babilonia se orienta varias veces al día hacia Jerusalén, y ora de rodillas: *tribus temporibus in die flectebat genua sua et adorabat*³; en el capítulo XVII de san Mateo, un desgraciado padre se presenta a Jesucristo pidiéndole la curación de su hijo cruelmente atormentado por el demonio, y se la pide de rodillas; *accessit ad eum homo genibus prostratus orabat, dicens: Domine, miserere filio meo*⁴; el diácono Esteban ora de rodillas por los que le lapidan: *positis genibus orabat, dicens: Domine, ne statuas illis hoc peccatum*⁵; san Pablo ora de rodillas al Padre de Nuestro Señor Jesucristo: *flecto genua mea ad Patrem Domini Nostri Jesu Christi*⁶. Si salimos de las Escrituras, pero sin alejarnos mucho de ellas, a las diversas actitudes de que acabamos de hablar, ¿añadiremos la siguiente, muy usada entre los primeros cristianos, esto es, la de orar con el rostro vuelto hacia el Oriente? Esta costumbre existía también en tiempo de san Agustín, no ciertamente, como observa el gran Doctor, porque

1. EXOD., XVII, 12.
2. III REG., VII, 54.
3. DAN., VI, 10.
4. MATTH., XVII, 14.
5. ACT., VII, 59.
6. EPH., III, 14.

Dios esté en un lugar y no esté en otro, ni más en un lugar que en otro, ya que está en todas partes, y en todas partes el mismo, sino porque sus obras más excelentes, cayendo hacia aquel costado, encontramos en él materia más amplia a la alabanza: *Cum ad orationis stamus, convertimur unde caelum surgit, non tamen ibi sit Deus, sed ut admonetur animus ad naturam excellentiorem se convertere*¹.

Segundo: cualquiera postura que adoptemos para orar, la oración es buena, a condición de que no falte ninguna de las cualidades requeridas, y que el alma se aplique sinceramente a Dios. Ya hemos hablado más de una vez del fariseísmo; volvamos a hablar de él. El fariseísmo hacía consistir toda la religión en lo exterior. Con tal que el fariseo, por lo menos tal como lo vemos en tiempo de Nuestro Señor, recitase interminables oraciones en los rincones de las calles, es decir, en los puntos en que varias calles abocaban a una plaza pública, por tanto, muy frecuentadas por la muchedumbre, se daba por satisfecho. ¿Sería temerario añadir, ya que nada de ello dice el Evangelio, por lo menos en términos propios, que semejante intemperancia de fórmulas deprecatorias, semejante *arbitrariedad*, como la llama san Agustín, iba acompañada de gestos, posturas y otras cosas semejantes, muy propias para atraer la atención de los transeúntes? Fingimiento, hipocresía, vano simulacro; helo ahí todo... Como las palabras están hechas para expresar las ideas, pues de lo contrario no serían más que sonidos, así también preciso es que las diversas posturas del cuerpo expresen los diversos estados del alma. Estos son signos. Importa, pues, muchísimo que las cosas que deben significar, se amolden a ellos. Por ejemplo,

1. *Serm. Dom. in monte, Lib. 2, c. V.*

doblamus la rodilla: esto debe querer decir que reconocemos nuestra debilidad, nuestra flaqueza, nuestra inferioridad con relación a Dios: *Genuflectimus, nostram infirmitatem designantes in comparatione ad Deum*¹. Oramos con la faz en tierra: esto debe querer decir que en presencia de este mismo Dios no solamente somos débiles, flacos, miserables, sino también un puro nada: *prosterminus enim nos, quasi proficientes nos nihil esse ex nobis*. Nos golpeamos el pecho, a ejemplo del publicano, y, en efecto, lo hacemos cada vez que recitamos el *Confiteor*; esto debe querer decir que tomamos sobre nosotros y a nuestra cuenta personal la responsabilidad de nuestros pecados, y nos infligimos cierto castigo por haberlos cometido. Elevamos los ojos y las manos al cielo; esto debe querer decir que esperamos auxilio, asistencia, todas las gracias que necesitamos, del gran Dios que lo habita², y no de ninguna criatura, por poderosa que sea o parezca serlo. En tiempo pascual, la Iglesia ora de pie, y exhorta a los fieles a que lo hagan, aun cuando oren en particular; si así lo hacéis, esto quiere decir, o que creéis firmemente en la resurrección de Jesucristo, no el último, ni mucho menos, pero sí el más sólido fundamento de vuestra fe, o que habéis resucitado espiritualmente, resurrección, vida nueva, de que es señal la Pascua: *Propter Christi resurrectionem stantes oramus, quod est signum resurrectionis*³. Los primeros cristianos oraban, como ya sabéis, vueltos hacia el Oriente, y también sabéis la razón que de ello da san Agustín. Otros han dado otras. En un país de Oriente vivió el Hombre-Dios; él mismo es llamado el Di-

1. S. THOM., 2. 2., q. lxxxiv, art. 2, ad. 2.
2. PSAL., cxxii, 1.
3. S. AUG. Epist. 55, v. 119.

vino Oriente¹. Con el rostro vuelto hacia el Oriente se elevó al cielo el Hombre-Dios². De la parte de Oriente vendrá el gran día del juicio³. Por tanto, los primeros cristianos oraban vueltos hacia el Oriente... Haced intencionadamente lo mismo siempre que entréis en una iglesia, porque las razones por las cuales oraban los primeros cristianos vueltos hacia el Oriente son las mismas que han hecho disponer las iglesias de manera que miren al Oriente⁴.

Finalmente, y para sacar de nuestra comparación de las actitudes del cuerpo, signos de los sentimientos del alma, con las palabras, signos del pensamiento, todo cuanto esta comparación puede proporcionarnos, diremos que, así como las palabras bien escogidas, bien apropiadas, refuerzan el pensamiento y le dan relieve, por decirlo así, igualmente, tal actitud, tal postura tomada al orar, alimentan, y aun aumentan los sentimientos interiores del alma; esto es, que no solamente son signos, sino medios. De las cosas sensibles nos elevamos a las de orden superior: *Per sensibilia ad intelligibilia procedimus*⁵; la devoción exterior, la postura de rodillas, la prosternación, los ojos elevados al cielo, o fijos en tierra, ayudan a la devoción interior, y nos hacen más humildes, más recogidos, más confiados: *Exterior devotio fili propter interiorem*⁶. ¿Llevaremos nuestra comparación al fin?

1. O Oriens, splendor lucis aeternae, sol iustitiae. Inter Aniphr. Maj.
2. Qui ascendit super coelum coeli, ad orientem. PSAL. lxxviii.
3. Sicut fulgur, exit ab oriente... ita erit et adventus Filii hominis MATTH. c. xii.—Ver S. THOM. 2. 2. q. lxxxiv, art. 3 ad 3.
4. Ex constitutionibus apostolicis.
5. S. THOM., 2. 2. q. lxxxiv, art. 2, in medio.
6. *Ibid.*

Si las palabras bien apropiadas, bien elegidas, refuerzan el pensamiento, y le dan cuerpo, el pensamiento a su vez, sobre todo si es exacto y bien concebido, no es indiferente a la elección de las palabras más propias para expresarlo, sino que las sugiere. Dejemos aquí la palabra a san Agustín: Los buenos sentimientos del corazón, dice, hacen tomar al cuerpo tal actitud, tal postura; mas, por otra parte, esta actitud, esta postura contribuyen en gran manera a excitar, a vivificar los buenos sentimientos del corazón; hay aquí acción recíproca; no sé como se verifica esto, pero es así: *Et nescio quomodo, cum hi motus corporis fieri nisi unum praecedente non possint, eisdem rursus exterioris visibilibus factis, ille interior cordis affectus qui eos, fecit, augetur*¹.

No insistamos. La cosa es clara; las maneras de ser del cuerpo, en la oración, son rigurosamente hablando, accesorios de la oración, pero accesorios utilísimos, ya como signos, ya como medios. La oración no es siempre interior, ni siempre exterior solamente, sino interior y exterior a la vez; he ahí lo que reclama nuestra doble naturaleza, espiritual y corporal. Citemos también a san Agustín: Dios no tiene necesidad de que nuestro cuerpo tome tal movimiento, o adopte tal actitud, pues lee corrientemente en nuestros corazones; sino que la tenemos nosotros a fin de excitarnos por su medio a orar y gemir con más humildad y fervor: *Non ille indiget his indicis, ut humanus ei pendatur animus: sed hinc magis seipsum excitat homo ad orandum gemendumque humiliter et ferventius*... Por eso siempre que en adelante oréis, ya arrodillados, ya prosternados, ora de pie, ora con las manos y los ojos

1. Lib. de cura pro mortuis gerenda, c. V, n. 7.
2. S. August. *Ibid.*

elevados al cielo, sea vuestra razón, ahora que ya está advertida, la única que tenga imperio, y lo ejerza, allí donde la costumbre, iba a decir la rutina, ha reinado quizás por mucho tiempo...

LA ORACION

SERMON VIGESIMOSEXTO

¿Qué fórmulas de oración debemos emplear?

Aprended a orar y exhortaos unos a otros con salmos, himnos y cánticos espirituales (COLOS., III, 16)

Omnes fideles perfectae orationi vocali student, maxime autem per preces ab Ecclesia approbatas.
SCHRAM, *Instit. Theol. myst.* t. I, p. 84

Terminamos hoy todo nuestro curso de instrucciones sobre la oración en general, y lo terminamos con esta cuestión cuyo carácter práctico fácilmente comprenderéis... ¿Qué fórmulas de oración debemos emplear? Dios nos ayude con su gracia.

Entre las fórmulas de oración, unas son medianas, otras buenas, otras muy buenas. Es decir, que ocurre con las oraciones que circulan entre el pueblo cristiano, como, en general, con todas las cosas, que hay entre ellas grados, o matices por lo menos. No hablaremos de las medianas; ya las hemos juzgado, y sería inútil volver sobre nuestros pasos, pues nuestro juicio sería el mismo. Tampoco hablaremos de las buenas, puesto que las hay muy buenas. ¿Cuáles son las muy buenas? La Oración dominical o el *Padrenuestro*. Oración admirable superior a todas las demás: por su autoridad,

pues la compuso el mismo Jesucristo para nuestro uso, es propiamente divina; por su brevedad, pues a pesar de componerse de pocas, muy sencillas y muy cortas palabras, incapaces de cargar la memoria más rebelde, encierra todo lo que hay que creer, esperar, evitar y pedir¹; por eso se le ha llamado el resumen de todo el Evangelio: *Totius Evangelii brevium*²; por su eficacia... una demostración en regla estaría aquí fuera de lugar, y acaso sería ofensiva para Dios... y para el buen sentido; ¿podría Dios no acoger con fervor una oración hecha por su querido Hijo Jesucristo, la cual, aun en nuestros labios, da siempre un sonido que se complace en escuchar?; por su necesidad; ¿ha de recitarse textualmente, y, por tanto, saberla³ memoria, a menos que se lea? ¿cómo conviene interpretar estas palabras de Jesucristo: Cuando oréis, lo haré en los términos siguientes: *Sic orabitis*? Sin resolver la cuestión, que ventilan los teólogos, diremos que lo único cierto es que hay para todos los fieles una obligación grave de penetrarse de ella en cuanto a la substancia, y cada vez que oren, de inspirarse en su espíritu⁴. Por ahora no añadimos nada más. Estamos en vísperas de explicarla, no diré solamente frase por frase, sino casi palabra por palabra, pero siempre con la convicción, firme desde ahora, de que, esto hecho, quedará el campo libre para hacer mucho más.

La salutación angélica o *Ave María*. Es costumbre en la iglesia, que practican también los fieles, unirla a la Oración dominical. ¿No es, después del *Padrenuestro*, la más excelente de las oraciones? Por lo menos,

1. SCHRAM.
2. TERTULIANO.
3. MATTH., VI, 9.
4. GURX, t. n. 204.

¿no es la reina de todas las que tienen a María por objeto: *Inter Marianas preces regina*? El ángel Gabriel pronunció sus primeras palabras, la madre de san Juan Bautista, santa Isabel, añadióle otras, la Iglesia la completó, y nosotros tenemos ya su texto único: Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. ¡Ah, qué texto tan hermoso! ¡Qué materia tan rica y abundante, y fácil de poner por obra, ha proporcionado a los Doctores, comentaristas, predicadores y otros! Nosotros mismos lo explicaremos muy pronto; ya está más cercano el día que cuando os anunciamos que ese era nuestro propósito. Pero desde ahora, y con la mayor frecuencia posible, hagamos uso de él; sentimiento unánime de los teólogos es que no podría ser tenido como exento de todo pecado quien no rectara jamás la Salutación angélica, o alguna oración muy equivalente. ¿Por qué asombrarse de ello? Tener en María una mediadora tan poderosa en intercesión, y a nuestro alcance un medio tan fácil e hacérnosla propicia, y no tomarse el trabajo de recurrir a ella, ¿qué es sino una negligencia voluntaria, aun afectada y verdaderamente culpable?

El Símbolo de los Apóstoles, o el *Credo*. Pero ¿es que el Símbolo de los Apóstoles, o el *Credo*, debe ser contado entre las oraciones? Sí, sin la menor duda. Estamos demasiado acostumbrados a no considerar la oración más que como petición, llamamiento de auxilio, *petitio*, *postulatio*; pero esto es restringirla demasiado, es no considerarla más que por un solo aspecto. En su

1. SCHRAM.
2. GURRY, *ut supra*.

noción más general, es, como ya lo hemos suficientemente dicho, una elevación de nuestra alma a Dios, no sólo para pedirle, sino también para adorarle, alabarle, darle gracias y bendecirle. Por eso el acto de fe es una oración. En efecto, ora recte el *Credo*, o una fórmula más abreviada, ora dé testimonio de mi fe, de mi invencible fe en todo lo que Dios ha revelado y la Iglesia me propone creer: sobre él, el ser de los seres, sobre Dios, sobre la unidad de esencia en Dios y la distinción de las Personas, sobre el nombre de estas Personas y la diversidad de las operaciones que se les atribuyen, sobre la creación por el Padre, la redención por el Hijo, la santificación por el Espíritu Santo, sobre la Iglesia, en fin, obra por excelencia de Dios, no tanto para su gloria como para nuestra salvación, a fin de conducirnos a nuestro supremo fin, a la posesión de Dios, posesión inmediata, y, por esta posesión inmediata de Dios, a la vida eterna bienaventurada... Al hacer esto, no hago un estudio, *no entro en las potencias del Señor*, es decir, en las profundidades de su ser, para hacerme más sabio, sino mejor suplicante; o si lo conozco mejor, es únicamente para adorarle mejor, para alabarle mejor, para mejor darle gracias, para mejor bendecirle. Finalmente, hago un acto religioso, una oración!

Todavía hay mucho más que decir. Aun no considerando más que las mejores devociones entre las muy buenas, nos sorprendería la luz del nuevo día antes de acabar.

Las Letanías, particularmente las llamadas Mayores,

1. Symbolum apostolicum, licet de se non sit oratio, in quantum haec est petitio, merito tamen inter orationes recenseri potest, tum quia est elevatio mentis ad Deum, tum quia in ea fides exercetur, tum quia singula verba ad orandum excitant. SCHRAM.

son una oración excelente. Venos en ellas, con clara visión, como si se tocara con la mano, que es preciso orar: a Dios, y a todos los habitantes de la corte celestial, a los santos; cómo hay que orar, según que nos dirijamos a Dios o a los santos: a los santos, simples intercesores, se dice: orad, pedid, obtened; a Dios, autor de todo don perfecto: dad, conceded, esto es, tomad de vuestro propio fondo; por quién hay que orar: por todos los hermanos presentes, ausentes, vivos o muertos en la gracia del Señor; ninguno de aquellos a quienes puede aprovechar la oración, queda excluido; qué bienes debemos pedir, qué males conjurar: bienes y males de todo orden, eterno, espiritual, temporal, se nombran, se designan, se especifican; qué modos de súplica hay que emplear: la simple petición, la petición más acentuada, hasta la observación, que es la petición en su forma más aprendiente... Es decir que las Letanías Mayores—y lo mismo hay proporcionalmente que decir de las otras, aunque, rigurosamente hablando, menos litúrgicas—las Letanías Mayores no solamente son una oración, sino una lección de buena teología, y la demostración sensible en que, entre lo que la Iglesia dice y enseña y lo que hace y practica, hay correspondencia y acuerdo perfectos.

El Breviario. Excelente oración. Mas no digáis del Breviario los que os oigo decir a veces, no sin ligereza, de las Vísperas: *El Breviario es para los sacerdotes*, porque no tengo el propósito de imponérselo como obligación. Pero lo que puedo y creo deber afirmar es que no hay en parte alguna, en ningún libro, fuera del Misal—del que pronto hablaré—oraciones más autorizadas, a la vez más hermosas, que los invitatorios, himnos, salmos, responsos y antífonas del Breviario. Para dar tan sólo uno o dos ejemplos, cuando tan

fácil e interesante sería, si el tiempo lo permitiera, multiplicarlos indefinidamente, ¡qué admirable oración no de la mañana la del oficio de Prima! ¡qué oración no menos admirable de la noche que la de las Completas! Por eso, el pueblo cristiano asistía antiguamente por devoción a una parte de las Horas Canónicas, y en tiempos más cercanos, buen número de piadosos seglares consideraban como un deber recitar cada día el Breviario. Añadiré que este libro, libro de oración por excelencia, abunda también en ideas, reflexiones, reglas de conducta privada, y aun máximas de gobierno, que no meditarían sin provecho para sí mismos y para los demás los que tienen sobre sí la pesada carga de los negocios públicos... Después de estas consideraciones, a la verdad brevísimas, pero suficientes, asombremosnos, si a ello nos atrevemos, de oír al más santo de nuestros reyes, a san Luis, vencido y hecho prisionero por los sarracenos, *bendecir al cielo con arrobamiento, porque, entre todos los objetos perdidos, únicamente había conservado su Breviario*¹.

Las oraciones del Misal son también excelentes oraciones. Pero, me diréis, no tenemos misales. Si los tenéis; hoy en día los hay para todo el mundo, con la misa diaria, la misa de los domingos y días fes-

1. Las palabras subrayadas están tomadas textualmente del cardenal Pie. El eminente orador continúa: Aquí quizás sonreirá el hombre de mundo, pero lamentará esta debilidad si quiere recordar que ningún libro contiene tanta filosofía, conocimiento del corazón humano y verdadera política como el libro de los Salmos; libro maravilloso, del cual nos da cada mañana un nuevo comentario, una nueva experiencia de la vida y de la adversidad; libro tan fecundo y tan lleno de sentido para todo hombre que piensa y padece. Así, hermanos míos, para comprender el reinado y la administración de san Luis, debemos recurrir a dos fuentes, a las vicisitudes del Evangelio y a las enseñanzas del real Salmista. *Penagórico de san Luis. Discursos*, t. 1, p. 69.

tivos, de la santísima Virgen y de los Santos. No entraré tampoco aquí en muchos detalles, pero hay una particularidad que no quiero omitir. En todo misal se encuentra en cada misa una oración especial, invariable en cuanto al lugar que ocupa, pero en todo lo demás, variadísimas: la Colecta, la Colecta, que sigue al *Gloria in excelsis* y precede a la Epístola. ¿Qué es, pues, la Colecta?

Si no tuviera que limitarme a exponeros las coleccionas como formas completísimas de oración, os diría, en primer lugar, que, como discursos, son verdaderas obras maestras de buena latinidad: frases concisas, armoniosas, rítmicas. Si volviera a este mundo, y se hiciera cristiano, o aun sin hacerse cristiano, admiraría Cicerón toda nuestra santa Liturgia, y la juzgaría digna de la hermosa lengua en la cual fué maestro. Diría también, lo que, por otro concepto, es muy interesante, que bajo el aspecto de la dogmática y de la moral misma, forman un conjunto de doctrina, no sólo de ortodoxia perfecta, lo que a nadie extrañará, sino variadísimas, completísimas, sobre Dios y sus atributos divinos, principalmente sobre su providencia, sobre el hombre y cuanto se refiere a su origen y a su caída, a su debilidad presente, a su destino futuro y a sus medios de conseguirlo; finalmente, sobre la gracia, su indispensable necesidad, su absoluta gratuidad, su eficacia en donde no encuentra obstáculos. El que conozca bien todas las Colectas, tendrá una ciencia poco común en teología.

Pero no tratamos aquí ni del hermoso lenguaje ni siquiera de ciencia teológica. Ante todas cosas, las Colectas son oraciones. ¡Y qué oraciones! Oraciones que revisten todas las formas, es decir, que expresan la alabanza, o la acción de gracias, o la ofrenda, al mis-

mo tiempo que la petición; oraciones que, como para los hebreos el maná del desierto, satisfacen todos los gustos que la devoción busca en ellas y desea encontrar; oraciones que, por la amplitud, y, si puedo decirlo así, por la elasticidad de la expresión, no menos que por la vaguedad misteriosa que en ellas reina, se prestan a todas las necesidades, lo mismo que a todos los gustos; y así como en cada página de la *Imitación de Jesucristo*, cae uno siempre en el pasaje que conviene a la situación presente, así también, cada Colecta que leemos—aunque más vale leer la del día, o de la fiesta que se celebra,—se adapta maravillosamente al estado actual del alma, incitándola a pedir, no cualquier gracia en general, sino la misma precisamente de que experimenta la mayor necesidad.

Pero, cristianos, no basta que yo exprese mis ideas sobre este punto. Mejor que tener por verdadero lo que se oye decir, es asegurarse uno por sí mismo, si puede hacerlo, por medio de la experiencia. Tal es nuestro caso. Experimental; leed las Colectas; entren ellas en vuestras costumbres piadosas; tomen puesto en vuestras prácticas de devoción; no asistáis a ninguna misa sin que su Colecta sea objeto por vuestra parte de la más profunda atención, y pronto os venceréis de que, teniendo a mano un verdadero tesoro, habéis tardado mucho en apoderaros de él.

Finalmente, para generalizar, esto es, para dar a esta instrucción una conclusión conveniente a toda ella, orad, cristianos, hijos de la Iglesia, como la Iglesia y con la Iglesia. Toda oración es mediana, si no es por lo menos reflejo de una oración de la Iglesia.

Prescindid, pues, de las devociones medianas, puesto que son medianas. Prescindid también de las oraciones buenas, puesta que hay otras muy buenas. Rezad la

Oración Dominical, la Salutación Angélica, el Símbolo de los Apóstoles, las Letanías autorizadas, y aun el Breviario; si el gusto os lleva a él, las oraciones de las Misas, tales como la Iglesia las dice, las Vísperas, las Completas, tales como la Iglesia las canta. Haciéndolo así, adorareis como debe adorarse, alabaréis como debe alabarse y bendecir, pediréis lo que debe pedirse, los verdaderos bienes; daréis gracias por los motivos que legitiman la acción de gracias, por los verdaderos motivos.

Mas ¡oh Dios mío! ¡basta con que sepamos lo que debemos hacer? ¡No es preciso también que nos ayudeis a hacerlo? Señor, os pedimos la gracia de hacerlo bien. Y os la pedimos con la oración misma que la Iglesia pone en el octavo domingo después de Pentecostés, en la boca de sus hijos, que son también hijos vuestros; os pedimos que no pensemos más que en lo verdadero, y no pidamos más que lo que es bueno, a fin de que, no dependiendo ya nuestra vida más que de vos, no la consagremos a nada más que a complaceros con el cumplimiento de vuestra voluntad: *Largire nobis quaesumus, Domine, semper spirituum cogitandi quae recta sunt, propitius, et agendi, ut qui sine te esse non possumus, secundum te vivere valeamus.*

SEGUNDA PARTE

LA ORACIÓN DOMINICAL

LA ORACION DOMINICAL

SERMON PRIMERO

Preámbulo

Señor, enseñádnos a orar

Omnes necessarie precatonis numeros continet divina illa formula quam Christus Dominus apostolis, et per illos eorumque successores omnibus deinceps, qui christianam religionem susceperant, notam esse voluit.

Catech. Rom.

En las veintiséis instrucciones precedentes hemos dicho referente a la oración en general, si no todo lo que era preciso decir, por lo menos lo que más importa saber: la noción verdadera de la oración; la necesidad de la oración y la falta de razón de las objeciones que se le oponen; la eficacia y facilidades de la oración; las diversas especies de oración mental, vocal, pública, en común o familiar, jaculatoria, contemplativa, indulgenciada; objeto que la oración puede tener, la preparación que requiere, sus cualidades: ora en nombre de Jesucristo, con atención, humildad, confianza, perseverancia, acompañamiento de buenas obras; quién debe orar, a quién debemos orar, a quién podemos orar, por quién hay que orar, cuándo, dónde y en qué

actitud hay que orar, de qué fórmulas de oración es mejor servirse.

Dicho esto sobre la oración en general, entrarnos en la oración en particular, es decir, en la Oración Dominical, y en la Salutación Angélica. Si Dios nos concede su gracia, las explicaremos frase por frase, miembro de frase por miembro de frase, y aun me atrevo a decir, palabra por palabra.

Primeramente la Oración Dominical.

No hay nadie que no lo sepa: con el nombre de *Oración Dominical*, entendemos la oración que Jesucristo mismo nos enseñó y recomendó. El Evangelio es formal sobre este punto. En el capítulo VI de san Mateo, dice Nuestro Señor: He aquí como debéis orar:

Padre nuestro que estás en los cielos;

Santificado sea tu nombre;

Venga a nos tu reino;

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo;

El pan nuestro de cada día dánosle hoy¹;

Y perdónanos nuestras deudas;

Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores;

Y no nos dejes caer en la tentación;

Mas líbranos de mal².

El mismo testimonio del celestial origen vemos en san Lucas, capítulo XI. Cierta día oraba Jesús en un lugar que el Evangelista no designa, pero que se cree que estaba cerca de Betania³; cuando hubo terminado, acercóse uno de sus discípulos, y le dijo: Maestro, enséñanos a orar como Juan ha enseñado a los que le siguen. Condescendiendo Jesús a la peti-

1. Pan supersubstantial, según S. Mateo; pan cotidiano según san Lucas.

2. MATTH., VI, 9 y sigs.

3. FILLION, in LUC., cap. XI.

ción que se le hacía, dijo: Cuando oréis, orad así.... Y repite, abreviándolo un poco, lo que ya había dicho antes¹.

No insistamos: la Oración Dominical tiene al Hombre-Dios por autor.

Pero no basta con saber de dónde nos vino esta admirable oración. Los grandes Doctores de la Iglesia, comentaristas autorizados de la Escritura, por lo cual hay que darles gracias, se complacieron en poner de relieve las cualidades que la distinguen, las cuales, comprendido su divino origen, hacen de ella la *más perfecta*² de todas las oraciones, esto es, su brevedad, su universalidad, la hermosa ordenación de las partes que la componen, la eficacia maravillosa de que está dotada.

Su brevedad. La Oración Dominical es corta, muy corta: se compone de un número limitado de peticiones, y, para expresar cada una de ellas, pocas palabras. De esta brevedad, da un autor excelente siete buenas razones: la Oración Dominical es corta para que la aprendamos con más prontitud, *ut citius discatur*; para que la retengamos con más facilidad, *ut melius retineatur*; para que la recitemos con más frecuencia, *ut frequentius dicatur*; para que nadie pueda excusarse de ignorarla, *ut nullus de ejus ignorantia excusetur*; para que nunca produzca disgusto ni fastidio, *ut fiducia cito imbetrandi tribuatur*; para que quien desee decirla tenga la esperanza de ser escuchado, *ut fiducia cito imbetrandi tribuatur*; finalmente, para que se entienda bien que la virtud de la oración reside toda en-

1. LUC., XI, 1 y sigs.—Los más autorizados comentaristas están de acuerdo en decir que hubo, en dos diferentes épocas, dos enseñanzas distintas de la Oración dominical.

2. Por eso santo Tomás la califica de *perfectissima oratio*. 2. 2. q. lxxxvii, art. 9.

tera en la devoción del espíritu, y no en la multiplicidad de las palabras, *ut in devotione mentis, non in multiplicatione verborum virtus orationis esse ostendatur*¹. Esta séptima y última razón es tanto más aceptable, cuanto es más evangélica. Es la razón que se saca de la enseñanza misma de Jesucristo. Cuando oiréis, no habéis mucho: *Orantes autem nocte multum loquar*². En efecto, ¿quién no ve que, en materia de oración, quizás más que en otra alguna, el hablar mucho no vale nada? ¿No sería opinar miserablemente de la Divinidad, creer que está tan poco al corriente de nuestros males, que se necesitan interminables discursos para dárselos a conocer, o tan mal dispuesta para curarlos que sea preciso, desde la mañana a la noche, a ejemplo de los sacerdotes de Baal³, aturdir la con nuestros gritos? ¡Ah!, cuanto mejor inspirado estaba san Agustín, cuando en su hermoso tratado de la Oración Dominical, decía: Orar con piedad y fervor, sí, es necesario; pero no se necesita locuacidad, ni proflijidad verbosa: *Quando ergo rogas, pietate opus est, non verbositate*⁴. No es posible expresarse mejor; pero sigamos.

Su universalidad. La Oración Dominical, aunque corta, lo abarca todo. Ya lo habéis oído: *todo*; todo en derecho, todo de hecho. Me explicaré. Todo en derecho, es decir, que no es permitido desear nada, por consiguiente, pedir nada, porque la oración no es más que la forma del deseo, que no se refiere a una o a otra parte de la Oración Dominical. Servíos de las palabras que queráis, de éstas o de las otras; perfec-

1. LUDOLPHE DE CHARTREUX. *Vita Jesu Christi*, cap. xxxvii Edit. in-folio, Víctor Palmé.

2. MATTH., vi, 1.

3. III REG., xviii, 26.

4. Tractatus in Orationem dominicam, cap. 1.

tamente, dice san Agustín; pero emplear estas otras palabras para obtener otras cosas, no, no debéis hacerlo; y si lo hacéis, añade, contravenís al orden, salís del cuadro, oráis carnalmente, ¿qué digo?, *illicitamente*, porque quién ha sido regenerado por el Espíritu Santo, peca si no ora según el Espíritu: *Quisquis id dicit quod ad istam evangelicam orationem pertinere non possit, ad istam evangelicam orationem pertinere non possit, etiamsi non illicite orat, carnaliter orat, quod nescio quemadmodum non dicatur illicite, quando quidem Spiritui renatos non nisi spiritualiter decet orare*¹. En resumen: muchas oraciones han sido compuestas, y muchas de las mejores; las Escrituras están llenas de ellas; recorredlas; san Agustín os ha precedido en esta investigación. Pero todas las reduce a la Oración Dominical. Por ejemplo: si el Eclesiástico ora para que *el Señor sea glorificado en todas las naciones, y para que sus profetas sean hallados fieles*², ¿no es como si dijese: Santificado sea tu nombre? Si el Real Profeta dice: *Volveos a nosotros, y mostrados vuestro rostro, y seremos salvos*³, ¿qué es sino: Venga a nos tu reino? Y esta oración del más sabio de los hombres: *Señor, no me des ni pobreza, ni riqueza, sino tan sólo lo necesario*⁴, ¿no equivale a esta otra: El pan nuestro de cada día dánoslo hoy? Y así de todo lo demás, porque el santo Doctor continúa y dice en conclusión que, cualquiera investigación que se haga de todas las palabras deprecatorias mencionadas por las sagradas Escrituras—y podríamos añadir: de todas las oraciones litúrgicas empleadas por la Iglesia, desde la más inadvertida de las colectas, a la más considerable oración del Canon de la Misa,—no hay una sola, que no entre en la Oración Dominical, y

1. Ad ROMAN., cap. xii.

2. ECCLES., xxxvi, 4 y 18.

3. PSAL. lxxix, 4.

4. PROV., xxx 9.

no esté incluída en ella: *Etsi per omnia precationum sanctorum verba discurras, quantum existimo, nihil invenies quod non ista dominica continet et includat oratio*¹.

La hermosa coordinación de las partes que la componen. La Oración Dominical está magníficamente ordenada. Todo está en ella, y todo en su puesto; el fin que nos proponemos conseguir, y, para conseguirlo, los medios que hay que tomar y los obstáculos que hay que vencer. ¿Pero qué? Toda la doctrina cristiana se encierra en ella. Nada más hay en las Escrituras, ni en ningún tratado de teología. Con justo título, pues, ha sido llamada la Oración Dominical *breviarium totius Evangelii*². Nuestro fin como seres racionales; en efecto, no lo somos más que con la mira de glorificar a Dios, esto es, de conocerlo y darlo a conocer, de amarlo y hacerlo amar, de servirlo y hacer que le sirvan. De aquí la primera petición: santificado sea tu nombre. Otro fin que nos es propio, al cual, por admirable designio, nos ha elevado Dios, es nuestra glorificación, es decir, nuestro llamamiento a participar de la gloria de Dios, nuestra incorporación a su reino. De aquí la segunda petición: Venga a nos tu reino. Para alcanzar este doble fin, los medios a propósito, o también el único, que los contiene a todos, es obedecer a Dios, guardar su ley, observar sus mandamientos. De aquí la tercera petición: Hágase tu voluntad. Pero ¿podemos hacerlo, si Dios no nos conserva la vida, y no provee a las necesidades de nuestra doble naturaleza, corporal y espiritual, ya que, si bien de un orden inferior, la vida presente no nos es menos necesaria para merecer la futura, que lo es el instrumento en manos del obrero para hacer su obra? De aquí

1. Ad Probam, cap. xii.
2. TERTULIANO, De oratione dominica.

la cuarta petición, que entraña varios sentidos, como en su lugar diremos: El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Los obstáculos que hay que evitar; tales son el pecado cometido, cuyo perdón hay que pedir; el pecado que está por cometer, o bien, y para hablar mejor, el pecado que estamos expuestos a cometer, cuya preservación hay que pedir; el mismo mal físico, la enfermedad que mata el cuerpo, la pena que affige el espíritu, cuya liberación hay que pedir. De aquí las tres últimas peticiones: Perdonanos nuestras culpas; no nos dejes caer en la tentación; mas líbranos de mal. He ahí la hermosa coordinación de la Oración Dominical. Todo se sostiene, todo se liga y encadena en ella. De tal modo está dispuesta, dice excelentemente santo Tomás, que, practicándola, pedimos, no solamente todas las cosas que podemos legítimamente desear, sino que también las pedimos en el orden mismo en que debemos desearlas: *In oratione dominica non solum petuntur omnia quæ recte desiderare possumus, sed etiam eo ordine quo desideranda sunt*².

Nos queda que decir algo de la eficacia de la Oración Dominical. La Oración Dominical es una oración eficaz. ¿Quién no lo ve claramente? Para disipar hasta la sombra misma de toda duda, recordemos dos cosas: la primera, cuya exposición data ya de mucho tiempo, que Jesucristo es el Hijo de Dios, igual al Padre, que consubstancial con el Padre. Dios de toda eternidad

1. Utium convenienter septem petitiones orationis dominice assignentur. S. THOM. 2. 2. q. lxxxiii, art. 9 totus.—San Agustín resume no menos admirablemente que santo Tomás, pero con más brevedad, la Oración Dominical y el orden que reina en la coordinación de sus partes: Septem petitiones continent Oratio dominica, quarum in tribus æterna poscuntur, in reliquis quatuor temporalia, quæ tamen propter æternæ consequentia sunt necessaria. ENCHIRID. cap. cxv.
2. S. THOM. ut supra.

como el Padre, pero que, hecho hombre en el tiempo, hombre perfecto, como Dios perfecto es, en esta cualidad de Hombre-Dios, es nuestro redentor y mediador, nuestro abogado y perpetuo intercesor: *semper vivens ad interpellandum pro nobis*¹; la segunda, de data mucho más reciente, porque acabamos de enunciarla, es que Jesucristo hizo la Oración Dominical, que la promulgó y volvió a promulgar. De sus labios pasó a los nuestros. Es su obra. Dicho esto, la conclusión salta a la vista. Es de tal modo evidente, que la expresaríamos casi tan bien como santo Tomás: Desde que esa Oración fué compuesta por nuestro Abogado, que es el más sabio y autorizado de los suplicantes, hay que tenerla con sobra de razón por la más segura de todas las oraciones: *Rationabiliter haec oratio est secutissima: est enim ab Advocato nostro formata, qui est sapientissimus petitor*². San Cipriano dice lo mismo con más extensión; ¿Hay una oración más verdadera con relación al Padre que la que compuso su Hijo, que es todo verdad? Y continúa: Reconozca el Padre el lenguaje del Hijo en nuestra oración; el Dios que está en el fondo de nuestro corazón, repose también en nuestros labios. Y puesto que tenemos un abogado que intercede con el Padre por nuestros pecados, cuando le pedimos que nos sean perdonados, no empleemos otras palabras que las de nuestro mismo abogado. Su conclusión es todavía una argumentación más estrecha: El Salvador dijo: Todo lo que pidieris a mi Padre en mi nombre, lo obtendréis. Con mayor razón estamos seguros de obtener lo que pedimos en nombre de Jesucristo, si, al propio tiempo que en su nombre, lo pedimos

1. Véanse nuestros sermones sobre J. C. Símbolo de los Apóstoles.
2. S. TH. Opusc. v.

con sus propias palabras: *Nam cum dicat, quia quodcumque petierimus a Patre in nomine ejus, dabit nobis: quanto efficacius impetremus quod petimus in Christi nomine, si petamus ipsius oratione*¹.

La cosa es clara, por lo cual lo que añadimos es superabundancia de explicación: Leemos en el libro segundo de los Reyes que una mujer del pueblo, de la pequeña ciudad de Tecta, teniendo que presentar una petición al rey David, lo hizo con tal arte, y en lenguaje tan apropiado, que el rey, todo asombrado, le dijo: Mujer, no me ocultes nada: tú sola no has arreglado esta síplica; otro ha puesto en ella la mano: *Nunquid manus Joab tecum est in omnibus istis*? La mujer respondió: Señor mío y rey mío, os juro por vuestra vida, que Dios guarde, que lo habéis adivinado. Si, vuestro siervo Joab me ha dado la orden de dirigirme a vos, y ha puesto cuanto os he dicho en la boca de vuestra sierva: *Servus tuus Joab, ipse praecepit mihi, et ipse posuit in os ancillae tuae omnia verba haec*². Tenemos, sin ir más lejos, en este relato cuanto necesitamos para aplicarlo a nuestro asunto. Esta aplicación es de las más transparentes. Cada vez que recitamos la Oración Dominical, nos presentamos a Dios, como aquella mujer ante David, y nos presentamos con una petición ya hecha, y de mano maestra, y hecha, no por un siervo de Dios, sino por el Hijo mismo de Dios, el cual, en esta cualidad, que es precisamente la suya, de Hijo de Dios, tiene todo acceso al Padre, y todo imperio sobre su corazón, para inclinarlo hacia nosotros, pobres suplicantes...

Y ahora que la Oración Dominical nos es conocida en cuanto a su conjunto y plan general; ahora que sabemos que es la más hermosa de todas las oraciones, la

1. Ap CORNEL A LAP. In MATH. XI.
2. II. Reg. XIV.

más universal, aunque, una de las más cortas, la mejor ordenada por la coordinación de sus partes, finalmente, la más eficaz, y, como la llama santo Tomás, la más segura, *securissima*, la explicaremos en detalle, petición por petición, miembro de frase por miembro de frase, y casi nos atrevemos a decir, palabra por palabra. Haga el divino Autor de esta oración la gracia de que en ella encontremos cuanto en ella puso.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON SEGUNDO

Prólogo

Padre Nuestro

Cum haec formula christianae precationis a J.-C. tradita, eam habet vim, ut antequam ad preces verbis loco proemii nobis utendum sit, quibus pie ad Deum accedentes, fidentius etiam id facere possimus, parochi officium est, illa distincte, dilucideque declarare.

Catech. Rom.

Sentir unánime de los comentaristas e intérpretes es que la Oración Dominical comprende tres partes muy distintas: primeramente un prefacio o introducción a las peticiones, luego las peticiones en número de siete y formando el cuerpo de la oración, y, en último término, una conclusión o recapitulación. El prefacio es: *Padre Nuestro que estás en los cielos*. En cuanto a las palabras, este prefacio es corto, dice el Catecismo Romano: *Si species verba, prooemium brevissimum est*; pero si pesáis las cosas que expresa, es importantísimo y enteramente lleno de enseñanzas: *Si res existimes, gravissimum mysteriumque plenissimum*; finalmente, exhorta al pastor a que explique estas enseñanzas con la mayor precisión y claridad posibles: *Parochi officium est*

illa distincte diuicidieque declarare. Esto es lo que nos proponemos hacer en esta instrucción y en las siguientes. Dios nos auxilie con su gracia.

Pater noster, Padre nuestro... Desde la primera palabra llamamos a Dios con el nombre más dulce que hay en toda lengua humana. ¿Por qué? ¿Será, por ejemplo, para conciliárnoslo e inclinarlo hacia nosotros por medio de una palabra lisonjera? Aunque algunos lo han pensado así, preferimos creer con santo Tomás que si Nuestro Señor quiso que la oración compuesta por él, y en adelante usada por sus discípulos, empezara así: *Padre nuestro*, no fué para hacernos a Dios favorable, merced a un artificio de lenguaje, ya que Dios, cuya bondad es una bondad preveniente, como nos lo enseña san Juan¹, no tiene necesidad de ser conquistado, sino únicamente para disponernos a orar, y excitar en nosotros ese algo sin el cual no hay ni puede haber oración: la confianza: *Oratio non porrigitur Deo, ut illum flectamus, sed ut nobis ipsis fiduciam excitemus postulanti*². El Catecismo Romano es del mismo parecer que el Doctor Angélico: Jesucristo hubiera podido desde el exordio de esta divinísima oración, servirse de alguna expresión más imponente, más majestuosa, de estas, por ejemplo: el Creador, el Señor, el Todopoderoso, el Altísimo; no lo hizo, porque esto nos hubiera inspirado un sentimiento de temor; *se complacit más en emplear términos propios para hacer nacer la confianza y el amor en el corazón del que ora y pide a Dios algún beneficio*... En efecto, ¿hay algo más tierno que el nombre de padre? Este nombre solo, y el uso que nos es dado hacer de él, ¿no es ya, dice san Agustín, una presunción de buena acogida para el suplicante: *quedam impetrandi prae-*

1. I JOANN. IV.
2. 2. 2. q. lxxxiii, art. 9 ad 5.

*sumptio*¹? A sus hijos, que le piden precisamente en su condición de hijos, ¿qué podría negarles Dios, después de concederles una gracia que vale ya más que todas las otras, la gracia de ser hijos suyos, dice aún san Agustín: *Quid enim iam non det filiis petentibus, cum hoc ipsi non ante dederit, ut filii essent*².

Sí, me diréis, perfectamente, si estas premisas son exactas; pero ¿lo son? ¿Somos ciertamente hijos de Dios? ¿Es verdaderamente nuestro Padre? De todas las cuestiones, esta es la más fácil de resolver.

Dios es nuestro Padre, en primer lugar, porque nos hizo, no, a la verdad, engendrándonos y sacándonos de su propia substancia, lo que es propio de la paternidad formalmente entendida³, pero tampoco dándonos el ser de la misma manera que a las criaturas de orden inferior. Estas, por ejemplo, el sol, la luna, los astros del firmamento, la tierra, el mar, los animales, las plantas, las hizo Dios como jugando, con una palabra salida de su boca, es decir, con un simple acto de su voluntad. Hágase esto... y quedó hecho: *Ipse dixit, et facta sunt*, *ipse mandavit et creata sunt*⁴. No, cuando hizo al hombre, el modo de operación fué otro. Dios se recogió, habló a sí mismo, excitóse a producir una obra maestra. Tal es el sentido de estas palabras de la Escritura: Hagamos al hombre: *Faciamus hominem*⁵... y el hombre fué hecho; hecho como se hace una obra de gran inteligencia y de singular atención, hecho alma viviente, no una criatura cualquiera: *Factus est homo in animam viventem*, llevando en sí mismo la señal, la huella de quien lo

1. Sermo in monte cap. iv.
2. *Ibid.*
3. S. THOM. I, pars q. xxxviii, art. 3. in corp.
4. PSAL., xxxii, 9.
5. GEN., i, 26.

hizo: *Deus creavit hominem ad imaginem suam, ad imaginem Dei creavit illum*¹.

En segundo lugar, Dios es nuestro Padre, porque nos gobierna: *Tu autem, Pater, providentia gubernas*². Me diréis que en esto solo, que nos gobiernas, no veis que, por este título sea nuestro padre más que el padre de cualquier otro ser, puesto que a todos los gobierna. Respondiendo, pero haciendo también aquí una distinción, o mejor dicho, no hay que hacerla, pues ya la hizo quien tanto sobresale en esta materia. Hay seres de varias especies, y el gobierno de Dios se ejerce sobre los unos y sobre los otros de un modo diferente, según que son de tal o cual naturaleza. Los seres inanimados, o animados, pero desprovistos de razón, los gobierna Dios sujetándolos, es decir, no permitiendo que se aparten jamás de la línea trazada, de tal modo que los trata como esclavos, y exige de ellos una obediencia pasiva; en este sentido, según la frase del Evangelio, le obedecen el mar y los vientos: *Mare et venti obediunt ei*³. Pero con respecto a nosotros los hombres, ¡cuánto más suave es la cadena, si cadena hay, con la cual nos une a él! Cuántos miramientos usa con nosotros, hasta el punto de que, como dice la Escritura, son miramientos que entrañan el respeto: *Cum magna reverentia dispos nos*⁴. ¿Lo entendéis ya? En la casa del Padre, justamente llamado universal, puesto que todo lo creó, los otros seres hacen su servicio forzado, pero sólo nosotros hacemos su servicio voluntario, precisamente porque somos, por título especial, hijos de este Padre, y porque, si esta condición de hijos nos impone deberes, como ya diremos, nos confiere también derechos, entre

1. GEN., I, 27.
2. SAP., XIV, 3.
3. MATH. VII, 27.
4. SAP., XII, 18.

otros, el de ser nosotros mismos dueños, dueños, en segundo lugar, bajo un dueño supremo. Tal es la doctrina de santo Tomás: *Dicitur Pater noster ratione gubernationis; quoniam enim alia gubernat, nos tamen gubernat ut dominos, alia vero ut servos*¹.

Finalmente, Dios es nuestro Padre, porque nos adoptó por hijos, es decir, como observa con mucha razón el Catecismo Romano, que después de habernos otorgado los dos beneficios precedentes, beneficios ya muy considerables, añadió, y puso el colmo con él, otro beneficio más excelente aún: *Summam in nos benignitatem tertio beneficio cumulatum illustravit*, al enviarnos su Hijo, propiamente hablando, su único verdadero Hijo, en todas las cosas igual a él, antes de todos los siglos engendrado de él, y hecho hombre en el tiempo, para que, por medio de él, nos convirtiéramos en hijos adoptivos de Dios, y, en esta cualidad, herederos de Dios juntamente con el solo y único verdadero Hijo de Dios². De lo contrario, esto es, si la venida del que es solo y único verdadero Hijo de Dios, no hubiese tenido por fin y resultado hacer adoptivos, ¿cómo entender lo que dice el más sublime de los Evangelistas que a todos los que le recibieron y creyeron en él, dióles el poder de ser hijos de Dios³? Y en cuanto al bautismo instituido por este solo y único verdadero Hijo de Dios, bautismo nuevo, bautismo de regeneración, es decir, bautismo que da un segundo nacimiento a los que ya nacieron de la carne y de la sangre, ¿qué razón dar de su origen y de su apelación sino que es el modo elegido por su Autor para hacer hijos de Dios⁴? Finalmente,

1. Opuscul. v. proœmium ad petitiones.
2. ROM., III, 17.
3. JOANN., I, 12.
4. *Ibid.*, III, 5.

y para dar todo el relieve necesario a una verdad que importa mucho no ignorar, ¿qué sentido, sino el fraternal, atribuir a estas palabras de san Pablo: Habéis recibido, no el espíritu de servidumbre para vivir en el temor, sino el espíritu de adopción de hijos, en el cual y por el cual exclamamos: Padre, Padre!; y también a estas otras no menos expresivas de san Juan: Tal fué el amor del Padre, que quiso que se nos llamasen hijos suyos, y que lo fuésemos, en efecto?, es decir, haciendo que la cosa concordase con el nombre?

No, no hay la menor duda sobre este punto. Somos hijos de Dios. Tres géneros de pruebas nos han conducido a esta feliz conclusión. Mas antes de pasar adelante, digamos muy alto, o mejor, repitamos, porque ya lo hemos dicho, que la oración Dominical no es menos el resumen de los deberes que debemos cumplir, que de los derechos que podemos ejercitar, o de las cosas que hemos de pedir. Cuando expliquemos estas palabras: Santificado sea tu nombre; y estas otras: Venga a nos tu reino; y estas otras también: Hágase tu voluntad, diremos que tenemos el deber de santificar el nombre del Señor, de acelerar el reino del Señor, de cumplir la voluntad del Señor, y así de los demás. Así también, desde que Dios es nuestro Padre, y por varios títulos, cuando uno solo bastaría, tenemos la obligación estricta de portarnos, en nuestras relaciones con él, como verdaderos hijos de tal Padre. Así lo entendieron los antiguos Doctores, y querían que lo entendiesen sus hijos. Escuchemos a aquéllos que más sobresalieron en esta doctrina:

San Agustín: El que dice *Padre nuestro*, debe esforzarse realmente en no mostrarse sobrado indigno de una

1. ROM., VIII, 15,
2. I JOANN., III, 1.

filición tan envidiable: *Quantum curam animam tangit, ut qui dicit Pater noster, patre non sit indignus!*¹

San Gregorio Niceno: Considerad la manera como debemos prepararnos para decir a Dios con confianza: *Padre nuestro*. En efecto, si cuando pronunciáis estas palabras, no apartáis la atención de las cosas de este mundo, si buscáis la gloria humana, si estáis sujetos a los deseos desordenados de la carne, y a otras codicias, parecéme oír que Dios os dice: Cuando, viviendo en la corrupción, llamáis *Padre nuestro* al autor de toda pureza, vuestra boca culpable mancha su nombre inculpable. Porque el que os concedió llamarle *Padre*, no os autorizó a pronunciar una mentira: *Nam qui Patrem vocare mandavit, proferre mendacium non concessit*².

San Cipriano, uno de los antiguos Padres que más escribieron sobre la Oración Dominical, dice: Admiremos la gran bondad de Dios y las riquezas de su misericordia con relación a nosotros. Ordenó que le llamaráramos nuestros Padre, y que nos llamaráramos hijos suyos, como Jesucristo mismo se llama Hijo de Dios: *Ut Christus est Dei Filius, sic et nos Dei filios nuncupemus*. ¿Quién se hubiera atrevido a tomar este título sin una autorización divina? Por eso debemos acordarnos que al llamar a Dios *Padre nuestro*, contraemos la obligación de proceder como miembros de su familia; y así, el Señor será dichoso de tenernos por hijos, y nosotros nos mostraremos orgullosos de tenerle por Padre. Templos vivientes del Espíritu Santo, probemos al mundo que el Espíritu Santo habita en nosotros. Puesto que somos seres celestiales y espirituales, persegamos y obremos como seres celestiales y espirituales:

1. Sermo Dom., cap. 4.
2. Catena aurea in Luc., cap. XI.

ORACIÓN - 18

*Ut qui caelestes et spirituales esse caepimus, non nisi spiritualia et caelestia cogitemus et agamus!*¹

No es posible expresarse mejor. Pero, por desgracia, aunque las más legítimas posibles, estas conclusiones son poco conocidas. Dios es padre, ¡y qué padre! Decir con Tertuliano que ningún otro lo es tanto como él: *nemo tam pater, quam Deus*, no es decir lo suficiente, porque, aun en esto, hay cierta idea de comparación. Mas a este padre no le amáis, no le respetáis, no le obedecéis, quizás le ultrajáis, le blasfemáis, o bien, si no llegáis a estos excesos, le tratáis como a un extraño, y, con relación a él, no tenéis más que indiferencia y frialdad. ¡Ah, porque merecéis que os las dirija, pone en boca del Profeta estas palabras: Alimenté hijos, los crié, y me despreciaron; el buey conoce a su amo, y el asno el establo en que su amo le da de comer; pero Israel no me ha conocido, y mi pueblo se ha mostrado sin inteligencia²... Y vosotras, almas temerosas más de lo debido, y, para llamaros con vuestro nombre, almas escrupulosas, puesto que he llegado a las conclusiones prácticas, no quiero desperdiciar esta buena ocasión para dirigir os unas palabras reconfortantes: ¿Es posible que no hagáis un empleo más provechoso del *Padre Nuestro*? ¿Es posible que no sirváis a Dios amándole, o, lo que es lo mismo, que no le améis sirviéndole? Os veo siempre bajo la ley del Sinaí, *adhuc sub lege estis*: no sigáis ya bajo ella; vivís atrasados veinte siglos; no os inmovilicéis en ese retraso. Apresuraos a encontrar vuestra Compañía, la santa Compañía de los hijos de Dios. Esto es, para hablar sin figuras, basta ya de temor servil, de espantos injustificados, de opresión de corazón, que no aprovechan,

1. Apud CORNEL. A. LAP. in MATTHE., VI.
2. ISA., I, 3.

ni a Dios, a quien deshonran, ni a vosotros, a quienes fatigan y agotan; basta de esos juicios erróneos, de esos escudriñamientos de la conciencia, exagerados hasta el extremo de amenazar con herirla, y, si me atrevo a decirlo, de hacerla sangrar... Nuestro gran Bossuet os dirá la última palabra, y al propio tiempo que os la diga, la aceptaremos también nosotros:

Amemos a Dios, amemos a un Padre como él. Digamos mil y mil veces: Padre nuestro, Padre nuestro, Padre nuestro, ¿no os amaremos nunca? ¿No seremos nunca verdaderos hijos vuestros, enteramente penetrados de vuestra ternura paternal?...

1. *Méditations sur l'évangile.* 22º día.

ella al hijo por naturaleza: *Filiatio adoptionis est quædam similitudo filiationis naturalis*¹.

Mas esto dicho, resta añadir que, de estas dos palabras *Pater noster*, la segunda ha quedado demasiado en la sombra hasta aquí, por lo que es preciso sacarla a la luz por medio de una substancial explicación. Intentémoslo, y Dios nos ayude con su gracia.

Observación exactísima del Catecismo Romano es que, cuando oramos solos, lo que ocurre con mucha frecuencia, aun cuando sea, según palabras del Evangelio, en el rincón más solitario de nuestra morada, con las puertas cerradas², no decimos *Padre mío*, sino *Padre nuestro*, como si fuéramos varios. ¿Por qué?

A esta pregunta, daremos tres respuestas.

Primera: Decimos *Padre nuestro*, y no *Padre mío*, porque la Oración Dominical, habiendo sido hecha por Nuestro Señor Jesucristo en persona, y con un fin determinado, es decir para que fuera en adelante y en todas partes la oración común, universal, no es permitido a nadie quitarle este carácter. Cuando oréis en vuestro propio nombre, y en vuestra propia alma, libres sois de orar en hora buena como bien os plazca, de serviros de tal o cual fórmula privada, de decir, en singular, a ejemplo del rey David: Vos sois *mi Dios*³; vos sois la parte de *mi herencia*⁴; *mi carne y mis huesos* se han estremecido en vos⁵... Pero cuando decís la Oración Dominical, oración, lo repito, universal, nada podéis cambiar de ella; habéis de hacer uso de ella en plural: *Padre nuestro*.

Segunda: Decimos *Padre nuestro*, y no *Padre mío*, porque es caritativo proceder así, caritativo para los

LA ORACION DOMINICAL

SERMON TERCERO

Prámbulo

Padre nuestro

Cum Patrem invocamus singuli et nostrum appellamus, docemur ex dono ac jure divinæ adoptionis consequi necessarium, ut fratres sint fideles omnes et inter se fraternè amare debeant.

Catech. Rom.

Ya lo dijimos en la instrucción precedente: las dos primeras palabras de la Oración Dominical no son palabras únicamente de alabanzas, hábilmente dispuestas para lograr la benevolencia, sino que son verdaderas, y, por tanto, muy propias para excitar la confianza: Dios es nuestro Padre.

Lo es, porque nos creó, y de un modo enteramente distinto que al resto de los seres, esto es, con distinción.

Lo es, porque nos gobierna, no como un tirano a sus esclavos, ni siquiera como un amo a sus criados, sino como un padre a sus hijos, es decir, con respeto.

Lo es, porque nos adoptó, y nos hizo iguales, en cuanto es posible que lo seamos, al solo y único verdadero Hijo, su Verbo encarnado, Jesucristo; en efecto, es propio de la adopción asimilar al que es objeto de

1. S. THOM., 3 pars q. xxiii, art. 3 in corp.

2. MATH., vi, 6.

3. PSAL. xv, 2.

4. PSAL., xv, 5.

5. PSAL., lxxxiii, v.

otros y caritativo para nosotros mismos; es decir, si nos fijamos en ello, qué hacemos un acto doblemente útil, útil para el prójimo y para nosotros. Tal es la hermosa doctrina de san Juan Crisóstomo—cito textualmente,—que Dios escucha de buen grado al cristiano que ora, no sólo por él, sino también por otro. Orar por uno, la naturaleza nos impulsa a ello, más orar por otro, es un efecto de la gracia. Por necesidad ora uno por sí mismo, mas un movimiento de caridad fraternal hace que oremos por los otros. Ahora bien, añade, la oración es más agradable a Dios, y, por tanto, más provechosa a quien la hace, cuando procede de la caridad fraternal, que cuando viene únicamente de la necesidad: *Invicior est ea oratio quam fraterna caritas commendat, quam ea quae necessitate pronuntiat*¹. San Ambrosio llega al mismo resultado por otro camino: Jesucristo, dice, quiso que cada uno orase por todos, a fin de que todos orasen por cada uno. Ved lo que resulta de esto: orando por ti, la oración te aprovecha a ti; más orando al mismo tiempo por los otros, adquieres un derecho a las oraciones de todos los otros; recibes, pues, más que das: *Sic quisque non suas duntaxat, sed omnium preces luatur, sibiue adiciat: quod sane magnum est spirituale foenus et usura*².

Tercera: Decimos *Padre nuestro*, y no *Padre mío*, por un motivo de caridad enteramente pura y desinteresada, es decir, porque, aun en el caso de que no sacáramos ventaja alguna, tendríamos que orar por otro. ¿Habrá necesidad de demostrarlo largamente? ¿No somos todos hermanos, hermanos en Adán, en Jesucristo, en la Iglesia? Todos hermanos en Adán; sí, ciertamente, a despecho de la falsa ciencia, de cualquier

color que se tiñan, de cualquier nacionalidad que sean, cualquiera que sea su condición, pequeños o grandes, pobres o ricos, sabios o ignorantes, todos los hombres han nacido de la misma sangre, han salido de la misma cuna, y hágase lo que se haga, o dígame lo que diga, la última palabra de esta materia, será siempre la de san Pablo ante el Areópago: *Fecit ex uno omne genus hominum habitare super universam faciem terrae*¹. Todos hermanos en Jesucristo; es el lazo de fraternidad que se estrecha todavía. Sí, no nos cansaremos de repetir: Dios nos adoptó, Dios nos configuró a imagen de su Hijo², y nos hizo, en cuanto podíamos serlo, iguales a su Hijo. ¿Lo dudáis acaso? Pues ved con qué buena voluntad nos acoge, él, el solo y único verdadero Hijo por naturaleza, y nos trata como hermanos, como hermanos segundos, hechos tales por la adopción: *Id y decid a mis hermanos*³. Pero leed en el capítulo XXV de san Mateo hasta qué punto se solidariza con nosotros, hasta el extremo de considerar como hecho por él o contra él lo que se haya hecho por nosotros o contra nosotros⁴. ¿Qué digo? En el último día, el día del gran juicio, le elección de los unos, como la reprobación de los otros, se ordenará según esta misma solidaridad: serán elegidos o reprobados, según que se le haya alimentado o no, vestido o no, recibido o no, visitado o no, a él, al hermano primero, en la persona de su hermano adoptivo⁵. Finalmente, todos hermanos en la Iglesia, como hermanos son entre sí, aunque de funciones diferentes, y de desigual importancia, los

1. *Catech. Rom.*
2. Apud CORNEL A. LAP., in MATTH., c. VI.

1. ACT., XVII, 26.
2. ROM., VIII, 29.
3. MATTH., XXVIII, 10.
4. MATTH., XXV, 40 y 45.
5. *Ibid.*, 35 y sigs.

miembros del mismo cuerpo. La comparación es de las más exactas. Acordaos tan sólo, por un fácil esfuerzo de memoria, de lo que ya dijimos en aquella de nuestras instrucciones del Símbolo de los Apóstoles que tratan de la Comunión de los santos, esto es, que la Iglesia es un cuerpo, un cuerpo viviente, bien ordenado en todas sus partes, y por más de un concepto semejante al cuerpo humano, como lo afirma san Pablo en varios puntos de sus Epístolas; y que, por tanto, así como en el cuerpo humano, cada miembro, aunque tiene su función propia, no la ejerce para él solo, sino en provecho de todo el cuerpo, así también en la Iglesia nada se hace, ningún sacramento se administra, ninguna misa se celebra, ninguna oración se reza, sin que sirvan, no sólo al que recibe el sacramento, al que dice u oye la misa, al que reza la oración, al que hace la buena obra, sino también a la totalidad de los miembros que entran en la composición de este cuerpo. ¡Qué dulce y fecunda asociación aquella a la cual hacemos profesión de pertenecer, cada vez que decimos: Creo en la Comunión de los santos: *Credo sanctorum communionem*!

Y ahora, ¿podréis desconocer el sentido profundo de estas palabras: *Padre nuestro*? ¿Hay nada más claro y fácil de entender? Precisamente porque todos somos hermanos, hermanos en Adán, hermanos en Jesucristo, hermanos en la Iglesia, no decimos por nosotros solos la Oración Dominical, sino por todos los demás; ni invocamos por nosotros solos al Padre común, sino por todos los demás; ni pedimos por nosotros solos el pan de cada día, el perdón de las ofensas, sino para todos los demás, para todos los hermanos, para la comunidad toda entera. Las palabras de san Cipriano tienen aquí su lugar propio: Cuando oramos, no oramos por nosotros personalmente, ni siquiera por tal o cual, sino por

todo el pueblo cristiano: *Quando oramus, non pro uno, sed pro toto populo, oramus*¹.

Pero el asunto no está agotado. Orar por los otros, de caridad fraternal, pero no es toda la caridad fraternal. Hay que hacer esto, y no omitir aquello. *In hac tanta materia solutaris orationis, monere et hortari debet pauculus omnes omnis aetatis, generis, ordinis, ut communis huius fraternae necessitudinis memores, commiter et fraterne se gerant, neque se aliis alii praeferrant insolentius*: al tratar esta materia tan importante de la Oración Dominical, el pastor invitará y exhortará a todos sus oyentes, de cualquier edad, clase o condición que sean, a que tengan presente los lazos fraternales que los unen entre sí; a tratarse recíprocamente en todas cosas con caridad y como hermanos, y a no preferirse orgullosamente a cualquier otro... Ya veis, sobre todo por las últimas palabras, que en materia de paternidad, el Catecismo Romano no se limita a hablar tan sólo de la oración, sino que ensancha el cuadro; y no sólo lo ensancha, sino que lo llena, pues añade: Aunque existen entre los hombres diversos empleos, esta diversidad no debe en modo alguno destruir entre ellos las relaciones de buena inteligencia. Supongamos un hombre en posesión de la riqueza; si ha recibido la fe de Jesucristo, ¿no es hermano de todos los que la profesan como él? Sí, sin duda alguna. Mas ¿por qué? Porque no hay un Dios diferente para los ricos y otro para los pobres, para los reyes y para los súbditos. Todos recibieron la vida del mismo Padre, que es el Señor de todos. En el orden espiritual la nobleza, la dignidad y la ilustración son las mismas para todos los hombres, porque todos fueron regenerados por el mismo Espíritu, y se convirtieron, por el mismo Sacra-

1. S. Cy. De oratione dominica.

mento de la fe en Hijos de Dios y coherederos de Jesucristo. No hay un Dios redentor para los poderosos, y otro para los humildes. Todos participan de los mismos sacramentos y esperan en herencia el mismo reino celestial. Todos somos hermanos, y como dice el Apóstol, escribiendo a los de Efeso: *Somos miembros del cuerpo de Jesucristo, formados de su carne y de sus huesos*¹; y en su Epístola a los Galatas: *Todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo; todos los que fueron bautizados, fueron revestidos de Jesucristo. Ya no hay ni griego, ni judío, ni esclavo, ni hombre libre, ni hombre ni mujer: todos sois una misma cosa en Jesucristo: omnes enim vos unum estis in Christo Jesu*².

¡Ah, qué hermosa doctrina! ¿Por qué no ha de ser mejor entendida y sobre todo más seguida? Si todos somos de la misma familia, todos miembros del mismo cuerpo, todos hermanos, ¿por qué no tratarnos como hermanos? ¿A qué esas rivalidades, esos celos llenos de cólera, esas excitaciones al odio por el escrito, por la palabra, esas querrelas envenenadas de hombre a hombre, de clase a clase, de partido a partido, siempre dispuestas a sumir el cuerpo social actual en una perturbación tal que ninguna otra hasta aquí fué más desastrosa? ¡Ah, volvamos, que ya es hora, a nuestros orígenes, a aquella feliz época del Cristianismo en que los primeros creyentes, ya numerosos, no tenían más que un cuerpo y un alma: *Erāt multitudinis credentium cor unum et anima una*³. Hagamos revivir en el seno de nuestro mundo moderno, que tanto las ha olvidado, las santas leyes del Evangelio: en los inferiores con relación a los superiores, la ley del respeto y de la su-

1. EPH., V, 30.
2. GAL., III, 26.
3. ACT., IV, 32.

misión, *obedite praepositis vestris*¹, porque soñar con borrar todas las distinciones, toda la jerarquía de los poderes, es pura quimera; tanto valdría que el pie se quejara de no ser el brazo, y el brazo de no ser la cabeza²; en los superiores con relación a los inferiores, la ley del sacrificio y de la abnegación, *quicumque voluerit inter vos majorem fieri, sit vester minister*³, porque, si bien el mundo tiene sobre esto ideas diferentes, la autoridad es una servidumbre, y a los que la ejercen sobre los otros, los cuales, en definitiva, son sus hermanos, gñtales Bossuet con su autorizada voz⁴: Sea por amor de ellos, no por amor de vosotros, para su bien, no para llenaros de un vano honor. En todos, por fin, indistintamente, cualquiera que sea la clase o la condición, sea ésta el más elevado y aquélla la más humilde, reine la ley de la caridad y del mutuo amor; también es el Maestro el que lo dice: *Un nuevo mandamiento os doy, y es que os améis los unos a los otros como yo os he amado; el mundo conocerá que sois mis discípulos si os amáis los unos a los otros*⁵.

El hecho siguiente, tomado de buena fuente, pondrá fin a esta instrucción.

Remontando en cuatro siglos el curso de las edades, al leer lo que ocurría entonces en un pequeño rincón de Europa, nos encontramos con este hecho por siempre jamás memorable. En la víspera de luchas fratricidas, que amenazaban con romper, quizás para siempre, los lazos de una Confederación hasta entonces próspera, un santo personaje pacificó los espíritus, e hizo de su pueblo un nuevo pueblo de hermanos, sólo

1. HER., XIII, 15, 16.
2. I Cor., XII, 15, 16.
3. MATTH., XX, 26.
4. Médit. Último sermón 58° días.
5. JOANN., XIII, 34, 35.

con estas palabras: *Amos los unos a los otros...* Y cuando hubo pronunciado estas palabras, a las que va unida una gracia divina; o mejor, cuando hubo acabado su discurso, que de un extremo a otro no fué otra cosa que el comentario de ellas, prodújose un movimiento general, una alegría indescriptible; echáronse a vuelo las campanas, cantóse el himno de la unión reconquistada... la historia nada ofrece igual a aquel concierto de júbilo propagándose de un extremo a otro, a lo largo de los lagos y de los valles, por ciudades y aldeas, por toda Suiza, en fin, desde las cimas cubiertas de nieve del San Gotardo, a las rientes llanuras de Turgovia¹.

Esta historia, en cuanto a su primera parte, es la nuestra, pero con la única diferencia, diferencia grande, lo confeso, de que hoy la lucha es mucho más viva, y menos restringida. ¿No lo será también en cuanto a la segunda? No será porque nos falten ni las palabras pacificadoras, ni tampoco el pacificador. Las palabras pacificadoras son siempre las mismas: *Amos los unos a los otros*. El pacificador, lo tenemos, mejor aún y más autorizado, que el humilde ermitaño de Ranft, es nuestro gran papa León XIII, repitiendo sin cesar en sus Encíclicas al mundo entero, en sus Cartas, menos solemnes que sus Encíclicas, en sus conversaciones más particulares aún, las palabras de concordia y de

1. El hecho de la pacificación de los Cantones suizos por san Nicolás de Flüe, lo explica con extensión el historiador RCHRBACHER, lib. 83, p. 366 y sigs. del tomo XXII, ed. en 8.º.— Hay más aún: este episodio, de tal modo formó parte desde entonces de la historia nacional helvética, que periódicamente se renueva su recuerdo con festejos públicos. Hace algunos años, en 1887, todos los Cantones sin distinción de cultos, celebraron el 400.º aniversario del nacimiento del santo ermitaño (Véase *l'Univers* de 4 enero de 1894).

unión, repitiendo simultánea o sucesivamente, pero siempre a todos, a los grandes y a los pequeños, a los ricos y a los pobres, a los patronos y a los obreros, a los soberanos y a los súbditos: *Amos los unos a los otros*.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON CUARTO

Préambulo

Que estés en los cielos

*Ergo, ut excitaret hominum animos
Deus ad contemplandam infinitam suam
potestatem ac maiestatem, quae maxi-
me elucet in opere coelorum, se in
divinis Scripturis habere testatur in
coelis.*

Catech. Rom.

Hasta aquí no hemos explicado más que las dos primeras palabras de la Oración Dominical, pero el camino recorrido es ya largo.

Llamamos a Dios *Padre nuestro*, porque, en efecto lo es, y por tres razones: Porque nos creó, porque nos gobierna, porque hizo de nosotros sus hijos adoptivos.

Decimos *Padre nuestro*, y no *Padre mío*, aun cuando oramos por nosotros en particular, porque todos somos hermanos en la Iglesia, y porque, en razón de este triple lazo de paternidad, debemos, no sólo orar los unos por los otros, sino también, ampliando el cuadro, amarnos, auxiliarnos, tratarnos recíprocamente con caridad y como hermanos, sin que nadie intente preferirse orgullosamente a cualquier otro que sea. Esta conclusión del Catecismo Romano la encontramos bajo

la pluma magistral de san Agustín: *Admonentur hic divites, vel genere nobiles secundum saeculum, cum christianum facti fuerint, non superbe adversus pauperes et ignobiles quoniam simul dicunt Deo: Pater Noster; quod non possunt vere et pie dicere, nisi se fratres esse cognoscant*¹: Sepan los ricos y los pobres que son de elevada extracción, según el mundo, que desde el día en que fueron hechos cristianos, toda arrogancia les está prohibida con relación a los pobres y al pueblo humilde, ya que todos, de cualquier condición que sean, se dirigen al mismo Dios y le llaman *Padre nuestro*; palabras que no pueden, en realidad pronunciar más que reconociéndose como hermanos.

Pero sigamos. Ese Dios, ya conocido, padre de todos los hombres, ¿en dónde reside? ¿a dónde ha de ir a buscarlo nuestra oración? A esta pregunta nos proponemos contestar. Dios nos ayude con su gracia.

Aunque ya lo hemos dicho, y con bastante extensión en otra parte, el asunto exige que lo repitamos aquí, sumariamente por lo menos: Dios está en todas partes. No hay lugar alguno en el cielo ni en la tierra en que no esté presente. Pero no imaginéis nada material, nada corpóreo, nada divisible, nada que se parezca a una extensión cualquiera, y responde a tal o cual espacio. Dios no es mensurable, Dios no está parte aquí, y parte allá. Ser soberano, Ser absoluto, Ser infinito, Ser que no es más que ser, Dios es inmenso como es eterno; está todo entero en todo lugar, sin quedar circunscrito por ningún lugar; y así como su eternidad es extraña a toda sucesión, y no se desarrolla por partes, así también su inmensidad es extraña a toda extensión, y no está dividida por el espacio².

1. *De serm. Dom. in monte lib. II cap. IV.*
2. Véanse nuestros sermones sobre el Símbolo de los Apóstoles, 3.º sermón.

Pero la cuestión no está resuelta, y aun se complica. Porque si Dios está en todas partes, y en todas partes todo entero, ¿cómo se comprende que en muchos puntos empleen las Escrituras una forma de lenguaje tal, que se vea uno inclinado a creer que el cielo es la única o casi la única morada de Dios? Recorredlas: Dios habita en el cielo, y a cubierto de los ataques de los malos, se rie de sus tramas insensatas: *Qui habitat in caelis iridebit eos*¹. En el cielo colocó Dios su trono, y desde él se extiende su dominación sobre el universo entero: *Domini in caelo paravit sedem suam, et regnum ipsius omnibus dominabitur*². En ese trono, en el cielo, san Juan, arrobado en espíritu, vió sentado a Dios, y en torno de ese trono había un arco iris semejante a una esmeralda: *Fui in spiritu et ecce sedes posita erat in caelo, et supra sedem sedens... et vis erat in circumdata sedis, similis visioni smaragdinae*³. Finalmente, y sin apartarnos ya del asunto, el Padre a quien Nuestro Señor nos enseña a orar, reside en el cielo; luego al cielo donde reside, debe dirigirse nuestra oración: *Pater noster, qui es in caelis*... No nos conmovamos por tan pequeña objeción. Entre esta verdad teológica, de absoluta certeza, a saber, que Dios está en todas partes por su esencia misma, y los modos de hablar de la Escritura que lo hacen habitar en el cielo, la contradicción no es más que aparente. Abundan las razones que lo demuestran claramente.

La primera, sacada de san Agustín, dice que, experimentando el hombre una dificultad extrema en concebir a Dios de otro modo que corpóreamente, las Escrituras, amoldándose a su debilidad, permiten que se

1. Psal., II.
2. Psal., CI.
3. Apoc., cap. IV.

lo imagine semejante a él, hombre como él, aunque mucho más grande que él, una especie de rey magnífico, que posee, entre otras ventajas sobre los reyes de la tierra, la de tener el cielo por residencia real, y como capital de un vasto imperio¹. ¿No es esta la mejor razón que puede darse de ese hecho universal, constante, que todo hombre que ora, así sea el más sítíl de los filósofos, o el más ejercitado de los teólogos, dirija siempre su pensamiento, y a menudo su ademán, o su mirada, al cielo, y exclame como David, o en términos equivalentes: *Ad te levavi oculos meos, qui habitas in caelis*²? Alcé mis ojos hacia ti, Señor, que habitas en los cielos.

La segunda, proporcionada por el Catecismo Romano, que a su vez la toma del Doctor Angélico, santo Tomás, añade que si, a la verdad, Dios creó como juzgando todos los seres que pueblan el mundo, y el mundo mismo, y que, según frase de san Agustín, no le cuesta más hacer un ángel que un gusano, ello no obstante, en el orden de las cosas que caen bajo nuestros sentidos, nada hay tan hermoso, ni tan grande, ni tan bien hecho, para darnos una idea penetrante de la omnipotencia divina, como el cielo, y hablo aquí del cielo que vemos, *caeli corporei*, del sol, de la luna, de todo el firmamento estrellado: ¡Qué página la de las Escrituras, en la cual, interpeando Dios a Job su servidor, le dice: Ciñe tus riñones, y respóndeme: ¿Dónde estabas cuando yo eché los cimientos de la tierra? ¿Sabes tú quién tiró sus medidas? ¿Qué apoyos tienen

1. *Convenit etiam mut omnium sensibus et parvulorum et magnorum bene sentiatur de Deo: et ideo qui nondum possunt aliquid incorporeum cogitare, tolerabilior est illorum opinio, si Deum in coelo potius esse credant quam in terra.* S. AUGUST. *De serm. Dom. in monte*, cap. V.

2. Psal. CXXII.

sus bases, o quién asentó su piedra angular? ¿En dónde estabais tú cuando me alababan los nacientes astros, y prorrumpían en voces de júbilo todos los hijos de Dios? ¿Das tú acaso órdenes a la estrella polar, y asignas su puesto a la aurora? ¿Conoces el orden y movimiento del cielo, y podrías explicar sus resortes? ¿Eres tú el que habla a las nubes, y les ordenas que envíen sus aguas a la tierra? ¿Haces tú brotar los relámpagos? ¿Parten ellos a la señal de tu mano, y al volver te dicen: Hemos aquí! Pero, me diréis, os apartáis del asunto. No lo creáis; estoy dentro del asunto. Tener la idea más elevada del poder de Aquel a quien dirigimos la oración, ¿importa poco al que ora? Dos cosas son necesarias a todo suplicante: estar convencido de la bondad de corazón, con relación a él, de aquel a quien se ora, y no dudar de su poder; en otros términos: creer firmemente que en Aquel a quien se dirige es bastante misericordioso para querer que obtenga el bien, y bastante poderoso para hacérselo. ¿Veis como estamos en el fondo del asunto? ¿Hace otra cosa el preámbulo de la Oración Dominical—pues todavía estamos en el preámbulo,—con las pocas palabras de que se compone, que infundir confianza al que ora, poniendo de relieve la bondad y el poder de Aquel a quien ora? Su bondad: es padre, *Pater noster*, y esto es decirlo todo; su poder: está en los cielos, *quí es in coelis*; también es decirlo todo. Padre: quiere para nosotros todo el bien posible; Padre que estás en los cielos, Señor, Dueño, a quien nada resiste, ni nada falta; puede hacernos todo el bien posible. Igualando su bondad a su poder, e inspirándose su poder en su bondad, ¿qué no podemos esperar?, dice santo Tomás de quien hemos tomado toda esta admirable doctrina: *Inter caetera oram-*

1. JOH., cap. xxxviii.

hi necessaria, fiducia plurimum valet. Unde Dominus orare docens ea praemittit ex quibus fiducia generetur; scilicet ex benignitate patris: unde Pater noster dicit; et ex magnitudine potestatis: unde dicit Quis es in caelis.

Pero sigamos. A las dos razones precedentes, podemos añadir otras dos.

Sí, oh Dios mío, sois el Ser de los seres, el Infinito, el Todopoderoso, el que, con una palabra, o mejor, con un solo acto de su voluntad, sacasteis el cielo de la nada, y la tierra, y todo lo que contiene. Admiro la obra, pero no veo al Obrero. Sí, oh Dios mío, estáis en todas partes, sin división, ni partición; lo llenáis todo con vuestra presencia simultánea, lo contenéis todo en vuestra inmensidad, que por nada está circunscrita. Para emplear el lenguaje del gran Apóstol, en vos vivimos, nos movemos y somos²; pero, aunque os busco y me extiendo para encontraros, *quaerere te, si forte attraherem te*³, lo digo de nuevo y con dolor: no os veo. ¿Jamas os veré? ¡Ah! lejos de mi tan desoladora idea. Sé que, por encima de los cielos que vemos, hay otros que no vemos; cielos en los cuales, rigurosamente hablando, Dios, rey inmortal de los cielos, tiene su Corte; cielos en los cuales muéstrase él y se da, en cuanto pueden verlo y poseerlo, a sus Angeles, Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Principados, Potencias, Virtudes; a sus Santos, Patriarcas, Profetas, a todos los justos de la Antigua Ley; a los Apóstoles, Mártires, Confesores, Vírgenes, a todos los justos de la

1. S. THOM. Opuscul. v.—CORNELIUS. A. LAP. dice también: Primo, haec vox *quí es in coelis* significat summam Dei potentiam et dominium ut omnia quae petimus praestare possit et velit tanquam *Pater noster*, uti optimus, sic et maximus. In MARTIN., c. vi.

2. ACT., xvii, 28.

3. ACT., xvii, 28.

Nueva Ley... Pues bien, a ese Cielo de los cielos espero ir algún día, y entre esa sociedad de elegidos, espero ser contado. Si hablo en nombre propio, ya sabéis, cristianos, que es un modo de decir. Vosotros tenéis las mismas esperanzas que yo; hacéis los mismos cálculos que yo. ¿Por ventura, vosotros y yo, somos temerarios? No, ciertamente. Dios es nuestro Padre, *Pater noster*; Dios Nuestro Padre está en el cielo, como en su bien propio, *Pater noster, qui es in caelis*. ¿Qué más? Donde está el padre, está la patria; donde está el padre, está la herencia. El cielo es, pues, nuestra patria y nuestra herencia. Si la toma de posesión se difiere, el derecho no es discutible. El cielo es una propiedad familiar¹... Las pocas palabras que sirven de preámbulo a la Divina Oración: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, autorizan todas estas deducciones, y nos dan todas estas esperanzas.

Pero todavía hallamos aquí otra enseñanza; es la última, y de carácter enteramente moral. Siendo como somos hijos del Padre que está en los cielos, no debemos languidecer en la tierra, ni arrastrarnos por ella, ni menos estancarnos. ¡*Arriba los corazones!* ¿En qué

1. Apud eosdem. Per hoc *qui es in caelis* excitatur nostrum desiderium ad coelestia, Tendere enim debet illud desiderium nostrum ubi Patrem habemus, quia illic est hereditas nostra. S. THOM. Comment. in MATTH. c. VI.—Secundo, significat haec vox *qui es in caelis* haereditatem nostram quam ex filiatione a Deo Patre speramus esse coelestem, non terrenam. CORNEL. A. LAP. in MATTH. VI. Et subiungit: Tertio, monet ut orans mentem transferat a terrenis ad coelestia, ubi Deus ostendit gloriam suam Angelis et Beatis.—Bossuet dice también: Herederos de Dios y coherederos de Jesucristo, tendremos la misma herencia, el mismo reino, nos sentiremos en su trono, tendremos parte en su gloria, seremos felices en él, con él, y por él, y por eso exclamamos: *Padre nuestro que estás en los cielos*, a fin de entender bien a donde nos llama. *Medit.* 23.

tiempo mejor que en el nuestro fué tan necesario lanzar este grito? Un publicista de la primera mitad del siglo XIX, y no de los menores, escribía: Preciso es que los legisladores de nuestras modernas sociedades, demasiado propicios a materializarse, así como todos los hombres honrados e ilustrados que lo habitan, se apliquen sin descanso a levantar las almas y tenerlas enderezadas hacia el cielo. Necesario es que todos los que se preocupan por lo por venir, se unan, y hagan continuos esfuerzos para difundir en el seno de esas sociedades el gusto de lo infinito, el sentimiento de lo grande, y el amor de los placeres inmateriales¹... Esto está muy bien dicho, preciso es reconocerlo, pero también decían los antiguos filósofos, *de virtutibus et virtutis subtilia multa tractantes, dividentes, definiētes, rationationes acutissimas concludentes, libros implentes, suam sapientiam buccis crepantibus venturantes*. ¿Qué almas han levantado de tierra y elevado hacia el cielo? Ninguna. Ni siquiera la suya propia. ¿Por qué? San Agustín, a quien continuó citando, va a decirnoslo. Caían a la vez de palanca y de punto de apoyo, como actualmente carecen tantos hombres, para las aspiraciones generosas, pero fuertemente estériles. En efecto, no basta decir a alguno que viva bien, si no se le da al mismo tiempo la seguridad de vivir siempre. El que no tiene ni la certeza, ni la fundada esperanza de vivir siempre, ¿de qué le sirve vivir bien: *Ad hoc enim debet unicuique prodesse bene vivere, ut detur illi semper vivere: num cui non datur semper vivere, quid prodest bene vivere?* He ahí precisamente lo que ha tachado, y tachará siempre, de impotencia todos los esfuerzos en esta materia: se hacen en el vacío. Se quiere persuadir a los hombres que vivan bien, sin propor-

1. DE TOCQUEVILLE.

cionaries aquello para lo cual deben vivir bien: *Quaerunt ergo plerumque tales homines etiam persuadere hominibus, ut bene vivant, et christianam non sint*¹. ¡Ah, cristianos, cuánto mejor es nuestra condición! Se nos dice que vivamos bien, se nos dice en cada página del Evangelio; pero se nos dicen también los motivos de hacerlo, y al propio tiempo, se nos dan los auxilios de que tenemos necesidad para vivir bien. Se llevan nuestras almas hacia el cielo: *Buscad primeramente el reino de Dios y de su justicia*², nos dice el Maestro... *Buscad, no lo de aquí abajo, sino lo de arriba, gustad, no las cosas de la tierra, sino las del cielo*³, repite el Discípulo hablando en nombre del Maestro. Pero se las tiene elevadas hacia el cielo por la fundada esperanza, y aun por la certeza de poseer un día ese reino, de gustar un día, y gustarlas en su fuente, esas cosas del cielo, si sabemos mantener el estado en que nos ha colocado la adopción divina: *Pater noster, qui es in coelis*.

¡Oh Padre nuestro, que estás en los cielos, a punto estamos ahora para dirigirnos todas nuestras peticiones peticiones que quizás tienen por objeto menos vuestra gloria que nuestra felicidad.

1. S. AUGUST. Tract. 45 in JOANN. et Brev. Rom. feria tertia Pentecostes, lect. I et II.
2. MARTIN, VI, 33.
3. CORINTH., III, 1.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON QUINTO

Primera petición

Sanificado sea tu nombre

Quid a Deo petendum, quove ordine id agendum sit, Magister ipse ac Dominus omnium docuit et imperavit. Catech. Rom.

Lo dijo el Espíritu Santo: Antes de orar, preparad vuestra alma: *Ante orationem praepara animum tuum*¹. Ahora bien, estas palabras, que ya conocíamos por haberlas meditado en el curso de nuestras instrucciones, sobre la oración en general, ¿no encuentran aquí una de sus aplicaciones? El comentario detallado de las palabras que constituyen el prefacio: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, ¿no es una preparación a lo que va a seguir? De la introducción a las peticiones, pasamos, pues, a las peticiones mismas. Son siete. Las primeras se refieren a Dios, lo cual es de justicia. En efecto, no siendo la oración más que expresión y manifestación de nuestros votos y deseos, la razón quiere que pidamos las cosas según el orden en que son deseables. Las otras se refieren a nuestras necesidades. De las que miran

1. ECL., XVIII, 23.

a Dios he aquí la primera: Santificado sea tu nombre: *Sanctificetur nomen tuum*. Vamos a explicarla. Dios nos ayude con su gracia.

Antes de entrar en el asunto, o mejor dicho, para entrar en él con más seguridad y acierto, haremos dos importantes observaciones.

Primera: Propiamente hablando, y considerado en sí mismo, Dios no tiene nombre, Dios es innominado. No hay nombre alguno en ningún idioma que baste para definirlo. Por consiguiente, el nombre Dios, siempre que lo encontramos en la Escritura, y sobre todo en la Oración Dominical, no es Dios según todo lo que es, sino tan solo, y esto ya es mucho, según lo que de él sabemos, lo que conocemos de su ser, de sus perfecciones, de sus obras, ya por la razón natural, ya por la revelación directa que él mismo nos ha hecho de sí mismo. En otros términos y con más brevedad, el nombre Dios es Dios en cuanto manifestado a sus criaturas¹.

Segunda: La palabra *santificado* tiene un sentido diferente según el objeto, personas o cosas que se tienen a la vista. A nosotros, por ejemplo, se nos dice *santificados*, cuando nos hacemos mejores que éramos, más perfectos que antes, más santos que anteriormente. ¿Podemos decirlo de Dios en el mismo sentido, de Dios, la bondad misma, la justicia misma, la sabiduría misma, la santidad misma; de Dios, calificado, como lo ha sido por una feliz redundancia de palabras, y agotando todos los recursos del lenguaje: *Una infinidad de veces infinitamente infinita en sus perfecciones infinitas*? Ciertamente que no. Pero si Dios no puede crecer en sí mismo, ¿no puede crecer en nosotros, por un

1. Le P. COLEGE, *Sermon sur la montagne*, t. II, p. 293. Traducción del inglés Edic. Lethelloux.

conocimiento mayor que de él tengamos, por un amor más vivo que le consagremos, por un servicio más asiduo y más religioso que hagamos cerca de Su Divina Majestad. Por tanto, y esta es la conclusión de san Juan Crisóstomo: por el nombre Dios, y mejor, por Dios mismo, porque su nombre es él mismo, ser santificado, es ser glorificado: *Sanctificetur idem est quod glorificetur*¹. Lo mismo enseña san Agustín: Pedir que Dios sea santo, no es pedir que lo sea, como si ya no lo fuera, sino que sea tenido por santo y de tal modo estimado como tal por los hombres que no vean nada más santo, ni nada teman ofender tanto como a él: *Quod—sanctificetur nomen tuum—non sic petitur quasi non sit sanctum nomen Dei, sed ut sanctum habeatur ab hominibus id est, ita illis innotescat Deus, ut non existiment aliquid sanctius, quod magis offendere timeant*².

Sentadas estas nociones preliminares, empezaréis ya a entender, si es que ya no lo entendéis del todo, lo que significa esta primera petición de la Oración Dominical: *Sanctificado sea tu nombre*.

Primeramente, deseamos, por modo general, que Dios sea alabado, honrado, glorificado por todas las obras que ha hecho, por los ángeles, los hombres, los seres de orden inferior, finalmente, por el universo entero. Así es como lo entienden las Sagradas Escrituras. Ojeadlas, reconocedlas, leed sobre todo el admirable capítulo III de Daniel, mejor aún, cantadlo, pues es un himno: Criaturas del Señor, bendicid al Señor... Angeles... cielos... aguas... sol, luna, estrellas, toda la milicia del firmamento... brisas ligeras y vientos impetuosos... calores del estío y fríos del invierno... noches

1. Catena aurea, in VI, MATTH.

2. De serm. Dom. in monte, V.

y días... tinieblas y luz, nubes y relámpagos... montañas y colinas, mares y ríos... vivientes del aire, de la tierra y de las aguas... y vosotros también, hijos de los hombres según la naturaleza... y vosotros también hijos de Israel, según la ley... y vosotros sobre todo, sacerdotes del Altísimo, espíritus y almas de los justos, santos y humildes de corazón... vosotras todas, en fin, obras del Señor, alabad, bendecid, exaltad, glorificad al Señor por los siglos de los siglos: *Benedicite omnia opera Domini Domino; laudate et superexaltate eum in saecula*¹.

Descanamos luego, restringiéndonos tan sólo a los hombres, que conozcan a este único y verdadero Dios, que le amen y le sirvan en esa cualidad de único y verdadero Dios: todos sin excepción, pueblos y grupos de pueblos, *laudate Dominum omnes gentes, laudate eum omnes populi*; los reyes, los príncipes y los que administran justicia, *reges et principes es iudices terrae*; y no menos que éstos, los jóvenes, las doncellas, los ancianos, los adolescentes, los niños mismos, *iuvenes et virgines, senes cum junioribus*: alaben unánimemente al Señor, porque sólo él merece la alabanza: *laudent nomen Domini, quia exaltatum est nomen ejus solus*... Pero ¿cómo y por qué procedimiento conocerle según debe ser conocido, este único y verdadero Dios? ¿Cómo y por qué procedimiento amarle y servirle por modo seguro y autorizado? ¡Ah! así es como el *sanctificetur nomen tuum* adquiere un sentido más claro, más preciso, más determinado. Somos hombres, y más que hombres, somos cristianos; somos cristianos, y más que cristianos, somos católicos, esto es, miembros de una sociedad religiosa, la única que es una, santa, ca-

1. DANIEL, cap. III.
2. PSAL. CXLVIII.

tólica, apostólica, la única, por tanto, que, siendo la verdadera Iglesia de Jesucristo, la verdadera esposa de Jesucristo, la verdadera madre de los cristianos, puede hacer verdaderos adoradores del verdadero Dios. Desde este momento estamos en condiciones de comprender lo que quieren decir estas palabras: *Sanctificado sea tu nombre*, y de medir su trascendencia. Pedimos que esta Iglesia, la única y verdadera Iglesia de Jesucristo, reine como soberana, ya que por virtud de ella sola es conocido, amado y servido como debe serlo. Pedimos que sean recibidas sus doctrinas, y obedecidos sus mandamientos, y frecuentados sus sacramentos, y observadas sus prácticas, y protegido su culto, y honrada su jerarquía, y respetadas sus inmunidades. Finalmente, pedimos, que se difunda por todas partes, que no retroceda en parte alguna, es decir que permanezca en donde está; que penetre y se implante en donde no está; hasta el día en que, convirtiéndose en universal su imperio, sea verdadero decir: Desde el orto del sol a su ocaso, grande es el nombre del Señor y celebrado entre las gentes: *Ab ortu solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus*¹.

Mas, por desgracia, nos parece que estamos muy lejos de esta era evangélica, cantada de antemano por

1. МАЛАХІ, I, II.—Hemos traducido, no en cuanto a la letra, sino en cuanto a la idea general, el bello párrafo del Catecismo Romano: *Quod autem maxime res continet in hac petitione, illud est ut omnes agnoscant et venerentur sanctissimum Jesu Christi sponsum et parentem nostram Ecclesiam in qua una est fons ille amplissimus atque perpetuus ad eligendas et expandendas omnes peccatorum sorde, unde hauriuntur universa salutis et sanctificationis sacramenta, quibus quasi coelestibus quibusdam fistulis in nos a Deo ille sanctitatis ros et liquor effunditur; ad quam solam et ad eos quos suo sinu et gremio complexa est, pertinet divini illius imploratio nominis, quo unum sub coelo datum est hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.*

los Profetas. ¡Cuánto tarda esta glorificación del nombre de Dios en el mundo entero, por medio de la Iglesia, por sus enseñanzas y su culto, únicos verdaderos! ¡Cuántos infieles sentados todavía en la sombra de la muerte! ¡Cuántos herejes obstinados en sus errores! ¡Cuántos cismáticos, ovejas salidas del retil y obstinadas en no volver a él! El protestantismo se altera transformándose, pero no muere. La Iglesia griega, antes tan fecunda, rama separada y estéril hace ya mucho tiempo, ha cerrado hasta aquí los oídos a las invitaciones para que vuelva. El musulmán es refractario y despreciador. El judío, siempre decidida, no da señales de lavar sus manos tintas en sangre, y entre los mismos católicos, ¡cuántos lo son únicamente por el bautismo! ¡Cuánta tibieza e indiferencia! ¡Cuántos pecadores endurecidos y escandalosos! ¿Habrà que omitir a esos sabios, o que se llaman tales, que oponen las ciencias naturales a la revelación, las causas segundas a la causa primera, es decir, Dios a Dios mismo, y para negarlo mejor, se sirven de sus propias obras? Por ventura ¿no es de ellos, y con mayor razón que de los filósofos paganos, pues son mucho más culpables que éstos, de quienes dijo san Pablo en su enérgico lenguaje, que retienen cautiva la verdad, porque, conociendo de Dios y de sus perfecciones invisibles lo que puede conocerse por medio de las cosas visibles, que están enteramente impregnadas de ellas, en vez de

1. Generalmente, todo papa, en el momento de su elección, o después, en tiempo oportuno, hace un llamamiento a las sectas desidentes. Pío IX lo hizo desde el primer año de su pontificado, y lo renovó con ocasión del Concilio Vaticano, por Letras Apostólicas dirigidas, el 8 de septiembre de 1868, a los obispos cismáticos de Oriente, y, el 13 del mismo mes, a los protestantes. A la hora en que estas líneas escribimos, todo el mundo lee y admira la Encíclica de León XIII. *Præclara...* con el mismo objeto.

glorificarle y darle gracias, se extraviaban en sus vanos razonamientos, y su corazón insensato está lleno de tinieblas?... Tras un cuadro como este, ¿qué os diré, Dios mío? Todos esos millones de infieles, de herejes, de cismáticos, de protestantes, de judíos, de pecadores, de incrédulos, de impíos, puesto que no os honran, ni os glorifican, ni os *magnifican*, es decir, puesto que no os engrandecen... os disminuyen, os roban lo vuestro, quieren aniquilarlos. Oigo que se vanaglorian de ello. ¡Ah cristianos, no nos dejemos dominar por esta inquietud!

Hagan lo que hagan, cualesquiera que sean sus imprecaciones, sus maldiciones, sus blasfemias, sus empresas contra Dios, no pueden acabar con él. Dios es intangible. Si su gloria exterior, accidental, que saca de sus obras, es variable, y varía, en efecto, según los tiempos, los lugares y las circunstancias, su gloria interior, esencial, que saca de su ser propio, de sus perfecciones infinitas, permanece; nada puede añadirse a ella, nada puede sustraerse de ella. Esto es lo que dicen, con incomparable magnificencia de lenguaje, los dos más grandes doctores, uno de la Iglesia latina, san Agustín, y otro de la Iglesia griega, san Juan Crisóstomo.

San Agustín: Habiéndose quedado el Señor solo con sus Apóstoles, diéronle éstos: Señor, todos los que os seguían os han abandonado. Jesús respondió: Y vosotros, ¿queréis hacer lo mismo? Con estas palabras

1. Rom., I, 18-21. ¿No consistirá en esto una de las razones de los gemidos que san Pablo atribuye a la criatura material, esto es, que habiendo sido hecha para glorificar a Dios, a su manera, por mediación del hombre, el hombre la aparta, con demasiada frecuencia, de su fin, haciéndola servir a sus propio orgullo, *vanitati enim creatura subiecta est non volens*. Rom., cap. VIII.

dábales a entender que no tenía necesidad de ellos, sino que ellos la tenían de él. Cuando, pues, exhortamos a los hombres a hacerse cristianos, no penséis que haya en ello un motivo de preocupación o de espanto para Jesucristo, como si Jesucristo fuese más dichoso por que uno se haga cristiano. Por lo contrario, todas las ventajas redundan en beneficio de los que se convierten. Si resisten a la gracia, ningún mal resulta de ello a Jesucristo. Y añade después: Si os mantenéis apartados de Dios, vosotros sois los que perdéis; si os acercáis a Dios, vosotros sois los que ganáis, ora estéis lejos, ora estéis cerca de él, ya por él, ya contra él, os hacéis más grandes o más pequeños, según que estéis más cerca o más lejos, por él o contra él; en cuanto a Dios, es todo lo que es, sin que nada le añadáis, ni nada le quitéis; *Reficiens, si accesseris, deficiens, si recesseris. Integer manet te accedente, integer manet te recedente.*

San Juan Crisóstomo: Nadie puede, con sus desprecios, hacer a Dios despreciable, ni, con sus alabanzas, más ilustre de lo que es. El Señor es siempre inmutable en su gloria. Ni le aumentan las alabanzas, ni le disminuyen las blasfemias. Pero los hombres son los que pierden o ganan. Arrojad una piedra contra los astros, y caerá sobre vuestras cabezas, sin haberse acercado a las estrellas. Vomitad blasfemias contra Dios; de ellas no recibe el Eterno daño alguno. Es una espada que se vuelve contra vosotros y os traspasa. El que dice del sol que es un cuerpo luminoso, ninguna luz le añade, y el que lo apellida un cuerpo tenebroso, no le arrebató ninguno de sus rayos, no hace más que demostrar que está ciego. Lo mismo ocurre con el que glorifica a Dios, que con el que lo desprecia: el primero nada añade a Dios, pero prepara su propia felicidad; el se-

gundo nada quita a Dios, pero trabaja en su propia ruina¹.

Esto quiere decir, según las hermosas enseñanzas que acabamos de oír, que si Dios pide ser alabado, honrado, glorificado, es mucho menos por él que por nosotros; menos por él, que nada tiene que hacer con vuestros homenajes, que por nosotros, que ganamos mucho, en tributárselos; menos por él, que no puede ser más santo, pues es la santidad misma, que por nosotros, que jamás podremos serlo bastante.

Así, pues, santifiquémonos cumpliendo todos nuestros deberes para con su infinita majestad. Alabémosle, honrémosle, glorifiquémosle. Hagamos algo más y mejor: hagamos que, se le alabe, se le honre, se le glorifique. ¡Ah, si pudiéramos lograr que el mundo entero entrase en ese concierto de alabanzas, que todos los infieles oyesen la Buena Nueva, que todos los herejes abjuraran sus errores, que todos los desidentes volviesen a la

1. Hemos creído conveniente, sobre todo en nuestro tiempo, hacer estas citas, aunque largas. Mons. Landriot, de quien las hemos tomado, en parte por lo menos, dice: "Esta teología es utilísima para iluminar, consolar y afirmar nuestra fe y nuestra confianza. Oyendo hablar y viendo obrar a ciertos cristianos diríase que Dios es un rey constitucional cuyo trono puede ser conmovido por el capricho y las intrigas de sus súbditos. Parece que se procura reclutarle votos, como si se temiese por el porvenir de su poder, y cómo si su majestad peligrase." (Instruc. pastor. sobre la Oración Dominical).—En el mismo sentido se expresa un Teólogo notable, el cual había bebido también en las fuentes de la Tradición: Es realmente perder el trabajo, y aun equivale a estar loco imaginarse, como lo hacen algunos, que, al lanzar contra Dios maldiciones y blasfemias, se le molesta, se le disgusta, se vengan de él. Golpead con la cabeza una roca; vuestra cabeza padecerá, no la roca: Frustra insanire eos qui suis maledictis et blasphemis Deo nocere, nocerem inferre, et de illo se ulcisci putant. Qui culpam rupi illidit, non illam laedit, sed se ipsam perimit. Lessius, *de Perfectionibus moribusque divinis*. Lib. III, I.

unidad, que todos los pecadores se convirtiesen! Por lo menos, oh Dios mío, lo deseo con todo el ardor de mi alma. Mejor que lo he hecho hasta aquí, y con el sentimiento, en adelante el más vivo que sea posible, del honor que se os debe, diré: Padre nuestro, que estás en ta: de este deseo, bueno ya, porque vos sois el objeto de los cielos, santificado sea tu nombre... Pero esto no bas-él, pasará a la acción. Me habéis advertido que no debemos ser de los que dicen y no hacen¹. Obraré, pues, en la medida de mis fuerzas. Si no puedo llevar vuestro nombre a todas las partes del mundo, como el Apóstol, allí donde me encuentre, y por todos los medios a mi alcance, con el fervor de mi piedad, con la pureza de mis costumbres, con la santidad de mis obras, con la edificación de mis palabras, me esforzaré en hacer que os amen y bendigan... Vos, Señor Jesús, nos lo dijisteis y esto será mi ley: Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos: *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in coelis est*²...

1. MATTH., XXIII, 3.
2. MATTH., 16.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON SEXTO

Segunda petición

Venga a nos tu reino

Ut sit fidelium fructuosa petitio, aperient parochi quid sit quod his verbis: *Adveniat regnum tuum*, a Deo postulamus, praesertim cum vocabulum regni Dei multa significet: quorum declaratio et ad reliquam Scripturae intelligentiam non erit inutilis, et est ad hujus cognitionem loci necessaria. *Catech. Rom.*

Observación exactísima es del Catecismo Romano, que, para dirigir a Dios esta segunda petición de la Oración Dominical: *Venga a nos tu reino*, y hacerlo con fruto, es preciso conocer y pensar muy bien el objeto. ¿Cuál es, pues? ¿Cuál es ese reino de Dios cuyo advenimiento pedimos? A decir verdad, la cosa no es fácil, pues esta expresión *Reino de Dios* tiene numerosas significaciones: *cum vocabulum regni Dei multa significet*. Investiguemos, pues, y Dios nos ayude con su gracia.

El reino de Dios es, según las Escrituras, el soberano dominio de Dios sobre todas las criaturas, cualquiera que sea el orden a que pertenezcan, ya sean ángeles, ya hombres, ya seres inferiores: *Regnum tuum*,

*Domine, regnum omnium saeculorum; dominatio tua in omni generatione et progenie*¹. Pero ¿se trata aquí de ese reino? ¿Puede ser concebido Dios de otra manera que como rey? ¿No forma la soberanía parte esencial de su ser, el cual es inmutable y fuera de todo alcance? Aunque todos los hombres se rebelaran contra Dios, ¿evitarían por ello su poder? Por lo contrario; como Jeremías situado en Jerusalén, y obligado a permanecer allí, ¿no encontrarían cerradas con gruesas piedras y guarnecidas de fuertes todas las salidas por donde intentarían huir: *Circumaeificavit adversum me ut non egrediar... conclusit vias meas lapidibus quadris?*² No, así entendido el reino de Dios, no podría ser el objeto de nuestros votos; es y será; es el reino de necesidad, por el cual, o contra el cual, nada podemos. Preciso nos es, pues, buscar otro sentido a la segunda petición de la Oración Dominical.

El reino de Dios. Dan este nombre las Escrituras al reino que el Salvador, tantas veces anunciado a los Patriarcas, predicho por los Profetas, y tan impacientemente esperado durante larga serie de siglos, debía fundar, esto es, la Iglesia. De la Iglesia, reino, que debía fundar, en la plenitud de los siglos, Jesucristo, que tal será el nombre del divino Prometido, y en previsión de su extensión futura, dice Isaías: Tú, estéril hasta ahora, toma un sitio más espacioso para tus tienditas, y extiende cuanto puedas las pieles de tus pabellones, alarga tus cuerdas y afianza más tus estacas, porque te extenderás a la derecha y a la izquierda, y tu prole señoreará las naciones, y poblará las ciudades desiertas, y no tendrás otro Señor y Rey que el que te

hizo¹. De la iglesia, reino en vísperas de ser fundado por Jesucristo, y a fin de preparar los hombres para que entren sin tardanza en él, dice el santo Precursor: Haced penitencia, porque el reino de Dios se acerca². Finalmente, a la Iglesia, reino fundado ahora, y para siempre, por Jesucristo, se aplican estas parábolas de Jesucristo: El reino de los cielos es semejante a diez vírgenes³. El precio de los cielos es semejante a un rey que celebra las bodas de su hijo⁴; Si reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que es la más pequeña de las semillas, y se convierte en un gran árbol⁵... He ahí el reino de los cielos, la Iglesia.

Y pedimos que venga ese reino, que ya ha venido, *adveniat regnum tuum*; porque, como con gran exactitud se ha dicho: Mientras haya un solo hombre que convertir al Cristianismo, mientras haya ovejas errantes que conducir el redil, esta petición conservará su razón de ser⁶. Pedimos, pues, que venga el reino de Dios, es decir, como en la precedente petición, con la cual tanta afinidad tiene la presente, que se propague la Iglesia en el mundo entero; que los infieles oigan la Buena Nueva, y conozcan al único y verdadero Dios; que los herejes abjuren sus errores, que los cismáticos vuelvan a la unidad de la cual se separaron; que los pecadores, todavía miembros de la Iglesia pero miembros muertos, se conviertan y recobren su primera dignidad de hijos de Dios; finalmente, y para resumir con el Catecismo Romano, que, una vez rechazado por siempre jamás el pecado, y todo lo que a él conduce,

1. PSAL., CXLIV, 13.
2. JEREM., Lament., III.

1. ISA., LIV.
2. MATH., III, 2.
3. MATH., XXV.
4. MATH., XXII.
5. LUC., XIII.
6. FULLON, in MATH., VI.

todos los errores, todas las disidencias, todos los extravíos, limpio el ambiente de la Iglesia, podamos rendir a Dios, en paz y completa seguridad, nuestros respetuosos homenajes: *Ut omnibus e suo regno ejectis offensivibus ac scelerum causis, coelestis Parens aream purget ecclesiae, quae Deo cultum pie sanctique adhibendo, quiesca et tranquilla pace perficiatur.*

Pero todavía hay que decir que la Iglesia, reino de Dios, reino visible, con sus leyes, sus instituciones, sus poderes jerárquicamente constituidos, no es todo el reino de Dios. Hay un reino invisible, interior, espiritual, que es también el reino de Dios. Dios reina en nosotros, dice san Agustín, cuando hemos obtenido su gracia, porque él mismo dijo: El reino de Dios está dentro de vosotros: *Tunc enim venit regnum Dei, quando ejus sumus gratiam consecuti; ipse enim ait: Regnum Dei intra vos est*¹. Pues bien, de este reino, todo justicia, todo santidad, todo alegría en el Espíritu Santo², deseamos el advenimiento. Decir a Dios, como le decimos cada día: *Venga a nos el tu reino*, equivale a pedirle que destruya en nosotros el imperio del mal, que ahogue todas las inclinaciones viciosas, que eche por tierra todas las obras de tinieblas, y que, vencida la tiranía del demonio, reine la virtud, reine la castidad, reine la piedad, allí donde por tan largo tiempo reinó el pecado: *Si Deus in nobis regnat, locum adversarius habere non potest, culpa non regnat, peccatum non regnat, sed regnat virtus, regnat pudicitia, regnat devotio*³... ¡Dichosa el alma hecha así súbdito del reino de Dios, o mejor convertida ella misma en reino de Dios! Es feliz, porque es objeto de todas las

1. Catena aurea in h. i.
2. Rom., xiv, 17.
3. S. AMB., ap. CORNEL. A. LAP. in h. l.

complacencias divinas: Si alguien me ama, dice Nuestro Señor, mi Padre le amará, y vendremos a él, más literalmente, en él, y en él moraremos¹. Es feliz, porque es libre: *Ubi spiritus Domini, ibi libertas*². En vez de llevar, como el alma pecadora, el yugo del orgullo, de la ambición, de la voluptuosidad, todos los yugos, en fin, no lleva más que uno, pero el más suave de todos, el más paternal, el más honroso, el yugo de Dios; mas llevar tal yugo, es ser libre, es reinar: Dios; mas llevar tal yugo, es ser libre, es reinar: servir a Dios, es reinar: *Servire Deo regnare est*. Finalmente, es feliz, porque posee la paz. No hay paz para los malos: *Non est pax impiis*³. Nada más verdadero, a despecho de las apariencias contrarias. Los malos llevan en el corazón una voz que los acusa, un juez que los condena, son los propios jueces de sí mismos, sin que haya necesidad, con mucha frecuencia, de que Dios intervenga. Pero el alma fiel, que vive habitualmente en gracia de Dios, tiene la paz, una paz interior que supera todo otro sentimiento⁴, una paz llena de suavidad, que la Escritura compara a un festín⁵, una paz que no pueden perturbar ni los males de la vida, ni las proximidades de la muerte. San Jerónimo se asombraba que sea tan dulce morir⁶. Los mártires Marcos y Marcelino, clavados en un árbol por orden del pretor Fabiano, dicen que jamás se hallaron en tan buena fiesta: *Nunquam tam jucunde epulati sumus*⁷. San Pablo rebose de júbilo en medio de sus tribulaciones, y desafía al mundo entero a que lo se-

1. JOANN., xiv, 23.
2. II. Cor., iii, 17.
3. ISA., lvii, 21.
4. PHILIP., iv, 7.
5. PROV., xv, 15.
6. Según L. DE GRANADA.
7. Brev. Rom., 18 junii.

pare de la caridad de su Dios¹. Al salir de la sala en que el Gran Consejo de la nación hizo que los azotaran, los Apóstoles bendicen a Dios por haberlos considerado dignos de padecer por la causa de Jesucristo: *Et quidem illi ibant gaudentes a conspectu Concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati*.²

Pero el reino mismo de la gracia no es aún el reino perfecto de Dios. Podemos caer de las alturas en que nos cologue, y con frecuencia, caemos, y aun a veces, caemos muy bajo: *Homo, cum in honore esset non intellexit, sed comparatus est iumentis insipientibus, et similibus factus est eis*.³ Por otra parte, toda vida humana, aun la más santa, atraviesa por muchas pruebas y aflicciones. En el capítulo XLVIII de su tercer libro, trata el autor de la Imitación un cuadro llamativo: Los días de esta vida son tristes y malos, llenos de angustias y dolores; el hombre comete gran número de faltas, se halla ligado por sus pasiones, estrechado por el temor, atormentado por la inquietud, rodeado de falsos resplandores que le engañan, abrumado por el trabajo, solicitado por la tentación, enervado por las delicias o torturado por los cuidados⁴. ... Aun cuando el alma fiel esté armada para la lucha, y encuentre en la gracia de Dios, como decíamos hace un momento, los auxilios necesarios, este estado de cosas no es el normal. De aquí que, si hay en parte alguna una región bendita, un reino en el cual no haya ni indigencia, ni enfermedad, ni ignorancia, ni temor, un reino sobre todo en el que ya no se peque, en el que no se quiera ya pecar, en el que no se pueda ya querer pecar... Sí, si hay en parte

1. ROM, VII, 39.
2. ACT, V, 41.
3. PSAL, XLVIII, 13.
4. De die aeternitatis et vitae huius angustias.

alguna un reino que ofrezca tales ventajas, venga, venga, venga, *adveniat regnum*; lo llamamos con toda nuestra alma. Ahora bien, esto es precisamente lo que es; ese reino existe; es el reino de la gloria; es el reino que Nuestro Señor promete a los elegidos: Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os tiene preparado desde el origen del mundo¹; es el reino que el Buen Ladrón pide con tanta confianza: Acuérdate de mí cuando estés en tu reino, y obtiene, en efecto: Hoy serás conmigo en el Paraíso²; es el reino en que no hay enfermedad, ni lágrimas, ni quejas, ni gritos de dolor, ni muerte: *Neque mors, neque clamor, neque dolor erit ultra*³; finalmente, y sobre todo, esta condición es, en efecto, esencial y particularmente requerida: es el reino del cual, como dice con mucha verdad, san Pablo, está por siempre jamás desterrado de pecado: Ni ahora, ni fornicador, ni impuro, ningún pecador, en una palabra, entrará jamás en él: *Omnis fornicator, aut immundus, aut covarus non habet haereditatem in regno Christi et Dei*⁴. Sí, venga ese reino, verdadera ciudad de Dios; ¿cuándo lo poseeré? Venga ese día luminoso de la eternidad, al que la noche no obscurece nunca, al que sólo la verdad ilumina; ¿cuándo lo veré? ¿cuándo me sentiré libre de la miserable servidumbre del pecado? ¿cuándo me acordaré solamente de vos, oh Dios mío? ¿cuándo no gustaré alegría más que en vos? ¿cuándo estaré con vos en esa morada celestial, cuidadosamente preparada por vos de toda eternidad para vuestros hijos muy amados: *Quando liberabor a misera servitute vitiorum? Quando memorabor, Domi-*

1. MATTH, XXV, 34.
2. LUC, XXIII, 42, 43.
3. APOC, XXI, 4.
4. EPH, V, 5.

ne, tui solus? Quando ad plenum laetabor in te? Quando ero tecum in regno tuo, quod praeparasti dilectis ab aeterno?

Pero ¿no me queda nada por añadir? Por magnífico que sea el reino de la gloria; aunque haya en el cielo una multitud innumerable de santos, de todo idioma, de toda nación, de toda tribu, que alaben a Dios, y le glorifiquen, ¿está completo su reino? ¿Puede estarlo, en realidad, mientras haya en alguna parte lucha entre el bien y el mal, mientras el mundo esté, como demasado lo está en poder del Malo: *Totus mundus in maligno positus est*². Venga, pues, el reino de Dios, todo el reino de Dios, su reino definitivo. Y, en efecto, vendrá. ¿Cuándo? Nadie lo sabe, excepto Dios. Pero vendrá seguramente... Sí, cuando, en el último día, los ángeles y los hombres hayan sido juzgados y pronunciada la sentencia, y asignado a cada cual su puesto; cuando el demonio haya sido encadenado, no ya por un tiempo determinado³, sino por siempre jamás, y reducido a la imposibilidad absoluta de dañar; cuando, finalmente, después de haber sido destruido todo imperio, toda dominación, todo poder adverso⁴, y, en último término, la muerte misma⁵, Jesucristo haya puesto su inmenso reino, es decir, su Iglesia, por siempre jamás triunfante, y se haya puesto él mismo, en manos de su Padre⁶, ¿quién será grande? ¿quién será poderoso? ¿quién será rey? Sólo Dios. *Exaltabitur Dominus solus in die illa*⁷. Hasta entonces su reino

1. De Imit. *Ibid*.
2. I JOANN. c. V, v. 19.
3. APOC., c. XX, v. 2.
4. I Cor. c. XV, v. 24.
5. *Ibid*. 26.
6. *Ibid*. 24, 28.
7. Isa. II, 11.

z

sólo habrá sido bosquejado, si puedo hablar así; sólo entonces será acabado, sólo entonces se oirá una voz, semejante al ruido de una muchedumbre inmensa, o de las grandes corrientes de agua, o de los grandes terremotos, que dirá: Alabad a Dios, porque el Señor nuestro Dios, el Todopoderoso ha entrado en su reino: *Et audivi quasi vocem turbae magnae, et sicut vocem aquarum multarum, et sicut vocem tonitruorum magnorum dicentium: Alleluia, quoniam regnavit Dominus noster omnipotens*¹...

¡Bendito seáis, Dios mío! Con el auxilio de vuestra gracia, hemos dicho sobre la segunda petición de la Oración Dominical cosas que importa soberanamente no ignorar nunca. Pero ¿de qué nos serviría conocerlas, si no nos aprovechamos de ellas? ¿De qué nos serviría pedir que venga el reino de Dios: su reino visible, que no es otro que la Iglesia, si no fuéramos hijos sumisos de la Iglesia; su reino invisible en las almas por la gracia, si, con el pecado voluntario y habitual, le cerrásemos, a esta divina gracia, la entrada en nuestro propio corazón; su reino en el cielo, reino de gloria, al cual quiere asociarnos, si no tenemos nada tanto como abandonar la tierra y sus bienes perecederos; su reino, en fin, perfecto y consumado, tal cual será en el gran día del Juicio, si no nos ponemos en condiciones, desde ahora, de tener nuestra parte en el triunfo?

En adelante, seremos más prudentes, oh Dios mío, si hasta aquí no lo hemos sido más que por modo imperfecto. Armonizaremos nuestros pensamientos, nues-

1. APOC., XIX, 6.—*Quartum Dei regnum plenissimum et perfectissimum est quo devicto et destructo prorsus diaboli regno, peccato et morte, Deus solus perfecte tam amicis suis, scilicet Sanctis, quam inimicis, id est impiis et reprobis, dominabitur, quod fiet in resurrectione et die iudicii, duratque in omnem aeternitatem.* CORNEL. A. LAP. in MATTH., VI, 10.

tros deseos, nuestras acciones con nuestras palabras. Y si un nuevo Agustín viniera a decirnos, lo que un día el antiguo dijo a sus fieles: Supongo que Dios os promete vivir cien años, y aun mil, en la abundancia de todas las cosas, pero a condición de jamás reinar con él, ¿qué partido tomaríais? Como los habitantes de Hipona exclamaríamos: ¡*Perezca todo con tal que permanezca Dios!*

1. Citado según Rainieri, t. II, p. 38.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON SEPTIMO

Tercera petición

Hágase tu voluntad

Cum a Christo Domino dictum sit:
Non omnis qui dicit mihi *Domine*,
Domine, intrabit in regnum coelorum;
sed qui facit voluntatem Patris mei
qui in coelis est, iste intrabit in reg-
num coelorum: quicumque in illud coe-
leste regnum pervenire cupiunt, id a
Deo petere debent: ut fiat voluntas eius.
Catech. Rom.

Según nuestro parecer, no hay mejor manera de tratar la tercera petición de la Oración Dominical, que hacerlo como el Catecismo Romano. Puesto que Nuestro Señor Jesucristo, dice, nos asegura que todos los que dicen: Señor, Señor, no entrarán por ello en el reino de los cielos, sino que sólo entrarán en él los que hagan la voluntad del Padre celestial, necesario es que todos los que deseen entrar en este reino pidan a Dios el cumplimiento de su voluntad. Y añade: Tal es la razón por la cual esta tercera petición fué colocada por Nuestro Señor inmediatamente después de la que se refiere al reino de los cielos: *Quamobrem haec posita peti- tio statim post regni caelestis postulationem.*

Anunciado el asunto, haga la divina gracia que lo tenemos con toda exactitud de doctrina.

En primer lugar, y para entender bien la tercera petición, y medir toda la extensión de la misma, parece indispensable saber de cuántas maneras manifiesta Dios su voluntad.

El Doctor Angélico nos lo enseñará. De cinco maneras: por precepto positivo, por precepto prohibitivo, por consejo, por acción, por permisión¹.

Por precepto positivo. Esto es la evidencia misma. Ordenar positivamente que se haga una cosa, es manifestamente querer que se haga. Así, Dios ordena que guardemos el día que se reservó, por esta razón llamado el día del Señor; que honremos a nuestros padres, y, en general, a todos los que, por un título legítimo tienen autoridad sobre nosotros: que, a la vez que el domingo, santifiquemos ciertos otros días, que son días de fiesta; que en estos días domingos o fiestas, asistamos al santo Sacrificio de la Misa; que, por lo menos una vez al año, confesemos todos nuestros pecados con sinceridad y arrepentimiento; que, en tiempo pascual, recibamos cada año con respeto el santísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo; que, en ciertas épocas, nos imponamos obras de penitencia propias para expiar nuestras faltas pasadas; por consiguiente, todas estas cosas que Dios nos ordena por sí mismo personalmente, o por la Iglesia hablando en su nombre², es voluntad suya que las cumplamos.

Por precepto prohibitivo. Esta segunda señal de la voluntad divina no es menos evidente que la primera. Prohibir que se haga una cosa, es querer que no se haga.

1. I. pars, q. xix, art. 13, in corp.
2. *Ibid.* Potest autem aliquis declarare se velle aliquid vel per seipsam vel per alium.

Notemos desde ahora, ya daremos más tarde la razón de ello, que el Decálogo, en su sentido propio, cuenta más preceptos prohibitivos que positivos. No tendrás otro Dios que yo... No cometerás adulterio... No matarás... No robarás... No levantarás falsos testimonios... No conciliarás la mujer de tu prójimo, ni nada que le pertenezca. Imposible equivocarse sobre nada de esto. La voluntad divina queda aquí claramente manifestada. Todas estas cosas quedan prohibidas; hacerlas, a pesar de la prohibición, es violar el derecho del Soberano, que quiere ser obedecido, no menos cuando prohíbe, que cuando ordena.

Por consejo. Es decir, que la voluntad divina, aun conservando este nombre, toma a veces un calificativo que expresa su naturaleza; se llama voluntad de deseo, *voluntas optativa*. En otros términos, no siempre con mandamientos, ni con prohibiciones significa Dios su voluntad. Dios exhorta, insinúa, aconseja, *aliqua persuasoria inductione*, dice santo Tomás¹. Que las cosas así aconsejadas no son rigurosamente obligatorias, lo dice suficientemente la palabra; pero que sean muy buenas en sí, y en ciertos casos, y para ciertas personas, muy útiles, casi necesarias, ¿quién se atreverá a negarlo? ¿Quién sabe si no os sería más ventajoso, desde el punto de vista de vuestra salvación, renunciar a vuestra libertad, bien del cual puede hacerse un uso tan funesto, para sujetarlo a una regla religiosa, *sub regimine Prælati*? o abrazar la santa virginidad, antes que el estado matrimonial, estado, a la verdad muy honroso², pero cargado de tantas responsabilidades? ¿Quién sabe si el joven israelita, que se acercó a Nuestro Señor para consultarle sobre la vida eterna y los medios de conse-

1. I. pars, *ibid.*
2. HEER, XIII, 4.

guiría, se salvó, en efecto, aun observando puntualmente los preceptos de la Ley? El hecho es que, así que Jesucristo, le respondió: Si quieres ser perfecto, vende cuanto poses, y da su precio a los pobres, como era riquísimo, salió muy triste de la audiencia, *abivit tristis*, y cuando se hubo alejado, dijo Jesucristo a sus Apóstoles estas palabras, que tanto se prestan a la reflexión: ¡Cuán difícil es que un rico entre en el reino de los cielos!

Por acción. Todavía tenemos un signo cierto, infalible, de la voluntad divina. Dios hace esto o aquello; luego quiere. Llega a tal acontecimiento, o a tal otro, la salud o la enfermedad, la gloria o la obscuridad, la victoria o la derrota, la elevación o la decadencia de una dinastía, la prosperidad o el abatimiento de un imperio; cosas todas que Dios quiere, puesto que las hace. Esta voluntad es irreductible. Cualquier esfuerzo en contra de ella, es un esfuerzo vano. Léanse las Escrituras. Todo lo que Dios quiso hacer en el cielo o en la tierra, lo hizo, canta el Salmista: *Omnia quaecumque voluit Dominus, fecit in coelo et in terra*². En el capítulo XLVI de Isaías, dice el Señor: Prevalerán todos los designios que yo conciba, y se cumplirá mi voluntad: *Omne consilium meum instabit, et omnis voluntas mea fiet*³. En el capítulo XIII de Ester, hace su oración el judío Mardoqueo, y dice: Dios y rey todopoderoso; todo está sometido a tu imperio, y si has decidido salvar a Israel, nadie podrá perderlo: *Domine, rex omnipotens, in diuine enim tua omnia sunt posita, et non est qui possit resistere tuae voluntati, si decreueris salvare Israel*⁴.

1. MATTH., cap. XIX.
2. PSAL. CXIII, 3.
3. ISA., XLVI, 10.
4. ESTH., XIII, 9.

Por permisión. Se trata aquí de la permisión del mal; del mal, no de pena solamente, sino de culpa; en otros términos, del pecado. Dios permite el pecado. Ciertamente que no lo hace, ni quiere hacerlo, ni puede hacerlo, ni puede querer hacerlo. Pero deja hacerlo. Deja que el impío profiera blasfemias, que el calumniador arruine la reputación del prójimo, que el malvado afle su puñal, o prepare su veneno, que el parricida hiera el seno que lo llevó. Sin duda que podría reducir a la impotencia a todos estos obreros de la iniquidad, cerrarles la boca, paralizar su brazo, inmovilizar sus pies; pero no lo hace, no quiere hacerlo. ¿Por qué? Por razones de orden providencial superior, pero que no entra en mi designio desartollarlas.

Y ahora que estos preliminares—largos, a la verdad, pero ¿era posible acortarlos?—quedan sentados, y bien comprendidos, como así lo espero, estamos en condiciones de entender la tercera petición de la oración divina: *Hágase tu voluntad*. De cualquier manera que se declare esta voluntad, o por precepto positivo, o por precepto prohibitivo, o por consejo, o por permisión, pedimos a Dios que nos ayude a cumplirla, sin lo cual es seguro que no la cumpliríamos.

Si es por precepto positivo, sí, oh Dios mío, siendo lo que sois, el Ser santísimo, perfectísimo, que no ordenáis, ni podéis ordenar más que lo que es justo y bueno, debería ser la cosa más sencilla del mundo que quisiéramos lo que vos queréis, que hiciéramos lo que vos ordenáis. Pero en el estado, que es el nuestro, de naturaleza decaída, imputada a la rebelión, por lo menos a la desobediencia, ¿podemos hacerlo? No, nos dice la Iglesia en sus decisiones doctrinales; no, repite la experiencia personal cotidiana. Por eso, Señor, mandad, ordenad, decid lo que queréis que hagamos, pero concedednos aquello sin

la cual no podríamos hacerlo: *Iube quod vis, Domine, et da quod iubes*¹.

Si es por precepto prohibitivo, la razón es la misma, y más fuerte aún. Hace poco hemos hecho una primera confesión humillante; tenemos que hacer otra, que lo es más. Nos dejamos llevar al mal con más prontitud que practicamos difícilmente el bien. Basta con que una cosa esté prohibida, o que se nos niegue, para que se convierta en el objeto de nuestras más ardientes codicias. ¿Quién ordenará estas oscilaciones? ¿Quién corregirá estos extravíos de la voluntad perversa? Vos solo, Señor. En otros términos, se hará vuestra voluntad, que nos prohíbe la idolatría, de cualquier manera que se practique, el perjurio, la blasfemia, el homicidio, la impureza, el robo, la mentira, los deseos culpables, con tal que vuestra gracia nos ayude a hacerlo.

Si es por consejo, sabiendo cuán difícil es observar los preceptos y respetar las prohibiciones, ¿qué será de los consejos que no tienen el mismo carácter obligatorio? Cuesta mucho, ¿tendré necesidad de decirlo? presentar la mejilla izquierda al que os ha herido la derecha², abandonar vuestro manto en manos del ladrón que os ha despojado ya de vuestra túnica³; hacer bien al enemigo en circunstancias en que el deber de amar a los enemigos no obliga⁴; ser condenado en una ofensa, cuando en buena y estricta justicia se tiene derecho a una reparación⁵; abandonar por renuncia voluntaria todo lo que uno tiene, y, lo que es mil veces más perfecto,

1. S. AUGUSTIN.—San Juan Crisóstomo dice también: Sicut Deus non operatur bonum in homine, nisi homo voluerit: sic homo non potest facere bonum, nisi habuerit adiutorium Dei. Cat. aut. in MATTH., VI.

2. MATTH., V, 39.

3. *Ibid.*, 40.

4. S. THOM., 1. 2. q. CXXIII, art. 4.

5. *Ibid.*

borrarse uno a sí mismo¹; en cuanto a la castidad perpetua, ¿quién no sabe, por haberlo oído de la boca misma de Nuestro Señor, que únicamente son capaces de ella los que para ella recibieron el don de lo Alto²? Si, pues, oh Dios mío, sin ordenármelo, me invitáis, me inclináis, me impulsáis a hacer una u otra de estas cosas, ¿de qué gracia no tendré necesidad? ¿cuántas veces no tendré que repetir mi Oración Dominical para triunfar de la naturaleza, vencer sus repugnancias, romper todos los lazos, a fin de responder a vuestro llamamiento?

Finalmente, si es por acción o permisón, pues, aunque distintas, enlazaremos estas dos cosas, ya que, en definitiva, nada ocurre en este mundo que Dios no lo haga, o si no lo hace por sí mismo, lo deja hacer: *Nihil fit nisi omnipotens fieri velit, vel sinendo ut fiat, vel faciendo*³; ¡ah, cuán necesaria es aquí la tercera petición de la Oración Dominical! ¡Somos tan débiles! Si Dios no se acomoda a todos nuestros deseos, tenemos grandes trabajos para no lamentarnos; peor es aún si los contraría de repente, si nos llena, no de gloria, sino la ignominia, no de salud, sino de enfermedad, no de riqueza, sino de pobreza, no de prosperidad, sino de adversidad. Si fuera manifiesto que las cosas que nos molestan nos vienen de Dios, siendo indiscutible sobre nosotros, como lo es, el soberano dominio divino, quizás tomaríamos nuestro partido; pero si proceden al parecer, menos de la voluntad de Dios que de la malicia de los hombres; si nos persigue el impío, el descreído, el enviado de Satanás; si quien llena nuestros días de amarguras y de disgustos es el amigo colmado de be-

1. Minus quippe est abnegare quod habet homo: valde autem multum est abnegare quod est. S. GREG. BREX. ROM. in off. unius martyris.

2. MAT., XIX, 11, 12.

3. AP. THOM. 1. pars. q. CXX, art. 12.

neficios, pero repleto de ingratitud, entonces quizás es-
tallamos en reproches, maldiciones y blasfemias: ¿Por
qué soy tan desgraciado? ¿Cómo es que Dios tolera se-
mejante indignidad? En vez de gozar de una impuni-
dad que indigna a la honradez más vulgar, ¿no sería
más justo que mi enemigo estuviera en los profundi-
simos infernos? ¿Veis ya la razón de ser de la tercera
petición de la Oración Dominical: *Hágase tu voluntad?*
¿Comprendéis cuán imprescindiblemente necesaria nos
es la gracia divina para aceptar su voluntad, ya que sin
este auxilio no la aceptaríamos jamás, principalmente
cuando nos quebranta, o nos deja quebrantar? ¡Ah, dí-
noslo tú, gran santa de la católica Hungría del si-
glo XIII! Siendo la más probada de las esposas y la
más infortunada de las madres, de reina que era, redu-
cida a habitar un local del que habían sacado los cerdos
para meterla a ella; cuando en semejantes extremos acu-
día santa Isabel, a la hora de maines, al convento
vecino para pedir a las religiosas franciscanas que le
permitieran cantar un *Te Deum* en acción de gracia
por las tribulaciones que Dios le enviaba, ¿de dónde
sacaba ella su fortaleza incomparable sino de Dios solo?

Nos queda por hacer la última reflexión. No sólo de-
bemos servirnos de la santa fórmula para las cosas que
Dios ordena, o prohíbe, o aconseja, o deja hacer, sino
también para las que niega. Dios niega a veces. Oráis,
y de la mejor buena fe del mundo, creéis justo lo que
pedís, aunque no lo sea. Es una inclinación enteramente
natural y con mucha frecuencia quizás el demonio, por
uno de esos artificios que le son ordinarios, os lo mues-
tra como tal. Traigamos nombres propios aquí. Ved los
apóstoles Santiago y Juan. Ateniéndonos a las aparien-
cias, ¿podría concebirse nada más vivo que su amor a

1. ROHRBACHER, *Hist. de l'Eg.* Libro LXXIII.

Jesucristo, el día en que, irritados, con justo motivo,
pensaban ellos, de que los samaritanos le negaran la hos-
pitalidad, le pidieron que hiciera caer fuego del cielo
sobre aquellos malitos, para castigarlos por su dureza
de corazón? Necesario fué que el buen Maestro los ilu-
minara diciéndoles: No sabéis en verdad de qué espíritu
estáis hechos; el Hijo del hombre no ha venido a perder
las almas, sino a salvarlas. Tras Santiago y Juan, el
mismo Príncipe de los Apóstoles. ¿Quién no creería que
san Pedro cedió a un movimiento verdadero de piedad,
cuando, oyendo anunciar a Jesucristo que dentro de
poco iría a Jerusalén, para padecer allí toda suerte de
malos tratamientos, y la muerte misma, procuró hacerle
desistir, no sólo con ruegos, sino con reproches? No
sea así, Señor; no hagáis eso¹. Con todo, no era así, y
Jesús se lo hizo ver, aun con dureza: Apartate de mí,
satélite de Satanás, verdadera piedra de escándalo, pues
no entiendes nada de las cosas de Dios: *Vade post me,*
Satania, scandalum es mihi, quia non sapis ea quae Dei
*sunt*². Esto es muy claro: muchos de nuestros deseos
son malos, aunque los creamos buenos; o si son buenos
considerados en sí, dejan de serlo en tal caso, en tal cir-
cunstancia, sobre todo si, siendo escuchados, nos apar-
tarán de nuestro fin, la salvación de nuestra alma. Mas
para comprender esto, preciso es que Dios lo haga ver;
de lo contrario no lo veríamos; preciso es que nos haga
comprender, con su negativa a escuchar tal o cual de
nuestras oraciones, que no debemos pedirle más que lo
que nos es conveniente obtener.

¡Ah, qué buena, útil, santa es la tercera petición de
la Oración Dominical! ¡Dichoso el que bien la entien-
da! ¡Dichoso el que descansa en Dios únicamente, sin

1. MATHÉ, xvi, 22.

2. *Ibid.* v. 23.

reservas, con toda confianza y amor! ¡Dichoso el que sepa decirle como el piadoso autor de la Imitación: Quiero, Señor, recibir indiferentemente de vuestra mano lo bueno y lo malo, lo dulce y lo amargo, lo agradable y lo triste, y daros gracias por todo lo que me sobrevenga. Con tal que vos no me rechazéis para siempre, y no me borréis del libro de la vida, de todas las tribulaciones que os plazca enviarme, ninguna podrá dañarme!

1. *Imit.* Lib. III, c. XVII, n. 4:—Algunos excelentes autores, traen las siguientes palabras dichas a santa Catalina de Sena en una visión: Crede, filia, Deum tuum magis posse, scire et velle, bonum tuum quam tu, ideoque omnia prospera et adversa ordinare et regere ad bonum tuum multo magis quam pater et mater per omnia curant, et omnibus modis procurant bonum filii sui unice dilecti. Ap. CORNEL. A. LAP., in MATTH., VI, 10.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON OCTAVO

Sigue la tercera petición

Así en la tierra como en el cielo

Formam praeeterae et praescriptionem huius obedientiae postulamus, ut videlicet ad eam regulam dirigatur quam in coelo et servant beati Angeli et colit reliqua coelestium animarum chorus.

Catech. Rom.

Hacer la voluntad de Dios, cualquiera que sea la manera como se manifieste esta voluntad santa, ha sido el objeto de la instrucción anterior. Pero hacerla, como añade el texto sagrado, *así en la tierra como en el cielo*; ¿cuál es el sentido exacto de estas palabras? Esto es lo que nos proponemos decir en la instrucción de hoy. Es decir, que seremos fieles hasta el fin, como lo hemos sido hasta aquí, con deliberado propósito, indicado desde el principio: explicar la Oración Dominical frase por frase, miembro de frase por miembro de frase, casi palabra por palabra. Dios nos ayude con su gracia.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo... ¿Pero de qué cielo y tierra se trata? Las interpretaciones abundan. Busquemos las mejores.

¿Es permitido entender por *el* cielo los justos, por *la*

tierra los pecadores? San Agustín lo hace: *Sicut in coelo et in terra, id est, in iustis, ita in peccatoribus*¹. San Agustín está en lo cierto. En efecto, en el orden espiritual, entre el justo y el pecador hay tan gran distancia, como, en el orden material, entre el cielo y la tierra, distancia que proviene de la diversidad de afectos; porque al mismo tiempo que el justo eleva su corazón hacia las cosas de lo alto, el pecador abaja el suyo y lo apega a las cosas de aquí bajo; por lo cual el sentido es este: Padre, te pedimos que se conviertan los pecadores: que rechacen, éstos sus errores, aquéllos sus debilidades, los unos su ignorancia, los otros su malicia, y, a ejemplo de los justos, en adelante servidores fieles, os reconozcan como su legítimo y único dueño: *Fiat voluntas tua, sicut in coelo et in terra*.

¿Es permitido entender por el cielo el espíritu, y por la tierra la carne? San Cipriano lo hace, y el Catolicismo Romano lo felicita por ello: *Nos veros ejus (Sancti Cypriani) sententiam comprobamus, ut pro coelo spiritus, pro terra caro intelligatur*; es decir, que con estas palabras: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, pedimos muy legítimamente a Dios que sea obedecido por nosotros, no menos en las regiones inferiores de los sentidos, en nuestra carne, que en la parte superior del ser humano, en nuestra alma. Pero aquí está precisamente la diferencia: *Hic labor, hic opus*. Porque, si bien el alma puede llegar a la divina gracia, como en efecto, varios sacramentos se la proporcionan, y si bien en este estado tiene nobles movimientos, fervientes aspiraciones, y, si me atrevo a decirlo, arranques hacia el cielo y a las cosas celestiales, no es menos cierto que permanecen en ella bajas codicias, corrompidas inclinaciones, y el foco del pecado. La gracia cura el

1. Catena aurea in c. vi, Martí.

alma de aquellos a los cuales justifica, pero no cura su carne: *Cum eorum qui iustificati sunt mentem sanet Dei gratia, non carnem sanat*¹. Nadie hay que no pueda y no deba decir, por santo que sea, como san Pablo, todavía más santo: Sé que el bien no reside en mí, es decir, en mi carne. *Scio quod non habito in me, hoc est, in carne mea, bonum*². Nadie hay que no pueda y no deba añadir con él: Sí, me complazco en la ley de Dios, según el hombre interior, es decir, en cuanto soy un ser racional, adornado, enriquecido, aumentado por la gracia, que me eleva por encima de mí mismo; pero al propio tiempo siento en los miembros de mi cuerpo otra ley en oposición con la ley de mi espíritu, la cual me somete a la ley del pecado, que está en mi carne. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? *Infelix ego homo: quis me liberabit de corpore mortis huius*?

Sentados estos preliminares, estamos en condiciones de entender el sentido, no diré únicamente muy aceptable, sino también profundo de la tercera petición, tal como la interpreta san Cipriano; Padre, hágase tu voluntad en la tierra, esto es en mi carne, como en el cielo, es decir, en mi espíritu: *Fiat voluntas tua, in coelo, id est, in carne mea, sicut fit in coelo, id est in spiritu meo*. En otros términos: no sea solamente esta porción de mi ser, mi alma, la que os obedezca y os sirva, sino mi ser todo entero, mi alma y mi carne; o también, y con más claridad; vuelva el hombre, con vuestra divina gracia, oh Dios mío, a ser lo que era, desde el origen, al salir de vuestras manos, perfectamente sometido a vuestra ley, en su entendimiento y en su voluntad, teniendo sujetas sus

1. Catech. Rom.
2. Rom., vii, 18.
3. *Ibid.*, 22 et seqq.

potencias inferiores, esto es, sus pasiones¹, las cuales, digámoslo de paso, bien demostraron que estaban enteramente dispuestas a la rebelión el día en que el hombre, en su parte superior, rechazó el yugo divino.

Pero por buenas, por teológicas que sean las interpretaciones de los antiguos Padres, san Agustín y san Cipriano, hay una más común, más generalmente recibida, y de no menor belleza teológica que las precedentes, ya que también ella apela a muchos: Si decís: Hágase tu voluntad, esto significa: Sean obedecidos tus mandamientos. Si añadís; y añadís, en efecto: Así en la tierra como en el cielo, esto quiere decir: Por los hombres, como lo son ciertamente por los ángeles. Así se expresa santo Tomás: *Quod autem dicitur: Fiat voluntas tua; recte intelligitur ut obedatur praeceptis tuis: Sicut in coelo et in terra, id est, sicut ab angelis, ita ab hominibus*².

He ahí, pues, los verdaderos observantes de la voluntad divina, los verdaderos hijos de obediencia, según las palabras de la Escritura, *fili obedienciae*³: Los ángeles. Quieren todo lo que Dios quiere, lo quieren porque Dios lo quiere, lo quieren de la manera como Dios lo quiere, y por el tiempo que él quiere. Así, pues, y para decir las cosas con alguna extensión, para sacar de ella consecuencias más autorizadas, citemos, casi por entero, una de las mejores páginas que han sido escritas sobre esta materia.

1. En este sentido y partiendo del mismo principio, dice santo Tomás: *Sciendum est quid Deus tria vult de nobis, et nos petimus quod haec in nobis impleantur. Primum quidem quod Deus vult de nobis est quod nos habeamus vitam aeternam. Alia voluntas Dei de nobis est ut servemus mandata eius. Tertium quod vult Deus de nobis est ut restituatur homo ad statum et dignitatem in quo creatus fuit primus homo* (Opuscul. v.)
2. S. THOM., 2. 2. q. lxxxiii, art. 9, ad primum.
3. I. PETR., I.

“En el cielo se despliega inmensa e incesante actividad, por una multitud innumerable de espíritus bienaventurados, reyes y príncipes de este reino. No tienen todos la misma perfección natural; no todos gozan de la misma gloria, que es proporcional a sus méritos; difieren entre sí por el grado al cual son elevados en el conocimiento de Dios y su amor, por el lugar que ocupan junto a Dios, por el homenaje que pueden tributarle, por las funciones que les están confiadas; pero todos se parecen en una cosa: en la perfección de su obediencia. Si la luz del sol cae sobre un cuerpo, al punto su sombra es proyectada por el sol: tan pronta, tan rápida es la obediencia de estos abnegados servidores. El menor signo de la voluntad de su Padre es para ellos una orden inmediatamente obedecida. Los detalles más pequeños en apariencia son ejecutados con la misma puntualidad que los más importantes. Cualquiera que sea la misión que les esté confiada, sea gloriosa u obscura, si trata de un hijo nacido de una falta, o de anunciar a María la encarnación del Verbo, su prontitud y su fidelidad son las mismas. En la paz y en la calma, sin rivalidad ni celos, sin examen de sí mismos ni ambición, sin murmurar ni contestar, hacen su obra, y no dejan al contemplar ni un solo instante a Aquel a quien sirven¹.”

Esto es, si hemos entendido bien, que los ángeles, y, generalizando, todos los bienaventurados que están en el cielo, los ángeles y los santos, quieren todo lo que Dios quiere, hacen todo lo que ordena, no por temor, ni siquiera por interés de ninguna especie, sino por amor, por puro amor, sin que se mezcle en ello nada que pueda alterarlo, por pequeño que sea... He ahí nuestros modelos; con esta pequeña perfección de

1. EL P. COLERIDGE. *Sermon sur la montagne*, t. II, p. 320.

caridad quiere Dios que le sirvamos, hasta el punto, añade el Catecismo Romano, maestro también en estas materias, de que, si nos consagramos a su servicio por la esperanza de las recompensas eternas, no tenemos esta esperanza, ni queremos tenerla, sino porque se ha complacido en dármola la divina Majestad; *Ut etiam si spe caelestium praemiorum totos nos et devoverimus, tamen ideo ea speremus, quod, ut in eam spem ingrederemur, placuit divinae Majestati*. Mas ¡cuán elevado es este ideal! ¡Qué cumbre tan difícil de alcanzar! ¡Proponernos imitar a los ángeles, a los santos, y proceder como ellos: *Sicut in coelo et in terra!* ¿Pensáis en eso? Ellos, los ángeles y los santos, han llegado al término, ya no pecan, ya no quieren pecar, ya no pueden querer pecar. Pero ¿ocurre esto con nosotros, con nosotros, todavía viajeros; con nosotros, asaltados de mil males, abocados a mil peligros; con nosotros, en fin, que vivimos, y viviremos, hasta nuestro último aliento, en un mundo cuyas máximas, usos, costumbres, están en oposición constante, con las leyes de Dios? ¡Ah, cuán poco comparable es nuestra condición, ya que no lo es en absoluto, con la condición de los felices habitantes del cielo! Pero sigamos: ¡Cuánto difiere de la que era la nuestra, en los días demasinado rápidos de la justicia original, cuando el hombre, pecable, a la verdad, pero sumiso a Dios, sacaba sin esfuerzo de esta fácil dependencia, un auxilio seguro, y siempre presente, para ser dueño de sí mismo! Pero nada de exageración, como ocurre cuando sólo nos fijamos en un aspecto de las cosas; sobre todo nada, nada de desaliento. Si caímos en Adán, ¿no fuimos levantados por Jesucristo? Lo que éramos por la gracia de la creación, ¿no podemos volver a serlo, si no totalmente, por lo menos en gran parte, por la gracia de la redención? Aunque viviendo en la tierra

y no en el cielo, pero ayudados y sostenidos por la gracia de la redención, ¿es superior a nuestras fuerzas, decupladas, y aun centuplicadas, llegar a la entera conformidad de nuestra voluntad con la voluntad divina, en todo lo que se complazca en disponer? ¡Cómo! Si por esta razón principalmente oramos así: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*; como si dijéramos: Lo que no podemos por nosotros mismos, oh Dios mío, y en virtud de vuestras propias fuerzas, haced que lo podamos mediante vuestra gracia... Si ocurriera lo contrario, es decir, si esta oración no fuera de naturaleza de ser escuchada, Jesucristo nos hubiera engañado, poniendo en nuestros labios palabras sin objeto.

No, la tercera petición de la Oración Dominical no queda sin objeto. No, Jesucristo que la dictó, no nos engañó. Ayudados por la gracia de la redención, no es imposible hacer de la tierra el cielo, y llegar a ese estado de pura conformidad, oh alma fiel, elevada por encima de sí misma merced a una fuerza a la cual se complace en ceder, queriendo todo lo que Dios quiere, y de la manera como lo quiere. Para no citar más que uno solo, cuando pudiera citar mil, dice san Francisco de Sales: Plazca a la infinita bondad de Dios que su amor sea nuestro gran amor. Ciertamente, si yo supiera que hay un solo hilillo de afecto en mi alma que no es de Dios, y para Dios, me desprendería de él al punto, y preferiría no ser absolutamente nada, que no ser totalmente de él, sin la menor reserva¹.

Si los bienaventurados en el cielo se comunicaran entre sí por medio de sonidos y palabras, ¿usarían otro lenguaje?

1. El espíritu de san Francisco de Sales, 10.^a parte, capítulo ix.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON NOVENO

Cuarta petición

El pan nuestro de cada día dánosle hoy

Quarta quaestio et reliquae deinceps quibus animae et corporis subsidia proprie ac nominatim postulamus ad superiores petitiones referuntur.

Catech. Rom.

Juiciosa observación de san Agustín, en su hermoso tratado de la Oración Dominical, es que, esta vez, oramos por nosotros mismos: *Manifestum est quod pro nobis postulamus*. Cuando pedimos a Dios que sea santificado su nombre, que venga a nos su reino, que se haga su voluntad, aunque Dios no tiene necesidad de estos votos, los hacemos a su intención, porque está en el orden que los hagamos. Deberíamos hacerlos aun en el caso de que no sacáramos ningún provecho. Pero, a partir de ahora hasta el fin, oramos por nosotros: *Ab isto autem loco usque ad finem Orationis, appareat quod pro nobis oramus*. ¿Es esto decir que si las cuatro últimas peticiones se distinguen de las tres primeras, son de un orden diferente? No; están subordinadas, como están subordinados al fin que hay que conseguir los medios que hemos de emplear para alcanzarlo. Mas

habiendo sido ya explicada esta correlación en la instrucción preliminar, no insistiremos más sobre ella, y repetiremos, para precisar mejor el sentido, la cuarta petición: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*. Dios nos ayude con su gracia.

El sentir de todos los autores que escribieron sobre esta materia, y, con más autoridad que ningún otro, el Catecismo Romano, es que la palabra pan puede y debe ser entendida en sentido estricto, en sentido amplio y en el sentido más lato posible. En sentido estricto, nuestro pan cotidiano es el alimento que nos proporciona el trigo, después de molido, amasado y cocido; y pedimos a Dios que nos los dé cada día: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*. En sentido amplio, nuestro pan cotidiano es todo lo que conjuntamente con el pan contribuye a nuestra alimentación, y que, como el pan, estimamos que es de primera necesidad: el vino, la carne de los animales, la del pescado, las legumbres de los campos, las frutas de los árboles; y pedimos a Dios que nos dé estas cosas, condimento y acompañamiento del pan: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*. Finalmente, en el sentido más lato posible, nuestro pan cotidiano es aquello sin lo cual el alimento mismo, el pan y todos sus accesorios, no nos servirían de nada, es decir, el vestido que nos cubre, el trabajo, la salud, todas las cosas que pedimos a Dios bajo el nombre de pan: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*!. Para resumir en una sola frase con santo Tomás, el pan comprende todo lo que es necesario para alimentar nuestra vida material y protegerla: *Omnia temporalia necessaria sub nomine panis intelliguntur*².

1. El Catecismo Romano remite a varios textos de la Escritura que afirman esos tres sentidos de la palabra pan.
2. Opuscul v.

De donde se sigue que, puesto que, en lo referente al cuerpo, sólo figura el pan en la Oración Dominical como objeto de oración, Jesucristo no nos enseñó a pedir lo superfluo, ni siquiera lo útil, sino lo necesario, nada más que lo necesario.

Pero esta interpretación general, sumaria, no basta. Varias cuestiones se presentan, muy interesantes para estudiar, muy útiles para resolver.

Primera: ¿Por qué el pan, entendiéndolo como acabamos de hacerlo, es decir, lo necesario, lo indispensable bajo todas sus formas, es por nuestra parte objeto de una oración: *da panem*? ¿No parece que Dios debe concedérselo por sí mismo, sin que se lo pidamos como suplicantes, desde el momento en que es indispensable? Sin duda que es muy fácil razonar así, pero este razonamiento es falso. Olvidamos que en ningún estado de cosas, ni siquiera en el de naturaleza íntegra, si en él hubiéramos quedado, hubiera sido Dios nuestro deudor, en el sentido riguroso y absoluto de la palabra. Con mucha más razón no podría serlo en el estado presente. Somos pecadores; esto quiere decir que Dios nada nos debe, como nada debe el príncipe a su súbdito rebelde. Somos pecadores; esto quiere decir que las cosas que pedimos suponiendo que son las más necesarias, las más indispensables, no las obtenemos más que por efecto de una gracia enteramente gratuita, ya que por el pecado hemos perdido aun el derecho de poseerlas. Por eso san Agustín, en una página en la cual el amor propio quisiera poder sospechar alguna exageración, dice con gran exactitud: *Somos pordioseros, mendicantes, los mendicantes de Dios: Quando oramus, mendici Dei sumus*. Nos ponemos delante de la puerta del Padre, no de pie, como si tuviéramos derechos que hacer valer, sino prosternados, supli-

cantes, gimiendo, y alargándole la mano para decirle: *ante ianuam Patris stamus, imo etiam prosternimur supplices, ingemiscientes, aliquid volentes accipere*¹.

Segunda: Ese pan, esto es, lo necesario, lo indispensable, que sólo por gracia obtenemos como acabamos de decir, ¿por qué Jesucristo hace que lo llamemos nuestro, *panem nostrum*, como si fuera nuestro derecho obtenerlo? Si la respuesta a la pregunta anterior no era difícil, ésta es más fácil aún. Decimos que es nuestro ese pan, como así nos lo hace llamar el autor de la divina oración, porque debe ser nuestro; aun cuando sea un don gratuito de su munificencia, Dios quiere que sea nuestro, nuestro por la oración confiada y la confesión sincera de nuestra dependencia, nuestro por el trabajo honrado, concienzudo, respetuoso de la ley del Maestro. El pan adquirido de otra manera no es nuestro. El pan que tenéis sin haberlo pedido, no es nuestro. El pan que tenéis de la injusticia, de ganancias ilícitas, de cambios fraudulentos, de ventas con pesos falsos, o medidas falsas, no es nuestro. El pan que arrebatáis simulando una pobreza que no tenéis, no es nuestro. Atrás el perezoso; come, sin haberlo ganado, el pan que sólo se debe al trabajo. El que no trabaje, no coma: *Si quis non vult operari, neque manducet*². Atrás el ladrón, de cualquier especie que sea, por rapiña, por fraude, por hipocresía; come el pan ajeno: *Raptores non comedunt panem suum, sed alienum*³. Hay que oír a san Juan Crisóstomo fulminar anatemas contra todos los que se procuran el pan, no por medio de la justicia, sino del pecado; ese pan no procede de Dios, sino del diablo: *Illi Deus dat panem*

1. Ap. CORNEL. A LAP. in MATTH., VI.
2. II THESS., III, 10.
3. S. THOM. Opuscul., V.

*qui cum iustitia praeportat; Diabolus autem ei qui praeportat cum peccato*¹. Por eso, creemos poder añadir, ese pan robado los estrangulará un día u otro, a ellos o a sus sucesores; en cambio, ¡cuán dichosos, son los que se alimentan con el trabajo de sus manos; la alegría está en su corazón, dice el divino Salmista: *Labores manuum tuarum quia manducabis: beatus es et bene tibi erit*.²

Tercera: ¿Por qué pedimos cada día el pan de cada día? *Hodie—Quotidianum*: ¿expresan estas dos palabras la misma cosa? Varios lo afirman. ¿Tienen, por lo contrario, un sentido distinto cada una de ellas? Algunos lo sostienen. En cuanto a nosotros, tenemos algo mejor que hacer que entrar en sutilezas y tomar partido por éste o por el otro; Pedimos, pues, cada día el pan de cada día, porque cada día, todos, en cuanto somos, pobres necesitados, o ricos, y aun opulentos, pero a peligro de caer a toda hora³, necesitamos hacer acto de dependencia con relación a Dios, Nuestro Soberano Señor; porque cada día, dejándose sentir el hambre como necesidad que hay que satisfacer en el momento presente, no podemos comer hoy para mañana, ni mañana para hoy; este es el caso de decir, ahora o nunca: bástale ya a cada día su propio afán⁴; porque cada día, no debiendo querer más que lo necesario, no debemos buscar ni lo delicado, ni lo exquisito, ni menos todavía lo abundante, lo superabundante; sea dicho esto, añade santo Tomás, contra los que gastan en un solo día, más de lo que se necesitaría para satisfacer

1. Catena aurea in MATTH., VI.
2. PSAL., CXXV, 2.
3. Quid eget dives? audeo dicere: ipso pane quotidiano. Non multi dormierunt divites, et surrexerunt pauperes. In Orat. Dom. tract., cap. VII.
4. MATTH., VI, 34.

las necesidades de un mes entero: *Est contra quosdam qui plus expendunt uno prandio quam necesse esset in multis diebus*¹, porque cada día, teniendo que llevar nuestra carga, y ayudándonos Dios a llevarla, ¿por qué inquietarnos más de lo necesario por el día de mañana? Mirad, pues, dice Nuestro Señor, las aves del cielo, que ni siembran, ni cosechan, ni recogen en sus graneros; vuestro Padre las alimenta; ¿no valéis vosotros más que ellas? Contemplad los lirios del campo, cómo más que ellas? Contemplad los lirios del campo, cómo crecen; no labran, ni tampoco hilan; pues bien, yo os digo que ni Salomón en medio de toda su gloria, se vistió con tanto primor como uno de estos lirios. Pues si una hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? Así que no vayáis diciendo acongojados: ¿dónde hallaremos que comer y beber? ¿dónde hallaremos con qué vestirnos? Bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ello tenéis²; finalmente, porque cada día no basta que se tenga lo necesario, y aun más de lo necesario, que las bodegas reboseen, que los graneros se hundan bajo el peso; preciso es poder comer ese pan, y beber ese vino; uno y otro elemento de conservación de la vida, ese pan y ese vino, preciso es poder asimiliarlos. Ahora bien, el que da a los elementos su valor nutritivo, Dios, es el mismo que dispone, como dueño, de los órganos destinados a recibirlos, a elaborarlos, para hacer que de ellos se aprovechen todos los miembros del cuerpo. Opulentos hay en cuyas manos, si así puedo decirlo, como en las de cierto personaje de la fábula, todo se cambia en oro, que no pueden comer ni beber, y mueren de hambre y de sed... He ahí las razones principales, porque

1. *Comment.* in Matth., VI.
2. MATTH., VI.

ORACIÓN - 22

podrían añadirse aún algunas, por las cuales pedimos a Dios cada día el pan de cada día: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*.

Queda la cuarta y última pregunta: ¿Por qué estas palabras: danos, y no dadme, nuestro pan y no mi pan; *Panem nostrum da nobis*. Ya hemos hecho la observación de que, en la Oración Dominical, todo está en plural, nada en singular; decimos Padre nuestro... danos... perdonanos... socórrenos... líbranos... ¿Por qué? Por la razón general de que oramos al Padre, que es el Padre de todos, no, solamente de nosotros, sino de todos los demás, por todos nuestros hermanos, por todos los miembros de la comunidad, que no es otra que el género humano todo entero. Pero aquí, con relación a la naturaleza de la cuarta petición: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, la razón general no basta. No basta orar, si puede hacerse algo más. No basta pedir a Dios que los otros tengan pan, si podemos dárselo. Y si no tienen, y podemos dárselo, hay que hacerlo. ¿Comí jamás mi pan solo, aun en la más pequeña cantidad que fuese, dice el santo hombre Job, el día en que entró en cuentas con Dios: *Si comedis buccellum meum solus*? Con mayor razón, los que tienen mucho, deben dar de su abundancia. Los ricos no lo son más que con esta condición. Son de oficio los proveedores de los pobres. Dios les ha constituido una especie de mayorazgo, pero con la cláusula de que provean a las necesidades de los otros miembros menos dotados de la familia.

¡Oh ricos de la tierra! ¡oh afortunados del siglo! Decís: Mis bienes, mis rentas, mis dominios. Verdad es, pero no olvidéis que vuestros bienes no son de tal modo vuestros, que podáis disponer de ellos de un

1. Job. xi, 7.

modo absoluto. No olvidéis que no decís a Dios: Dame mi pan, sino danos nuestro pan. ¡Ah, sed consecuentes con la fórmula de vuestra oración, y cuando uséis de vuestros bienes, de vuestras rentas, decíos: Hay aquí una parte del bien de los pobres, y lo que me sobra debe servir de patrimonio al indigente. Al concederme riquezas, Dios me ha dejado en cierto modo un fideicomiso, que no puedo desatender sin faltar a mi obligación.”

El gran obispo que pronunció estas palabras, ¿rebasó la medida? Y nosotros que las repetimos, ¿la rebasamos a nuestra vez? No lo creemos, sobre todo teniendo presente que el Catecismo Romano, órgano semioficial de la Iglesia, se declaró en los términos siguientes: Nada quedará por decir sobre este asunto, cuando hayamos recordado a los ricos que deben referir a Dios sus riquezas, de quien las han recibido, lo mismo que su abundancia, y que sólo fueron colmados de ellas, para dar parte a aquellos de sus hermanos que sirven en la necesidad: *Extremum erit in huius tractatione petitionis, ut meminissemus divites facultates suas et copias Deo referre, cogitentque se idcirco illis bonis esse cumulatos, ut illa distribuunt indigentibus...*

1. Mons. LANDRIOT. *Instruct. pastor, sus l'Oraison dominicale*.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON DECIMO

Sigue la cuarta petición

El pan nuestro de cada día dánosle hoy

Sciendum est in divinis Litteris hoc panis nomine multa quidem significari, sed illa duo praeipue: primum quidquid in victu, coeterisque rebus ad corpus vitæque tuendam adhibemus; deinde quicquid nobis ad spiritus et ad animæ vitam ac salutem Dei munere tributum est.

Catech. Rom.

Muy exacta es la observación del Catecismo Romano de que, empleada en muchos lugares de las Escrituras, la palabra pan expresa muchas cosas. En primer lugar, todo lo que se refiere a la alimentación y a las necesidades generales del cuerpo y de la vida animal; luego, todo lo que Dios, en su bondad, nos ha concedido para la vida espiritual y la salvación de nuestra alma. En la precedente instrucción, hemos explicado el primer sentido. En la de hoy y en la siguiente, explicaremos el segundo. Diremos cuál es ese pan espiritual, objeto, no menos que el mismo pan material, de la cuarta petición de la Oración Dominical. Dios nos ayude con su gracia.

No son necesarias aquí largas investigaciones. Lo dijo Jesucristo, y lo repite la Iglesia todos los años

en el primer domingo de Cuaresma: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei*¹. He ahí, pues, el pan espiritual, el pan del alma; la palabra de Dios. Pero ¿qué palabra es la palabra de Dios?

En tiempo de Jeremías, había dos hombres sin misión, que se decían profetas, y no lo eran; que gritaban *paz, paz*... cuando no había paz y todo se arruinaba: *Dicentes pax, pax, et non erat pax*². Su palabra no era la palabra de Dios.

Pero sin remontarnos tan lejos, acordaos tan sólo del Evangelio que la Iglesia nos hace leer el domingo séptimo después de Pentecostés: Nuestro Señor tenía gran empeño en preservar a sus discípulos de ciertos falsos doctores, verdaderos lobos con piel de oveja, es decir, tanto más peligrosos cuanto añadían la hipocresía a la mentira: *Attendite a falsis prophetis qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces*³. Esto era decir claramente que su palabra no era la palabra de Dios.

Pero la palabra de los herejes que vinieron después y se sucedieron en el curso de los siglos, tampoco, ciertamente, fué, es, ni será jamás la palabra de Dios. A los primeros que vemos aparecer, desde los orígenes de la Iglesia—los siguientes no cambiaron,—ya san Pablo los censuraba porque adulteraban, esto es, contraponían la palabra de Dios, y protestaban para que no lo confundiesen con aquellos falsarios: *Non enim sumus sicut plurimi adulterantes verbum Dei, sed ex sinceritate, sed sicut ex Deo in Christo loquimur*⁴.

1. MATTH., IV, 4.
2. JEREM., VI, 14.
3. MATTH., VII, 15.
4. II Cor., II, 17.

No busquemos, pues, la palabra de Dios más que allí donde verdaderamente está: La palabra de Dios es la palabra de la Iglesia católica, apostólica, romana, única verdadera Iglesia de Jesucristo; y, en la Iglesia católica, romana, única verdadera Iglesia de Jesucristo, únicamente la palabra de los que han recibido la misión de enseñar; la palabra del papa, a quien, en la persona de san Pedro, dió Jesucristo la misión de apacentar todo el rebaño; la palabra del obispo diocesano, enviado del papa; la palabra del sacerdote de parroquia, enviado del obispo diocesano. En la Iglesia de Jesucristo, nadie habla si no ha sido debidamente enviado: *Quomodo praedicabunt nisi mittantur*¹.

He ahí el verdadero pan espiritual, el verdadero pan del alma: *Verbum Dei cibum est animae*.

Dádnoslo, oh Padre, ese verdadero pan del alma, dádnoslo: *panem nostrum da nobis*. Una de las mayores desgracias que pueden caer sobre nosotros, sería el vernos privados de él. Léanse las Escrituras. Cuando Dios deja de hacer oír su palabra, lo que ocurre ordinariamente en castigo de algunos crímenes, dicen los Profetas que Dios affige a los hombres con el hambre: Enviaré el hambre a la tierra, dice el Señor por el profeta Amós, no el hambre de pan, ni la sed de agua, sino la escasez de la palabra de Dios: *Mittam famem in terram, nec famem panis, neque sitim aquae, sed audienti verbum Domini*². El día que ya no fué posible dudar que los judíos de Antioquía³ cerraban obstinadamente y con deliberado propósito los oídos a la predicación de las verdades de la salvación, Pablo y Bernabé dijéronles con gran entereza: A vosotros debía ser primeramente

anunciada la palabra de Dios; mas ya que la rechazáis, y os juzgáis vosotros mismos indignos de la vida eterna, de hoy en adelante nos vamos a predicar a los gentiles... Y sacudiendo el polvo de sus pies, en señal de que cesaba en adelante toda relación con ellos, marcharon a otra ciudad: *Et excusso pulvere pedum in eos, venerunt Iconium*¹.

Dádnoslo, oh Padre nuestro, ese verdadero pan del alma: *panem nostrum da nobis*. Dádnoslo en cantidad suficiente, si no siempre por el papa en sus encíclicas, por el obispo diocesano en sus pastorales—pedírselo, cargados como están con el peso de tantos ministerios, sería pedir lo imposible,—por lo menos por los sacerdotes de parroquia, más en condiciones de conocer nuestras necesidades individuales y de satisfacerlas con sus obras catequísticas, sus sermones, sus instrucciones, sus exhortaciones, cada día, si es posible, cada domingo y cada fiesta. Los que dicen aún, por un residuo de hábito: *El pan nuestro de cada día dánoslo hoy*, y nunca van a oír a su pastor, prefiriendo alimentarse de lecturas inmorales o impías, considéralos el Catecismo Romano como atacados de una especie de ceguera que tiene algo de locura: *In furore animi et mentis caecitate versantur illi qui, neglectis iis qui legitime praesunt catholicis sacerdotibus, corruptoribus Dei verbi haereticis se in disciplinam tradiderunt*.

Dádnoslo, oh Padre nuestro, ese verdadero pan del alma: *panem nostrum da nobis*. Dádnoslo fortalecedor, substancial, únicamente compuesto del más puro trigo de la verdad. Y si, por desconocimiento de nuestros verdaderos intereses, desdénando lo necesario y lo útil, buscásemos con frecuencia lo delicado, lo exquisito, haced, oh Padre nuestro, que los distribuidores de la

1. Rom, x, 15.
2. Amos, viii, 11.
3. Antioquía de Pisidia.

1. Act, xiii, 46-51.

santa palabra se inspiren, no en nuestros gustos, y nosotros en nuestras fantasías, sino en nuestras necesidades; y que a esta petición, si llegara ocasión de hacerla, como la hacían los judíos a los antiguos Profetas: Habiadnos de cosas placenteras, profetizadnos cosas alegres, aunque sean falsas: *Loquimini nobis placentia, dicite nobis errores*¹... opongan ellos esta respuesta: Sólo veremos para vosotros cosas verdaderas, y sólo os diremos cosas que os aprovechen, aunque no os agraden. Razonar así, es prudencia. Con esas predicciones desprovistas de substancia, que arrancaría a los predicadores el mal gusto de sus oyentes, ocurriría lo mismo que con ciertos alimentos fofos, que entretienen el hambre, pero no satisfacen. Se come, pero no se alimenta uno.

Dádnoslo, oh Padre nuestro, ese verdadero pan del alma: *panem nostrum da nobis*. Dádnoslo, y haced con vuestra gracia que nos sirva. Entre la alimentación del alma por la divina palabra, y la alimentación del cuerpo por el alimento natural, hay más de una analogía. Esta sobre todo es particularmente exacta: no aprovecha lo que se come, sino lo que se digiere. Por eso, no basta recibir la divina palabra, verdadero pan del alma, sino que es preciso apropiársela, identificársela, asimilársela; tales son la urgente necesidad de reformar la vida, los motivos apremiantes de convertirse, las santas y purificadoras austeridades de la penitencia, nuestro último fin, la muerte, el juicio, la eternidad de las recompensas, la eternidad de las penas. Todas estas cosas, y muchas otras, recibidas por el oído, hay que madurarlas en el corazón como en el árbol maduran los frutos que da, digerirlas, como el estómago digiere el alimento que recibe; digámoslo para expresar todo mi pensamiento,

1. Isa, xxx, 10.

hay que rumiarlas. Cierta día, en el curso de sus visitas pastorales, un obispo de nuestro tiempo¹, profundo teólogo y gran orador, encontró en su camino una buena aldeana de ochenta y cinco años, la cual estaba ciega, interrogada por el prelado acerca de lo que hacía en aquella edad, enferma como estaba, contestó: Rumío el catecismo... Al decir esto, creía sin duda alguna que había dado una respuesta enteramente sencilla y natural, pero en realidad acababa de pronunciar unas palabras de elevadísimo sentido². En efecto, así como entre los animales hay una categoría de ellos, la de los rumiantes, esto es, la de los que vuelven a sus dientes dos o tres veces el alimento ya triturado, para masticarlo de nuevo y extraer todo su jugo, así también, aquella buena aldeana rumiaba, es decir, llevaba sin cesar a su pensamiento las enseñanzas de la religión, para alimentarse siempre de ellas. Mas, por desgracia, ¡cuán raros son estos ejemplos! Profeta, decía antiguamente Dios a su servidor Ezequiel, escuchan bien lo que les anuncias de mi parte, pero no hacen nada, porque oyen las verdades que les predicas como lo harían con una canción agradablemente cantada: *Quasi coramen musicum, quod suavi dulcique sono canitur, audiunt verba tua, et non faciunt ea*³. Con frecuencia los judíos prestaban a los discursos de nuestro Señor la atención más sostenida; su admiración llegaba a veces al entusiasmo; jamás hombre alguno habló como este hombre, decían⁴.

1. Mons. Bertrand, obispo de Tulle.

2. Empleo, sin advertirlo, las mismas palabras que san Agustín: *Deus enim Pater aequalen sibi genuit Filium: qui et cogitat atque in fine sua sentit et ruminat aequalquem esse Patri eum in quem crediti, ipsum trahit Pater ad Filium. Brev. Rom. feria quarta int. Oct. Pentec. Lectio 2.*

3. EZECH., XXXIII, 32.

4. JOANN., VII, 46.

Pero de aquí no pasaban. Por eso decía san Agustín: Admiraban, pero no se convertían: *Admirabantur, et non convertebantur*¹. Esto quiere decir, oh Padre nuestro, que nada podemos sin vos, y que es en vano que el sonido de las palabras choque con el oído, si vos mismo no abríis los corazones, y no facilitáis con vuestra gracia ese trabajo, de que hablábamos hace un momento, de apropiación, de asimilación, de sumisión de la palabra divina: *Sonus verborum aures percipit Magister autem intus est*².

Finalmente, dádnoslo, oh Padre nuestro, ese verdadero pan del alma: *panem nostrum da nobis*. Pero ¿lo pedimos únicamente para nosotros? No, ciertamente. Aunque sea espiritual, el egoísmo es siempre algo odioso... En los grandes continentes, y también en las islas, tenemos hermanos desgraciados. Nosotros nadamos aquí en la abundancia, en tanto que ellos allá se mueren de hambre. El sol del Evangelio no los ha visitado todavía. Parecemos que vemos a esos pobres infieles, hasta ahora desheredados de la palabra divina, alargar los brazos suplicantes hacia nuestros misioneros, y gritarles, como antes el macedonio a san Pablo: Venid a nosotros, venid a nosotros³... Pero el orden providencial consiste, ora se trate del pan material, ora del espiritual, en que nosotros lo demos a los que de él carecen. A nosotros los privilegiados, los opulentos en gracias de salvación, nos toca suscitar en la Iglesia, con nuestras oraciones, mensajeros de la Buena Nueva. Pero no basta orar. La caridad salva muy bien las distancias, pero no las suprime. Dios llena el corazón de sus apóstoles del celo que los mueve a partir, pero necesitan un pasa-

1. Tract. 29. in JOANN.
2. S. AGUSTIN. in JOANN.
3. ACT., xvi, 9.

je en un vapor, para ir a buscar más allá de los mares, al campo que han de roturar; *la moneta semanal* de la Propagación de la Fe, es la que les proporciona este pasaje. Necesitan una cruz, y en esta cruz la dulce imagen de Jesús crucificado; *la moneta semanal* de la Propagación de la Fe, es la que les procura este instrumento de conquista. Necesitan iglesias para reunir a los neófitos, vasos sagrados para celebrar los santos misterios, escuelas para instruir a los niños, hospicios para recoger a los enfermos, seminarios para formar nuevos reclutas de hombres evangélicos; *a la moneta semanal* de la Propagación de la Fe deben todas esas cosas, necesarias a su apostolado.

La Obra de la Propagación de la Fe, ¡qué hermoso comentario de la cuarta petición de la Oración Dominical entendida en el sentido espiritual: dadnos el pan nuestro, el pan del alma: *panem nostrum da nobis*. Destinada a proporcionar todos los medios de salvación a millones de criaturas humanas que están privadas de ello, es la obra santa, la obra por excelencia de Dios, y por nada de este mundo, desaprovecharía yo esta segunda ocasión de recomendarla! ¡Plegue a vuestra gracia, oh Dios mío, dar favor y crédito a mi humilde recomendación!

1. La recomendamos por primera vez en la instrucción 21ª, de la oración en general.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON UNDECIMO

Sigue la cuarta petición

El pan nuestro de cada día danosle hoy

*Præcipue autem panis noster est ipse
Christus Dominus qui in Sacramento
Eucharistiae substantialiter continetur.
Catech. Rom.*

Las dos precedentes instrucciones no han agotado la cuarta petición de la Oración Dominical. Todavía queda algo que decir. No os asombréis, si lo recordáis, o lo aprendéis de mi boca, si todavía no lo sabéis, que varios intérpretes de las Escrituras, a los cuales hay que añadir algunos antiguos Padres, sólo entendieron la cuarta petición en el sentido espiritual, fundándose en que el pan, que es su objeto, es llamado por los Evangelistas *pan substancial*¹. Sin duda que era esto un error, pero este error demuestra por lo menos claramente que, si el sentido espiritual no es el único, hay que darle por lo menos un puesto distinguido en su interpretación². Además, tenemos la autoridad, no recusable, ciertamente, del Catecismo Romano, el cual, después de explicar la cuarta petición en sentido material, primero, y luego

en sentido espiritual, quiere que en este segundo sentido la Eucaristía tenga la preponderancia. Sus palabras son demasiado precisas para que las descuidemos. Sobre todo en el Sacramento de la Eucaristía, en el que está substancialmente contenido, es Jesucristo nuestro pan. Ahora ya estamos orientados. Dios nos ayude con su gracia.

Si el Sacramento de la Eucaristía es llamado, como, en efecto, lo fué, por toda la antigüedad cristiana *un alimento*, sacó su denominación de lo que parece ser, de lo que es, de lo que opera. Pero esto necesita cierta explicación.

En primer lugar, de lo que parece ser; quiero decir que, aun después que los elementos empleados para confeccionarlo han sido cambiados en otras substancias, no desaparece la primera forma, el primer color permanece, queda el primer gusto. Hagamos con claridad: hecho ya el Sacramento, lo que sirvió para hacerlo, el pan y el vino, estos dos elementos parece que son todavía pan y vino.

En segundo lugar, de lo que es; porque, aun cuando subsisten las apariencias, como acabamos de decir, en realidad, ya no hay pan, ni vino. Otras substancias han sustituido a las substancias desaparecidas: el cuerpo, el verdadero cuerpo de Jesucristo, la sangre, la verdadera sangre de Jesucristo. Pero ¿con qué fin, ese cuerpo, ese verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, esa sangre de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Quizás para ser ex-
puestos a las miradas de los fieles, en ciertas épocas, cada domingo, por ejemplo, o un día cada mes, o siquiera una sola vez en todo el año, lo que sería ya un favor insignificante, y bastaría para una gran fiesta? No, no, para algo mucho mejor: el cuerpo de Jesucristo está allí para ser comido, la sangre de Jesucristo para ser bebida: *Mi carne es*

1. S. MATTH., VI, 11.

2. CORNEL. A. LAP. in h. l. quares secundo, etc.

verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. Tales fueron las palabras de la promesa... *Tomad y comed, este es mi cuerpo; tomad y bebed, esta es mi sangre, la sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por vosotros y por otros muchos en remisión de los pecados.* Tales fueron las palabras de la institución... palabras de la promesa, palabras de la institución que hay que entender, como ya lo hemos dicho con sobradas pruebas, como toda la Tradición las entendió, en el sentido natural y estrictamente literal³.

En tercer lugar, de lo que obra. ¿Qué es lo que obra? Para no decir más que lo que se refiere rigurosamente al asunto, de todos los alimentos propios para sustentar la vida del cuerpo, el más admirable, el más nutritivo, el que mejor vivifica nuestra sangre, y mejor fortalece nuestros huesos, por consiguiente, el más necesario, es el pan. No tener pan, es la más dura de las privaciones, o el más terrible de los castigos. El día en que Dios resolvió castigar a los habitantes de Jerusalén por su infidelidad, les hizo decir por su profeta Isaías: Ya no tendréis hombres válidos, ni hombres de guerra, ni jueces, ni profetas, ni ancianos de prudentes consejos... pero escuchad la continuación: Quitaré al pan que coméis la fuerza que, de lo contrario, os hubiera dado: *Ecce Dominus exercituum auferet a Jerusalem et a Juda omne robur panis*⁴. Pero si el pan usual, hecho con uno de los productos de la tierra, ejerce tal acción sobre el cuerpo, ¿qué no hará sobre el alma el pan Eucarístico, pan supersubstantial, esto es, pan que supera a todas las sustancias creadas? Hay que oír de nuevo a Jesucristo:

1. JOANN. c. vi, 56, 57.
2. MATTH. c. xxvi, v. 26 et seqq.
3. Véanse nuestros sermones sobre los Sacramentos.
4. ISA., III, 1.

Yo soy el pan vivo descendido del cielo. El que come este pan, vivirá eternamente; este pan es mi carne; mi carne es verdaderamente alimento y mi sangre es verdaderamente bebida; así, pues, el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él, y tiene la vida eterna. Continuemos entendiéndolo; porque, si carece de pan, de pan material destinado a sustentar el cuerpo, es de todas las privaciones la más dura, de todos los castigos el más terrible, ¡qué desgracia, incomparablemente más grande debe ser la de verse excluido o, por la más inconcebible de las negligencias, la de excluirse uno a sí mismo, de ese divino alimento! Por eso añade Jesucristo: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*².

¡Oh pan eucarístico! ¡Oh pan de vida! ¡Oh banquete sagrado, en el cual Cristo es comido, y renovado el recuerdo de su pasión, y llena de gracia nuestra alma, y nos es dada la prenda de la gloria eterna!

Pero añadamos que este pan, verdadero pan de vida, que se nos ha dado, que nos pertenece, no es *nuestro* en las mismas condiciones que el pan ordinario. En efecto, si se trata de éste, del pan ordinario, basta ser hombre para tener derecho a él; el trigo que sirve para hacerlo, se cría en todos los puntos, madura en todas las temperaturas, se ha dicho de él que es, como el hombre, cosmopolita. Pero si se trata del pan eucarístico, no basta ser hombre, es preciso ser cristiano; hay que estar bautizado en Jesucristo para alimentarse de Jesucristo. Pero aún hay más. Para tener derecho al Pan Eucarístico, no basta ser cristiano, hay que ser miembro de la única verdadera Iglesia de Jesucristo. Jesu-

1. JOANN., VI.
2. *Ibid.*
3. O sacrum convivium, etc.

cristo celebró las Pascuas únicamente con sus discípulos, y no con los discípulos de cualquier otro, en el Cenáculo, y no en otra parte. Estos discípulos son solamente los católicos. Ese Cenáculo, es solamente la Iglesia católica. El que come el Cordero fuera de esta casa, es un profano: *Quicumque extra hanc domum Agnum comedit profanus est*¹. ¿No hay nada más que añadir? Si sois miembros del cuerpo místico de Jesucristo, esto es, de la Iglesia católica, apostólica, romana, única verdadera Iglesia de Jesucristo, pero miembro muerto ¿el Pan Eucarístico es *nuestro*? No, hay que ser miembro viviente, es decir, estar en estado de gracia, con la caridad unida a la fe²; de lo contrario, uno es miembro muerto, y un miembro muerto no es apto para recibir alimento. En resumen: fuera, como ya lo hemos dicho, en primer lugar, fuera el infiel, el pagano, el extraño; el pan de los hijos únicamente pertenece a los hijos; no es justo, como dijo Jesucristo a la Cananea quitárselo de las manos para arrojarlo a los perros³. Fuera, como luego dijimos, fuera el hereje; verdad es, no es un extraño; durante mucho tiempo perteneció a la familia; pero después de conocer a Jesucristo, y sentarse a su mesa, levantó el pie contra él⁴. Finalmente, fuera, ya que era preciso decirlo, lo decimos, fuera el mal católico, el pecador no absuelto, el miembro muerto, durante el tiempo que permanezca en estado de miembro muerto. El convidado del Evangelio, que entró subrepticamente en la sala del festín, es decir, sin llevar el traje nupcial, ¿no fué despiadadamente expulsado⁵?

1. S. Hieronymus, ad Pap. Dam.
2. *Catech. Rom.*: Et vero dicitur, etc. Todo el párrafo.
3. *MARC.* vii, 27.
4. *JOANN.* xiii, 18.
5. *MARTH.* xvi, 16.

Pero el asunto no está agotado aún. El Pan Eucarístico, verdadero pan del alma, como el pan usual hecho de trigo, es el pan del cuerpo; el Pan Eucarístico, verdadero pan del alma, y verdaderamente el *nuestro*, pero en las condiciones que acabamos de decir, ¿es cotidiano? ¿debe serlo? ¿conviene por lo menos que lo sea? ¿hay lugar a hacer la aplicación hasta el fin de la cuarta petición de la Oración Dominical: *El pan nuestro de cada día danosle hoy*? No digamos si es posible más que cosas muy exactas.

Que los fieles en el origen de la Iglesia comulgaban con frecuencia, y quizás diariamente, podemos pensarlo así según este texto de los Hechos: Eran perseverantes en la fracción del pan; y más literalmente: en la participación común del mismo roto: *Eerunt perseverantes in communione fractionis panis*¹. Santamente ávidos de este alimento celestial, se oprimían en muchedumbre en torno de la Mesa Eucarística. ¡Dichosos tiempos aquellos! Era la edad de oro de la Iglesia.

Que más tarde se enfrió el fervor primitivo, hasta el punto de que los grandes Doctores rogasen a los fieles que no abandonasen, como estaban dispuestos a hacerlo, el divino banquete, es una verdad demostrada por sus mismas palabras alentadoras, por sus apremiantes exhortaciones: Vivid de tal suerte, que podáis comulgar cada día: *Sic vive, ut quotidie possis sumere*².—Puesto que es el pan cotidiano, ¿por qué dejáis pasar un año entero sin tomarlo y nutrirse de él: *Si quotidianus est panis, cur post annum illum sumis*³?—Considerad el ardor con que los niños se arrojan al pecho de su madre, con qué avidez beben la leche. ¿Nos acercarnos

1. *ACT.* ii, 42.
2. *Ap. Catech. Rom.*, c. xx.
3. *Se act.* lib. v, c. iv.

nosotros con menos jovial diligencia a la Mesa del Señor? ¿Beberemos con tragos menos largos la bebida? Por lo contrario, saboreemos con delicia ese alimento celestial, y no experimentaremos más que un solo dolor, un solo pesar, el dolor y pesar de vernos privados de él: *Et unus sit nobis dolor hac esca privari*¹.

En pocas palabras, acabáis de escuchar a san Agustín, a san Ambrosio, a san Juan Crisóstomo. Pero tenemos algo mejor aún. Tras los grandes Doctores, los grandes Concilios. No citaremos más que uno, el incomparable Concilio de Trento, no porque le reconozcamos mayor autoridad y competencia que a cualquier otro, sino porque, conducido por la naturaleza de sus trabajos a tratar esta materia, hizolo con mayor extensión que los que le precedieron.

En el capítulo segundo de su memorable sesión decimotercia, se expresa así: Jesucristo quiso que el santísimo Sacramento de la Eucaristia fuese recibido como alimento espiritual de nuestras almas, alimento que las sustentase, que las fortaleciese, que las hiciese vivir en su propia vida, y como un antídoto, por cuya virtud quedásemos libres de nuestras faltas diarias, y preservados de las mortales².

¿Qué os parece? Si la comunión frecuente no es nombrada aquí en términos expresos, ¿quién puede equivocarse sobre el pensamiento del Concilio? Un alimento, verdadero alimento de las almas, que tiene la propiedad de sustentarnos, de fortalecerlas, de hacerlas vivir de la vida misma de Jesús; un antídoto, ordenado al fin de preservarnos de las faltas graves, hacia las cuales se inclina nuestra naturaleza con demasiada facilidad, y curarnos de las faltas ligeras, pero diarias, las cuales,

1. Véase todo el texto. *Brev. Rom.*, intra Oct. SS. SACRAM.
2. Sess. XIII, c. II.

si bien no matan el alma, la debilitan por grados, ¿quién se atrevería a no hacer uso de él sino a largos intervalos?

Pero he aquí lo que es más directo: En el capítulo octavo de la misma sesión, el santo Concilio—cito textualmente—advierte con paternal afecto, exhorta, ruega y conjura, por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, a todos los que, en general y en particular, llevan el nombre de cristianos, que, acordándose de tan gran majestad y del amor excesivo de Nuestro Señor Jesucristo, el cual entregó su alma amadísima como rescate en nuestra salvación, y nos dió a comer su carne, crean los misterios sagrados de su cuerpo y de su sangre con tal confianza y firmeza de fe, y los reverencien con tal piedad y tal respeto, que estén en condiciones de recibir con frecuencia *ese pan supersubstantial*, y sea verdaderamente la vida y la salud perpetua de su espíritu, a fin de que, viéndose fortalecidos por este divino alimento, pasen de la peregrinación de esta vida llena de miserias a la patria celestial, para comer en ella sin ningún velo en adelante el mismo pan de los ángeles, que comen al presente bajo los sagrados velos¹.

Y en el capítulo sexto de la sesión vigésimosegunda, el santísimo Concilio desearía... ¿qué?... que en cada misa, los fieles que a ella asisten, comulgasen, no sólo espiritualmente y por sentimientos interiores de devoción, sino también recibiendo sacramentalmente la Eucaristia: *Optaret sacrosancta Synodus ut in singulis missis fideles adstantes non solum spirituali affectu, sed sacramentali etiam Eucharistiae perceptione communicarent*².

No insistamos. Sobre la cuarta petición de la Oración Dominical, entendida en sentido espiritual, tenemos el

1. Sess. XIII, c. VIII.
2. Sess. XXII, c. VI.

más autorizado de los comentarios, el comentario de la misma Iglesia.

El Catecismo Romano dijo las primeras palabras de esta instrucción: Principalmente en el Sacramento de la Eucaristía, en el cual está contenido substancialmente, es Jesucristo nuestro pan: *Præcipue autem panis noster est ipse Christus Dominus, qui in sacramento Eucharistiæ substantialiter continetur*. El piadoso autor de la Imitación dirá las últimas palabras: ¡Cuán feliz y agradadle es a Dios el que vive de tal suerte y guarda tan pura su conciencia, que está dispuesto a comulgar diariamente: *Quam felix ille et Deo acceptus habetur, qui sic vivit, et in tali puritate conscientiam suam custodit, ut etiam omni die communicare sit paratus...*

LA ORACION DOMINICAL

SERMON DUODECIMO

Quinta petición

Perdónanos nuestras deudas

Ingrédimur autem novam precandí rationem; nam hætenus a Deo non solum æterna et spiritalia bona, sed caduca et quæ ad hanc vitam pertinent, commoda petivimus: nunc vero mala deprecamur et animæ et corporis, et huius, et sempiternæ vitæ.

Catech. Rom.

El mismo Catecismo Romano nos da la introducción en esta materia: Hasta aquí no hemos pedido a Dios más que bienes, eternos unos, espirituales otros, y tras estos, bienes menores, pero todavía muy necesarios, los bienes que dicen relación a la vida corporal. A partir de aquí hasta el fin, le pediremos que aleje de nosotros los males, los males del alma y los males del cuerpo, los males del tiempo presente y los males del tiempo por venir. Y como el primer mal, el mal que engendra todos los demás, es el pecado la quinta petición de la Oración Dominical, que es la primera de esta serie, tiene por objeto el perdón de los pecados. Es lo que vamos a ver. Dios nos ayude con su gracia.

Empezaremos por sacar de la quinta petición de la

Oración Dominical las enseñanzas generales que contiene:

Perdónanos nuestras deudas: esto quiere decir, como lo explica san Juan Crisóstomo, que todos los pecados son remisibles, todos sin excepción, por numerosos que sean, por enormes que se supongan, en cualquier edad de la vida que se hayan cometido. Si un herejara de los primeros siglos declara falsa esta doctrina, y se atreve a sostener que, si alguien peca gravemente después del bautismo, ya no será perdonado nunca, le gritará la Boca de Oro de la Iglesia griega: Te engañas, Novaciano, te engañas tú, y engañas a los otros; el que ordena a los fieles, es decir, a los bautizados, que pidan la remisión de sus faltas, proporcionará suficientemente la prueba de que, aun después del bautismo, pueden ser perdonados los pecados: *Qui ergo fidelibus jubet remissionem peccatorum petere, demonstrat quod post baptismum contingit peccata dimitti*¹.

Perdónanos nuestras deudas: esto quiere decir, como lo explica santo Tomás después de los santos Padres, que todos somos pecadores, porque esta oración fué dada a todos, para que se dijera por todos: *Hanc orationem Dominus dedit omnibus; omnes ergo peccatum habent*². Sí, todos somos pecadores, aunque en grados diversos. Todos pecadores, nos dice el Real Profeta: Todos se han apartado del camino, todos se han hecho vanos; no hay quien haga el bien, ni uno solo: *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt, non est qui faciat bonum, non est usque ad unum*³. Todos pecadores, nos dice Salomón. No hay en la tierra un solo hombre que haga el bien sin pecar jamás. ¿Quién puede decir: Mi corazón es puro; estoy exento de falta: *Non est*

1. S. JOANN. CHRYS. Catena aurea in MATTH., VI.
2. S. THOM. COMM. in MATTH., VI.
3. PSAL. XIII, 3.

*homo iustus in terra, qui faciat bonum et non peccet. Quis poterit dicere: mundum est cor meum, purus sum a peccato*¹. Todos pecadores, nos dice el apóstol san Juan: Si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros: *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est*²... ¿Quién está en lo cierto, los escritores sagrados que acabamos de citar, o el fariseo orgulloso que, el segundo domingo después de Pentecostés, se presenta cada año y se nos muestra exponiendo el ridículo espectáculo de su descorazonadora fatuidad³, o, en tiempo de san Agustín, los discípulos de Pelagio, presuntuoso hasta la insolencia, diciendo, a la verdad, la quinta petición de la Oración Dominical: *perdónanos nuestras deudas*, pero diciéndola por los otros, no por ellos, o bien, si la decían por ellos, haciéndolo más a modo de recibo, que con la convicción de que les fuera personalmente aplicable?... Preciso será que un Concilio, el segundo de Milevo, condene a tan incorregibles hipócritas: Si alguien interpreta las palabras de la Oración Dominical: *Perdónanos nuestras deudas*, como si los santos no las hubieran pronunciado más que por humildad, y no en toda verdad y sinceridad, sea anatema: *Placuit ut quicumque verba ipsa Dominicae Orationis, ubi dicimus: Dimitte nobis debita nostra, ita vult a sanctis dici ut humiliter, non veraciter hoc dicatur, anathema sit*⁴. Y el Catecismo

1. PROV., XX, 9.
2. JOANN., II, 8.
3. LUC., XVII.
4. Anatema bien merecido; para convencerse de ello, hay que leer lo que dice san Agustín contra el pelagiano Parmenión: *Quod si homines fide et non veraciter dicunt: Dimitte etc. putantes se non habere quod eis dimittat Deus, idipsum est inexcusable sacrilegium, ea ipsa est vesana superbia, quod est certe immane peccatum* (Cap. x).

Romano, que trae esta sentencia, añade: En efecto, ¿quién podría soportar un hombre bastante audaz para mentir en la oración, no a los hombres, sino a Dios mismo, y pedirle con la boca que le perdone, cuando en su corazón sostiene que nada ha hecho que necesite perdón¹?

Pero las enseñanzas particulares no son menos excelentes que las generales. Cada palabra de la petición expresa una, que es la propia.

Esos pecados por los cuales imploramos el perdón son nuestros, *nostra*, verdaderamente nuestros, imputables a nuestra malicia únicamente; porque, aunque la balanza se incline de un lado más que de otro, es decir, hablando sin figuras, aunque hagamos el mal más fácilmente que el bien, triste consecuencia del pecado original, tenemos, por parte de Dios, tantas gracias para resistir, ya a las inclinaciones perversas que están en nosotros, ya a las excitaciones y provocaciones que nos vienen de fuera, que si somos pecadores, es, sin la menor duda, *por nuestra culpa, por nuestra grandísima culpa*. ¿Y en qué tiempo fué más necesario decir estas cosas que en el tiempo presente, en qué tiempo fué más necesario oírlas decir, y mejor aún, decírnoslas cada día, a nosotros mismos, por medio de una fórmula de oración muy propia para recordárnoslas, cuando todo conspira a acreditar el error contrario, cuando la revista periódica o el libro, la novela o el teatro, y con sobrada frecuencia la instrucción pública, ora afirman con decisión, ora insinúan con destreza, que estamos encadenados por las leyes inexorables del destino, que no podemos querer de distinto modo del que queremos, ni proceder por modo distinto del que procedemos? —Doc-

1. Véase también CORNEL. a LAP. Hinc Patres contra Pelagianos etc. in MARTH., VI.

trina monstruosa, lo repetimos, porque ya lo hemos dicho¹, lo que en último extremo prevalecería sería la ruina no sólo de toda Ireligión, sino de todo orden social. En efecto, si no somos libres, si no funcionamos más que como máquinas bajo el imperio de leyes fatales, ¿en dónde está el vicio? ¿en dónde la virtud? ¿en dónde prácticamente la distinción entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto? ¿en dónde la responsabilidad moral? El malvado que mata a uno de sus hermanos, ¿es más culpable que el puñal de que se sirve para perpetrar su crimen?

Pero nuestros pecados, como acabamos de decir, verdaderamente *nuestros*, son deudas: *debita nostra*. ¡Somos acreedores de Dios por tantos títulos! Lo somos, en primer lugar, porque nos dió el ser, y porque en esta cualidad, qué es la suya, de creador, le debemos fe y homenaje, como a nuestro soberano señor. Después, lo somos, porque, de hijos de Dios que éramos originariamente, convertidos por nuestra culpa en esclavos del demonio, fuimos rescatados a gran precio, llegada la plenitud de los tiempos, por el mismo Hijo de Dios, y porque, en buena equidad, la cosa comprada debe remunerar a su comprador en la proporción misma, si es posible, del precio de compra. Y si después de haber obtenido la gracia, volvemos a caer bajo el yugo, si cometemos nuevos pecados, y contraemos nuevas deudas, deudas que, en rigor de justicia, ni el hombre, ni el ángel, ni ninguna criatura, por excelente que sea, puede extinguir², ¿qué nos queda que hacer, oh Dios mío, sino arrojarnos a vuestros pies, implorar vuestra

1. Véanse nuestros sermones sobre los Sacramentos.

2. Peccatum enim est summum debitum ob summam injuriam quam irrogat Deo, quae, quia est infinita, hinc pro ea ejusque debito nec homo, nec angelus, ex rigore justitiae satisfacere potuit. CORNEL., a LAP. in MARTH., VI.

misericordia, y, con la divina Oración en la boca, deciros: Perdonanos nuestras culpas, perdonanoslas enteramente, en cuanto a la culpa y en cuanto a la pena: *Dimite nobis debita nostra*... Pero no vayamos más lejos, pues falsearíamos la doctrina: la Oración Dominical es simplemente una oración, no un sacramento; la quinta demanda de esta incomparable oración puede ayudar a obtener la gracia, no conferirla, facilitar las condiciones del perdón, no dispensarlo; la confesión sacramental de las faltas es siempre necesaria, y también necesaria siempre la contrición; el sacramento de la penitencia es siempre, en virtud de la institución divina, causa instrumental de la justificación; la Oración Dominical, nosotros aún que ninguno de los Sacramentos, no remite los pecados por sí misma, aunque sean veniales; al rezarla, no pedimos, ni podemos pedir más que una sola cosa, la gracia del arrepentimiento; el perdón de nuestros pecados.

Nos queda por explicar una frase que, como las precedentes, entraña su enseñanza propia. En esta quinta demanda de la Oración Dominical, como en varias otras, todo está en plural, nada en singular. Decimos: perdonanos, y no perdona nuestras deudas, y no mis deudas. Esto es caridad. ¿No hay que rogar por otro? El perdón de los pecados que solicitamos para nosotros, ¿no conviene pedirlo para nuestros hermanos? ¿Quisiéramos como el odioso fariseo del Evangelio, ser los únicos justos, y que todos los demás fueran pecadores? Por consiguiente, perdonanos, dirá el marido, es decir, a mí y a mi esposa; perdonanos, dirá la esposa, es decir, a mí y a mi marido; perdonanos dirá el padre o la madre, es decir, a mí y a todos los que están bajo mi guarda. ¿Obraron de distinto modo los santos? Ora Moisés, con el celo de que da cuenta el Exodo, para que Dios per-

done a su pueblo, y no castigue la idolatría que acaba de cometer¹. San Pablo desea ser condenado si con esta condición pudieran salvarse todos sus hermanos². Padre de siete hijos y de tres hijas, Job ofrece cada día, al ponerse el sol, un sacrificio de expiación por los pecados cometidos durante la jornada por su numerosa familia³. Cuando Dios anunció a Samuel que iba a rechazar a Saúl de su presencia, experimentó el santo hombre el más vivo dolor, y no cesó en toda la noche de exclamar al Señor: *Contristatus est Samuel, et clamavit ad Dominum tota nocte*⁴. Esto es justicia. Culpables ya de tantos pecados personales, ¿sería imposible que no tuviésemos además a nuestra cuenta muchos pecados ajenos? David no dudaba de ello cuando pedía a Dios que le perdonase, con sus pecados propios, los pecados de otros, a los cuales no creía ser extraño: *ab alienis parce servo tuo*⁵. Tampoco dudaba san Pablo, cuando decía a varios de su tiempo: Vosotros, que violáis la ley, aun que os glorifiquéis en la ley, sois la causa de que otros, autorizándose en vuestros malos ejemplos, blasfemen el nombre del Señor: *Nomen enim Dei per vos blasphematur inter gentes*⁶. ¿Qué hay que decir sino que con sobrada frecuencia somos causa de los pecados ajenos, los padres de los pecados de sus hijos, los hijos de los pecados de sus padres, los amos de los pecados de los criados, los criados de los pecados de sus amos, los superiores de los pecados de sus inferiores, los superiores de los pecados de sus inferiores; es, pues, justicia, no menos que caridad, orar los unos por los otros, éstos por

1. Exo., xxx, 31.
2. Rom., ix, 3.
3. Job., i, 5.
4. I Reg., xv, 11.
5. Psal., xviii, 14.
6. Rom., ii, 24.

aquéllos, aquéllos por éstos, a fin de que Dios nos perdone a todos.

Sí, oh Dios mío, clementísimo, misericordiosísimo Señor, perdónanos todo el mal que nos es imputable, todos los pecados que hemos cometido, todos los que hemos hecho cometer; concedednos gracia completa, remisión total de todas nuestras deudas; os lo pedimos en el tiempo, para que nada tengamos que temer de vuestra justicia

LA ORACION DOMINICAL

SERMON DECIMOTERCIO

Sigue la quinta petición

Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores

Illud sicut dupliciter intelligi potest. Nam et similitudinis vim habet, cum videlicet a Deo petimus ut, quemadmodum nos iniurias remittimus his a quibus laesi sumus, sic ipse nobis peccata condonet. Est praeterea conditionis nota: Si enim dimiseritis, indimittet et vobis Pater vester coelestis, quit J.-C., hominibus peccata eorum, delicta vestra; si autem non dimiseritis hominibus, nec Pater vester dimittet nobis peccata vestra. (1).

Catech. Rom.

Para hacer la instrucción sobre la segunda parte de la quinta petición de la Oración Dominical: *Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, y evitar, al hacerla, el caer en repeticiones, pues ya hemos tratado largamente este asunto en otro de sermones², citaremos por entero, y explicaremos, parte por parte, la parábola que la Iglesia nos hace leer cada año el domingo vigésimoprimeros después de Pentecostés.

Por esto el reino de los cielos viene a ser semejante a un rey que quiso tomar cuentas de sus criados.

1. MATH., v. 14, 15.
2. *Decálogo*, Sermón 5.º del 5.º mandamiento.

Y habiendo comenzado a tomarlas, le fué presentado uno que le debía diez mil talentos.

Y como éste no tuviera con qué pagar, mandó su señor que fuese vendido él y su mujer y sus hijos con toda su hacienda, y se pagase así la deuda.

Entonces el criado, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo.

Movido el señor a compasión de aquel criado, le dió por libre, y le perdonó la deuda.

Mas apenas salió este criado de su presencia encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándole por el pescuezo, le ahogaba, diciéndole: Paga lo que me debes.

El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo.

El, empero, no quiso escucharle, sino que fué y le hizo meter en la cárcel hasta que le pagase lo que le debía.

Al ver los otros criados sus compañeros lo que pasaba, se contristaron por extremo, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido.

Entonces le llamó su señor y le dijo: ¡Oh criado inicuo! yo te perdoné toda la deuda porque me lo suplicaste;

¿No era, pues, justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero, como yo le tuve de ti?

E irriado el señor, le entregó en manos de los verdugos, hasta tanto que satisficase la deuda toda por entero.

Así de esta manera se portará mi Padre celestial con

vosotros, si cada uno no perdonare de corazón a su hermano¹.

Esta parábola, de un sentido fácil de apreciar, será más inteligible todavía, y más útil como enseñanza, si decimos cómo y en qué ocasión fué referida.

Acaba de hacer Nuestro Señor un curso admirable de teología moral sobre varios puntos, entre otros, sobre el perdón de las injurias. Explicada la lección, san Pedro, que la había seguido con atención, tuvo, no una objeción que hacer, sino una explicación que pedir: Maestro, si uno de mis hermanos peca contra mí, ¿cuántas veces habré de perdonarle? ¿Será bastante siete veces: *Domine, quoties peccabit in me frater meus, et dimittam ei?* *septies?* Como la doctrina rabínica oficial de aquel tiempo no exigía más que tres perdones al culpable relapso², Pedro, que llegaba a siete podía creerse generoso.... Pero no lo era mucho, porque Jesús le dijo: No digó hasta siete veces, ni siquiera—como traducen algunos—hasta setenta y siete veces siete, sino indefinidamente y siempre.... Desde este momento la parábola entra en acción, y el pequeño drama evangélico va a desarrollarse con regularidad.

El primer personaje que entra en escena es un rey, rico y poderoso, como lo eran todos los reyes de Oriente en las épocas primitivas de la historia; sus criados—menos eran criados, en el sentido actual y restringido de la palabra, que arrendatarios generales, encargados de una gran explotación,—sus criados son compelidos a presentarse ante él para rendirle cuentas. Uno de ellos se presenta, en efecto, y es introducido con el ceremonial acostumbrado; tal es el sentido probable de la pala-

1. *MATTH.*, XVII, 23 et suiv.

2. *Homini in alterum peccanti semel remittunt, secundo remittunt, tertio remittunt, quarto non remittunt.* Biblia de Lehielleux: in *MATTH.* p. 361.

bra *oblatus est*; su situación económica es deplorable; debe diez mil talentos, suma enorme, pues, si se toma como punto de partida el talento hebreo, se traduciría por ciento veinte millones de pesetas... Como no tiene con qué pagar—apenas bastarían las rentas de un Estado,—su amo ordena, de conformidad con la legislación vigente entonces, que sea vendido, él, su mujer, sus hijos, y todo lo que posee. ¿Qué partido tomar? La necesidad doblega y hace a los suplicantes. El desgraciado se arroja a los pies del rey acreedor, implora su clemencia con lágrimas y gemidos: Tened un poco de paciencia conmigo, le dice, concededme un poco de respiro, y todo os lo pagaré: *Prociens autem servus ille, orabat eum dicens: patientiam habe, et omnia reddam tibi*. El amo se ablanda; confiado en las buenas disposiciones de su deudor, va más allá de la súplica—casi era esto preciso para conservar el color local, dice un sabio comentarista; pues las concesiones repentinas de gracias no eran raras en las cortes orientales, en las que frecuentemente se veían terribles cóleras y perdones extraños!—El amo va, pues más allá de la plegaria de su criado, pues no sólo no fija la época del pago total, ni siquiera parcial, de la deuda, sino que también lo libra de la prisión y le perdona cuanto debe. Nuestro hombre no pedía más que un favor, y se le conceden dos: *Miseratus Dominus servi illius, dimisit eum, et debitum dimisit ei*. Detengámonos ahora aquí, pues como el interés dramático del relato va en aumento, podría hacernos perder de vista los personajes reales.

Este rey, rico y poderoso, no es otro, sin duda alguna, que Dios mismo, rey de reyes, señor de señores, de quien depende la tierra entera, y son tributarios cuantos la habitan; tal es la expresión del Salmista: *Domini est*

1. Biblia de Lethellieux in h. l.

*terra, et pleniundo ejus, orbis terrarum et omnes qui habitant in eo*¹.

El criado en situación económica desesperada, somos cada uno de nosotros; nuestros pecados verdaderas deudas, como ya lo hemos dicho, son innumerables, y provienen de todas las fuentes: pecados de pensamiento, de palabra, de acción, de omisión; pecados contrarios a la justicia, o a la caridad; pecados de la infancia, de la juventud, de la edad madura, de la vejez; si no queremos examinarnos con demasiada complacencia, veremos que nuestra vida está llena de ellos; de esos pecados, de los cuales, cada uno, para repetirlo una vez más, es una deuda, *debitum*; reunidos todos, y añadida la gravedad al número, resulta que los diez mil talentos que debían pagarse según la parábola, son expresión más bien débil que exagerada de nuestra insolencia... ¿Cómo no temblar de semejante condición? Pero ¡oh dicha inesperada! En vez de tratarnos con rigor y exigir el pago íntegro; en otros términos, en vez de arrojarnos al infierno, como derecho sobrado había para hacerlo, nuestro Dios se porta con nosotros con la más amplia y merced merceda indulgencia; perdona, olvida, concede toda la gracia. Aunque haya cometido todos los crímenes imaginables; aunque mis pecados sean más numerosos que los cabellos de mi cabeza, más encarnados que el vermellón, para emplear el lenguaje de la Escritura²; si me confieso humildemente, y me arrepiento con sinceridad, quedo perdonado, todas mis iniquidades quedan borradas, por la sentencia de absolución, como con una esponja. Y nada queda de ellos: No me acordaré de ellos, dice el Señor, como si jamás hubieran existido: *Ego sum, qui deleo iniquitates tuas propter me, et peccato-*

1. Psal. xxiii, 1.

2. Isa., i, 18.

*num tuorum non recordabor*¹. ¡Ah, cuán bueno es Dios, exclama san Ambrosio, cuán inclinado a la misericordia! : *Vide quam bonus Deus, et facilius indulgere peccatis*; lo que estaba perdido, lo devuelve; lo que no podía uno ni siquiera permitirse esperar, lo concede: *Non solum ablata restitui, sed etiam inexpectata concedit*; basta con que uno quiera mejorar su vida, para que levante su sentencia y cese su juicio: *Novit Dominus mutare sententiam, si tu noveris emendare delictum*². No es posible decir más.

Pero volvamos a la parábola, y tomémosla en el punto mismo en que la dejamos.

Ese deudor insolvente, a quien se le acaban de perdonar diez mil talentos, ese indultado... figuras si se mostraria dichoso, si saltaría de júbilo... No es posible, ciertamente, dudar que no se mostraría reconocido a su amo, y, en caso de necesidad, misericordioso con sus hermanos, pues acababa de ser objeto de tan inesperada indulgencia. Vamos a verlo.

Apenas sale de la residencia real, cuando todavía resonaban en sus oídos, dice san Juan Crisóstomo, las palabras bienhechoras del Rey: *Adhuc quasi in auribus habens beneficium*³, se encuentra con uno de sus colegas, criado como él, *num de conservis suis*, por consiguiente, un igual a él, un hermano, el cual le debía cien denarios, suma insignificante, una verdadera bagatela, ya que correspondiendo el dracma antiguo a la peseta, y siendo el denario inferior al dracma en unos trece céntimos, los cien denarios de la parábola sumaban en números redondos unas noventa pesetas⁴. Págame lo que me debes,

1. Isa., XLIII, 25.
2. In Luc., I.
3. Catena aurea in h. l.
4. Biblia de Lethielleux in h. l.

le grita, sin tomarse siquiera la molestia de reclamarle esta pequeña suma con urbanidad; y precipitándose sobre él como un animal feroz, lo coge por la garganta, lo tira por tierra, empieza a ahogarle. El pobre deudor lanza gritos dolorosos, y pide gracia: Ten paciencia, le dice, todo te lo pagaré. Es, palabra por palabra, la petición que una hora antes le había ido tan bien al exactor de ahora. ¡Trabajo inútil, gritos ineficaces! El acreedor muéstrase insensible; los malos tratos, los golpes, las heridas no le bastan; pide la intervención de la ley, y hace perder al desgraciado compañero: él, que acaba de obtener gracia por ciento veinte millones, exige que su amigo de ayer quede en prisión hasta que pague las noventa pesetas que le debe. ¡Qué crueldad! ¡Qué infamia! ¿No es esto escandaloso?

¡Ah, calma, calma, cristianos! No nos irritemos tan pronto... Es ese un drama, ya se os ha advertido de ello, que vemos a cada momento, ante nuestros ojos. Detrás de los personajes ficticios que en él figuran, están los verdaderos. Esos personajes verdaderos somos nosotros mismos. Lo que se acaba de decir, se refiere a nosotros, nos toca. Dios nos perdona, y nosotros no perdonamos. Dios nos hace gracia de diez mil talentos, y nosotros ni siquiera hacemos gracia de cien denarios. Dios nos perdona nuestros pecados, nuestros crímenes, los cuales hacen un total enorme, débilmente representado por diez mil talentos, y nosotros no perdonamos ni tan sólo una pequeña injuria, una miserable ofensa que hiere nuestro amor propio, y que apenas vale cien denarios. Ya no dirigís la palabra a ese antiguo amigo, y aun evitáis su encuentro. ¿Por qué? Entre ese amigo y vosotros, se eleva un muro imposible de salvar. ¿Por qué? Hace diez años, quizá veinte, que alimentáis un odio secreto, una enemistad sorda, contra tal o cual de vues-

tros prójimos... Ello no obstante, os confesáis... recibís la absolución... os acercáis a la Mesa Eucarística, que es por excelencia la mesa de la confraternidad, y debería ser siempre la mejor fomentadora de la amistad... Escuchad los grandes Doctores sobre este punto.

San Juan Crisóstomo: La participación del cuerpo y de la sangre de Jesucristo exige, no solamente que estemos libres de toda rapiña, sino también exentos de la menor enemistad con relación a nuestros hermanos, *ab omni vel tenui inimicitia*; y al punto da la razón de ello: Porque este misterio, dice es un misterio de paz: *Est enim pacis mysterium*¹.

San Agustín: Antes de acercarnos al altar, poned atención en lo que decís. Decís: Perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Perdonad, pues, y seréis perdonados. Esto hecho, acercaos con toda seguridad; es un alimento vivificador el que vais a recibir. no un brevaie mortal: *Dimitte, et dimittetur; nunc accede securus, panis est non venenum*².

El Catecismo Romano: Para comulgar es absolutamente necesario, *illa praeparatio omnino necessaria est*, estar en paz con los demás, y amar sinceramente y del fondo del corazón a vuestro prójimo: *Ut unusquisque pacem cum aliis habeat, et proximos vere atque ex animo diligat*³.

El Ritual Romano: No debe darse la absolución, sino que se les negará, a los que no quieran dejar sus odios y enemistades: *Videat sacerdos ne absolvat eos qui odia et inimicitias deponere nolunt*⁴.

1. HOMIL., 26.
2. Tract. 26 in JOANN.
3. Catech. Rom., cap. 20.
4. De sacramento Poenitentiae.

! Qué enseñanza! ¿Quién se atrevería a proceder contra ella? ¿Quién querría amontonar carbones encendidos sobre su cabeza e incurrir en el castigo del criado sin piedad?

Este castigo fué terrible. Al saber lo ocurrido, el dueño llamó al culpable, y le dijo lleno de cólera: Criado perverso: te perdóné toda tu deuda porque cedí a tu ruego; ¿no debías a tu vez tener piedad de tu compañero, como yo la tuve de ti?... Y haciendo que sus oficiales lo cogieran, lo encerró en una prisión, y lo condenó a permanecer en ella hasta que pagara toda la deuda; mas como esto era imposible, pagaría siempre y jamás estaría en paz, según frase de los comentaristas: *semper solet, nunquam persolet*.

Y Jesús añade: *Así procederá mi Padre, si cada uno de vosotros no perdona a su hermano de todo corazón...* ¿Qué conclusión hubiera estado más en armonía con las premisas?

Basta, Dios mío; me rindo, menos aterrado quizás por la severidad de vuestros juicios, que convencido por las razones que los hacen equitativos. Legítima es, sí, lo reconozco, la ley que obliga a perdonar; vanos y sin fundamento los motivos tan a menudo invocados para no someterse a ella. Nada en verdad más contradictorio, y, en la práctica, nada tan injusto, como pedir a Dios que sea dulce y misericordioso con nosotros, cuando nosotros somos duros con el prójimo y no mostramos dulzura con nadie. Pero, oh Dios mío, Dios de toda bondad, no menos que de toda justicia, tomo nota de la promesa que me hacéis, de perdonarme el crédito que tenéis contra mí, si perdono el crédito, inmensamente menor, que tengo, o creo tener sobre otro. De todo corazón acepto el cambio; es demasiado ventajoso para rehúsarlo. Por eso, si he sido ofendido en algo, por quien-

quiera que sea, le perdono, le perdono enteramente; le perdono, no tan sólo de boca, ni de apariencia, sino sinceramente, afectuosamente, cordialmente; le perdono por vos, y por absoluta obediencia a vuestro divino mandamiento. Tal es mi disposición interior, o por lo menos, quiero, con vuestra ayuda, que tal sea. Esto no quiere decir que no quede, a pesar mío, en mi corazón, alguna impresión capaz de agriarlo; pero vos sabéis que la desapruebo, no sólo ahora, sino en todos los días de mi vida. Vos sabéis que quiero combatirla en toda ocasión, reprimir todas sus manifestaciones, borrar poco a poco los menores vestigios de ella. Con esto, Dios de caridad, Dios de amor, me permitiréis que me llegue a vos y os diga: Perdonadme, porque yo perdono. Hago lo que me habéis ordenado, y me atrevo a prometerme con humilde confianza que haréis lo que me habéis prometido¹.

1. Una parte de esta plegaria final está tomada de Bourdaloue, *Pensées*, t. II.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON DECIMOCUARTO

Sexta petición

Y no nos dejes caer en la tentación

Quare nobis a Christo Domino datum est hujus petitionis praeceptum, ut quotidie nos Deo commendemus, ejusque patriam curam et praesidium imploremus, minime dubitantes fore ut, si deseramus divino patrocinio, valeamus hostis laqueis irrepti teneamur.

Catech. Rom.

Es la sexta petición de la Oración Dominical. Esta sexta petición es continuación de la quinta: Perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación. Aun cuando la palabra que sirve para enlazarla se suprime, fácilmente podría sobrentenderse. En efecto, de poco valdría pedir, y aun obtener, la remisión de los pecados, esto es, el perdón de los pecados cometidos, si hubiéramos de caer en otros nuevos en plazo breve, y ver agravado este segundo estado de nuestra alma. Por eso, dichosos de estar en gracia, pero previendo nuevos combates, y aun nuevas derrotas, por lo menos como posibles, clamamos al Señor, que es nuestro padre, y le pedimos asistencia en la tentación. *Et ne nos inducas in tentationem*: No nos dejes caer en la tentación. Vamos

a exponer lo que esta petición expresa. Dios nos ayude con su gracia.

Para precisar el asunto, empecemos por decir que la palabra tentación tiene aquí un sentido restringido muy claro. Ser tentado significa sentirse llevado al mal, solicitado al mal, atraído hacia el mal.

Por ejemplo: os asalta la idea, manifestamente culpable, de apropiaros del bien ajeno: un poco más, y pondréis la mano en él, como Eva sobre el fruto prohibido. Es una tentación.

Al encuentro de una persona poco simpática, o que sospecháis que es enemiga de vosotros; y aun sin toparos con ella, a la simple representación de ella en vuestra imaginación, un sentimiento muy vivo de aversión, y aun quizás un violento deseo de venganza, invade vuestra alma. Es una tentación.

O bien; ni menos curiosos que Dina al dirigirse al país de Sichem, para ver y ser vista; ni menos circunspectos que David al dejar extraviar sus ojos en un objeto peligroso, os decís: ¿No podría leer tal libro reputado como malo, o frecuentar tal reunión mundana, aunque reconocida ya como ocasión de pecado? Es una tentación.

No insistamos. La tentación es bien definida: Un movimiento, un impulso, una atracción al mal.

Pero la tentación, cuya noción nos es ya conocida, ¿de qué proviene? ¿Quién nos tienta?

No Dios, ciertamente. Pero es mucha verdad que si se tratase de la tentación en sentido lato, hablando de otro modo: diría que Dios puede tentar a tal o cual de sus servidores, es decir, probar su fidelidad, o su amor, o su paciencia, ya para su gloria, ya en su propio provecho, o también para utilidad ajena, y con más frecuencia, por todos estos fines a la vez. Dios tentó a

Job¹, a Abraham, padre de los creyentes², a los hebreos en el desierto³, a Tobías privándole de la vista: *Mas el Señor le permitió que le sobreviniese esta prueba, con el fin de dar a los vendederos un ejemplo de paciencia semejante al del santo Job*⁴. En sentido menos amplio que el precedente, pero todavía amplio, diré también que Dios puede tentar, y que, en efecto tienta, no ya, como acabamos de decir a sus servidores, sino a los que, habiéndolo sido, ya no lo son, a los pecadores, sobre todo a los pecadores endurecidos, *non cogendo, sed deservendo*⁵, no impulsándolos al pecado, sino abandonándolos a sí mismos, retirándoles por secreto, pero justo juicio, *judicio suo alto et occulto*⁶, ciertas gracias, ciertas luces ciertos auxilios más especiales, de los que se han hecho indignos, sin los cuales, empero, no pueden dejar de pecar. Así es como, entendiéndolo uno como privación de asistencia, no como acción propia, lo vemos, en el Exodo, endurecer el corazón de Faraón⁷; en Isaías, cegar el espíritu del pueblo judío⁸; en la epístola de san Pablo a los romanos, entregar los antiguos filósofos a pasiones vergonzosas, y a su sentido reprobado⁹... Pero en sentido restringido, único que consideramos aquí, estos, si se trata de la tentación, excitación positiva, verdadera impulsión al pecado, es otra cosa: Dios, la santidad misma, no tienta, no quiere tentar, no puede ten-

1. Job, I.

2. Gen., xxii.

3. Deut., xiii.

4. Tob., ii, 12.

5. S. AUGUST., Serm. lvii.

6. *Ibid.*—y en otro lugar: Non enim per se ipsum inducit Deus, sed induci patitur eum, quem suo auxilio deseruerit, ordine occultissimo et meritis. De serm. Dom. in monte, lib. ii, c. ix.

7. Exod., iv, 21.

8. Isa., vi, 10.

9. Rom., i, 26.

tar, no puede querer tentar: *Nemo cum tentatur, dicat quoniam a Deo tentatur; Deus enim intentator malorum est; ipse enim neminem tentat*¹... Mas por cuanto la cuestión no está resuelta, se presenta de nuevo y pide una contestación. ¿Quién nos tienta?

El Catecismo Romano nos da la respuesta pedida. Cita tres agentes de tentación: la carne, el mundo, Satanás y los satélites de Satanás: *Caro, mundus, Satanas nos undique oppugnant*.

La carne: es decir, nosotros mismos, nuestras propias codicias, esa inclinación innata, tan imperiosa, que nos lleva al mal. Bajo este aspecto, ¿quién es de mejor condición que sus hermanos? ¿Quién no siente en sus miembros lo que san Pablo sentía en los suyos, una ley que combate contra la ley del espíritu, una ley que nos somete a la servidumbre del pecado²? ¿Quién no conoce por funesta experiencia, los efectos del orgullo, de la envidia, de la cólera, de la sensualidad? ¿Quién no es objeto de sus acometidas? ¿Quién no se ha encendido en su fuego? Son tan variados los ataques de esos enemigos interiores y tan diversos los asaltos que nos dan, que es casi imposible no recibir por parte de ellos alguna herida mortal: *Et quidem tam variis sunt ictus, tam diversae petitiones, ut difficillimum sit gravem aliquam plagam non accipere*³. ¡Oh fragilidad! ¡Oh perversidad de la carne! ¡Qué desgraciado soy! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal⁴?

El mundo: no precisamente el mundo físico, aunque se haya dicho, y se haya realizado más de una vez, que las cosas hechas por Dios se hayan convertido en motivo de tentación para los hombres, y en una red

1. JACOB, I, 13.
2. ROM., VII, 22, 23.
3. *Catech. Rom.*
4. ROM. *Ibid.*, XXIV.

en la cual se han enredado los pies de los insensatos¹; ni tampoco el mundo humano, todos los hombres tomados en conjunto, en su generalidad; sino el mundo en el sentido de las Escrituras, el mundo es decir, esa sociedad de hombres llamados hijos de los hombres en oposición a los llamados hijos de Dios²; el mundo, es decir, todo lo que contradice al Evangelio y a su espíritu, todo lo que pone obstáculos al reino de Dios con sus máximas, sus escritos, sus discursos, sus placeres, sus usos, sus modas, sus escándalos, sus violencias... ¡Ah, qué gran vidente era aquel piadoso solitario a quien la tierra entera se le aparecía cubierta de lazos, en los cuales caían presos los hombres como los pájaros en las redes del cazador!

Los demonios: los demonios, seres terribles, cuya existencia, sobrado real, afirmamos de nuevo, pues ya lo hicimos³, como también su profunda maldad, sus astucias, sus maquinaciones, sus innumerables medios de acción. ¿Quizás os asombréis al escuchar este lenguaje, pero leed las Escrituras: son príncipes, *principes*⁴, es decir, que su naturaleza es más rica, más perfecta, mil veces mejor dotada que la nuestra, y, si me atrevo a decirlo, la más semejante a la de Dios.—Son potencias *potestates*⁵, es decir, que su poder, del cual sólo se sirven para el mal, es de tal índole, que horro- riza, hasta el punto de que Bossuet, hombre grãve entre los graves, afirma que si Dios no contuviera su furor, los veríamos agitar nuestro globo con la misma facili-

1. *Creaturae Dei factae sunt in tentationem animabus hominum, et in musculum pedibus insipientium*. SAp, XIV, 11.
2. GEN., VI.
3. Véanse nuestros sermones sobre el Símbolo, sermón 8.º
4. EPH., VI, 12.
5. *Ibid.*

dad con que hacemos rodar una bolita¹.—Por largo tiempo fueron los rectores de este mundo, *rectores mundi huius*², los dioses de la tierra, *dii autem gentium daemoniaci*³. ¿No lo son ya? Y si ya no lo son tanto como antes, ¿no aspiran a volver a serlo? Quisierais verlos por siempre jamás aprisionados en el infierno; pero no, más cerca de nosotros de lo que nos figuramos, habitan unos la región media del aire⁴, y recorren otros la tierra en todos sentidos⁵. Grandes son sus violencias, más de temer son sus habilidades, es decir, que, muy al corriente de nuestras inclinaciones, de nuestros gustos, de nuestras costumbres, de nuestras pasiones, de nuestra misma constitución física, nos empujan siempre del lado a que más nos inclinan, como dice santo Tomás: *Sicut bonus dux exercitus qui obsidet aliquod castrum, considerant (daemones) infirma illius quem impugnare volunt, et ex illa parte unde magis est homo debilis tentant eum*⁶.

Tras estas nociones preliminares—aunque largas, me atrevo a llamarlas así,—arrastrados al mal por el peso de nuestra viciada naturaleza, estrechados por el mundo, hostigados sin cesar por los demonios, teniendo que atender a tantos enemigos, ya de dentro, ya de fuera, ¿entendéis ya la sexta petición de la Oración Dominical? Nos dirigimos a Dios, solicitamos su auxilio, le rogamos que no permita que nuestra voluntad se descarríe y consienta el mal. Porque, en resumidas cuentas, todo está en ella, todo depende de la voluntad. Sin la voluntad, la tentación de pecar no es nada, por violenta

1. Primer sermón sobre los demonios.
2. EPH., *Ibid.*
3. PSAL., XCV, 5.
4. EPH., II, 2.
5. JOB., II.
6. OPUSCUL., V.

importante que la supongamos, por desordenados que sean los deseos que despierte en el corazón, o las imágenes que haga desfilan por la fantasía, o los movimientos que excite en la carne. Vamos más allá: sin la voluntad, tampoco es nada la delectación que acompaña la sugestión o proposición de pecar; la delectación, esto es, esa cosa súbita, instantánea, inadvertida, que es imposible no sentir, del mismo modo que no podéis dejar de sentir la chispa que parte del hogar y salta sobre vuestra mano. De donde hay que concluir que sólo la adhesión al mal es un mal, que sólo es pecado el consentimiento deliberado y querido. He aquí por qué decimos a Dios: No nos dejes caer en la tentación; en otros términos: no nos dejes consentir en la tentación.

Sí, me diréis, Dios es verdaderamente muy bueno haciéndonos esperar su auxilio en semejantes combates, puesto que nos impone como un deber el pedirselo; pero ¿no será mejor, y la Oración Dominical, ya tan perfecta, más excelente aún, si en vez de: No nos dejes caer en la tentación, hubiera puesto: Exceptuáanos de la tentación, libráanos de la tentación?

Pues bien, no. Aun cuando desconociésemos los grandes peligros de las tentaciones, sin ignorar tampoco que muchos, que parecían tan fuertes como las columnas del templo, cayeron, no expresemos semejante deseo.

Sería contra el orden providencial. Dios quiso, quiere y querrá siempre que la vida del hombre en la tierra sea un servicio de guerra: *Militia via hominis super terram*¹; su cielo es su reino sobrado hermoso para que no lo dé más que a los valientes: *Regnum caelorum vinum patitur, et violenti rapiunt illud*²; como su divino jefe, Jesucristo, ninguno de los predestinados, ni Jerónimo

1. JOB., VII, 1.
2. MATH., XII, 7.

en su gruta de Belén, ni Antonio en el fondo de su desierto, ni Hilarión con sus setenta y cinco años de buenos servicios, levantará la cabeza sin haber bebido antes el agua del torrente: *De torrente in via bibet: propterea exultabit caput*¹. Se ha dicho con gran precisión: *Las tentaciones son la materia primera de la gloria*².

Sería proceder también contra nuestros intereses espirituales bien entendidos. Hay que decir de la tentación lo que san Andrés decía de la cruz en que iban a atarlo: *O bona crux!*... La tentación es buena porque nos humilla, y el gran Apóstol sólo hace esta confesión después de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo; por miedo a que se dejara dominar del orgullo, permitió que el ángel de Satanás le abofeteara: *Et ne magis multo revelationum extollat me, datus est stimulus carnis meae, angelus Sanae, qui me colaphizet*³. La tentación es buena, porque hace que nos fijemos en nuestro valer, o mejor dicho, en nuestro poco valer, desde el momento en que, de nuestro propio fondo, si no poseemos la gracia divina, nada podemos sacar para triunfar del menor ataque: *Sine me nihil potestis facere*⁴. Entendedlo bien, añade san Agustín: No es que podáis mucho; es que ni siquiera podéis poco, es que no podéis absolutamente nada: *Sive ergo parum, sive multum sine illo fieri potest, sine quo nihil fieri potest*⁵. Finalmente, la tentación es buena, porque nos fortalece, nos acostumbra a la lucha, nos ilustra, hace a los hombres experimentados, prudentes, aptos para gobernarse a sí mismos y

1. PSAL., CIX.
2. FABER. *Progrès de l'âme dans la vie spirituelle*, p. 278.
3. II Cor., XII, 7.
4. JOANN., XV, 5.
5. Tract. 81 in JOANN., sub med.

gobernar a los demás; el que no ha sido tentado, no sabe nada; el que lo haya sido, sabrá mucho, y el que sepa mucho hablará con prudencia: *Qui non est tentatus, quid scit? Vir in multis expertus cogit multa, et qui multa didicit enarrabit intellectum*¹... Los textos responden a los hechos. San Pablo es tanto más fuerte, cuanto más débil se siente; su fuerza procede de su propia debilidad. *Virtus in infirmate perficitur*². Después de resistir hasta el heroísmo las sugestiones del demonio de la impureza, santo Tomás de Aquino ya no tendrá nada que temer por este lado; será hombre confirmado en gracia: *Mox beatus juvenis... visus est sibi ab Angelis constringi lumbos: quo ex tempore omni postea libidinis sensu caruit*³. Habiendo salido vencedor de la más horrible de las tentaciones, la de la desesperación, el que andando el tiempo debía ser obispo de Ginebra, san Francisco de Sales, sacó una tranquilidad de espíritu que nunca le abandonó en lo sucesivo, y tal habilidad en manejar las armas espirituales, que era como un arsenal para las almas que, se ponían bajo su dirección, a las cuales proporcionaba las defensas y las industrias que a cada una de ellas convenía⁴. Ahora bien, como la tentación ha sido buena para éstos, y para millares de otros, también será buena para nosotros.

Pero a condición de que oremos⁵, de que velemos⁶, de que no demos ninguna presa al enemigo⁷, de que le

1. ECCI., XXXIV. 9.—Los autores espirituales exponen extensamente multitud de otras ventajas que resultan de las tentaciones, por lo que serán leídos con fruto.
2. II Cor., XII, 9.
3. Brev. Rom. 7. MARTIN, *Lect.* IV.
4. HANON. *Vie de Saint François de Sales*, t. I, p. 52.
5. MART., XXVI, 41.
6. *Ibid.*
7. EPH., IV, 27.

resistamos con todas nuestras fuerzas; tiene más imprudencia que arrogancia real, y cuando le resistimos con valentía, huye vergonzosamente: *Resistite Diabolo. et fugiet a vobis*¹.

1. JACOB, IV, 7.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON DECIMOQUINTO

Séptima petición

Mas libranos de mal

Postrema haec petitio est instar omnium qua Dei Filius divinam hanc orationem conclusit: cuius etiam viam et pondus ostendens, ea usus est orando clausula, cum e vita migraturus, Deum Patrem pro hominum salute deprecatur: Rogo enim, inquit, ut servet eos a malo.

Catech. Rom.

Es la séptima petición de la Oración Dominical. ¿Podía terminar la divina Oración de otro modo, es decir, con palabras más propias?

Después de pedir a Dios, para él mismo, que su nombre sea santificado, que venga a nos su reino, que se haga su voluntad, así en la tierra como en el cielo; y, para nosotros, que provea a nuestras necesidades del cuerpo y del alma, que nos perdone nuestras culpas, que no nos deje caer en la tentación, ¿podríamos cerrar todas estas peticiones con otra mejor que esta: *Libranos de mal*, con una petición que precisamente contiene todas las demás? Porque, al pedir que nos libre de mal, pedimos que sea santificado el nombre de Dios, ya que sería un gran mal que no lo fuese; que venga a nos su reino, porque sería

un gran mal que no viniese; que se haga su voluntad, porque sería un gran mal que no se hiciese. Y así de todas las demás.

Pero no nos limitemos a este solo aspecto. Independientemente del sentido general que acabamos de indicar sumariamente, la séptima petición tiene un sentido propio, limitado por las mismas palabras, sentido que debemos examinar a fondo. Dios nos ayude con su gracia.

Sentido propio y preciso de la séptima petición.

Las palabras que la componen: *Libéranos de mal*, ¿es permitido traducirlas así: Libéranos del demonio, que es el instigador del mal, el autor, en cierto modo la personificación del mal, el ser, en fin, malvado por excelencia? Esta interpretación no es improbable, ni mucho menos, y fué adoptada por san Juan Crisóstomo¹ y otros varios, pero parece que su sentido es el siguiente: Libéranos de ese malvado, o por lo menos, ya que la tentación por ese malvado entra en vuestras miras providenciales, oh Dios mío, protégenos contra sus astucias, sus artificios, sus maquinaciones de toda especie. ¿No dice la Iglesia en sus Letanías Mayores: De las asechanzas del demonio, libéranos, Señor: *Ab insidiis Diaboli, libera nos, Domine?*

Si esta última interpretación no es improbable y es lo menos que puede decirse de ella, la siguiente, que quiere que estas palabras: *Libéranos de mal*, signifiquen: Libéranos del pecado, tomando ahora la palabra *mal* en sentido impersonal, es enteramente aceptable. En efecto, ¿no es el pecado un mal, y aun el mayor de todos los males, un mal que ofende a Dios y ataca a su honor, un mal que mancha al alma, la esclaviza, y, en cierto sentido, la mata, porque, según la hermosa comparación

1. Diabolus vocatur matum propter excellentiam malitiae. Catena aurea.

de san Agustín, así como nuestra alma es la vida de nuestro cuerpo, así Dios es la vida de nuestra alma, vida que le es arrebatada por el pecado¹; un mal, en fin, que es más que un mal, quiero decir, más que tal o cual mal, que es el mal, el mal simplemente dicho o el mal esencial, el mal sin mezcla alguna de bien, sin la menor compensación posible de bien, el mal que es todo mal, el puro mal? Desde el momento en que Dios es el soberano bien, el único bien, el bien que es todo bien, preciso es que el pecado, que nos hace perder este bien, sea el soberano mal, el único mal, el mal que es todo mal, Si la Iglesia dice también en sus mismas Letanías Mayores: *Señor, libéranos de todo mal* ¿traduciríamos muy incorrectamente su pensamiento diciendo: Libéranos del mal que es todo mal, esto es, del pecado: *Ab omni malo, libera nos Domine?*

Pero aún hay más. Si por medio de las explicaciones que acabamos de dar, hemos fijado el sentido de la palabra *mal*, en singular, ¿lo fijaremos igualmente en plural? Porque, si bien propiamente hablando no hay más que un solo y único mal, el pecado, como no hay más que un solo y único bien, que es Dios, decimos *mal*es en plural; más todavía, la Iglesia emplea también ese plural; en efecto, comentando las palabras que explicamos: *Libéranos de mal*, y haciéndolo en un tiempo y en unas circunstancias que dan a su interpretación todos los caracteres de una interpretación auténtica, dice: Te rogamos, Señor, que nos libres de todos los males pasados, presentes y futuros: *Libera nos, quasumus, Domine, ab omnibus malis praeeteritis, praesentibus, et futuris*²... ¿Qué hay, pues, que entender por estos males así distribuidos: pasados, presentes y futuros?

1. Sicut expirat corpus cum animam emittit, sic expirat anima cum Deum amittit. Serna. 5, De verb. Domn.
2. En el Canon de la Misa. Viniento inmediatamente des-

Males pasados: tales son los pecados anteriormente cometidos, los cuales, aunque perdonados, si, en efecto, lo fueron, dejaron malos residuos, dice Bossuet¹; malos residuos, es decir, una pena, o penas que cumplir, las cuales sobreviven a la absolución, pueden subsistir todavía, y hay que saldarlas, aun después de la satisfacción sacramental, aun después de las satisfacciones voluntarias, por expiadoras que sean, porque no podemos saber, y jamás sabremos durante nuestra vida mortal, si esas satisfacciones, la una sacramental, las otras voluntarias, constituyen la medida exacta, adecuada, de la pena real en que incurrimos ante Dios; malos residuos, esto es, ciertas consecuencias del pecado, aun cuando esté perdonado; por ejemplo, una dificultad mayor en hacer el bien, una propensión más señalada en hacer el mal, no sé qué que inclina hacia las faltas pasadas, finalmente, una convalecencia espiritual penosa, con frecuencia muy larga, y, empleando una comparación propia para daros más amplia inteligencia del asunto. bastante semejante, en otro orden de ideas, a la convalecencia del cuerpo mismo. ¿Por ventura un miembro roto, aun después de practicada la soldadura, y bien practicada, es tan ágil, está tan bien dispuesto como antes de romperse? ¿Acaso una herida que hemos recibido, o nos hemos hecho, aun suponiéndola cerrada y enteramente curada, no deja, por lo menos durante algún tiempo, un dolor sordo, y a intervalos más acentuado?

Ahora comprenderéis sin esfuerzo el sentido de la séptima petición, entendida, como la entiende la Iglesia, de los males pasados. Es como si dijéramos a Dios: Oh

pués del *Pater noster*, recitado integralmente, el *libera nos quæsumus*, es manifestamente el comentario de la final: *sed libera nos a malo*.

1. Medit sobre el Evangelio, 27.º día.

Dios, oh el mejor de los padres! hace un momento te pedíamos que perdonaras nuestros pecados: *dimitte delicta nostra*; ahora vamos más lejos, y, puesto que las Escrituras te llaman el Dios *rico en misericordia*¹, esperamos que te dignarás perfeccionar tu obra; por eso al propio tiempo que la remisión del pecado, te pedimos la remisión de la pena debida por el pecado²; y al propio tiempo que te pedimos que nos libres del mal, te rogamos también que nos libres de las consecuencias del mal: languideces, enfermedades, desfallecimientos, cosas todas que permanecen en nuestro ser moral, aun después que el mal ha desaparecido: *Libera nos, quæsumus, Domine, ab omnibus malis præteritis*.

Los males presentes: son los innumerables males que nos rodean por todas partes: interiores unos, las preocupaciones, las inquietudes, las perplejidades, los disgustos, los recuerdos dolorosos, los sentidos, incluido en ellos el tedio de la vida, tedio de que el mismo san Pablo no estuvo exento³; exteriores otros, la pobreza, la enfermedad, la muerte de parientes, la penuria, la peste, la guerra, rayo tan terrible en sus efectos, los incendios, las inundaciones, los terremotos, y esos otros trastornos, más calamitosos aún, las revoluciones entre los hombres. ¡Ah, qué bien dijo Job, cuando, pareciendo que sólo se fijaba en sus propias desgracias, hacía la historia de todo el género humano: El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, y está atestado de miseria. Sale como una flor, y luego es cortada y se marchita: *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis, qui quasi flos egreditur et conteritur*. ¡Cuán lleno de verdad está este cuadro! La última pincelada no es inte-

1. Eph., II, 4.
2. Differt hæc et proxima petitio, quod illa vitiationem culpæ hac poenæ liberationem postulat. *Catech. Rom.*
3. II Cor., I, 8.

rior a las precedentes: Huye y desaparece como sombra, y jamás permanece en un mismo estado: *Et fugit velut umbra, el nunquam in eodem statu permanet*¹; es decir, como lo explica un piadoso comentarista, que la vida es un cambio continuo; que el bien y el mal se suceden en ella tan caprichosamente como las alternativas de sol y de lluvia en los climas más inconstantes; que bienes, alegrías, honores, todo se desvanece en el momento en que creemos cogerlo, y pierde su dulzura cuando queremos gozar de ello: es la constante huida de la onda².

He ahí por qué seguimos diciendo, y siempre en el sentido de la Iglesia: ¡Oh Dios, oh el mejor de los padres!, libranos de todas esas vicisitudes, de todos esos golpes imprevistos de la mala fortuna de todos esos accidentes y reverses, tan propios para turbar el reposo de la vida, de todos esos males, en fin, ya interiores, ya exteriores, de los cuales puede decirse que están siempre presentes, puesto que nos amenazan sin cesar: *Libera nos, quesumus, Domine, ab omnibus malis praesentibus*.

Más, para no salir de la verdad de la doctrina cristiana, apresuremos a añadir que, si esta petición es absoluta en cuanto a la forma, es esencialmente condicional en cuanto al fondo, y según las intenciones de Jesucristo que la puso a nuestra disposición; ya sea porque no es imposible que Dios tenga, con relación a él, varias buenas razones para ponernos a prueba, por ejemplo, para reducirnos al deber largo tiempo descuidado; ya, porque, si quiere auxiliarnos, como, en efecto, lo quiere, puede no querer hacerlo sino a su

1. Job, xiv.
2. El P. CORDEREAU. *Sermon sur la montagne*, t. II, p. 392. Edición Letellieux.

hora, no a la nuestra¹, a su manera, no a la nuestra², dejándonos en el mal, no librándonos de él, pero acompañándolo, en este caso, de consuelos tan abundantes, y a la vez tan dulces, que equivalen a librarnos del mal: *Sunt instar liberationis malorum omnium ea solatia, quae dat interdum Deus iis qui rebus premuntur adversis*³; ya sea, en fin, porque siendo, como lo somos, ciegos e ignorantes, considerando las cosas, no a la luz de los intereses eternos, sino en sus relaciones con las utilidades presentes, estima Dios más digno de él y mejor para nosotros, corregir nuestros errores y falsas apreciaciones. Esta última suposición no es la menos exacta, ni mucho menos. Tal mal parecerá un verdadero mal, y es un bien; tal bien parecerá un verdadero bien, y es un mal. Los designios de Dios son impenetrables, pero llenos de sabiduría. Lo que no vemos ahora, lo veremos después. Las líneas hoy confusas, o mejor, que nos parecen confusas, del plan divino, se rectificarán a nuestros ojos el día en que estemos en condiciones de juzgar rectamente, y a cada uno de nosotros parecerá más claro que la luz del sol que, durante el curso de esta vida terrenal, dispuso y ordenó mejor todas las cosas para la salvación de nuestras almas... De aquí que, el siempre que el mal moral entre en juego, es decir, el mal que es todo mal, el pecado, sí, ¡oh Dios mío! lí-

1. *Tempus meum mundum advenit, tempus autem vestrum semper est paratum (Joan., vii, 6).*
2. *Non cogitationis meae, cogitationes vestrae: neque viae vestrae, viae meae, dicit Dominus. (Isa., iv, 8).*
3. *Catech. Rom.*—Así ocurrió a los tres niños de Babilonia en el horno (DANIEL, iii); a David, diciendo: *Secundum multitudinem dolorum in corde meo, consolationes tuae lactificaverunt animam meam (Psalm. xciii)*. Hemos visto más arriba a santa Isabel de Hungría haciendo cantar por los Franciscanos un *Te Deum*, en acción de gracias a Dios por haberla sumido en un abismo de males.

branos de él; os lo pedimos con todo el ardor de nuestra alma, y del modo más absoluto, sin condición de ninguna especie. Pero si se trata del mal que no es todo mal, del mal que en vuestros designios providenciales es un bien, mal que me enviáis con la mira de que se me torne en bien, cúmplase vuestra voluntad, y no la mía: herid, si es preciso, y tanto como sea preciso; cortad, quemad, abrid en lo vivo; vuestros golpes, por dolorosos que sean, los consideraré como golpes de gracia, si sirven para destruir en mí el pecado, para desarraigar el pecado, para castigar el pecado, para prevenir la recaída del pecado, para hacer que evite esa espantosa reprobación que debe ser durante toda la eternidad el castigo del pecado.

¡Ah, he ahí ya el mal futuro, hasta aquí en suspenso, el mal infinito, inmenso, sin remedio! ¡Oh Dios mío, oh el mejor de los padres, líbranos, líbranos de este mal, el más grande sin comparación de todos los males. Líbranos del infierno... Líbranos de ese otro mal, mal también futuro, menor, a la verdad, que el precedente, pero que supera, como ya lo hemos dicho¹, a todos los de la vida presente, líbranos del purgatorio... Líbranos de esa muerte que las Escrituras llaman la segunda muerte² y la Iglesia la muerte perpetua³, líbranos de la muerte en el pecado... Líbranos de esa otra muerte, que podría ser la segunda muerte, la muerte perpetua, la muerte en el pecado, líbranos de la muerte súbita e imprevista⁴... Para resumirlo todo en una sola frase, frase de la Iglesia, líbranos, Señor, de todos los males pasados, presentes y futuros: *Libera nos, quæsumus*,

1. Véanse nuestros sermones sobre el Símbolo, sermón 47.º
2. Apoc., xx, 14.
3. A morte perpetua libera nos, Domine (Litanie maiores).
4. A subitanea et improvisa morte libera nos, Domine (*Ibid.*).

Domine, ab omnibus malis præteritis præsentibus et futuris...

Líbranos... y no, líbrame. Jamás fué mejor empleado un plural. Jamás se presentó mayor necesidad de rogar los unos por los otros, todos por cada uno, y cada uno por todos.

Líbranos... Puesto que es esta la palabra que hay que decir, es que no estamos todavía en esa morada feliz en que se hallan reunidos todos los bienes, y de donde están excluidos todos los males: *Cum dicimus: Libera nos a malo, nos admonemur cogitare nondum nos esse in eo bono, ubi nullum patiemur malum*¹.

Haga la divina gracia que lleguemos a ella un día...

1. S. AUGUST. apud CORNEL. A LAP., in I.

LA ORACION DOMINICAL

SERMON DECIMOSEXTO

Conclusión

Así sea

Hanc vocem signaculum orationi dominice appellat S. Hieronymus... in qua inest confirmatio quaedam certum petitionum quas adhuc adhibuimus... Imo vero summo studio petimus hac ipsa voce ut omnia hanc, id est concedantur quae antea petimus.

Catech. Rom.

Hemos llegado al término de nuestra empresa, en cuanto esta empresa tenía por objeto la interpretación de la Oración Dominical, parte por parte, miembro de frase por miembro de frase, casi palabra por palabra.

La última palabra es esta: *Amen*... Vamos a explicarla, porque, como muy juiciosamente dice el Catecismo Romano¹, desde que los fieles han empezado bien la divina Oración, no debe dejárseles ignorar el modo de acabarla bien; porque, añade, es de suma importancia acabar bien lo que se empezó bien: *Non enim pluri est divinas preces diligente ordini, quam religiose absolvere*. Dios nos ayude con su gracia.

Si leemos atentamente las divinas Escrituras, en las cuales hállase repetida ciento sesenta y nueve veces, antes de pasar a la Liturgia, en la que es incontable,

1. Quare ut admonuimus antea fideles de praeparatione, etc.

por repetirse tan a menudo, la palabra *Amen*, de origen hebreo, tiene varias y muy distintas significaciones: Así es, es la primera; así sea, es la segunda... Veréis al punto, por el asunto que estamos tratando, el vasto campo que esta palabra abre a nuestra vista.

Así es: *Amen*! Sí, oh Dios mío, sois Padre: *Pater*. No es que no os convengan las otras apelaciones, pues os convienen todas, de Creador, de Señor, Todopoderoso, de Altísimo; pero parece que el nombre de Padre os gusta más; queréis que se os dé con preferencia a todo otro, y vuestro mismo Espíritu nos ayudó a daroslo¹.

Así es: *Amen*! Sí, oh Dios mío, sois nuestro Padre: *Pater noster*: Padre de todos, de cualquier condición que seamos, pequeños, grandes, pobres, ricos, sabios, ignorantes. Los hombres son los que se distinguen y se eligen, pero en la mansión del Padre, no hay más que iguales. Y cuando plugo al Padre enviarnos su solo y único verdadero Hijo por naturaleza, Jesucristo, ¿qué nos dijo a nosotros, hijos suyos por adopción, ese solo y único verdadero Hijo por naturaleza? Nos dijo: Todos sois hermanos: *Omnes autem vos fratres estis*².

Así es: *Amen*! Sí, oh Dios mío, estáis en el cielo: *Qui es in caelis*. Nuestro Padre está en el cielo. No que no esté en otras partes al mismo tiempo que en el cielo, y que no lo sepamos. El Ser absoluto, el Ser finito, el Ser que no es más que el ser, esto es, el Ser que es todo ser, está presente en todos los lugares. En él vivimos, nos movemos y somos³. Pero nos complace tanto decir que está en el cielo, que de buen grado

1. ROM., VIII, 15.
2. MATTH., XXIII, 3.
3. ACT., XVIII, 28.

hacemos abstracción de lo demás. Decir que nuestro Padre está en el cielo, es decir que es el más magnífico de los reyes, puesto que, entre otras ventajas sobre los reyes de la tierra, posee la de tener el cielo mismo por residencia, real y capital de su vasto imperio. Esto quiere decir que, de todos los soberanos, es el más intangible, el más inatacable, ¿Quién, pues, puede escalar el cielo? Porque si hay locos que piensen en ello, y se atrevan y traten de arrojar a Dios de su trono, el Profeta¹ nos lo muestra riéndose de sus vanos complots. Esto, finalmente, quiere decir que podemos pedirselo todo, y que él puede dárnoslo todo; podemos pedirselo todo, porque es nuestro Padre, y porque, por serlo, quiere hacernos todo el bien posible; puede dárnoslo todo, porque está en el cielo, y porque, no habiendo nada en el cielo ni en la tierra que no sea suyo, no menos quiere que puede... ¡Qué bueno sois, Dios mío! Pero ¡cuán poderoso sois también! ¿Sois más poderoso que bueno, o mejor que poderoso? ¡Ah, la más ingenua de las preguntas! El poder y la bondad son iguales en Dios, porque son infinitos. Sí, así es, lo creo:

Amen.

El asunto no queda agotado, ni mucho menos. *Amen*, lo mismo resume las siete peticiones de la Oración Dominical, que las cuatro palabras que le sirven de introducción; pero entonces el sentido es este: Sea esto, o bien: Así sea. Vamos a verlo.

Amen, esto es, Dios sea alabado, honrado, glorificado por todas las obras que ha hecho, sobre todo por el ángel, sobre todo por el hombre: por el ángel, porque, estando más cerca de Dios, conoce mejor sus infinitas perfecciones; por el hombre, si me atrevo a decirlo, más que por el ángel, porque, participando del ángel

1. Psal., II, 4.

por su alma, y del resto de la creación por su cuerpo, recapitulando así en su persona el mundo entero, está en mejores condiciones para tributar a Dios una alabanza, si no más perfecta, por lo menos más universal.

Amen, es decir, venga el reino de Dios; su reino visible en el mundo, por la extensión más grande posible de la Iglesia; su reino invisible en las almas por la fe, por la esperanza, por la caridad; su reino de gloria en el cielo por el número siempre creciente de santos... ¡Ah, si se lograra superar la visión de Juan! ¡Si se lograra que hubiese más de doce mil predestinados por cada tribu! ¡Si todos los hombres pudiesen ser elegidos! Más exactamente, ¡si lo quisiesen! Finalmente, su reino consumado, definitivo, tal como lo será, en efecto cuando estando destruido todo poder adverso, no quede otro imperio que el suyo.

Amen, es decir, hágase la voluntad de Dios, de cualquier manera que Dios la manifestase, ya por precepto positivo, ya por prohibición, o por consejo, o por acción, o por permisón. Esto es, que debemos guardar sus mandamientos todos sus mandamientos, respetar sus prohibiciones, todas sus prohibiciones, y aun llegar, si conviene, hasta las cosas que simplemente aconseja, o desea, y, en último extremo, para que nada falte a nuestra obediencia, aceptar con sumisión perfecta todas las pruebas de la vida, aun las más dolorosas, aun las más agudas, aun las que únicamente parecen proceder de la malicia de los hombres, ya que Dios nos envía las unas y permite las otras para nuestro mayor bien.

Y también el pan, esto es, no sólo lo que llamamos pan, sino también por extensión todo lo necesario a la vida, como el vestido, la habitación; y no menos que

1. Epístola del día de Todos los Santos.

el pan material, el pan espiritual, que es la palabra de Dios; ese otro pan más espiritual, más substancial que el precedente, que es el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, la santísima Eucaristía: ¡Oh Dios mío, os pedimos, como en el Evangelio¹, esos tres panes, y aunque os importunemos, os los pedimos cada día; plázcenos concedérmolos cada día: Sí, así sea: *Amen*.

Y también nuestros pecados, porque son bien muchos; por numerosos que sean, lo son; pecados de pensamiento, palabra y obra; pecados contra Dios, contra el prójimo, contra nosotros mismos; pecados de la infancia y de la juventud, pecados de la edad madura y de la vejez; pecados en la vía pública, pecados en la vida privada, pecados secretos, pecados que quizás ignoramos, lo que hacía decir al Profeta-Rey: Purifícame, Señor, de aquellos pecados míos que ignoro²; pecados que nos son propios y personales, pecados ajenos que están a nuestra cuenta, porque fuimos la causa de ellos con nuestros malos consejos o nuestros malos ejemplos³; todos estos pecados, aun cuando estuvieran ya perdonados, pues con relación a ellos, nos advierte la Escritura que no debemos estar enteramente tranquilos⁴, pedimos a Dios que nos los perdone, le pedimos gracia completa: Sí, sea así: *Amen*.

Y también la tentación, quiero decir, esas sugeriones, esas excitaciones, esas provocaciones al pecado, que nos vienen de todas partes, o del demonio, o del mundo, o de nosotros mismos: ¡somos tan débiles, Dios mío! Si quedara abandonado a mis solas fuerzas, decía san Agustín, no hay crimen, por horrendo que

1. Luc., xi, 5.
2. Psal. xviii, 13.
3. Tomamos de Mons. Pichenot esta enumeración de los pecados, *Le Pater*, p. 362.
4. Eccl., v. 8.

sea, que no fuera capaz de cometer... Por eso, Señor, os pido que vengáis en mi ayuda. Que no estemos exentos de tentaciones, sea, puesto que ellas entran en vuestras miras providenciales, pero haced con vuestra gracia que no caigamos en ellas. Sí, así sea: *Amen*.

Y también el mal... el mal corporal y el mal espiritual; el mal presente y el mal futuro... el mal espiritual, es decir el pecado, mal esencial, mal sin ninguna mezcla de bien, mal que es todo mal; el mal futuro, es decir, la muerte en el pecado, justamente llamada *segunda muerte*, y lo que es consecuencia del pecado, el infierno mal infinito, inmenso, irremediable; preservádnos, Señor, preservádnos y guardádnos como las niñas de vuestros ojos. Sí, sea así: *Amen*.

Ya lo veis: *Amen* es la Oración Dominical resumida, recapitulada, condensada en una sola palabra. Y así como, según la frase precedentemente citada de Tertuliano, el *Pater* es el resumen, el sumario de todo el Evangelio: *totius Evangelii brevium*¹; así también la palabra *amen* es por sí sola todo el *Pater*. ¿Me atreveré a decir que lo veréis por modo más completo en lo que me resta por decir?

Aun cuando hubiésemos querido dar, sobre este punto especialmente, más amplias explicaciones, en rigor creemos haber dicho lo bastante, pues al mismo tiempo que una serie de peticiones, la Oración Dominical es un conjunto de obligaciones. Más claro, a cada una de las siete peticiones corresponde un deber. Ahora bien, y a esto quiero ir a parar, la palabra *amen* es la afirmación de estos deberes.

Así, pedimos que el nombre de Dios sea santificado, es decir, que Dios sea glorificado, porque el nombre de Dios, es Dios mismo. Pero a nosotros nos toca glori-

1. Véase el sermón preliminar.

ficarle con nuestras palabras, con nuestras acciones, con nuestros ejemplos, para decirlo todo en una palabra, con una vida verdaderamente cristiana. Sí, así debe ser, es nuestro deber: *Amen*.

Pedimos que venga a nosotros el reino de Dios. Pero, en cuanto ese reino depende de nosotros, de nuestro consentimiento, de nuestra libre elección, porque Dios no admite en su milicia mas que voluntarios, a nosotros nos toca establecerlo primeramente en nosotros, en nuestro espíritu por la fe, en nuestro corazón por el amor, para luego, si es posible, y en cuanto sea posible, establecerlo en los otros, especialmente en aquellos que dependen más próximamente de nosotros. Sí, así debe ser, es el deber: *Amen*.

Pedimos que la voluntad de Dios se haga. Mas empecemos por cumplirla, tanto en lo que manda, como en lo que prohíbe, y aun en lo que aconseja o desea. Y aquí también, ¡si fuera posible que nos convirtiésemos en apóstoles! ¡Si fuera posible que, a instigación nuestra cumpliesen otros esa santa voluntad de Dios, y aceptasen sin murmurar el orden providencial que nos rigel! Si fuera posible que, no tal porción de hombres, sino todos los hombres se sometiesen a la observancia entera del Decálogo, único remedio del mal social que nos devora! Intentarlo en la medida de lo posible, por lo menos desearlo vivamente: si, así debe ser, es el deber: *Amen*.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy; pero observad que cada palabra casi expresa un deber. Ora pidamos las cosas de primera necesidad, aun el pan, para confesar nuestra total dependencia de Dios: sí, así debe ser, es el deber: *Amen*. Ora pidamos, no en general el pan, sino nuestro pan, es decir, el pan que hemos ganado, pues de lo contrario, no sería el pan nuestro,

ya que el pan de la ociosidad no es nuestro pan, el pan del fraude no es nuestro pan; sólo el pan del trabajo es nuestro pan: sí, así debe ser, es el deber: *Amen*. Ora pidamos ese pan, nuestro pan, en cantidad suficiente, para hoy, no para mañana, porque Dios, que provee para hoy, proveerá también para mañana, y porque si nos da más de lo que nos falta, es para que procuremos por aquellos que no tienen cuanto necesitan: sí, así debe ser, es el deber: *Amen*. Finalmente, aun la aplicación de la cuarta petición al pan espiritual, contiene una especie de deber que hay que cumplir: interesa en el reclutamiento de la tribu sacerdotal, dad a la Iglesia elementos con que hacer sacerdotes, vuestros hijos, si Dios los acepta, y a falta de vuestros hijos, fuertes limosnas; esos sacerdotes predicarán la divina palabra, consagrarán el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, alimentarán al pueblo cristiano con esos dos alimentos, y, después de Dios, a vosotros os deberán el mérito, porque según el adagio: *causa causae est causa causati*: Sí, en cierta medida, debe ser así, es el deber: *Amen*.

Perdonadnos nuestros pecados, y más literalmente, perdonadnos nuestras culpas, todas nuestras culpas, concedednos, gracia completa de ellas. Pero aquí también, aquí sobre todo, se coloca el deber al lado de la petición: Jesucristo mismo lo colocó: *Perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. Para ser perdonados, hay que perdonar; gracia y misericordia, pero sólo a aquel que haya hecho gracia y misericordia: Sí, así debe ser, es el Evangelio, es la razón, es la más elemental justicia, es el deber: *Amen*.

No nos dejes caer en la tentación, y más literalmente, no nos induzcas a la tentación. Mas, en opo-

ción a las reglas de la más elemental prudencia, os inducí vosotros mismos, os ligáis con lazos sospechosos, leéis libros malos, frecuentáis lugares peligrosos, sostenéis conversaciones de las cuales ni la caridad ni la castidad pueden salir intactas... Es más claro que la luz del sol que, al propio tiempo que pedimos a Dios que no nos induzca a la tentación, debemos evitar todo cuanto la excita, la provoca y la agudiza: Sí, así debe ser, es el deber: *Amen*.

Mas libranos de mal. Pedimos a Dios nos libre de mal. El mal, ya lo he dicho muchas veces, y lo repito aún, el mal esencial, el mal sin mezcla de bien, el mal que es todo mal, el mal puro, es el pecado... el pecado, que ha hecho todos los demás males, *multa flagella peccatoris*¹; el pecado, que ha hecho la muerte, *stipendium peccati mors*²; el pecado que ha hecho el infierno, y no cesa de ensanchar los profundos abismos, *dilatavit infernus animam suam, et aperuit os suum absque ulla termino*³... Pero qué, al pecado, a ese mal a ningún otro comparable, ¿lo amamos, lo adulamos, lo favorecemos, por lo menos lo excusamos en nosotros y en los demás, lo guardamos, no sólo días solamente, lo que ya es mucho, sino meses, y aun años, y aun la vida entera, para llevarnoslo quizás a la eternidad?... Aquí también y como antes, es más claro que la luz del sol que, al propio tiempo que pedimos a Dios que nos libre del pecado, nos hace hacer todos los esfuerzos imaginables para no cometerlo, o, una vez cometido, para no repetirlo: Sí, así debe ser, es el deber: *Amen*.

Y así es, cristianos, como la palabra *Amen* recapitula, no sólo las siete peticiones, sino también los siete de-

1. Psal. xxxi, 10.
2. Rom., vi, 23.
3. Isa., v, 14.

beres correspondientes a las siete peticiones. Lo repito, Jesucristo puso todo su Evangelio en el *Pater*, y todo el *Pater* en el *Amen*.

Y ahora que he dado fin a mi empresa; ahora que la divina Oración, os es conocida en sus diferentes sentidos, desde la primera palabra hasta la última, rezadla con frecuencia, con gran frecuencia; rezadla por la mañana, para que el día sea bueno, exento de reveses, al abrigo de todo mal; rezadla por la noche, a fin de que vuestro descanso sea bendito, y repare vuestras fuerzas para el día siguiente; rezadla cada domingo, con la Iglesia, *infra Actionem*, esto es, en el momento mismo en que se consuma la acción sacrificial; rezadla en la salud y en la enfermedad, en la prosperidad y en la adversidad, en la hora feliz de las santas alegrías del alma, y en la hora sombría de la tentación; ella santifique vuestra vida, y no menos que vuestra vida, vuestra muerte. Finalmente, hermanos muy amados, cuya salvación nos es tan querida, después de decir un millón de veces quizás, en el curso de vuestra vida: Venga a nos tu reino, ojalá podáis entrar en ese hermoso reino de los cielos, del cual dijo san Agustín que tiene la verdad por rey, la caridad por ley, y por medida la eternidad: *Cuius rex Veritas, lex Caritas, mensura Aeternitas... Amen, Amen*.

TERCERA PARTE

LA SALUTACIÓN ANGÉLICA

LA SALUTACION ANGELICA

SERMON PRELIMINAR

Origen divino y otras cualidades de la Salutación Angélica

AVE MARÍA

Dios te salve, María

Deum summis et habendis laudibus
et gratiis agendis celebramus, quod
sanctissimam Virginem omni coelestium
honorum munere cumulavit, ipsi-
que Virgini singularem illam gratula-
mur felicitatem.

Catech. Rom.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Tal es el texto entero de la Salutación Angélica, la más hermosa de las oraciones después de la Oración Dominical.

Ahora bien, lo que hemos hecho con relación a ésta nos proponemos hacerlo con aquella, es decir, explicarla frase por frase, si no palabra por palabra. ¡Ah, si fuéramos capaces de explicar debidamente materia tan excelente y rica!

En la instrucción de hoy, instrucción preliminar, expondremos el origen de la Salutación Angélica, la ordenación de las partes que la componen, su uso y su eficacia. Dios nos ayude con su gracia.

En primer lugar, el origen de la Salutación Angélica. El origen de la Salutación Angélica es divino. La tierra no produce tan exquisitos frutos. No fué un Doctor de la Iglesia, por eminente que fuera, ni un Evangelista, ni un Profeta, ¿lo diré? ni un Angel, el que compuso la Salutación Angélica, aun cuando se llame Angélica.

Un embajador no es el autor, sino simple mensajero de los documentos diplomáticos de que es portador. No tiene otra misión que cumplir, que notificarnos de parte de su soberano, único del cual proceden. Lo mismo ocurre aquí: Leed el Evangelio *Missus est* de la fiesta de la Anunciación. Este texto, sacado del Evangelio de san Lucas, es admirable por su sencillez y a la vez por su grandeza¹. El comentario que de él hace san Bernardo es casi tan admirable como el texto mismo². Describe toda la embajada. El embajador es uno de los siete que están habitualmente ante el trono del Señor, el arcángel Gabriel³. El humilde rincón de tierra el cual debe dirigirse se cita por su nombre; es Nazaret, aldea de Galilea. También se nombra a la Virgen, último término de su misión; se llama María. Dirígete, pues a esta Virgen, y dice: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres... Pero no lo olvidéis; ha sido enviado por Dios: *Missus est a Deo*. De Dios ha recibido sus instrucciones, y por orden suya expone el Mensaje de

1. S. LUC., I, 26, et seqq.
2. De laudibus Virginis super verba: Missus est Angelus Gabriel quatuor hominibus.
3. DAN., x, 13.

que es portador; y como dice un antiguo autor, en un lenguaje algo anticuado, pero expresivo, el Altísimo es el que alecciona a su arcángel¹... A la verdad, la Salutación dirigida a María, por el Enviado celestial, en nombre de su Soberano, fué aumentada: La santa esposa de Zacarías, Isabel, añadióle algo, pero quien lo añadió fué el Espíritu Santo, quien se lo puso en sus labios: *Repleta est Spiritu Sancto Elisabeth, et excloravit voce magna, et dixit: Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui*². Y la Iglesia también añadió algo, la Iglesia siempre inspirada, dirigida conducida por el Espíritu Santo, ocurrió esto, como generalmente se cree en el Concilio de Ereso³, cuando los doscientos obispos en él reunidos bajo la presidencia de los Legados Pontificios, proclamaron la divina maternidad de María contra la hereja nestoriana... No insistamos. El origen de la Salutación Angélica es enteramente celestial.

La ordenación de las partes que componen la Salutación Angélica.

La Salutación Angélica está, como la Oración Dominical, magníficamente ordenada. Corresponde a toda la doctrina teológica relativa a María. Más aún, ella misma es toda esa doctrina, pues contiene y expresa el doble culto que le debemos, el culto de alabanza, y el culto de invocación.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo y bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús... He ahí el culto, todo el culto de alabanza.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros los

1. El P. Le JEUNE DEL ORATORIO.
2. LUC., I, 41-42.
3. BARONIS.

pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... He ahí el culto, todo el culto de invocación.

Es decir, que en adelante, nada se dirá en la liturgia que no esté contenido ya, por lo menos en germen en la Salutación Angélica. En efecto, ¿qué son tal introito, tal colecta, tal gradual, tal ofertorio de las misas en honor de María, sino comentarios de la Salutación Angélica? Recitad, o mejor, cantad tal himno, o el *Ave Maris stella*, o el *O gloriosa Domina*; tal responso, tal antifona; por ejemplo, en tiempo de Navidad: el *Alma Redemptoris mater*; en tiempo de Pascua: el *Regina Caeli*, y durante todo el resto del año: el admirable, *Salve Regina*, de autor desconocido, pero que verosíblemente ha tenido varios, éste aportando una frase, aquél otra, quién un grito de amor, quién una invocación... y veréis que todas estas cosas, himnos, responsos, antifonas, son otros tantos comentarios de la Salutación Angélica; numéricamente hay más palabras; substancialmente no hay más cosas.

Tampoco escribirán nada los grandes Doctores de la Iglesia sobre las glorias, prerogativas, poder de intercesión de María, que no se encuentre igualmente en la Salutación Angélica.

Oigo esos poderosos órganos de la doctrina cristiana:

San Cirilo de Alejandría, el doctor incomparable de la maternidad divina: Dios te salve, María, Madre de Dios, tesoro venerable de todo el universo, luz siempre viviente, corona de virginidad, cetro de ortodoxia, templo indestructible, en el cual está contenido Aquel que el espacio no puede contener. Vos, por quién la Trinidad Santísima es glorificada y adorada. Vos, por quien la cruz del Redentor es exaltada. Vos, por quien

el cielo triunfa, se regocijan los ángeles, son vencidos los demonios, y la criatura caída se levanta y se remonta a la celestial herencia. Vos, por quien los fieles obtienen el bautismo y reciben la unción, por quien han sido fundadas las Iglesias, y encaminadas a la penitencia las naciones. Vos, por quien el Hijo único de Dios brilló como luz esplendente a las miradas de los pueblos sentados a la sombra de la muerte, por quien los profetas hablaron, por quien evangelizaron los apóstoles y reinan los reyes. ¿Quién alabaré jamás debidamente a la que está por encima de toda alabanza?

San Germán de Constantinopla, en su tiempo, uno de los más valerosos defensores de la fe: Dios te salve, casta paloma que nos has traído la rama de olivo, y anunciado al Salvador, en el momento en que las aguas del nuevo diluvio iban a sumergirnos. Dios te salve, jardín delicioso, enteramente embalsamado del aroma del lirio, en el que se abre la rosa, y no se aia nunca. Dios te salve, palacio de Dios, santísimo, purísimo, inmaculado; en él veo la cámara nupcial, adornada con magnificencia, y en ese lugar reservado, el Verbo divino desposándose con nuestra humanidad, hasta entonces proscrita y desheredada. Dios te salve, fértil montaña; en vuestras cimas elevadas fué alimentado el Cordero que iba a tomar sobre sí nuestras debilidades y a rescatar nuestros pecados con su sangre. Dios te salve, trono de Dios, don celestial, tesoro escogido, propiciatorio del mundo entero, vaso de oro purísimo, destinado a recibir el divino maná, en el cual se encierran todas las dulzuras y suavidades, Cristo Jesús.² Ora es un diácono de la Iglesia de Edesa, el poético san Efren, llamado por sus contemporáneos el arpa

1. РОМБАЧЕР, *Hist. de l'Eglise*. Liv. XXXIX.
2. *Brev. Rom.*, in fest. Immac. Concep.

del Espíritu Santo: Dios te salve, paraíso de delicias y de toda hermosura. Dios te salve, vástago de vida. Dios te salve, llave del celeste reino. Dios te salve, vaso hermoso escogido por Dios. Dios te salve, graciosa Soberana Virgen bienaventurada, estrella esplendorosa, de donde salió Jesús¹.

Y a más de ocho siglos de distancia, otro gran doctor, poeta también san Buenaventura, contará en versos rimados, cuya armoniosa cadencia no podría expresar la traducción más excelente: Dios te salve, lirio celestial. Dios te salve, rosa abierta. Dios te salve, madre de los humildes. Dios te salve, reina de los cielos. Dios te salve, tabernáculo de Dios vivo. Dulce abogada de los pecadores, dadnos fuerza, prestadnos auxilio, a los que todavía vivimos en este valle de lágrimas².

Ahora bien, todos estos admirables pasajes de los antiguos Padres: alabanzas, acciones de gracias, invocaciones, verdaderos ditirambos sagrados, ¿qué son? Comentarios, interpretaciones de la Salutación Angélica; como en música las *variaciones del motivo*, es decir, las interpretaciones de la frase melódica diversificándose casi indefinidamente, sin apartarse jamás de su tonalidad.

Empleo de la Salutación Angélica y su eficacia.

Es la consecuencia obligada de todo lo que acabamos de decir. Desde que la Salutación Angélica es de origen divino, y desde que, por la ordenación de las partes que la componen, comprende todo el culto debido a María, tanto el de alabanza como el de invocación, ¿habrá que asombrarse de que sea de uso tan frecuente, y aun diario; que tenga puesto señalado, para todo fiel en las oraciones de la mañana y de la noche; que entre

1. In hymnis.
2. In speculo B. M. V.

como elemento principal en varias oraciones preferidas de la piedad cristiana, el *Angelus*, el *Rosario*; que, en ceremonias públicas del culto, no se diga jamás, o rara vez se diga, sin añadirle la Salutación Angélica? Su eficacia procede del mismo principio. Se han escrito libros enteros para describir las gracias del orden espiritual, y aun temporal, debidas a la recitación del *Ave María*, y cada día sería preciso añadirles algún suplemento. El registro queda abierto y no se cerrará hasta el fin del mundo. Sin esperar hasta entonces, aportemos varios y excelentes testimonios.

Un gran teólogo, de mucha autoridad en la Iglesia, declara que daría de buen grado sus voluminosas obras por un solo *Ave María* bien dicho¹.

San Buenaventura promete el perdón de los pecados a todo el que, al pasar por delante de la Imagen de María, le envíe el angélica *Ave*².

San Alfonso de Liguorio atribuye gran eficacia al *Ave María* dicha tres veces, con la mira de conservar u obtener la castidad³.

Otro santo personaje, cuya piedad y ciencia fueron bastante eminentes para creer adivinar en él al autor de *la Imitación*, exclama: Los cielos se regocijan, huye el demonio y se estremece la tierra, cuando digo: Dios te salve, María. La tristeza se disipa, y una alegría enteramente nueva llena a mi alma cuando digo: Dios te salve, María. Mi amor languidecido se reanima, la

1. Suárez.
Virginis intactae
Dum venieis ante figuram
Praetereundo cave
Ne sileatur Ave.
Invenies veniam.
Sic salutando Mariam
Ave Maria.
- 2.
3. En el opúsculo titulado. *Setra*, p. 268.

devoción aumenta, y me siento inundado de celestiales consolaciones cuando digo: Dios te salve, María!

Basta de testimonios. La prueba está hecha. La Salutación Angélica, después de la Oración Dominical, es la más admirable de todas las oraciones, la más santa, la más fecunda en gracias de santificación y de salvación.

I. THOMAS A KEMPIS.

LA SALUTACION ANGELICA

SERMON SEGUNDO

La alabanza

Dios te salve, María, llena eres de gracia

Conocemos la Salutación Angélica en cuanto a su origen, ordenación de sus partes, empleo y eficacia. Vamos a estudiarla ahora en detalle por medio de las siguientes instrucciones.

Las palabras: Dios te salve, María, llena eres de gracia constituirán el asunto de la instrucción de hoy. Dios nos ayude con su gracia.

Dios te salve, *Ave*, es decir, sé dichosa, estremécete de alegría, porque te traigo una buena nueva. Creemos que este es su sentido exacto. En su lengua de origen, sólo usaban esta palabra los hebreos cuando tenían que disipar una aprensión y que comunicar una noticia: *Ilia salutatione Hebraei uti solent, cum timorem auferre volunt, et laetum se afferre nuntium significant*¹.

Dios te salve, María, *Ave María*. ¡María! Es el nombre de la bendita criatura, a quien se da el saludo y van a hacerse felices comunicaciones. ¡María! Sería muy extraño que este nombre fuese vulgar, porque la que lo lleva pertenece a una nación en la cual la mayor

1. CORNEL. A LAP. in LUC. c. I.

parte de los nombres tienen una significación elevada y con frecuencia profética. ¡María! Es decir, la noble Señora, la Soberana, la Reina; y uno de los antiguos Padres, no el menor, ciertamente, san Atanasio, escribió que es legítima y propiamente Reina, por cuanto concibió y dió al mundo un hijo que es verdaderamente Rey: *Si ipse Rex est qui natus est ex Virgine; mater quae eum genuit, Regina et Domina proprie et vere nuncupatur*². ¡María! Es decir, la Luz que brilla, el Astro que ilumina, la Estrella que alumbró los abismos; esperad, y el más devoto de sus servidores san Bernardo, no tardará en decir en su hermoso lenguaje que es de justicia que lleve ese nombre: *Ipsa namque aptissime sideri comparatur*; el astro que nos envía sus rayos, y no por eso queda disminuido; la Virgen concibe y da a luz, y no pierde su virginidad: *quia sicut sine sui corruptione sidus suum emittit radium; sic absque sui laesione virgo parturit filium*³. ¿Quién se atreverá a lisonjearse de expresarse mejor?

Dios te salve, María, llena eres de gracia, *Ave Maria gratia plena*; no habréis olvidado que quien lo dice, el divino Mensajero. Pero observad que cuando lo dice, cuando el Ángel saluda a María, llena de gracia, no hace una profecía, esto es, la predicción de una cosa futura, ni menos formula un deseo, sino que declara una realidad ya existente, un hecho efectivo. Antes de ser madre de Dios, María es llena de gracia, y aun

1. Sic interpretantur: Jerusalem visio pacis, Bethleem domus panis, Nazareth flos...
2. Serm. de Deipara.
3. Brev. Rom. in fes. SS. Nom. Mar.
4. Sin decir mejor S. BUENAVENTURA dirá no menos bien: Hoc nomen sanctissimum, nomen dulcissimum, nomen dignissimum, tam sanctissimae, tam dulcissimae, tam dignissimae Virgini conventissimum est impositum. In Speculo B. M. V. Lectio 3.

antes de nacer, María es llena de gracia; desde el seno de su madre, María es llena de gracia; en el primer momento de su existencia, en el instante mismo en que su alma humana quedó unida a su cuerpo, María era llena de gracia.

¡Oh favor insigne! ¡Oh privilegio único en la larga serie de los siglos! ¡Oh María, es una verdad decir, como, en efecto se ha dicho, que comenzáis por donde nadie, ni siquiera después de una larga vida, logra alcanzar! Sabemos cómo los santos se hacen santos: amigos de Dios por la gracia santificante que les es conferida, y enriquecidos ya con los numerosos dones que la acompañan, van de bien en mejor, de mejor en mejor, y no alcanzan, si puedo hablar así, la cumbre de la escala más que pasando por varios grados intermedios. Es la ley para todos; nadie queda exento de ella, así sea un san Pablo, un san Francisco de Asís, una seráfica Teresa. Sólo Vos, ¡oh María!, salís del seno materno con una santidad enteramente hecha, llamada por no con una santidad enteramente hecha, llamada por san Bernardo inmensa, *immensa proleus ex utero sanctitas*. Pero habrá más todavía: día vendrá—ya ha luchado para nosotros este feliz día—en que la Iglesia misma, no un doctor particular, declarará, por su órgano infalible, que esta plenitud de santidad en María es tal, aun en el primer instante de su existencia, que, por debajo de Dios, no hay ninguna tan grande, y que, exceptuado Dios, nadie es capaz de medir su extensión: *qua maior sub Deo nullatenus intelligitur, et quam praeter Deum nemo assequi cogitando potest*¹.

Pero ¡si esta plenitud del primer momento decreciera! ¡Si bajara este nivel!... ¡Fuera ese terror! No se abrirá la menor hendidura, ni siquiera la más imperceptible, en ese vaso espiritual; no se perderá ni la

1. La Bula de la Inm. Concep. *Ineffabilis Deus*.

más pequeña parcela de la gracia en él contenida. Oigo que dice san Agustín con su autorizada voz: Cuando se habla de pecado, hay que exceptuar siempre a María¹. Oigo otra gran voz, todavía más autorizada que la anterior, el santo Concilio de Trento, declara que nadie, a la verdad, puede evitar, durante toda su vida, todo pecado, aun venial, sin un privilegio especial de Dios; pero que este favor excepcional fué concedido a María, y, que tal ha sido siempre la creencia de la Iglesia². María será, pues, impecable, no en derecho, pero sí de hecho. Desde su concepción inmaculada hasta la edad de 72 años, época de su bienaventurada muerte, durante tan larga y santa vida, que pasó en el Templo, en Nazaret, en Hebrón, en Belén, en Egipto y en Jerusalén, no habrá en ella pecado alguno, ni siquiera sombra alguna de imperfección, ni en sus pensamientos, ni en sus palabras, ni en sus actos, ni, finalmente, en una u otra de esas mil cosas en las cuales nosotros, pobres enfermos, pecamos, según afirma la Escritura, y confirma, por desgracia la experiencia, un número incalculable de veces, *in multis offendimus omnes*³.

Pero si esta plenitud de gracia en María no está sujeta a disminución, ¿no quedará por lo menos estacionaria? Tampoco. El nivel subirá, ese lago se ahondará, ese océano ensanchará sus límites. Lo dicen y lo explican los más grandes Doctores y los más autorizados Comentaristas. Partiendo de este principio verdadero, que María, desde el primer instante de su existencia, recibió gracias incomparables, y que estas primeras gracias fecundadas por una cooperación fiel, como se explota una rica mina de oro con un trabajo continuo y

1. Ap. THOM., 3, p. q. CCXC, art. 4.
2. Conc. Trid., Sess. VI, c. XXIII.
3. JACOB. III, 2.

continuamente productivo le valieron nuevas gracias, y esto sin fin, esos doctores y esos teólogos descompusieron la vida de María, no solamente en años, sino en meses, en semanas, en días, en horas; y al final de todo, hecha toda adición, o mejor, siendo ya imposible toda adición, hallaron en María un número inmenso, casi infinito, de gracias y de méritos¹.

Sí, oh María, eres llena de gracia, *gratia plena*; lo dijo el Angel, lo repite la Iglesia, y sus fieles jamás lo repetirán bastante.

Sí, oh María, eres por excelencia la hija de Dios, *filia*; la obra maestra salida de sus manos, *perfecta*; la única, la incomparable, *una*; la elegida, la preferida entre todas, *electa*; la enteramente bella, sin manchas, ni arrugas, *tota pulchra*; la Virgen con derecho a todos los honores, *virgo praedicanda*; el vaso de gran precio destinado a recibir todos los dones del cielo, *vas spirituale*; la casa magnífica, obra del Eterno, quien, habiéndola creado para alojar en ella a su Hijo, ornamentóla con todo género de belleza, y enriquecióla con el oro más puro de la caridad, *domus aurea*.

Los grandes Doctores no dirán ni más ni menos que la Liturgia.

Dirán, como san Bernardino de Sena, que la gracia fué dada a María en tal abundancia, que es imposible que ninguna otra criatura tenga más que ella: *Tanta gratia Virgini data est, quanta uni et purae creaturae dari possibile est*².

Dirán, como san Jerónimo, que la gracia, que está en nosotros por parcelas, *per partes*, se encuentra en su totalidad en María³; y uno de los príncipes de la

1. Ap. CORNEL. A LAP. in LUC., c. I.
2. De nom. Mariae.
3. Ap. THOM. 3, p. q. XXVII, art. 5.

teología, Suárez, sacará esta consecuencia: que Dios ama a María más que toda la Iglesia, más que a todos los ángeles y a todos los hombres juntos¹.

El gran doctor franciscano, el seráfico san Buenaventura, sin decir más, superará a todos los otros por la magnificencia de la expresión. Los ríos que llevan, éste un nombre, aquél otro, cada cual el suyo, y vertien en el océano, que los recibe a todos, sin desbordarse jamás, tan ancho y profundo lo hizo Dios; los ríos, pues, y el océano serán sus términos de comparación. y dirá que la gracia tiene también sus grandes corrientes, una la corriente de la gracia angélica, otra la corriente de la gracia patriarcal, ésta la corriente de la gracia profética, aquélla la corriente de la gracia apostólica, ya la corriente de la gracia de los mártires, ya la corriente de la gracia de los confesores, ya la corriente de la gracia de las vírgenes, y que todas estas grandes corrientes de la gracia entraron en María, y que este océano las contiene todas; porque lo que Dios hizo en el orden de la naturaleza, hízolo mejor todavía en el orden de la gracia, y abrió el océano de este último orden tan ancho y tan profundo, que jamás se desborda, por mucho que sea la abundancia que entre en él².

1. AP. CORNEL. A LAP. *Ibid.*

2. Hay que citar este hermoso texto por entero en su lengua original: Flumina sunt charismata Spiritus Sancti. Unde Joannes dicit: Qui credit in me flumina de ventre ejus fluent aquae vivae... Omnia ergo flumina intrant in mare, dum omnia charismata sanctorum intrant in Mariam. Flumen enim gratiae angelorum intrat in Mariam, et flumen gratiae patriarcharum intrat in Mariam, et flumen gratiae prophetarum intrat in Mariam, et flumen gratiae apostolorum intrat in Mariam, et flumen gratiae martyrum intrat in Mariam et flumen gratiae, confessorum intrat in Mariam, et flumen gratiae virginum intrat in Mariam (*In Speculo B. M. V.*)

Detengámonos aquí, pero no abandonemos este hermoso asunto sin hacer la última reflexión.

María es llena de gracia, no menos quizás para nuestra salvación, que para la gloria de Dios y la suya propia.

Lleguémonos a esa plenitud, a ese océano de gracia, que es también un océano de amor y de misericordia.

Un gran siervo de María pone estas palabras en su boca: Os invito a todos, os espero a todos, os deseo a todos¹.

Respondamos a este llamamiento; y nosotros que tenemos tan seca el alma y tan frío el corazón; nosotros, que estamos llenos de pecados, corramos a sumergirnos en esa plenitud de gracia, en ese océano de su misericordia.

1. THOMAS A KEMPIS.

criaturas, únicamente por su esencia, sería demasiado poco.

Dios está con todas sus criaturas por su Providencia. Y para no hablar más que de los hombres, Nuestro Señor nos hace como tocar con el dedo esa Providencia amable cuando nos asegura que ni un solo cabello cae de nuestra cabeza sin la voluntad del Altísimo¹. Sin de nuestra cabeza sin la voluntad del Altísimo¹. Sin ser menos expresivo, su lenguaje es todavía más conmovedor, cuando, para poner fin a nuestra desconfianza, inquietudes y penas, nos muestra los lirios de los campos engalanados con tanta magnificencia como el que más opulento de los reyes de Oriente, y los pajarrillos recibiendo de los reyes y el albergue del Padre celestial, sin que tengan que preocuparse de ello por adelantado². Pero tratándose de María, decir que sólo tuvo su parte, como todos los demás, en las distribuciones divinas, sería decir demasiado poco.

Dios está, por una asistencia especial, con ciertos hombres que saca de la masa común, y de los cuales se digna tener necesidad para la ejecución de sus designios. Estas elecciones privilegiadas y providenciales no son absolutamente muy raras en la larga vida de las naciones; en cuanto al pueblo justamente llamado pueblo de Dios, su historia está llena de ellas.

Dios dijo a Moisés: Ve al pueblo, y háblale; yo te inspiraré lo que conviene que le digas; estaré contigo y en tu boca: *Perge igitur, et ego ero in ore tuo, doceboque te quid ei loquaris*³.

Dios dijo a Josué: Como yo estuve con mi siervo Moisés, así estaré contigo; no te dejaré solo, no te

LA SALUTACION ANGELICA

SERMON TERCERO

La alabanza

El Señor es contigo

Entre la instrucción precedente y la de hoy, un santo, gran doctor de la Iglesia, y no menos gran siervo de María, san Bernardo, hará la transición, y si puedo hablar así, la soldadura: ¿Qué extraño es, exclama, que estuviera llena de gracia, si con ella estaba el Señor, autor de la gracia: *Quid mirum, si gratia plena erat, cum qua Dominus erat*?

Pero ¿cómo el Señor estaba con María? Esto es lo que nos proponemos decir. Dios nos ayude con su gracia.

Dios está con todas sus criaturas por su inmensidad; ellas están en él, viven y se mueven en él, él no está alejado de ninguna de ellas, como decía magníficamente san Pablo ante el areópago ateniense². Menos sumergido en el agua está el pecado, que lo están todos los seres en la divina esencia. Pero decir de Dios que está con María, como está con la generalidad de las

1. Super Missus est. HOMIL. 3, n. 2.
2. Act., xvii, 27, 28.

1. Luc., xxi, 18.
2. Luc., xii, 27.
3. Exod., iv, 12.

abandonaré jamás: *sicut fui cum Moysé, ita ero tecum; non dimittam, nec derelinquam te*¹.

Dios dijo a Jeremías: No digas que eres un joven; irás donde yo te envíe; llevarás todas mis palabras a aquellos que deban oírlos; no temas comparecer ante ellos, porque estaré contigo para librarte de sus manos: *Ne timeas a facie eorum, quia ego tecum sum, ut eruan te*².

Basta de ejemplos. Todos los que pudiéramos añadir, no aportarían un elemento nuevo. Entre la misión confiada a Moisés, a Josué y a Jeremías, y la elección de María con miras al gran misterio al cual fué llamada a tomar parte, no hay punto de comparación posible, ni siquiera proporción alguna que establecer.

Dios está con los justos por su gracia. Es la gracia santificante, porque santifica en el sentido propio y riguroso de la palabra; porque ahuyenta ante ella el pecado, como el viento las nubes; porque tomando el hombre en un estado que es un estado de muerte, lo hace pasar a otro que es un estado de vida, y lo convierte en nueva criatura. Se la llama habitual, porque, siendo la caridad misma de Dios difundida en el alma por el Espíritu Santo³, permanece en ella todo el tiempo que queramos conservarla, como un principio añadido a su naturaleza, como una cualidad que permanece adherida al alma, y que el Catecismo Romano califica de divina, como un resplandor, una luz que le comunica una belleza incomparable⁴. Un antiguo hizo esta observación: Si la virtud tomara

cuerpo y se mostrara a los mortales bajo una forma sensible, nadie resistiría al imperio de sus hechizos y a su poder de atracción. ¿Qué no hubiera dicho, y qué no tendríamos que decir nosotros mismos de la belleza mil veces más arrobadora de un alma santificada por la gracia y como adicionada de Dios?

Pues bien, esta gracia santificante, habitual, con las aptitudes que tiene en reserva, con los derechos que confiere, la posee el niño bautizado, la posee el más humilde de los penitentes, si ha recibido la absolución en buenas disposiciones, la posee el gran pecador que se convierte repentinamente y saca de su corazón un acto de perfecto amor, aunque hubiese sido hasta entonces el más manchado de los hombres.

Pero ¿qué, sería esa la cumbre más elevada? ¿No tendría María más que ese bautizado, que ese penitente absuelto, que ese gran pecador justificado?... No tenemos todavía el derecho de detenernos. Preciso es subir más arriba, ir más adelante. Si es infinitamente poco que el Señor esté con María únicamente en su esencia, muy poco que esté por su providencia, todavía muy poco que esté por una asistencia especial, tampoco es bastante que lo sea por la gracia santificante propiamente dicha.

Es de fe católica solemnemente proclamada y profesada por la Iglesia que en Dios hay tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; que estas personas son distintas, pues uno es el Padre, otro el Hijo y otro el Espíritu Santo. No he de añadir aquí que, aunque distintas, estas tres personas no son más que un solo y mismo Dios; pero, por cuanto el asunto lo exige, diré que cada una de ellas tiene el título de Señor: Señor es el Padre, Señor el Hijo y Señor el Espíritu Santo:

1. Jos., I, 5.

2. JEREM., I, 8.

3. ROM., XI, 6.

4. Divina qualitas in anima inhaerens... Velut splendor quidam, et lux quae animas pulchriores et splendiores reddit.

*Ita Dominus Pater, Dominus Filius, Dominus Spiritus Sanctus*¹.

Con esto, llegaríamos ya al término, si la lengua humana nos se viera obligada a reconocer su impotencia a medida que el misterio se ve más de cerca.

El Señor es contigo, oh María, *Dominus tecum*. Sí, exclama el seráfico san Buenaventura, el Señor Padre está con ella, el Señor Hijo está con ella, el Señor Espíritu Santo está con ella: *Dominus Pater tecum, Dominus Filius tecum, Dominus Spiritus Sanctus tecum*².

No veo más que reyes en torno de ella, exclamaba Bossuet hablando de una gran princesa. Y nosotros, por cualquier lado que volvamos los ojos, ¿qué vemos en compañía de María, o por mejor decir aún, con María, sino personas divinas?

El Señor Padre está con ella; él es el que formó esta Obra, la más hermosa que ha salido de sus manos, el que edificó esta Casa, el que construyó este Templo, después de haber trazado su plan en las profundidades de los siglos; él es el que hace ser a María por gracia lo que él mismo es por naturaleza, y le concede concebir en el tiempo a Aquel que engendró en la eternidad, de tal modo que el Verbo hecho carne no será ni todo entero de Dios, ni todo entero de María, sino todo entero del uno y del otro, y su común Hijo: *Nec totus de Deo, nec totus de Virgine, totus tamen Dei et totus Virginis, nec duo filii, sed unus utriusque filius*³.

El Señor Hijo está con ella, como el sol con la aurora, como la flor con el tallo del cual ha salido, según la graciosa comparación de san Buenaventura: *Tecum*

* 1. Símbolo de san Atanasio.
2. *In Speculo B. M. V.*—Véase la misma idea expresada por san Bernardo, *Super Missus est*. HOMIL. 3, n. 4.
3. S. BERNARD. *Ut supra*.

*utique, sicut sol cum aurora ipsum praeveniente, tecum sicut flos cum virga ipsum producente*¹. Está con ella, y con ella permanecerá nueve meses, y se alimentará de esta fuente, y se formará en ese molde, y recibirá y guardará su impresión, tanto será el Hijo de María, tanto parecerá que lo es, en efecto, y sin salir de los límites de la más rigurosa ortodoxia, dirá san Agustín que la carne de Jesucristo es la misma carne de María: *Caro Christi, caro Mariae*.

El Señor Espíritu Santo está con ella; el anuncio del celestial Mensajero de su próxima sobrevenida, *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tui*², ¿podía dejar de tener su efecto inmediato? Está, pues, con ella; él es el que, con el Señor Padre, consagra, diviniza en cierto modo ese casto seno, esas entrañas virginales: *Spiritus Sanctus tecum, qui cum Patre sanctificat uterum*³; él es el que crea, organiza, dispone, urde esta trama, teje ese vestido para cubrir el Verbo eterno hecho carne por su operación. *Haec admiranda tela, admirabilis tunica confectus cuius textor Spiritus Sanctus*⁴.

Sí, oh María, el Señor es contigo; recogemos como rico palabra del divino Mensajero; recogemos como rico tesoro las magistrales explicaciones que de ello han hecho los Doctores.

Sí, oh María, el Señor es contigo, como no fué, ni lo será jamás con ninguna otra criatura, es decir, por un modo de unión que, exceptuando únicamente el modo de unión hipostática, es el más prodigioso que pueda darse.

1. *In Speculo B. M. V.*
2. LUC., I, 35.
3. S. BERNARD.
4. Proclus, ap. CORNEL. a LAP. in LUC.

Pero ¡oh Madre bonísima y poderosísima Reina, creemos también que no habéis recibido tanto, más que para enriquecer nuestra pobreza y hacernos entrar en comunicación con las divinas larguezas en la medida en que podemos participar de ellas.

Sea el Señor con nosotros por la gracia santificante y todos los dones que la acompañan¹.

Vuestro devoto siervo, san Bernardo, nos ha proporcionado la primeras palabras de esta instrucción; él nos ayudará también a pronunciar las últimas.

No vivir de la vida de la gracia, que es propiamente hablando la vida del alma, ya que el alma no ha sido hecha más que para vivir de esta vida, es vivir inútilmente, o por mejor decir, no vivir del todo. *Frustra vivit homo, vel omnino non vivit ea vita, propter quam, ut ea viveret, accepit animam suam.*

¡Oh María, devuélvenos, si la hemos perdido, esa vida sin la cual no se vive, esa verdadera y única vida, la vida de la gracia; y si la recobramos, después de haberla perdido, haz que nunca jamás volvamos a perderla.

1. Bajo la impresión de este mismo sentimiento dice san Buenaventura: *Eia ergo, Domine, quia Dominus tantus et talis tantum ac taliter est tecum, fac ut etiam ipse per gratiam sit nobiscum.* (In Speculo B. M. V.)

LA SALVACION ANGELICA

SERMON CUARTO

La alabanza

Bendita tú eres entre todas las mujeres

Tal es la traducción ordinaria, comúnmente recibida, consagrada por el tiempo y por el uso, de las palabras del celestial Enviado a María.

Sin duda que esta traducción es buena; decir lo contrario, sería una temeridad. Pero, por buena que sea, por diario que sea su uso, no es quizás la mejor, porque nos parece que no da toda la fuerza del texto. El pronombre *eo* en griego, *tu* en latín es singularmente significativo, No sería presuntuoso intentar darle su verdadero valor y su verdadera expresión; por lo cual traducimos así: *Eres la bendita entre todas las mujeres*, y quizás mejor aún: *La mujer bendita entre todas las mujeres eres tú: Benedicta tu in mulieribus.* Y si Dios nos ayuda con su gracia, no tardaremos en ver que, por la amplitud que da a esta parte de la Salvación Angélica, y por los vastos horizontes que abre a nuestra vista, así en relación con las cosas como en relación con las palabras, esta traducción es la mejor. San Bernardo, siempre admirable cuando habla de María, lo es quizás más que de costumbre, cuando, en

un cuadro de mano maestra, pone al Enviado Celestial ante nuestros ojos cumpliendo su misión cerca de la humilde joven de Nazaret, virgen de cuerpo, virgen de espíritu, virgen por el estado, virgen de todo punto; santa y perfecta: *Missus est Angelus ad Virginem, virginem carne, virginem mente, virginem professione, virginem denique mente et corpore sanctam*. Pero no es esto todo, sino que el gran Doctor añade: Lo que es ahora, ¿lo es tan sólo desde hace poco y de reciente fecha: *Noviter*? No ciertamente. ¿Ha sido encontrado por casualidad, y como en un hallazgo fortuito: *Fortuita inventa*? Tampoco. Dios la había elegido hacia ya largos siglos: *Sed a saeculo electa*. La conocía de antemano, y la había preparado para servir a sus designios: *Ab Altissimo praecognita*. Los ángeles la guardaban y la tenían en reserva: *Ab Angelis servata*. Los oráculos de los profetas la habían anunciado: *A Prophetis promissa*. Entre los personajes más visibles del pueblo antiguo, varios la habían prefigurado: *A Patribus praefigurata*¹. En otros términos, si lo entendemos, antes que existiese, existía ya María.

Pero esta doctrina de uno de los más eminentes siervos de María, en quien la magnificencia de la expresión corre parejas con la grandeza de la idea, ¿no será fruto de una admiración entusiasta y prematura? ¿No da san Bernardo proporciones exageradas a la Virgen que canta? ¿No agranda desmesuradamente el cuadro destinado a recibirla? Guardémonos de pensarlo. Bebió en buena fuente; lo que dice, lo saca de la Iglesia misma.

Juez más autorizado que ningún otro en cuanto al sentido espiritual que hay que dar a las Sagradas Es-

1. *Super Missus est. Homil., n. 4.*

crituras, es la Iglesia misma, la cual pone en boca de María estas prodigiosas palabras:

Salí de boca del Altísimo; nací antes que toda criatura. El Señor me poseyó al principio de sus caminos. Fui fundada desde la eternidad en la profundidad de los tiempos. No existían todavía los abismos, ni las fuentes habían brotado de la tierra, ni había sido formada aún la pesada masa de los montes, cuando yo ya había sido concebida¹.

También la Iglesia, cuando llegue el tiempo de declararlo, declarará, en efecto, por su órgano infalible, que, habiendo sido prevista por Dios de toda eternidad, la caída de Adán, y, por consiguiente, la de toda su posteridad, quedó igualmente, antes de todo tiempo, decretado en los Consejos Eternos, que el Hijo único de Dios hecho hombre sería de la misma raza que el hombre, a fin de que lo que había de caer con el primer Adán se levantara más felizmente con el segundo, *ut quod in primo Adamo casuum erat, in secundo felicitas virgeretur*; que, por consiguiente, y por consecuencia necesaria, había en la descendencia de Adán una mujer creada con miras al Redentor futuro, una mujer en cuyos destinos entraría al convertirse en su madre, una mujer que se le asociaría para aquel gran misterio de redención, que sería su cooperadora, su corredentora, la dispensadora de las gracias de salvación, cuya fuente única e inagotable sería él, el Redentor².

¿Entendéis ahora esas dos palabras, que con tanta frecuencia pasan inadvertidas: *Benedicta tu*?

Muchos piensan que la Encarnación del Hijo de Dios comenzó el mismo día de la Anunciación, en el momento en que el ángel Gabriel saludó a María; que

1. In Off. B. M. V.
2. Véase la primera página de la Bula *Ineffabilis Deus*.

nada habíase hecho antes, que en aquel mismo instante fué elegida la Virgen de Nazaret, pues ninguna otra era digna de serlo. Semejante concepción del mayor misterio que se vió jamás, sólo puede dinamar de la ignorancia o de la irreflexión; las dos palabras que estamos explicando tienen un sentido infinitamente más elevado, y los preliminares que acabamos de sentar son más que suficientes para que apreciemos toda su importancia.

El tiempo no ha llegado todavía, y ya una mujer ha sido elegida y reservada en los Consejos Eternos; Dios la lleva en su pensamiento, la prepara, la madura para la Obra incomparable que se cumplirá cuando llegue la plenitud de los siglos, como un pintor concibe, lleva y madura previamente en su pensamiento el cuadro que ejecutará más tarde: *¡Oh María, esta mujer bendita entre todas sois vos: Benedicta tu in mulieribus!*

Empieza el tiempo; Adán es creado, luego es creada Eva. Colmados de todos los dones de la naturaleza y de la gracia, pero entregados en manos de su propio consejo, pecan casi desde el día siguiente a su formación. Es pronunciada su caída, y con la suya propia, la de toda su posteridad. Pero, ¡oh dicha inesperada! Dios se apiada de ellos, y el día en que todo está perdido, todo queda salvado, pues es prometido un Libertador. Resumamos brevemente la página en que está consignada esta promesa. Es la primera de los Libros Santos. La escena que describe es de incomparable grandeza. El primer padre y la primera madre están allí tristes y silenciosos, como lo está uno después de una catástrofe considerada como irreparable. Presente está también, y enteramente orgullosa de su triunfo, la serpiente seductora, que no es otra que el demonio

oculto en su engañosa envoltura. Interviene Dios, y castiga, en primer lugar, a los culpables, luego interpela a la serpiente: Enemistades, le dice, pondre entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, y ella quebrantará tu cabeza: *Inimicitias ponam inter te et mulierem inter semen tuum et semen illius, ipsa conteret caput tuum*¹. La palabra de Dios queda empuñada; sus dones son sus arrepentimientos; seremos salvados; ya comienza a dibujarse la Madre del Libertador, la futura triunfadora de la antigua serpiente, a la que aprisiona con su pie vencedor: *¡Oh María, esta mujer bendita entre todas sois vos: Benedicta tu in mulieribus!*

El tiempo sigue su curso. De Adán a Noé, de Noé a Abraham, de Abraham a David, y más allá todavía, largos siglos han transcurrido. Dios se ha escogido un pueblo que es propiamente su pueblo, y, en ese pueblo, hombres a los cuales inspira, hombres que ven ya el gran acontecimiento que está por venir, y lo refieren como si hubiera llegado.

Ya es David, que ve mil años antes la futura Libertadora, y en el júbilo que le causa esta visión anticipada exclama: Es una Reina, tiene su actitud; está sentada a la derecha del Rey, todo su vestido es de oro y pedrería².

Ya es Salomón, que canta su marcha triunfal: ¿Quién es esa que se eleva del desierto, inundada de delicias y apoyada en su amado? ¿Quién es esa que avanza como naciente aurora resplandeciente como el sol, hermosa como la luna, terrible como un ejército puesto en batalla³?

1. GEN., III, 15.
2. PSAL. XLIV.
3. CANT., VI y VIII.

ORACIÓN - 28

El velo de lo porvenir se desgarrará más profundamente aún; el día aparece más claro.

Isaías ve a la Virgen que concibe, y queda virgen, que da a luz, y queda virgen; el hijo que concibe y da a luz se llamará Emmanuel, o Dios con nosotros¹.

Ezequiel ve la puerta que sólo se abre al Señor Dios, y queda cerrada a todo otro².

Daniel ve una ventana elevada, de la cual se desprende una piedra, pequeña en apariencia, bastante fuerte, empero, para reducir a polvo los mil simulacros que la antigua serpiente se ha hecho erigir en todos los sitios³.

¿Habrá necesidad de seguir? ¿Quién es esa montaña de la que sale esa piedra misteriosa dotada de una fuerza invencible? ¿Quién esa puerta abierta y cerrada sucesivamente, tan asombrosa cuando se abre como cuando permanece cerrada? ¿Quién es esa Virgen que concibe, da a luz y permanece virgen, esa Esposa sagrada por el Esposo, esa Reina sentada en su trono, esa mujer cantada por David, Salomón, Isaías, Ezequiel, Daniel y todos los Profetas? ¡*Oh María, sí, lo repetimos, oh María, esta mujer bendita entre todas sois vos: Benedicta tu in mulieribus!*

Hablaron los Profetas; pónganse en línea a su vez las personas y las cosas figurativas; hablen a su manera las cosas:

El Arca de la Alianza, hecha de madera incorruptible y toda vestida de oro;

La zarza que arde y no se consume:

1. Isa., VII, 14.
2. Ezech., XLVI, 12.
3. DAN., II, 45.—El patriarca san Taraso y san Bernardo entienden en este sentido las profecías de Ezequiel y de Daniel, pero sin excluir los otros sentidos. Cfr. *Brev. Rom.* 11 sept. y 12 diciembre.

La casa de Aarón, que se cubre milagrosamente de hojas, flores y frutos;

El vellocino de Gedeón, único que recibe el rocío del cielo, en tanto que todo lo demás se deseca y muere¹.

Las personas:

Eva, llamada todavía madre de los vivientes, aun después de su caída y de la caída de su raza;

Sara, esposa de Abraham, el más santo de los patriarcas, y madre, por milagro de Isaac, víctima destinada al sacrificio;

Judit, victoriosa del asirio Holofernes, la cual, a su vuelta a Betulia, salvada por ella, oye que el sumo sacerdote le dice: Eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, el honor de tu pueblo;

Ester, que, humilde hija de un pueblo proscrito y convertida en esposa del rey Asuero, no usa de su poder más que para hacer revocar el edicto fatal que condena a toda su nación a perecer.

Pero, ¡qué! Hay una criatura mejor que todas las que acabo de nombrar; más fresca por las gracias que recibe del cielo que el vellocino de Gedeón por el rocío que lo humedece; más encendida en el fuego del amor divino, que la zarza misteriosa por las llamas que la envuelven; más fértil que la vara más incorruptible que la madera de que fué hecha; más pura que el oro que la reviste.

Hay una mujer más madre de los vivientes que Eva; más milagrosamente fecunda que Sara; más victoriosa que Judit; más poderosa que Ester; una mujer que supera de mucho a cada una de éstas, y a todas juntas; una mujer que reúne en ella sola todas las bellezas de la naturaleza y de la gracia. ¡Oh María, esta mujer eres

1. Todas estas figuras son reconocidas en esta cualidad por san Bernardo, *Super Missus est*, 2.^a homilía.

na toda criatura, se dobla toda rodilla en la tierra y en el infierno, y de tal poder, que es el único nombre bajo el cielo por el cual podamos ser salvados: *Nec enim diuid nomen est sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri*¹.

¡El nombre de Jesús! Un nombre que bastó por sí sólo para entusiasmar a san Bernardo, para sumirlo en una especie de embriaguez, y del cual decía en su hermoso lenguaje: Es miel para mi boca, música para mis oídos, júbilo para mi corazón: *Mel in ore, in aure melos, in corde iubilus*².

Pero ¿quién lleva tan bendito nombre? ¿No tenemos gran interés en saberlo?

El evangelista san Juan nos lo dirá, es decir, precisamente el mismo escritos sagrado, dice Bossuet³, que no habla un lenguaje humano, que ilumina, que truená, que aturde, que abate a todo espíritu creado bajo la obediencia de la fe, cuando, hendiendo con rápido vuelo el aire, atravesando las nubes, elevándose por encima de los Angeles, de las Virtudes, de los Querubines y de los Serafines, entona su Evangelio con estas palabras: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... Todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que fué hecho, se hizo sin él⁴.

San Pablo lo repite con no menos autoridad. ¿No fué él arrebatado hasta el cielo de los cielos? ¿No vió de cerca el misterio eterno de la generación, en el seno del Padre, de Aquel que es rayo resplandeciente de la gloria del Padre el carácter e impresión de su substan-

1. CRCT., IV, v. 12.
2. SERM., XV super Cant.
3. 12ª sem, 7ª Elev.
4. JOANN., I.

cia, su imagen, no pasajera, sino perfecta, siempre substancial, igual a él mismo¹?

Y la Iglesia lo dirá también por el primero de los cuatro grandes Concilios que un santo papa veneraba al igual de los cuatro Evangelios: Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles y de las invisibles; y en Nuestro Señor Jesucristo, hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios, que no ha sido hecho, sino engendrado, consubstancial con el Padre, y por quien todo ha sido hecho²... Tal es el Símbolo de Nicea, que la Iglesia os invita a cantar con ella, cada domingo, para dar público testimonio de vuestra fe.

Pero esto no basta. No basta que sepamos lo que era al principio, es decir, antes de todo principio, en las profundidades de la eternidad; preciso es conocer también lo que fué hecho en el tiempo. Los mismos nos lo dirán:

El evangelista san Juan: Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; y nosotros vimos su gloria, la gloria del Hijo único de Dios, lleno de gracia y de verdad³.

El apóstol san Pablo: Teniendo la misma forma de Dios, esto es, siendo de la misma naturaleza de Dios, igual a Dios, y sin usurpar nada que no le fuese propio, y llamándose tal, se aniquiló hasta el punto de tomar la forma de esclavo, en todas las cosas semejante a los hombres, y siendo él mismo verdadero hombre⁴.

La Iglesia: Por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, descendió de los cielos, y se encarnó en el

1. HEB., I, 3.
2. *Símbolo de Nicea*.
3. Ut supra.
4. PHILIP., 2, 7.

seno de la Bienaventurada Virgen María, por obra del Espíritu Santo, y quedó hecho hombre¹.

He ahí, pues, la verdad, toda la verdad: La verdadera madre en el tiempo de Aquel que es antes de todo tiempo, y Dios de toda eternidad, es María, María, que lo llevó en su seno, que lo alimentó con su carne y lo formó con su sangre. Una tradición venerable que data de los orígenes del Cristianismo, fielmente transmitida a las edades siguientes, nos enseña que el cuerpo de Nuestro Señor era admirable en su estructura y en sus proporciones, que sobre todo su rostro resplandecía una gracia, una belleza incomparable, que arrobaba a todos cuantos podían verlo y contemplarlo². Es permitido creer que, en parte por lo menos, bajo la impresión de este sentimiento, cierto día, una muchedumbre llegada de lejos, exclamase: Queremos ver a Jesús: *Volumus Jesum videre*³. Pero lo que no debemos omitir es que, con relación a la misma tradición, físicamente se parecía Jesús a María; los mismos rasgos, la misma mirada, la misma sonrisa, el mismo color, el mismo tinte de los cabellos; en una palabra, Jesús era en todas las cosas la más perfecta imagen de su divina e inmaculada Madre: *Persimilis denique per omnia fuit divinae et immaculatae suae Genitricis*⁴.

Sí, oh Jesús, eres el hijo de María, el fruto bendito de sus entrañas. En el curso de una vida ya larga quizás, lo hemos dicho un millón de veces, y lo diremos en adelante con una fe más viva y más ilustrada. Decirlo, y sobre todo comprenderlo como san Bernardo, sería una verdadera dicha. Escuchémosle:

1. Ut supra.
2. In facie ejus quidam fulgor divinae gratiae relucebat qui animos intuentium attraherat (LUDOLFO DE CHARTREUX).
3. JOANN., XII, 24.
4. NICEPH. AP. CORNEL. A LAR. in Cant., c. IV.

El día en que el viejo patriarca Isaac percibió el buen olor de los vestidos de su hijo Jacob, lo bendijo diciéndole: El buen olor que sale de mi hijo es como un campo lleno de frutos, al cual el Señor dió su bendición: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni cui benedixit Dominus*. Pero de Jesús, fruto bendito de las entrañas de María, se exhala un aroma más penetrante y suave: *Benedictus Jesus in odore*!

Cuando el Real Profeta cantaba: Gustad y ved cuán suave es el Señor; o bien: ¡Oh Dios mío, qué abundancia de dulzura tenéis en reserva para todos los que os temen: *Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine, quam abscondisti timentibus te*, ¿tenía él, podía tener a la vista otro objeto que Jesús, fruto formado y maduro en el seno de María, fruto sabroso que cuanto más se gusta, más se quiere gustar: *Benedictus Jesus in sapore*?

El fruto fatal cogido por Eva en el paraíso terrenal, era hermoso a la vista según el texto sagrado, *aspectu delectabilis*; pero era una belleza engañadora, ya que contenía la muerte y la daba. El fruto bendito que nos ofrece María, es incomparablemente más hermoso; es un fruto de vida: *Benedictus in specie*!

Este contraste entre Eva y María, entre Eva cogiendo el fruto de la muerte, y María ofreciéndonos el fruto de la vida, no se oscureció a los antiguos Padres. Hay placer y provecho en oírlos.

Fué preciso, dice Tertuliano, que lo que condujo a la perdición por Eva, condujese a la salvación por una hija de Eva: *Ut quod per ejusdem sexum abierat in perditionem, per eundem sexum religeretur in salutem*². San Ireneo, obispo de León, expresa el mismo pensa-

1. Super Missus est. HOMIL. 3, n. 6.
2. De carn.

miento casi en los mismos términos: El género humano perdido por una mujer, debía ser salvado por una mujer: *Quemadmodum morti adstrictum est per virginem genus humanum, salvetur per virginem*¹.

Con san Agustín, el pensamiento cobra todavía relieve por la manera como el gran Doctor lo expresa. Por una mujer la muerte, por una mujer la vida; por Eva la ruina, por María la salvación: *Per feminam mors, per feminam vita, per Evam interitus, per Mariam salus*².

Citemos una vez más a san Bernardo; no es inferior a los precedentes: Cayó el hombre por una mujer, y por una mujer deberá levantarse: *Vir cecidit per feminam iam non erigitur nisi per feminam*³.

A estos textos de maestros, añadamos el verso siguiente de uno de nuestros antiguos poetas⁴:

El sexo que cerró, abrió de nuevo el cielo.

Sí, oh María, ahora lo vemos con visión más clara que nunca: Eres bendita. La mujer bendita entre todas las mujeres, eres tú: *Benedicta tu in mulieribus*!

Sí, oh María, Jesús, el hijo nacido de ti, es el más hermoso, el más sabroso, el más vivificante de todos los frutos; es por excelencia el fruto bendito: *Et benedictus fructus ventris tui, Jesus*.

Ese fruto hermoso a la vista, sólo lo vemos actualmente bajo el velo de la fe, y como en una especie de semidia; ese fruto sabroso, vivificante, lo gustamos merced a la palabra, y mejor aún, por la santa comunión; pero siempre sin verlo.

1. Cont Haeres.
2. De Symb. ad catech.
3. Super Missus est. Homil. 2.
4. El poeta Rotrou.

Mas lo que basta en rigor para el tiempo del destierro, no podría bastar para después. ¡Oh María, cuando se haya deslizado ese tiempo, el tiempo de las realidades veladas; en el momento en que pongamos el pie en el umbral de las Celestiales Moradas, cuando vuestros ojos estén más ávidos que nunca y nuestros corazones más ávidos aún que nuestros ojos, muéstranos a ese Jesús, fruto bendito de tu seno... sí, oh clementísima, oh dulcísima, oh misericordiosísima madre, muéstranoslo: *Et Jesum, fructum benedictum ventris tui, posthoc exilium ostende, o elemens, o pia, o dulcis, virgo Maria...*

LA SALUTACION ANGELICA

SERMON SEXTO

La invocación

Santa María

Jure autem sancta Dei Ecclesia hinc gratiarum actioni preces etiam et implorationem sanctissimae Dei matris adiunxit qua pie ac suppliciter ad eam confugeremus, ut nobis peccatoribus sua intercessione conciliaret Deum, bonaque tum ad hanc, tum ad aeternam vitam necessaria impetraret.
Ciech. Rom.

Lo dijimos ya desde la primera instrucción, y es útil, si no necesario, repetirlo en ésta: Hay en la Salutación Angélica dos partes bien distintas: la Alabanza y la Invocación.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús... Esta es la alabanza.

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... Esta es la invocación, toda la invocación.

Pero ¿por qué invocamos a María? En otros términos: ¿Cuáles son nuestros motivos de confianza en

María? Esta instrucción y las siguientes nos lo dirán, Dios nos ayude con su gracia.

En primer lugar, María es santa, *sancta*. Hasta qué punto y en qué medida lo es, lo dirán los Doctores.

San Anselmo: La santidad de María es la santidad enteramente pura, sin mezcla alguna de imperfección, superando en mucho la de toda otra criatura: *Pura sanctitas, omnem omnis creaturae sanctitatem transcendens*¹.

El gran teólogo Suárez: Todos los santos ceden el paso a María, no sólo cada uno de ellos en particular, sino todos juntos: *Nemo excipitur sive virgo beata cum singulis, sive cum omnibus sanctis comparetur*².

San Juan Crisóstomo, aun diciéndolo mejor, no dice más. Recorre el universo entero, comprendido el mundo angélico; busca quien podría compararse a María en el orden de la santidad; inútil investigación, pesquisa vana: no encuentra a nadie, ni entre los Apóstoles, ni entre los Mártires, ni entre los Serafines: *Ergo enim rerum universitate quae hac majus et sublimius inveniri? Quid enim illa sanctius? Non Apostoli, non Martyres, non Seraphini*³.

María es, pues, santa, *sancta*. Jamás calificativo alguno se añadió con más justicia a un sujeto. Lo es en el grado absolutamente superior al que una criatura puede alcanzar. Dejemos que la liturgia griega diga el nombre propio: Es la todo santa: *Panagia*.

Es decir que, desde este momento, tenemos, un primer motivo de confianza en María. Cuanto más santo es uno, más se acerca a Dios, más crédito se tiene cerca de él, más libres son las entradas en su Real Morada. Los

1. De excel. Virg., c. ix.

2. Disput. 18.

3. Brev. Rom., die 12 sept.

grados de acceso a Dios se muestran por los grados de Santidad de aquél que intercede. Leamos, puesto que el asunto lo permite, y quizás mejor aún lo exige, aquella página de la Epístola a los Hebreos, en la cual se pone particularmente de relieve el poder de intercesión de Nuestro Señor Jesucristo ¿Qué era el sacerdocio de Aarón sino una figura palidísima de otro sacerdocio mil veces más excelente? ¿Qué podía hacer por la salvación de los pecadores, sus hermanos, el sumo sacerdote de la antigua Ley, pecador él también, que tenía que expiar por sí mismo sus pecados, y, a ese efecto, entraba en el Santo de los Santos llevando en la mano una copa enteramente llena de sangre humeante todavía de las víctimas degolladas?... Por eso, dice el gran Apóstol, sólo Jesucristo es el Pontífice como lo necesitábamos: Santo, inocente, sin mancha alguna, segregado de los pecadores, y sublimado hasta los cielos: *Talis enim decebat ut noster esset Pontifex, sanctus, innocens, im pollutus, segregatus a peccatoribus et excelsior caelis factus*¹. En otros términos: Sólo Jesucristo es el Pontífice que, no teniendo personalmente nada que saldar con la justicia divina, y estando además dotado de una santidad infinita, saca de esta misma santidad tal crédito cerca de Dios, su Padre, que estas súplicas son siempre escuchadas.

Ahora bien, y guardada toda proporción, lo mismo ocurre con María. Porque es santa, es poderosa cerca de Dios; porque es más santa que ningún otro santo, es más poderosa cerca de Dios que el más santo de todos ellos; porque es más santa que la totalidad de los santos, es más poderosa cerca de Dios que todos los santos juntos; finalmente, porque es la enteramente santa, *panagia*, es todopoderosa cerca de Dios. Y cier-

1. *Heb.*, VII, 26.

tamente, no se os ocurrirá poner en duda la legitimidad de estas deducciones, ni siquiera os acometerá semejante idea, si os tomáis el trabajo de recordar lo que los grandes Doctores dijeron sobre este punto y la magnificencia con que lo dijeron. Dijeron que María es una suplicante todopoderosa, *omnipotentia supplex*; que siendo el Hijo todopoderoso, la Madre fué hecha todopoderosa por el Hijo, *ab omnipotente filio omnipotens mater facta est*; que, como Jesucristo mismo, se acerca ella al trono de Dios, como soberana, con una oración todopoderosa en la boca, haciendo interpelaciones, y, si puedo hablar así, intimaciones, a la divina justicia, *odstat beatissima Virgo vultui Conditoris prece potentissima, semper interpellans pro nobis*¹.

Pero ya he dicho que hay que hacer reservas, y me apresuro a hacerlas.

No pongamos, pues, a Jesús y a María en la misma línea; entre uno y otra la distancia es infinita. Lo que Jesús es, lo es por naturaleza, por su propio fondo; lo que María es, lo es por gracia, y por la comunicación que le ha sido hecha. Jesús es la fuente, María el canal que le ha sido hecha. Jesús es la llama san Bernardo. conductor, el *Aqueducto*, como la llama san Bernardo. A Jesús, nuestra confianza le dice en términos absolutos: Ten piedad de nosotros; a María, le dirigimos esta invocación de segundo orden: Ruega por nosotros. Más breve: Jesús es el mediador, y María la mediadora; Jesús el único mediador de redención, y María la más poderosa de las mediadoras de intercesión. El primero era necesario; no hay salvación en ningún otro, y, en rigor, bastaba, dice san Bernardo: *sufficere quidem poterat Christus*, puesto que en suma, todo auxilio nos

1. Todos los textos citados según san Ligorio en su obra *Se. vta.*, inst. II.

viene de él, y en cantidad suficiente, *siguidem et nunc omnis sufficientia nostra ex eo est*. ¿Quiere esto decir que el otro carezca de utilidad? El mismo san Bernardo no lo pensaba así, sino que continúa: Habiendo concurrido los dos sexos a perder al mundo, ¿era demasiado que concurriesen los dos a salvarlo: *Nomme congruum ut adesset nostrae reparationi serus uterque?* No nos era necesario un mediador secundario, más accesible, que nos facilitase la entrada cerca del mediador esencial, menos accesible: *Nomme opus mediatore apud mediatorem?* Sólo la idea de acercaros al Padre, os hacía temblar; al sólo sonido de su voz, o también, nada más que al ruido de sus pasos, sin verle aún, correíais a ocultaros en el fondo del bosque: *Ad Patrem verberis accedere, solo auditu territus, ad folia fugebas*. Para alentaros, hizo de Jesús el Padre un mediador entre vosotros y él: *Iesum tibi dedi mediatorem*. Pero, si bien menor, no ha desaparecido del todo vuestro espanto; este mediador es lo que vosotros sois, hombre como vosotros, pero también es lo que no sois vosotros: aun convirtiéndose en hombre, continúa siendo Dios, y su majestad, aunque temperada y como tamizada por el velo de la carne, no deja de espantaros todavía: *Sed forsitan et in ipso maiestatem vereare dicimus, quod, licet factus sit homo, manserit tamen Deus*.

Pues bien, he ahí un intermediario complaciente para acercarse a ese mediador todavía temido: es María: *Advocatum habere vis et ad ipsum? ad Mariam recurrere*. En ella no hay más que humanidad enteramente pura; es una hija de nuestra raza, una oveja de nuestro rebaño: *Para siguidem humanitas in Maria*. En ella no hay nada que cause espanto, nada austero; todo es suave, todo dulce como la leche de una oveja, o como la miel de un panal de abejas: *Nihil austerum in ea, nihil*

*terribile, tota suavis est, omnibus offerens luc et mel*¹.

Pero basta ya de razonamientos. Queda formada nuestra convicción. ¡Oh María, santa, santísima, la más santa, y, ello no obstante, próxima, muy próxima, la más próxima a Jesús, y, por Jesús, al Padre, ruega por nosotros: *Sancta Maria, ora pro nobis*.

Esta verdad, a la hora presente tan bien demostrada, a saber, que cuanto más santo es uno, más fácil acceso tiene a Dios, la comprendía perfectamente el pueblo antiguo, aunque menos iluminado que nosotros por las luces de la fe.

En los días de su ruda cautividad, y en vísperas del exterminio proyectado de toda la nación, Israel, por boca de Mardoqueo, decía a Ester una de las más hermosas figuras proféticas de María—*Et tu, invoca Dominum, et loquere regi pro nobis*²: Y tú invoca al Señor, y después de haber rogado a Dios, habla por nosotros al rey de la tierra.

Mas todavía hay en la larga historia del pueblo de Dios una página quizás más palpitante, un drama más movido.

Un ejército innumerable de asirios invade las tierras de Israel. Betulia queda sitiada, y rodeada muy pronto por los enemigos de una circunvalación cada día más estrecha. Los convoyes de víveres quedan interceptados, cegadas las fuentes, cubiertos los pozos, cortados los acueductos. Unos pocos días más y los infelices sitiados perecerán de hambre y de sed. Pero queda todavía un recurso. También esta vez vendrá la salvación de una mujer. Ozías y los ancianos del pueblo se acercan a Judit, famosa en toda la nación por su piedad y su virtud: *Errat haec in omnibus famosissima, quoniam time-*

1. *Brev. Rom.* in fest. B. M. sub titul. Auxil. Christian.
2. *ESTH.* xv, 3.

ORACIÓN - 29

bat Dominum vulde. y le dicen: En el extremo cruel a que nos vemos reducidos, ruega por nosotros, pues eres una santa mujer: *Nunc ora pro nobis, quoniam mulier sancta es...* Conocida es la continuación de esta notable historia. Y cuando, después de haber orado y obrado, Judit volvió a Betulia libertada, llevando en la mano el trofeo de su victoria, Joaquín, el sumo sacerdote, y la tribu sacerdotal, Ozías y los ancianos, y todo el pueblo, en fin, salieron a su encuentro, y le dijeron: Eres la gloria de Jerusalén la alegría de Israel, el honor de tu pueblo. *Benedixerunt ea omnes una voce dicentes: Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri!*

¡Oh María, son los tiempos presentes mejores que los pasados? Numerosos enemigos, tanto visibles como invisibles, nos rodean por todas partes. El espacio se reduce de día en día al alma cristiana para vivir y respirar. Las aguas vivas de la gracia se disminuyen en su curso. Los pequeños piden el pan que necesita su alma bautizada, y se aleja a los que podrían dárselo. Como la tribu sacerdotal no se recluta ya sino con trabajo, entrevé días aún más malos. La cabeza es herida, y todos los miembros padecen... ¡Oh María, tú la verdadera Judit, tú la bendita, tú la enteramente santa entre las mujeres, ruega por nosotros: *Nunc ergo, ora pro nobis, quoniam mulier sancta es...*

1. JUDITH, VII, 29.

LA SALVACION ANGELICA

SERMON SEPTIMO

La invocación

Madre de Dios

Tenemos ya un primer motivo de confianza en María. María es santa, santísima, más santa que cualquier otro santo, y aun que todos los santos juntos, para repetir las palabras de la Liturgia griega, la enteramente santa, *Panagia*. De aquí deducimos, y no podemos dejar de deducir, que María es poderosa, muy poderosa, todopoderosa cerca de Dios. A los santos solamente, se les concede acercarse a Dios, la santidad misma; y si el divino Mediador, Jesucristo, tiene, según la frase de san Pablo, un poder de intercesión tal, que puede siempre salvar a los que recurren a Dios por su mediación¹, es porque es el Pontífice tal como lo necesitábamos, santo inocente, sin mancha alguna¹, enteramente en su oficio de intercesor, sin tener personalmente nada que ventilar con la divina justicia.

Pero no es esto todo. Un segundo motivo de confianza se añade al primero: María es madre de Dios, *Mater Dei*. Esto es lo que nos proponemos explicar. Dios nos ayude con su gracia.

1. HEB., VII, 25.

Volviendo a tomar la idea que acabamos de expresar, porque, en efecto, exige algún desenvolvimiento, diremos que, no solamente María es santa, y tiene, por ello mismo, fácil acceso a Dios, sino que es madre de Dios, en el sentido más absoluto de la palabra, su verdadera madre. El misterio es infinito en grandeza, convengo en ello, pero el modo, si no para entenderlo, por lo menos para explicarlo, ¿no es sencillísimo?

Veamos: tu madre no sacó tu alma de su alma; las almas las ha creado Dios solo, y ningún otro; mas, por cuando tu alma, creada por Dios, fué unida a un cuerpo que una mujer formó de su carne y de su sangre, y por que de esta unión, la más estrecha posible, resultó una persona humana, única, aunque compuesta de dos realidades substanciales, síguese que esta mujer es realmente, verdaderamente, en toda la acepción de la palabra, tu madre. Del mismo modo, María no sacó el alma humana de Jesús de la suya propia, ni tampoco la divinidad de Jesús, por la cual él no hace más que uno con el Padre, fueron unidas hipostáticamente, es decir, en que es una parte del compuesto humano, y esta divinidad, por la cual el Hijo de Dios es consustancial con el Padre, fueran unidas hipostáticamente, es decir, en unidad de persona, a un cuerpo que María concibió en su seno, y esto en el instante estrictamente primero de esta concepción, síguese que María es también verdadera y propiamente madre de una persona divina, como nuestras madres lo son de una persona humana. Uno ha nacido de una mujer; luego esta mujer es su madre; Jesús, Dios y hombre a la vez, en unidad de persona, nació de María, *Maria, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*¹; luego María es madre de esta persona divina, que es Dios y hombre a la vez.

1. MATTE., I, 16.

No diremos, pues, qué gloria, este punto ya lo hemos tratado, y no hay que repetirlo, sino qué aumento de crédito resulta para María, como mediadora de intercesión, de la elevada categoría que ocupa en su calidad de Madre de Dios.

María es Madre de Dios, su verdadera Madre; ¿puede ser otra cosa que todopoderosa cerca de él? Los Doctores que han escrito sobre esta materia páginas conmovedoras, llenas de entusiasmo, ¿rebasaron la medida? ¿No será más exacto decir que se quedaron muy atrás?

Dijeron que las oraciones de María menos son súplicas que órdenes, y que es imposible que no sean escuchadas: *Oratio Deiparae habet rationem imperii, unde impossibile est eam non exaudiri*¹.

Dijeron que para mostrar su gratitud a María por haberle comunicado la naturaleza humana el Hijo de Dios le concede todo lo que pide, y que, al hacerlo así, antes es una deuda que paga que una gracia que concede: *Filius, quasi exsolvens debitum, petitiones matris implet*².

Dijeron que, aun para los pecadores más manchados, obtiene María gracias únicas de perdón, porque es una madre quien las pide, y porque, a este fin, hace valer los derechos de que muy legítimamente goza: *Tu autem materna in Jesum auctoritate pollens, etiam tuas qui enormiter peccant, eximiam remissionis gratiam concillas*³.

Dijeron que, realmente, los santos también interceden, pero a la manera de ministros en la corte de los reyes, es decir, con reserva y medida, en tanto que Ma-

1. Ap. S. LIGOURI, *Setec.* In t. II.

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*

ría, como propia Madre que es del Soberano, y compartiendo con él todos los derechos que la soberanía confiere, lo hace como madre y como reina: *Perge Maria, perge secura in bonis Filii tui, fiducialiter age tanquam regina mater Dei*¹.

Dijeron que, si Jesucristo es el más apto que pueda darse para interceder por nosotros ante el Padre, porque la elevada dignidad de Hijo de Dios de que está revestido, las atribuciones que a ella van unidas, y, si puedo hablar así, su gran situación, hace que sea seguramente escuchado, María es también sin igual como mediadora cerca de Jesús, su divino Hijo, su poder es soberano, y su intervención surte infaliblemente efecto, cuando le ruega en nombre de aquella carne en la cual echó él raíces durante nueve meses, de aquella sangre que ella le proporcionó de su propia substancia, de aquellas entrañas que lo llevaron, y de aquel pecho que lo amamantó: *Nec dubius dixerim, exaudietur Maria pro reverentia sua. Exaudiet utique matrem Filius et exaudiet Filium Paternus*².

Y si añadimos, como tenemos el deber de hacerlo, que María es también nuestra madre, porque, rescatados con la sangre de Jesús sus hermanos por adopción, sus coherederos y copartícipes, sus miembros injertados en él, no podemos dejar de tener por Madre según el espíritu a Aquella que es la Madre de Jesús según la carne, ¡qué nueva vista se abre ante nosotros! ¡cuántos motivos, hasta aquí en la sombra, de una confianza ilimitada!

San Anselmo lo dirá: *O beata fiducia! O tutum refugium! ¡Oh dichosa confianza! ¡Oh el más seguro de los refugios! ¡Cómo! ¿La madre de Dios es mi madre!*

1. ABR. GUERUC. inter op. S. Bern.
2. S. BERN. ap. *Brev. Rom.* in die 24 maii.

*mater Dei mater mea. ¡Quién en adelante podrá turbarme en mi esperanza, y lanzar mi alma a la duda, teniendo un hermano tan bueno, una madre tan tierna, y ambos anhelando mi salvación: Qua certitudine debemus sperare, quoniam salus nostra de boni fratris et pie matris pendet imperio!*¹

San Buenaventura lo dirá: ¡Oh alma mía, por pecadora que seas, por poca confianza que tengas en tus méritos, alégrate, porque el examen de tu causa, el resultado de tu juicio, la sentencia que se dé, todo depende de Jesús, que es hermano tuyo, y de María, que es tu madre: *Dic anima mea: exultabo et letabor, quia quidquid de me iudicatur, pendet ex sententia fratris et matris mee*².

Otro verdadero maestro en ciencias divinas, san Francisco de Sales lo dirá: No suprimamos nada de esta cita: no tenemos el derecho, ni vosotros ni yo, de calificarla de demasiado larga:

Dios te salve, dulcísima Virgen María, Madre de Dios; eres mi madre y mi señora; por ello te suplico que me aceptes por hijo y siervo tuyo, porque no quiero tener otra madre y señora que tú. Te ruego, pues, mi buena, graciosísima y dulcísima madre, que me consueles en todas mis angustias y tribulaciones, tanto espirituales como corporales. Acuérdate, dulcísima Virgen, que eres mi madre y que yo soy tu hijo, que eres poderosísima, y yo un pobre hombre ruin y débil. Por tanto, te suplico, dulcísima madre, que me gobiernes y defendas en todas mis empresas y en todos mis actos. Porque ¡ay! soy un pobre necesitado y portoso que tiene gran necesidad de tu protección. Ea, pues, santísima Virgen, dulce madre mía, preserva y libra mi

1. In deprec. ad V. M.
2. In spec. B. M. V.

cuerpo y mi alma de todos los males y peligros, y te ruego que me hagas participante de tu santa humildad, excelente pureza y ferviente cariño.

No me digas, Virgen graciosa, que no puedes, pues tu Hijo amadísimo te ha dado todo poder en la tierra y en el cielo. No me digas tampoco que no debes, porque eres la madre común de todos los humanos, y singularmente la mía. Si no pudieras, te excusaría diciendo: Verdad es que es mi madre, y me quiere como hijo, pero la pobreza carece de ley y de poder. Si no fueras mi madre, con razón tendría paciencia: diciendo: Es suficientemente rica para asistirme, pero ¡ay! no siendo mi madre, no me ama. Así, pues, santísima Virgen, siendo como eres mi madre, y siendo como eres poderosa, ¿cómo excusarte, si no me consuelas, y me prestas asistencia y auxilio? Mira, madre mía, que estás obligada a concedérmelo y a acceder a todas mis peticiones. Seas exaltada en los cielos y en la tierra, gloriosa Virgen y santísima madre mía María, y, en gloria y honor de tu Hijo, acéptame por hijo tuyo, sin atender a mis miserias y pecados; libra a mi alma y a mi cuerpo de todo mal, y dame todas tus virtudes, sobre todo la humildad. Concédeme todos tus dones, bienes y gracias que plazcan a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amen¹.

Sí, así sea, *amen*. Después de la hermosa cita que acabamos de hacer, nada más queremos decir. Mas si algo añadiéramos, sería para expresar el deseo de que, así como el *Memorial* de san Bernardo se encuentra en todas partes, así también la admirable oración que acabáis de oír, de san Francisco de Sales, se hallase también en todas partes, en todos los manuales, en

1. Citado según Mons. PAVY, obispo de Argel, en su opúsculo: *Del culto de la Santísima Virgen*.

todos los libros de piedad para uso de los fieles, y entrase definitivamente en las costumbres de la vida cristiana¹.

1. El *Memorial* de san Bernardo tomó en el siglo XVII, mucha extensión y no ha hecho más que aumentar desde aquella época. Un santo sacerdote, Claudio Bernard, llamado el *pobre sacerdote*, concibió la idea de ser su propagador, y, por decirlo así, un apóstol. Lo hizo traducir a todas las lenguas y pasó su vida distribuyendo ejemplares en las Iglesias, en las calles y plazas públicas, y aun en las prisiones (ROHRBACHER, *Hist. de la Igl., lib. LXXXVII*).

LA SALUTACION EVANGELICA

SERMON OCTAVO

La invocación

Ruega por nosotros los pecadores

María es santa, santísima, la enteramente santa; por tanto, siempre favorablemente escuchada por Dios, santidad por excelencia; primer motivo de nuestra confianza en María.

María es madre de Dios, su verdadera madre, en el sentido rigurosamente exacto que hemos explicado; por consiguiente, no puede dejar de ser poderosísima cerca de Dios; segundo motivo de nuestra confianza en María.

¿Hay un tercero? Sí, si somos pecadores; si siendo pecadores, somos miserables; si siendo pecadores y miserables, lo confesamos. ¡Ah, cuán interesante es esta tesis! Sólo el enunciado de ella que acabo de hacer atrae vuestra atención: y si Dios nos concede la gracia de demostrarla, la cuestión quedará resuelta; habremos encontrado un tercer motivo de confianza en María.

En primer lugar, somos pecadores. ¿Habrá necesidad de demostrarlo largamente? ¿Quién no lo ve? ¿Quién no sabe, por haberlo experimentado muchas veces, los los tristes desfallecimientos de nuestra naturaleza de-

caída, siempre desviada, siempre inclinada al mal? ¿Quién no ha pecado, con el espíritu, con el corazón, con la imaginación, con los ojos, con la lengua, con las manos, con los pies, con esta o con la otra potencia del alma, con uno u otro de los sentidos del cuerpo? He ahí el hecho; es seguro, la historia de cada día está llena de él, la del género humano tomado en conjunto reposa de él: todos somos pecadores, aunque en grados diferentes; todos lo somos en infinitud de cosas: *In multis offendimus omnes*¹. La frase del apóstol Santiago es tan verdadera como concisa.

En segundo lugar, siendo pecadores, somos miserables, la demostración será un poco más larga, pero no más difícil.

Somos miserables, porque, de amigos de Dios que éramos, perdemos también la belleza del alma, esa belleza interior que no es otra cosa que el más puro reflejo de la gracia misma².

Somos miserable, porque, de amigos de Dios que éramos, nos hemos convertido en enemigos suyos y en objeto de legítima aversión, por lo que quedamos despojados de nuestros títulos de adopción divina, y de todos nuestros derechos a la preferencia celestial.

Somos miserables, porque, al rechazar el yugo de Dios, el más paternal y suave de todos los yugos, caemos bajo el yugo odioso del demonio. El que comete el pecado, esclavo es del pecado: *qui facit peccatum, servus est peccati*³; y cuando ese estado de pecado se convierte en estado habitual del alma, se forma como una red de estrechas mallas, de donde es imposible

1. *Jac.*, III, 2.
2. *Splendor quidam et lux quae animas pulchiores reddit.*
3. *Cat. Rom.*
3. *JOANN.*, VIII, 34.

salir. ¡Ah, cuán infeliz era yo! exclama san Agustín, cuando funestos lazos lo encadenaban al mal; y se lamenta de que, no el hierro, sino su voluntad, más dura de romper que el hierro, lo tenga así cautivo¹.

Somos miserables, porque, en el estado de pecado, y durante el tiempo que en él permanecemos, somos estériles, impotentes en el orden de la salvación, incapaces de hacer nada útil en este orden, nada meritorio para el cielo. ¿Os asombráis? Vuestro asombro durará poco. Para producir algo viviente, es preciso que uno sea vivo. La muerte engendra la muerte. Ahora bien, en el estado de pecado, el alma está, propiamente hablando, en un estado de muerte; en esa rama cortada, que, no estando ya en comunicación de savia con la raíz, se convierte en sarmiento inútil destinado al fuego; tal es la frase de Jesús: El que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego, y arderá: *Si quis in me non manserit, mitetur foras sicut palmas, et ardet, et in ignem mittetur, et ardet*².

Pero estamos lejos de la Salvación Angélica, tal vez pensáis, y casi os atreveríais a decirlo. Desengañaos, estamos más que nunca dentro del asunto.

Somos pecadores, sí, sin duda alguna; pecadores, y, por tanto, miserables; sí, también es esto verdad, lo somos. Pero escuchad: lo reconocemos: en vez de cubrirnos con el manto del orgullo farisaico, lo confesamos: *Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus*: Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores. ¿Qué digo? Lo confesamos con superabundante humildad.

1. *Suspirabam, ligatus non ferro alieno, sed mea ferrea voluntate*. Confess. lib. VIII, v.
2. JOANN., XV, 6.

Esto quiere decir, en otros términos, que esta confesión es la que hace nuestra fuerza. ¿No lo comprendéis así? El que es miserable, verdaderamente miserable, despierta la conmiseración, excita la piedad. Un pobre se presenta ante vosotros, os pide limosna; si tenéis buen corazón, le dais de lo superfluo, y aun de lo necesario; en caso de necesidad, os quitaríais el pan de la boca para ponerlo en sus manos. La palabra *pobre* no significa solamente *que implora la misericordia*, sino que *la merece*. Cada día decimos: ¡pobre niño! ¡pobre viejo! ¡pobre enfermo! ¡pobre ciego! ¡pobre paralítico! ¡pobre viuda! ¡pobre madre! Nadie se engaña acerca del sentido de esta palabra. Es como si se dijera: ¡cuánto os compadezco! ¡cuán digna de compasión es vuestra suerte! ¡si pudiera socoreros, aligerar vuestros sufrimientos, endulzar vuestras penas!

¿Veis como estamos enteramente dentro del asunto? ¿Veis como el tercer motivo de nuestra confianza en María, se deduce muy bien de lo que acabamos de decir? ¡Cómo! Somos pecadores, somos miserables, lo confesamos humildemente, y María, la enteramente misericordiosa, la enteramente buena, hasta el punto de que, después de Dios, nadie es mejor, ¿María nos rechazaría, nos arrojaría lejos de su paso, lejos de sus miradas? No, esto no es posible, esto no puede ser, esto no puede concebirse, ni siquiera como la más lejána suposición.

En esta materia, hay que decir de María, guardada la debida proporción, lo que decimos de Dios. Dios odia al pecado con odio perfecto; esto es de justicia; nada tan contrario como el pecado a las perfecciones de Dios, principalmente a su infinita santidad. Entre Dios, soberano bien, y el pecado, soberano mal, el abismo no puede salvarse. Estaba reservado a nuestro per-

verso siglo intentar unir a Cristo con Belial!... Pero si Dios odia al pecado, ama al pecador. Esto se ve en las Escrituras centenares y millares de veces. La frase de san Agustín es magnífica, y diría ella la última palabra, si en semejante misterio pudiera pronunciarse la última palabra: El hombre cayó y Dios descendió; el hombre cayó miserablemente, y Dios descendió misericordiosamente para levantarlo: *Homo cecidit, sed Deus descendit: cecidit homo miserabiliter, descendit Deus misericorditer*².

Aunque a distancia, María entra en este orden. Como Dios, odia también al pecado, que dió muerte a su carísimo hijo Jesús. Pero también ama al pecador, y quisiera salvarlo; si no se salva no es por culpa de ella; por mucho que descienda el pecador, por manchado que esté, por cargado de crímenes que se presente, aunque sea asesino de su hermano, como Caín, traidor a su Dios como Judas, si recurre a María, si se arroja a los pies de su trono, si le dice con sinceridad y confianza: *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores...* garantiza que obtendrá una gracia de conversión, por intercesión de la muy buena y muy misericordiosa Virgen.

Me será permitido, para terminar, servirme de una parábola del Evangelio, que ha encontrado ya puesto en otra serie de nuestras instrucciones.

¿Quién es el rey que, disponiéndose a hacer la guerra a un rey vecino, no reflexiona, antes de entrar en campaña, si puede, con diez mil hombres solamente, marchar contra su adversario, que viene sobre él con

1. Victor Huco. Digamos nosotros como san Pablo: *Quae autem conventio Christi ad Belial?* (I Cor., VI. 15).
2. *Brev. Rom.*, in vigil. Epiph., Lect. 5.

veinte mil? Por lo contrario, mientras éste está lejos, envía una embajada para concertar la paz¹.

¿Lo habéis entendido? Estos dos reyes son Dios y el hombre. El hombre, rey de la tierra, rey de categoría inferior, por consiguiente, vasallo, hace la guerra, con frecuencia, ¡ay! a Dios, su Señor soberano, rey del cielo, y señor de los señores. Pero, como en la parábola, y más aún que en la parábola, las fuerzas son desiguales. ¿Qué importa que tengamos, o que creamos tener diez mil pretextos que poner en línea de batalla, para justificarnos de nuestras rebeliones, si Dios tiene en contra nuestra, veinte mil buenas razones para vencernos, para reducirnos, con una derrota completa, a la imposibilidad de guerrear en adelante contra él? ¿Qué hacer, pues? La respuesta es sencilla: obrar como en la parábola. El que no es más fuerte, supla con la habilidad su falta de fuerza. Cuando su adversario está aún lejos, *adhuc illo longe agente*, no espere vencerlo en la lucha, sino que, en la seguridad de ser vencido, entable negociaciones de paz, y encargue a su embajador que sienta los preliminares: *legationem mittens rogat ea quae pacis sunt...* Y aunque el texto evangélico calla sobre la marcha y el resultado de las negociaciones, no es dudoso que la paz pedida quedó concertada en condiciones aceptables, y aun ventajosas.

¿Lo habéis entendido? Somos desgraciados, más ingratos que impotentes, y entramos en guerra con Dios. Cada uno de nuestros innumerables pecados es una provocación. ¿Qué esperamos? ¿Pensamos que triunfaremos? Sería locura por nuestra parte. Nuestras malas tropas no podrían sostenerse un momento frente a las de Dios, que son excelentes.

1. Luc., XIV.

Así, pues, depongamos las armas, pidamos la paz, busquemos a quien nos la pueda conseguir. No busquemos mucho. Acerquémonos a María; ella tiene títulos que hará valer; es *persona grata*; sus demandas son siempre bien acogidas; nuestra causa no podría estar en mejores manos. Lleguémonos a María, y digámosle con no menos humildad que confianza: *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores.*

1. En su Encíclica sobre el Rosario, de 1894 León XIII aplica a la santísima Virgen este Cántico de los Cánticos: *Sonet vox tua in auribus meis, vox enim tua dulcis, cap. II, v. 14.* Dios es quien habla y dice a María: Resuene tu voz en mis oídos, porque tu voz me es dulce...

LA SALUTACION ANGELICA

SERMON NOVENO

La invocación

Ruega... ahora y en la hora de nuestra muerte

La prueba queda hecha: considerada, no sólo como alabanza, sino también como invocación y llamamiento de auxilio, la Salutación Angélica es la oración incomparable, verdaderamente sin igual, la que deja muy atrás toda otra oración, por buena que sea, si exceptuamos únicamente la Oración Dominical.

Ahora que estamos en posesión de un instrumento cuya excelencia queda demostrada, no tardemos en servirnos de él. ¡Oh María, ruega por nosotros!

Ruega por nosotros, tú, la elegida, la predestinada, la bendita entre todas las criaturas, tú, a quien la santidad sin igual de que estás adornada hace tan fácil el acceso a Dios.

Ruega por nosotros, tú, madre de Jesús, y a la vez madre de los hombres, madre de Jesús según la carne, y madre de los hombres, hermanos de Jesús, según el espíritu. Como madre de Jesús, ¿no eres todopoderosa? Y como madre nuestra, ¿dejarías de ser enteramente buena?

Ruega por nosotros los pecadores que así lo confesamos.
ORACIÓN - 30

mos, y, por tanto, somos tan dignos de piedad. Siendo lo que eres, esto es, reina de misericordia, pareceme que el más miserable de los hombres será el que tenga algún derecho a ser el primero de tus súbditos.

Ruega por nosotros ahora, *nunc...* es decir, siempre!; porque, si al presente no somos pecadores, podemos serlo, y caer a cada instante de las alturas en que la divina Redención nos ha colocado. Cristianos e hijos de Dios por el bautismo, a pesar de este hermoso título, somos pecables. Aun después de la Comunión Eucarística, recibida tantas veces como hayamos querido y nos hayamos considerado dignos de recibirla, nos inclinamos al mal; el *fomes peccati* permanece y permanecerá hasta el último aliento. ¡Oh debilidad humana! ¡Oh funesta consecuencia de la caída original!

Ruega por nosotros ahora, *nunc...* es decir, hoy mismo, en la hora actual. Los enemigos están en todas partes, a derecha y a izquierda, *a dextris et a sinistris*, afuera y adentro, *foras et intus*; los hay visibles, son los hombres de carne y hueso; los hay invisibles, son los espíritus malignos de que está poblado el aire². ¿Son menos temibles que numerosos? A decir verdad, ¿jamás hubo lucha más encarnizada, ni asalto más general, ni táctica más sabia, ni ingenios de guerra mejor dirigidos contra la Iglesia, sus enseñanzas, sus leyes, sus instituciones. ¿Quiere esto decir, que nos mostremos abatidos? ¿Nos tentará el desaliento? ¿No poseemos una fortaleza inexpugnable? El Dios todopoderoso y misericordioso, ¿no proporcionó, para defensa del pueblo cristiano, un auxilio perpetuo en la biena-

1. La antigua ciudad de Montpellier se ufana en llevar en sus armas a María con el Niño Jesús y esta divisa:
Virgo } Mater natum ora;
Ut nos juvet omni hora.

2. *Cor.*, VI, VII.

venturada Virgen María: *Omnipotens et misericors Deus, qui ad defensionem populi christiani in Beatissima Virgine Maria perpetuum auxilium constituisti?* ¿No leemos cada año en la sagrada Liturgia, esta antífona tan querida, no sólo como acción de gracias por lo pasado, sino también como feliz presagio para lo por venir: ¡Oh santa Madre de Dios, a ti clamamos y por ti nos ha venido el auxilio: *Ad te, sancta Dei Genitrix, clamavimus, et per te venit auxilium nobis*! La historia de nuestra futura liberación ¿no está escrita de antemano en este otro hermoso texto sacado de la misma fuente: Siendo María nuestra esperanza, nos hemos refugiado en ella para que nos librase, y todo ha salido según nuestra petición: *Ecce Maria erat spes nostra, ad quam confugimus, ut liberaret nos, et venit in adiutorium nobis*?

Ruega por nosotros ahora, *nunc*, es decir, no solamente por toda la Iglesia, por modo general, sino por cada fracción de la Iglesia, por cada grado de la jerarquía sagrada, por cada parroquia, por cada pastor, por cada familia cristiana, por cada uno de sus miembros. En cuanto a mí, me atrevo a añadir que tengo gran necesidad de vuestra asistencia, yo, que me inclino al mal por todos mis sentidos internos y externos; yo, que no tengo ni el amor de mí Dios, ni el amor de mis hermanos en grado suficiente; yo, invadido por la tristeza, fatigado por la práctica de la virtud, vacilante en mi fe y flojo en la confianza. ¡Qué más! Me siento en ese estado de alma tan bien descrito por tu devoto siervo, san Bernardo: ¡Oh tú que traqueteado por el flujo y el reflujo de la vida, navegas en medio de tormentas, antes de caminar por tierra firme, mira la

1. *Brev. Rom. Off.* B. V. sub. tit. Auxil.

2. *Ibid.*

estrella, invoca a María. Si se levanta el viento de la tentación, si te ves abocado a los escollos de la tribulación, si las olas del orgullo, de la detracción o de la envidia se amontonan, si la cólera o la voluptuosidad sacuden tu navío, si la vista de tus innumerables pecados te cubren de confusión, si estás a punto de descender al abismo de la tristeza o de sumergirte en el abismo de la desesperación, piensa en María, invoca a María. En los peligros, *in periculis*, en las angustias *in angustis*, en las perplejidades del espíritu, *in rebus dubiis*, piensa en María, invoca a María: *Mariam cogite, Mariam invoca!*... ¿Vióse nunca más dulce invitación, más saludable consejo? Es ya renacer a la vida el empezar a usar semejante remedio.

Pero ¡oh María! la hora presente no es la única temible y llena de peligros. Cuando hayamos recorrido más o menos trecho en este valle de lágrimas; cuando nuestra existencia haya sido, por decirlo así, desmentada año por año, mes por mes, semana por semana, día por día, hora por hora, llegará una última hora, hora temible, hora decisiva, hora en la cual se nos esparará gota a gota la vida, en la cual pasará la figura de este mundo, despojados, al fin, de sus engañadores artificios.

¡Oh día terrible! ¡oh último día! Y en ese último día ¡la última hora!

Veo que los más grandes santos tiemblan a su proximidad; y veo que un san Hilario, envejecido en las austeridades de la penitencia, exclama: Alma mía, ¿por qué tiemblos? Hace setenta y cinco años que sirves a Cristo; ¿y tienes miedo de la muerte?

Oigo que la Sagrada Escritura nos dice, en una de

1. Super *Missus est*. HONTL. 2.
2. *Brev. Rom.*, in fest. S. HUARO.

sus páginas más interesantes, muy propia para recordarla aquí, que el demonio nunca se muestra tan recordador, tan emprendedor, tan audaz en rodear las almas y arrastrarlas a su negro imperio, como cuando apremia el tiempo, y no puede dilatar la ejecución de sus designios homicidas: *Descendit diabolus ad vos, habens iram magnam, quia modicum tempus habet!*.

Y la Iglesia, ¿qué es lo que cree? ¿qué profesa sobre esta materia?

Enseñame ella, con la autoridad doctrinal infalible que le pertenece, que ningún hombre, así fuese un san Pablo, no sabe ni puede saber a ciencia cierta, a menos de una revelación especial, si está o no en gracia de Dios?

Enseñame ella, como verdad de fe definida, que la gracia divina, aun cuando la tenga uno ciertamente, puede perderla, hasta el último instante de la existencia; que la perseverancia final no es debida a nadie, ni en consideración a los méritos pasados, ni en virtud de las promesas divinas. Hay que pedirle suplicando, *suppliciter*, dice san Agustín; debemos esperarla, no es imposible que la merezcamos, *con mérito de conveniencia*. Pero no es cosa debida; es una gracia, un puro don³.

Finalmente, debe tener por cierto, como lo atestigua el Evangelio, que primeramente al salir de la vida, y por segunda vez al final de los siglos, todos los hombres deberemos comparecer ante el tribunal de Dios: tribunal terrible, juicio severo y en todo rigor de justicia, sentencia irrevocable y sin apelación. Se dirá a los unos: Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino

1. Apoc., xii, 12.
2. Concil. Trid. sess. vi.
3. *Ibid.*

que os está preparado desde el principio del mundo; y a los otros; Id, malditos, al fuego eterno reservado al demonio y a los ángeles rebeldes¹.

Pero entonces y puesto que esto es así, y no debo pensar que pueda ser de otra manera, sin dejar de ser creyente, ¿quién vendrá en mi ayuda en aquel momento supremo en que el impío se imagina locamente que todo acaba, cuando en realidad todo empieza? ¿Quién, pues, calmará mis legítimos temores? ¿Quién recibirá mi alma a la hora de la partida? ¿Quién la defenderá ante el soberano Juez, en presencia del cual, como canta la Liturgia, *el justo mismo tendrá trabajo en creerse seguro?* ¿Quién?... María, abogada de los pobres pecadores; María, madre de la divina gracia, inclinando siempre a la misericordia y al perdón; María particularmente auxiliadora de los moribundos, que difunde la paz en el alma, y aun a veces los asiste en persona. A juzgar por yo no sé qué sonrisa, y por sus miradas como iluminadas de nuevas claridades, hay moribundos, que ven a la santísima Virgen con los ojos de la carne. San Jerónimo no dudaba de ello cuando, escribiendo a la hija de santa Paula, le decía que, no solamente María auxilia a los moribundos, sino que sale a su encuentro, como para tomarlos de la mano: *morientibus Beata Virgo non tantum succurrit, sed etiam occurrat*².

¡Oh María, como se ha hecho con otros siervos tuyos, hágase también conmigo!

Te rogamos para ahora, para el instante presente, *nunc...* pero también para después, para la hora misma de nuestra muerte, *in hora mortis nostrae*. Te conjuramos que, en esa hora última, a nuestro llamamiento

1. MATTH., XXV.
2. Ad. EUSTOCH. Epist. 2.

tantas veces renovado en el curso de la vida, vengas a asistirnos, a consolar nuestras penas, a disipar nuestros temores, a recibir a nuestra pobre alma, enteramente consternada al entrar en un mundo tan nuevo para ella, y a llevarla con tus dulces manos hasta los pies del Todopoderoso. He aquí nuestra oración más humilde y confiada: María, madre de gracia, madre de dulzura y de clemencia, protégenos contra nuestros enemigos, y recíbenos en la hora de la muerte:

María, mater gratiae,
Dulcis parens clementiae,
Tu nos ab hoste protege,
Et mortis hora suscipe¹.

1. Off. par v. B. M. V.

en él; tan ancho y profundo es el depósito que la mano del Altísimo le abrió.

Así es, *Amen*. Sí, oh María, el Señor es contigo. ¿Por su esencia y su inmensidad? Es infinitamente muy poco. ¿Por su providencia general que abarca a todos los seres? También es muy poco. ¿Por una asistencia especial tal como, en el curso de las edades, fueron favorecidos ciertos personajes? Es siempre muy poco. ¿Por la gracia santificante que es, según expresión de san Pablo, una especie de participación de la naturaleza divina? Sí, ciertamente, con abundancia y superabundancia, en un grado superior y supereminente, en una medida cuya prodigiosa capacidad nadie es capaz de calcular. Pero todavía no es esto decir lo suficiente. El Señor está con María; hay que volver al pensamiento de san Buenaventura: como el sol es con la aurora que le precede, como la flor es con el tallo del cual salió y lasostiene, María es la madre del Hijo de Dios hecho hombre, *O Altísimo!*

Así es, *Amen*. Sí, oh María, eres bendita; más aún, para hacer resaltar la fuerza del sagrado texto: Eres la bendita, la bendita por excelencia, sin término de comparación. ¿Añadiré que no solamente eres la bendita entre las mujeres: amada, honrada, más que por cualquier otro, por las mujeres... las cuales, preciso es que no lo olviden nunca, fueron benditas en María, que no lo olviden nunca, sacadas por consideración a ennoblecidas en María, sacadas por consideración a María, del estado de abnegación y de oprobio en que tantos siglos de paganismo las habían arrojado desde el día en que dijo el Evangelio que había sido escogida una mujer para madre del Redentor, para madre del Hijo de Dios, y, por tanto, elevada a la más alta cumbre tantos siglos de paganismo las habían arrojado. Desde el día en que pudo leerse en el Símbolo formado por

LA SALVACIÓN ANGÉLICA

SERMON DECIMO

Conclusión

Así sea

Tal es la última palabra de la admirable oración, la Salutación Angélica, de la cual nos hemos impuesto el deber de explicar parte por parte, miembro de frase por miembro de frase, casi palabra por palabra.

Conocemos ya las diversas significaciones de esta palabra: cualquiera que sea el sujeto a que se apliquen, no cambian: Esto es así, es la primera; así sea, es la segunda, y al punto, como cuando se trata de la Oración Dominical veis el vasto campo que se abre ante vosotros.

Así es, *Amen*. Sí, oh María, te saludamos con no menos respeto que amor; pronunciamos con delicia vuestro nombre, de todos los nombres, excepto el de Jesús, el más dulce, el más tierno, la alegría de los ángeles, el terror de los demonios, nuestra esperanza, nuestro recurso, nuestro consuelo.

Así es, *Amen*. Sí, oh María, eres la purísima, la incomparable, la única, la enteramente hermosa, la completamente santa, la toda llena de gracia, como el océano está enteramente lleno de agua, sin que se desborde jamás, a pesar de que todos los ríos van a desembocar

los Apóstoles. Creado en Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fué concebido por el Espíritu Santo, y nació de santa María Virgen... desde aquel día la mujer quedó rehabilitada; no fué ya posible honrar a María y despreciar a su sexo; como la flor nace del árbol, y el fruto de la flor, la reintegración de la mujer debía salir y salió, en efecto, del gran misterio de un Dios hecho hombre, y nacido de una mujer¹.

Así es, *Amen*. Sí, oh María; Jesús, fruto de tus entrañas, esto es, Jesús verdadero Dios y verdadero hombre, verdadero Dios de toda eternidad y verdadero hombre en el tiempo, tan verdadero Dios como verdadero hombre, tan verdadero hijo de María como verdadero hijo de Dios; Jesús, fruto de tus entrañas, es bendito; bendito de antemano por los Patriarcas y los Profetas de la antigua Ley; bendito por cada generación cristiana; bendito en la tierra por los hombres, viajeros aún, y en el cielo por los ángeles, y los santos, llegados al término; bendito en todas partes y por todos, ahora y por los siglos de los siglos, siempre

1. *At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum factum ex muliere* Gal., IV, 4.—Hoy todavía, allí donde no ha penetrado la civilización, y allí de donde ha sido expulsada, la mujer y el niño son objeto de la más repulsiva brutalidad, o del más injurioso desprecio, como en las peores épocas del paganismo. Parécenos que era ayer, tan presente a todos los espíritus ha quedado su recuerdo, que París, Londres, Bruselas, la Europa entera se estremecían al relato de las abominaciones de que es espantoso teatro el centro de África. Se compran (las mujeres y los niños) las mujeres para desordenes sin nombre, los niños para los golpes.—En ciertos lugares del centro africano, se venden varias mujeres por una cabra, y un niño por un paquete de sal.—Un mestizo que siente la necesidad de divertirse, mata un niño entre los brazos de la madre que lo amamanta, etc. (Extracto de las conferencias del cardenal Lavigerie sobre la esclavitud africana).

bendito: *Benedictus fructus ventris tui, Jesus...* ¡Es menos bendecidor que bendito? Si nace, vive, habla, obra, muere, resucita, desciende del cielo y vuelve a él, es por nosotros los hombres y nuestra salvación. Si, como dice Bossuet, con la autoridad que acompaña a su gran nombre, para Dios, bendecir, es darse¹, ¿quién fué, es y será más bendecidor que Jesús?

Pero el asunto no está agotado. No sólo la palabra *Amen* recapitula la alabanza, toda la alabanza, sino que resume también la invocación, toda la invocación.

Los motivos de confianza en María han sido ya sólidamente sentados por nosotros, por lo que estarán grabados en vuestros corazones.

Tenemos confianza en María:

Porque es santa, muy santa, más santa que ninguna otra, la enteramente santa, *panagia*; y porque, con este cualidad, tiene fácil acceso, y, si me atrevo a decirlo, entrada libre cerca de Dios.

Porque es madre de Dios, *mater Dei*, su verdadera madre según la carne, y porque, siendo también madre nuestra según el espíritu, por poco que hiciéramos callar todos los ruidos que vienen de fuera, oíríamos quizás aún los ecos del suave san Francisco de Sales diciéndonos a María, con toda su sencillez, que, no faltándole ni el tener ni el poder, sería inexcusable que se negara a acceder a nuestras legítimas peticiones.

Porque, en fin, somos pecadores, y siendo pecadores somos miserables, y, haciendo con humildad y confianza esta doble confesión, nuestro triste estado de pecadores miserables, propio, a primera vista, para rechazarlos del corazón de María, es quizás lo que más nos acerca a él.

Dicho esto, y era útil decirlo, por lo menos recor-

1. Elev., XVIII ser., 7.ª elev.

darlo, ved reaparecer la palabra *Amen*, pero esta vez en su segunda significación.

¡Oh María, tú, la santa por excelencia, la muy acreditada cerca de Dios, ruega por nosotros... Sí, así sea,

Amen!

¡Oh María, tú, la madre de Dios y nuestra madre, es decir, todopoderosa para poder auxiliarnos, y enteramente buena para querer hacerlo, ruega por nosotros... Sí, así sea, *Amen!*

¡Oh María, siendo nosotros lo que somos y tú lo que eres, nosotros miserables pecadores, y tú la madre misericordiosísima, ruega por nosotros ahora, hoy, en la hora presente... Sí, así sea, *Amen!*

¡Oh María, santa madre de Dios, y madre nuestra misericordiosísima, tú, que eres y serás siempre nuestra mejor abogada ante el soberano Juez, ruega por nosotros, pobres pecadores ahora, y en la hora de nuestra muerte, en aquella hora decisiva de nuestra eternidad... Sí, así sea, *Amen!*

Pero, ya lo sabemos, oh María, ruega por *nosotros*, no por *mi*; por *nosotros* los *pecadores*, y no por *mi pecador*; ahora y en la hora de *nuestra* muerte, no ahora y en la hora de *mi* muerte. Todo en plural, nada en singular. No dejemos perder nada, ni siquiera una parcela de la hermosa enseñanza que nos ofrece la *Sacramental* Angélica: *Partícula boni dati non te praeterat*.

Así como no se recita un solo *Padrenuestro* sin que las cosas que en él pedimos, el pan de cada día, el perdón de los pecados, la resistencia a las tentaciones, la preservación del mal, no los pidamos para los otros; y así como de los centenares de miles de misas que se dicen cada día, ni una sola se dice que no sirva y no aproveche a los vivos, a todos los vivos, y a los muer-

I. *Eccl.*, XIV, 14.

tos, a todos los muertos que puedan aprovecharse de ellas, y, finalmente, al mundo entero; así también, cuando vosotros y yo decimos el *Dios te salve, María*, no lo decimos por nosotros solos personalmente, sino por todos nuestros hermanos, por nuestras familias y por cada uno de sus miembros, por nuestra parroquia, por nuestra nación, por todos los justos, por todos los pecadores, por todos los afligidos, por todos los que padecen, por las ochenta mil personas poco más o menos que mueren cada día en la superficie del globo.

Es un hecho del orden físico que la planta que se reproduce en el sitio en que muere, va a reproducirse también y a renacer lejos, a veces aun en otro continente, porque uno de sus granos, arrastrado por el viento, merced a la ligera envoltura que la protege, encontró nuevo cielo propicio y otra tierra fértil que le sirve de cuna.

Pues bien, el mundo sobrenatural contiene igualmente maravillas, no menos admirables que las del mundo físico. Siendo una verdad el dogma de la Comunión de los Santos, ¿quién puede impedirme creer o mejor dicho, no tengo toda la razón para creer que la oración que hago, si la hago bien, el *Ave María* que digo, si la digo bien, aprovecharán, no solamente a mí, que la hago y la digo, sino también a cualquiera de mis hermanos y le atraerán una gracia de consuelo o una gracia de conversión, o una gracia de fuerza si la tentación le obsesiona, o la gracia de una buena muerte, si agoniza, aunque esté algunos centenares o millares de leguas lejos de mí?

Así, pues, oh María, clementísima reina, dulcísima madre, después de Jesús, el más seguro de los refugios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

SERMON SUPLEMENTARIO

El Santo Rosario

Est Rosarium certa precani formula, qua quindecim angelicarum salutationum decades, oratione dominica interjecta, distinguimus, et ad earum singulas totidem nostrae Reparationis mysteria pia meditatione recolimus.
Brev. Rom. in Com. prim. Oct.

Antes de cerrar definitivamente nuestro curso de Instrucciones parroquiales sobre la Oración, tenemos el deber, así lo creemos, de hablaros del Santo Rosario, que se relaciona con ella por varios lazos estrechísimos. Vamos a hacerlo, y quiera la divina gracia inspirarnos para hablar de él de tal suerte, que, conociendo mejor esta santa práctica, y apreciando, como es debido, sus numerosas ventajas, lo introduzcáis en adelante en vuestras cotidianas prácticas de vida cristiana.

Si no fuera tan impropia la comparación, empezaríamos diciendo que, en esta oración del Rosario hay que distinguir la *materia* y la *forma*, como en los Sacramentos. La materia es la recitación, quince veces repetida, de diez *Ave María*, empezando cada una de estas décadas por la Oración Dominical, y terminando por la doxología sencilla: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. La forma, o el alma que anima a ese cuerpo, es el Evangelio mismo, dividido también en quince partes, las cuales representan otros tantos misterios sagrados, y expresan las tres grandes fases de

la Obra de nuestra Redención: la Alegría, el Dolor y la Gloria. Así, recitad ciento cincuenta veces la Salutación Angélica, distribuid estas recitaciones en series de diez, comprendiendo en cada una de ellas la Oración Dominical y la doxología; unid al propio tiempo, por medio de piadosas consideraciones y afectos, a estas diversas series los misterios gozosos y gloriosos, según la categoría que ocupan en el cielo evangélico y habréis dicho el Rosario.

A principios del siglo XIII encontramos el origen del Rosario en su forma actual. Nadie ignora las aflicciones que causó a la santa Iglesia de Dios, en aquellos remotos tiempos, la herejía de los albigenes. Aquellos descendientes de los maniqueos habían inundado al meridía de Francia y el norte de España con sus perniciosos errores. Perturbadores y facciosos tanto como doctrinarios, sembraban la discordia en todas partes. La paz pública no tenía peores enemigos. Contra aquella plaga, suscitó Dios en su misericordia al ilustre fundador de la Orden religiosa que lleva su nombre, santo Domingo. Aquel héroe, tan grande por la pureza de su fe como por sus esplendorosas virtudes y sus trabajos apostólicos, animado del espíritu de lo alto concibió el proyecto de defender a la Iglesia sin el auxilio de la fuerza, con la sola ayuda del santo Rosario, instituido por él al efecto. Una especie de instinto providencial le había revelado que esta devoción como arma poderosa, triunfaría de los herejes, confundiría su audacia y sus sacrílegas empresas. El éxito justificó sus esperanzas. Tan pronto como esta devoción fué conocida y regularmente practicada según el método prescrito por él, el cual no ha cambiado desde entonces, la religión, la justicia, la unión de los corazones no tardaron en volver a florecer. Los descarriados vol-

vieron en número superior a cien mil al redil de la Iglesia, y los católicos, que no habían tomado al principio las armas más que como fin de legítima defensa, viéronse victoriosos a la vez de la impiedad y de la sedición¹.

Pero no bastaba que la devoción del Rosario naciera de una inspiración de Dios, del celo de un apóstol; era preciso que recibiese una especie de investidura, y obtuviese el derecho de ciudadanía en la glesia. Por eso hablaron y obraron los soberanos pontífices.

Hablaron: Adriano IV afirmó que cada día hace descender el Rosario abundancia de bienes celestiales sobre el pueblo cristiano; Sixto IV dijo que este modo de rezar procura gloria a Dios y a María, y es particularmente propio para alejar los peligros que amenazan al mundo; san Pío V añadió que, desde la introducción de esta fórmula de oración en la Iglesia, los fieles, alimentados por la meditación de los misterios sagrados, y santamente inflamados por la palabra de la Salutación Angélica se hacen prontamente hombres nuevos: Gregorio XIII agregó que el Rosario fué instituido por santo Domingo para aplacar la cólera divina e implorar la intercesión de la Bienaventurada Virgen María².

Obraron: El 7 de octubre de 1571, a la hora misma en que todas las Cofradías del Rosario, en Roma y en otras partes, celebraban procesiones y dirigen al cielo los más fervientes votos por el éxito de las armas cristianas, en aquel día, y a la misma hora, repito, el islamismo, hasta entonces vencedor y más amenazador que nunca, experimentó en las aguas de Lepanto una

1. *Brev. Rom.*, in off. S. Ros. Lect. 4. — *Enciclica de León XIII de 1.º sep. 1883*.

2. Todas estas citas están sacadas de la misma *Enciclica*.

derrota inmensa rayana en el prodigio¹, de tal modo que el último de los pontífices nombrados, Gregorio XIII, persuadido de que la victoria de los príncipes cristianos confederados, debía atribuirse a la intervención de María, ordenó, en prenda de gratitud, celebrar la fiesta del santo Rosario el primer domingo de Octubre, en todas las iglesias en que la Cofradía del mismo nombre estaba canónicamente erigida².

Ciento cincuenta años después, los turcos, en número de 200.000, sufrieron, junto a los muros de Belgrado, una nueva derrota, irremediable esta vez, y en las mismas condiciones, esto es, en el momento mismo en que en toda la catolicidad se recitaban las oraciones del Rosario. El papa Clemente XI hizo homenaje de este suceso, que superó todas las esperanzas, a Nuestra Señora del Rosario, y quiso que la fiesta, hasta entonces reservada a santuarios privilegiados, se extendiese a la Iglesia entera, y fuese celebrada con la solemnidad que le convenía: *Quamobrem, ut huius tam insignis beneficii, perennis semper extaret memoria, sanctissimam Rosarii festum, eadem die, eodemque ritu celebrandum ad universalem Ecclesiam extendit*³.

Pero llegaron días excionalmente malos; un enemigo más terrible que el islamismo está a nuestras puertas. ¿Es necesario rehacer por la centésima vez el cuadro de Europa, antes tan cristiana, y a peligro hoy de convertirse en pagana en la enseñanza, en las institucio-

1. En el espacio de cuatro horas, quedaron muertos 30,000 turcos y 10,000 fueron hechos prisioneros; perecieron allí también 34 principales capitanes y 120 jefes de galeras; recobraron la libertad 15,000 cristianos, y los confederados 190 navíos, y 80 fueron quemados o echados a pique. (GARY, t. VI, p. 7).

2. *Brev. Rom.* in offici. Ros. Lect. 5.

3. *Ibid.* t. 5.

nes y en las leyes¹. ¿Habrà que mostrar la piedad, la moralidad pública, la fe misma, bien supremo y principio de todas las virtudes, cada día amenazadas de los más grandes peligros?

¿Cuál será el remedio?

Hablad y obrad, santos y gloriosos pontífices, que Dios en sus designios de bondad misericordiosa, reservaba para nuestros tiempos de confusión y aberración universal.

Decid que fundáis en el Santo Rosario vuestras más caras esperanzas por el triunfo de la Iglesia².

Decid que invitáis a vuestros hijos fieles a combatir los males de la Iglesia y de la sociedad civil, no con la espada, sino con el Rosario, con la oración, con los buenos ejemplos de la vida³.

Decid que la necesidad de la asistencia divina es hoy no menos vivamente sentida que en la época de santo Domingo, por lo que excitáis con todas vuestras fuerzas a los cristianos a que se apliquen sin cansarse jamás, ya en público, ya en particular, ya en familia, al rezo del santo Rosario⁴.

Ordenad con vuestra autoridad soberana a que, durante el mes de Octubre, cada año, y mientras duren los males que nos afligen, se rece el santo Rosario en todas las iglesias parroquiales, y, si los obispos lo juzgan oportuno, en las otras iglesias y capillas dedicadas a María⁵.

Mandad a todos y a cada uno que es vuestra voluntad que, al final de la Letanía de la Santísima Virgen, se

1. *Encíclica de León XIII*, de 10 Sep. 1883.
2. Una alocución de Pío IX.
3. Una alocución de Pío IX.
4. *Encíclica de León XIII* de 10 Sep. 1883.
5. *Ibid.* y 20 Agos. 1884.

añada esta invocación, hasta entonces facultativa, y en adelante obligatoria: *Regina sanctissimi Rosarii, ora pro nobis*: Reina del santísimo Rosario, ruega por nosotros¹.

Decretad que la fiesta del santo Rosario, establecida en algunos lugares por Gregorio XIII, extendida a toda la Iglesia por Clemente XI, sea elevada a un rito litúrgico superior y no ceda en solemnidad más que a las principales fiestas del año².

Como hubieran dicho y hecho los antiguos papas, según las necesidades de su tiempo, así dijeron y obraron, en los tiempos actuales Pío IX y León XIII. ¡Qué cadena no interrumpida! ¡Qué espíritu de continuación! ¿Es posible no ver en la acción perseverante de los Vicarios de Jesucristo, en el curso de las edades, la voluntad de Dios de encaminarnos a él por María? Queda desde este momento trazado nuestro deber.

Convencidos como lo estamos a la hora presente que, de todas las oraciones dirigidas a María, la Salutación Angélica es la más excelente, como sumario de las alabanzas que le son debidas, no menos que de los motivos de nuestra confianza en su intercesión; sabiendo, por otra parte, ¿y cómo podríamos ignorarlo ya, después que el cielo se ha declarado de tantas maneras? que esta oración repetida un número determinado de veces, especialmente si la meditación de los sagrados misterios se añade a las sagradas fórmulas, es el mejor remedio para curar a la cristianidad de los males que la afligen, rezaremos el Breviario de María, el Salterio de María, el santísimo Rosario.

Lo rezaremos con la mayor devoción posible, para darle la mayor eficacia posible.

1. Decreto de 24 Diciembre 1884.
2. Decreto de 11 Sept. 1887.

Lo rezaremos sin ostentación, pero sin respeto humano, porque hoy tener un rosario en la mano, y sobre todo rezarlo, equivale a una profesión pública de fe.

Lo rezaremos, no solamente en particular, sino en familia, en público, en falanges compactas, y como dispuestas a un asalto supremo porque, en esto, como en todo lo demás, la unión hace la fuerza, y porque Dios jamás concede más amablemente sus beneficios, que cuando se usa de violencia para obtenerlos.

Lo rezaremos por nosotros mismos, por nuestro prójimo, por la santa Iglesia, por todas las Ordenes monásticas, por los pastores en todos los grados de la jerarquía, por la conversión de los pecadores, por la salvaguardia de tantos y tan diversos intereses, ya del orden religioso, ya del orden social.

Y lo rezaremos también por la vuelta a la verdadera fe de tantas almas descarriadas. ¡Ah cuánto me complace acabar con este pensamiento! ¡Cuánto me complace, por humilde predicador que sea, el último de la tribu sacerdotal, constituirme en eco de nuestro gran papa León XIII! Quizás por la vigésima vez eleva su voz para recomendar la devoción del santo Rosario, asignándole este año un nuevo objeto, un nuevo fin¹. Sí, responderemos a su llamamiento. Sí, oraremos por nuestros hermanos separados, de Oriente y de Occidente, cismáticos o herejes.

¡Oh María, nuestra reina, nuestra mediadora, la reparadora del mundo entero, la dispensadora de los dones de Dios, dirigid sobre ellos vuestros ojos llenos de misericordia!

¡Oh María, sed el lazo bendito, fuerte y suave a la

1. La Encíclica: *Adjuvancem populi christiani* de 5 sep. 1895.

vez, gracias al cual, todos los que aman a Cristo, de cualquier nación que sean, se convertirán en un pueblo único, en un pueblo de hermanos¹.

¡Oh María, acoged, escuchad la multitud de votos, de ardientes súplicas, que os dirige el pueblo cristiano; y como no hay más que un Dios, una fe, un bautismo, haced con vuestra poderosa intercesión que no haya en adelante más que un solo rebaño y un solo pastor.

1. Sacado de la misma Encíclica.

Tabla analítica de materias

PÁGS.

LA ORACION EN GENERAL

SERMON PRIMERO

La oración. Enlace de esta cuarta serie de instrucciones con las precedentes. — Noción verdadera de la oración. — La oración es una elevación del alma a Dios: primeramente, para adorarle — en segundo lugar, para alabarle — en tercer lugar, para darle gracias — en cuarto lugar, para pedirle gracias — en quinto lugar, para ofrecerle nuestras personas y nuestros bienes — ¿Quiere esto decir que todas estas cosas; adoración, alabanza, acción de gracias, petición y ofrenda deben entrar en toda oración? — No — se explica esto — digresión; el evangelio de los diez leprosos; de los diez que pidieron ser curados, y lo obtuvieron ingratos. — Esta historia no envejece; plegaría final ... 3

SERMON SEGUNDO

NECESIDAD DE LA ORACION

Necesidad de la oración — La oración necesaria con necesidad de precepto — Palabras de Jesucristo — ejemplos de Jesucristo, — otros textos de las Escrituras — La oración necesaria con necesidad de medio — Indispensable necesidad de la gracia para la salvación — La gracia necesaria para la salvación depende de la oración, de la promesa divina de concederla todo a la oración, se infiere que nada concede sino a la oración — Plegaría final ... 12

SERMON TERCERO

OBJECIONES Y RESPUESTAS

Objeciones y respuestas—Se sacan las objeciones contra la oración: primeramente, de la omniscencia divina. Se dice: puesto que Dios conoce todas nuestras necesidades aun antes de que se las expongamos, ¿no es inútil orarle? — En segundo lugar, de la munificencia divina. Se dice: ¿no es Dios el más liberal de todos los seres? ¿no consiste precisamente la liberalidad en que se conceda los beneficios sin que se pidan? — En tercer lugar, de la inmutabilidad de Dios en sus designios. Se dice: Dios es inmutable; ¿a qué, pues, pedirle que tome disposiciones diferentes de las que tomó desde la eternidad? — Se responde a todas estas objeciones siguiendo paso a paso la doctrina de Santo Tomás ...

20

SERMON CUARTO

EFICACIA DE LA ORACIÓN

Eficacia de la oración. Se prueba con textos — con hechos — textos y hechos sacados de la Escritura — Eficacia de la oración demostrada; preséntanse dos cuestiones. Primera: ¿de dónde saca su eficacia la oración? — de la bondad de Dios — de las promesas de Jesucristo — de los méritos de Jesucristo — Segunda: ¿en qué es eficaz la oración; en otros términos, qué efectos son propiamente los suyos? — La oración todo lo puede en cualquier orden que sea. — Se atiende uno especialmente aquí a los efectos espirituales. — Exhortación a la oración

29

SERMON QUINTO

TODAVÍA LA EFICACIA DE LA ORACIÓN

Todavía la eficacia de la oración. La oración es eficaz; ya lo hemos demostrado; es una verdad adquirida — Pero ¿por qué muchas de nuestras oraciones no son escuchadas según queríamos que lo fuesen? — El Catecismo Romano da de ello tres razones. Primera: que Dios no nos concede lo que le pedimos, porque quiere darnos más y mejor de lo que le pedimos — Ejemplos: san Pablo — las dos hermanas Marta y María — Mónica, madre de Agustín — Segunda: que

pedimos cosas que no nos son necesarias—ni siquiera útiles—o nos serían funestas, si Dios nos las concediera— Tercera: que oramos mal, no sólo en cuanto al objeto, sino también en cuanto a la forma — Conclusiones — Se saca la última conclusión de unas palabras admirables de un fraile franciscano del siglo XIII, Jacopone de Todí

40

SERMON SEXTO

FACILIDADES DE LA ORACIÓN

Facilidades de la oración — Se sacan de la noción de la oración y de su necesidad — De su noción: la oración conversación, plática del alma con Dios, *sermocinatio* — Ejemplos: Abraham — Moisés — David — Hermoso texto de san Juan Crisóstomo — De su necesidad: de ordinario, si no siempre, cuanto más necesaria a la salvación, es una cosa, más fácil que la hace Dios — El Bautismo es una prueba de ello — Aplicación de este principio al asunto presente — Facilidad de lugar — facilidad de tiempo — facilidad de actitud. — ¿Es necesario orar largo tiempo? No — ¿sabianmente? — menos todavía — A pesar de ello, ¡no se ora! — Conclusión práctica.

51

SERMON SEPTIMO

LA ORACIÓN MENTAL, VOCAL, PÚBLICA

La oración mental, vocal, pública. Hermoso texto del Catecismo Romano como introducción a este asunto. — ¿Qué es la oración mental? — Ejemplos — ¿Qué es la oración vocal? — Ejemplos — ¿Qué es la oración pública? — Ejemplos — ¿En qué condiciones es pública? — La oración mental es necesaria — Farseismo en la oración — La oración vocal es necesaria, o por lo menos, muy útil — por tres razones sacadas de santo Tomás — La oración pública es necesaria — se da la razón de ello — se explican las condiciones — Conclusiones prácticas — Las oraciones largas — juiciosa reflexión de santo Tomás sobre este punto — Uso de los formularios, o colecciones de oraciones ya hechas — ¿Qué hay que pensar de ellos — Plegaría final

61

SERMON OCTAVO

LA ORACIÓN EN COMÚN EN LA FAMILIA

La oración en común en la familia — No es de precepto sino de consejo — Es recomendada por todos los catolicismos diocesanos — por todas las pastorales que tienen por objeto la oración — Trozo de una de ellas. — Ventajas de la oración común en la familia. — Ventaja general — Ventajas particulares. — Primera ventaja particular: una vista más clara y como siempre presente de las verdades de la fe. — Segunda ventaja particular: más fiel cumplimiento de los deberes domésticos — Tercera ventaja particular: más fiel cumplimiento de los deberes religiosos — Bien que obtendría, toda la sociedad de la oración en común en la familia, si se generalizara esta práctica. León XIII y la Asociación de la Sagrada Familia — Conclusión.

73

SERMON NOVENO

LA ORACIÓN JACULATORIA

La oración jaculatoria. Nocion exacta de la oración jaculatoria — Uso de la oración jaculatoria: uso autorizado por las Escrituras — por la Liturgia — por los grandes Doctores — San Agustín — San Francisco de Sales — Uso de la oración jaculatoria: uso muy fácil; se dan de ello tres razones — Uso de la oración jaculatoria: uso muy útil como medio de resistir las tentaciones — como medio de conversión y de salvación — La oración jaculatoria y el precepto evangélico de *orar siempre* — ¿Qué es orar siempre? — Se dan cuatro respuestas — Relacion de estas diversas respuestas con la oración jaculatoria — Conclusión práctica.

82

SERMON DECIMO

LA ORACIÓN CONTEMPLATIVA

La oración contemplativa, o la oración, o la meditación — Nos fijamos solamente en este último nombre — La meditación es un ejercicio religioso muy noble: la memoria, la inteligencia y la voluntad toman parte en él — Parte de la memoria — de la inteligencia — de la voluntad — La meditación es un ejercicio religioso muy útil: lo dicen las Escrituras, — los Padres lo

repiten — el ejemplo de los Santos lo confirma — la razón misma proporciona su parte de demostración — La meditación es un ejercicio religioso, más fácil de lo que ordinariamente se cree: las razones que se alegan para no hacerla, sacadas, ya del estado, ya del espíritu deficiente, ora de la falta de tiempo, ora de las distracciones, — tienen poco valor. — Conclusiones prácticas: ¿cuándo hay que meditar? — ¿cuánto tiempo hay que meditar? Diversas maneras de suplir la meditación 92

SERMON UNDECIMO

LA ORACIÓN INDULGENCIADA

La oración indulgenciada — Hermoso pasaje de un escritor autorizado como introducción a esta materia — se desatrollan y demuestran dos proposiciones — Primera: recitar oraciones indulgenciadas, en cuanto indulgenciadas, es orar con seguridad, por lo menos en cuanto al objeto — Segunda: recitar oraciones indulgenciadas en cuanto indulgenciadas, es orar útilmente — Utilidades provenientes de la recitación de oraciones indulgenciadas. — Primera utilidad: consiste en hacer un acto de fe en las enseñanzas de la Iglesia, en esta materia de indulgencias — Segunda utilidad: consiste en rendir homenaje a las satisfacciones infinitas de Jesucristo y a las satisfacciones superabundantes, de la santísima Virgen y de los Santos — Tercera utilidad: consiste en considerar al papa como un maestro verdadero y legítimo soberano en el orden de las cosas espirituales — Cuarta utilidad: consiste, por la aplicación, si se hace, de las indulgencias a las almas del purgatorio, en cumplir un acto de insigne caridad — y en virtud de sus promesas, convertir a Dios en deudor nuestro — Conclusiones prácticas 101

SERMON DUODECIMO

OBJETO DE LA ORACIÓN

Objeto de la oración. El relato evangélico de la petición de Salomé, madre de Santiago y de Juan, sirve de introducción a este asunto. ¿Cuál es, pues, el objeto de la oración? A esta pregunta se da una respuesta general — y cuatro particulares — es decir, que únicamente los

bienes, *bona*, son objeto legítimo de la oración — Siendo estos bienes de diversa naturaleza, ¿hay que pedirlos todos de la misma manera? Hermosa doctrina de santo Tomás — los unos deben ser pedidos absolutamente — enumeración — los otros condicionalmente — enumeración — Conclusión — Tres palabras sirven para sentar — el primero: *Quærit primum regnum Dei*, etc. — el segundo: *Quid prodest homini* etc. — el tercero: La oración colecta del tercer domingo después de Pentecostés. — Teología de esta primera colecta.

110

SERMON DECIMOTERCIO

PREPARACIÓN PARA LA ORACIÓN

Preparación para la oración. Hay que aportar a la oración primeramente, un espíritu recogido — Palabras de Nuestro Señor — La visión del profeta Elías — En segundo lugar un alma en gracias de Dios, o por lo menos exenta de adhesión al pecado — Textos de la Escritura para la primera parte de la proposición — para la segunda — Los hechos concuerdan con los textos — En tercer lugar, un corazón libre de toda enemistad con el prójimo — Textos y desenvolvimientos — En cuarto lugar, el apoyo de la voluntad: una intención recta — Orar con recta intención, *quid?* — Plegue a la divina gracia que la oración, bien preparada, no carezca tampoco de las otras cualidades que la hacen eficaz — Las instrucciones siguientes nos dirán cuáles deben ser estas cualidades

120

SERMON DECIMO CUARTO

CUALIDADES DE LA ORACIÓN, ORAR EN NOMBRE DE JESUCRISTO

Orar en nombre de Jesucristo — El deber, el por qué del deber — el cómo del cumplimiento del deber — El deber: hay que orar en nombre de Jesucristo: textos de las Escrituras — Práctica constante de la Iglesia — Su liturgia — El por qué del deber: hay que orar en nombre de Jesucristo, porque Jesucristo es el mediador único — universal — autorizado — El cómo del cumplimiento del deber: se dan cinco interpretaciones prácticas a estas palabras: *Orar en nombre de Jesucristo* — Plegaria final

129

SERMON DECIMO QUINTO

CUALIDADES DE LA ORACIÓN Y ORAR CON ATENCIÓN

Orar con atención — Las distracciones — ¿De qué provienen? ¿a dónde conducen? ¿de qué medios debemos valerlos para combatirlos? — ¿de qué provienen? De la debilidad de nuestra viciada naturaleza — de la disipación demasiada habitual del espíritu — de las pasiones diversas del corazón — de la acción incesante del demonio — ¿A dónde conducen? — Explicación de estas palabras del Eclesiástico: *Muscae morientes perdunt suavitatem unguenti* — La miel en la cera, es el panal de miel; los alvéolos de cera, vacíos de miel, no son más que un vulgar trozo de cera — aplicación al asunto de que se trata aquí de este pensamiento de Pedro de Blois — Esterilidad de la oración distraída — Culparidad de la oración distraída — De qué medios hay que valerse para combatir las distracciones — Varios textos de las Escrituras explicados los indican — Plegaria final

139

SERMON DECIMOSEXTO

CUALIDADES DE LA ORACIÓN, ORAR CON HUMILDAD

Cualidades de la oración, orar con humildad. — Método indicado por el Catecismo Romano para hacer este sermón, fácil de seguir — de los textos, dice, de los textos y de los hechos. — Los textos se toman del Eclesiástico — de Isaías — del libro de Judith — del libro de los Salmos — Los ejemplos: Abraham, padre de los creyentes — el Centurión del Evangelio — la Cananea — María Magdalena — la palabra del fariseo y del publicano — Ingenioso comentario de san Juan Crisóstomo — Para salir del cuadro, y pedir a la razón una ojeada: la necesidad de la humildad en la oración se saca de la noción misma de la oración — de nuestros intereses espirituales bien entendidos. Plegaria final

149

SERMON DECIMOSEPTIMO

CUALIDADES DE LA ORACIÓN, ORAR CON CONFIANZA

Orar con confianza, Autoridad de las Escrituras, textos evangélicos — hechos evangélicos — Autoridad de los

Doctores e intérpretes de las Escrituras — hermoso texto de san Bernardo — se demuestra por la razón misma, pero sumariamente, la necesidad de la confianza en la oración — Motivos de esta confianza; son números — los principales: 1.º Dios, su providencia — su poder — su bondad — su liberalidad 2.º Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, el Hombre-Dios — su misión de mediador, de intercesor — de pontífice — 3.º el Espíritu Santo — su acción predicha por el profeta Zacarías — descrita por san Pablo en la Epístola a los Romanos — Conclusión: una hermosa página de san Bernardo la proporciona ...

157

SERMON DECIMOCTAVO

CUALIDADES DE LA ORACIÓN, ORAR CON PERSEVERANCIA

Orar con perseverancia — Para afirmar esta cualidad de la oración, no faltan ni los textos, ni las parábolas, explicativas de los textos, ni los ejemplos, más demostrativos aún — Los textos: del libro del Eclesiástico, del libro de Judit, de las Epístolas de san Pablo — a los Tesalonicenses, a los Colosenses — Palabras más expresivas aún de Jesucristo — sus parábolas — Resumen de las parábolas en general — Parábola del *amigo importuno* — se explica — del juez *inícuo* — se explica — Ejemplos de oración perseverante: el patriarca Jacob — Moisés — La Cananea — Conclusión.

167

SERMON DECIMONONO

CUALIDADES DE LA ORACIÓN, LA ORACIÓN Y LAS OBRAS

La oración y las obras — dicen los santos Doctores, que las obras deben acompañar a la oración — san Agustín — san Juan Crisóstomo — otro texto de un antiguo intérprete de las Escrituras — ¿Qué obras? Las obras de religión — Se prueba de dos maneras — positivamente — negativamente — Las obras de penitencia — En las Escrituras, la oración y el ayuno están habitualmente asociados — Ana la profetisa — Los Apóstoles en el libro de los Hechos — En el Antiguo Testamento: Ester — Nehemías — Los habitantes de Betulia — los Macabeos — Reflexión relativa a los tiempos actuales — Las obras de caridad — ¿Cuáles? Las que Dios pide por boca de Isaías — las que

hace Tobías, y por las cuales le felicita el Angel — dos encíclicas de León XIII proporcionan una excelente conclusión: Primera: la Encíclica del santo Rosario (1891) — Segunda: la Encíclica a los ingleses (1895) — Terminan aquí los sermones sobre las cualidades de la oración ...

176

SERMON VIGESIMO

QUIÉN DEBE ORAR

Se anuncia el asunto de las siete últimas instrucciones sobre la oración en general — Primera instrucción de esta última serie: ¿Quién debe orar? — Se distinguen dos hombres, por su estado de alma con relación a Dios, en justos, pecadores, infieles — Se explican las palabras — ¿Quién debe orar? ¿Los justos? Ciertamente — ¿No son *personae gratiae* cerca de Dios? — Diferentes categorías de los justos — ¿Los pecadores no arrepentidos y aun obstinados? — ¿Sabemos hasta donde se extiende la divina misericordia? — ¿Los pecadores arrepentidos? Sin duda alguna — ¿aun los arrepentidos en pequeñas dosis? Sin duda alguna también — ¿Los infieles? Se explica de nuevo la palabra — ¿Los infieles, pues? — Se prescinde de los razonamientos para fijarse en los hechos — Dos bastarán, un hecho propiamente dicho: la conversión del centurión Cornelio — el documento: Encíclica de León XIII a los ingleses — Conclusiones ...

185

SERMON VIGESIMOPRIMERO

A QUIÉN DEBEMOS, A QUIÉN PODEMOS ORAR

A quién debemos, a quién podemos orar. — Es la segunda cuestión. Contiene dos partes — ¿A quién debemos orar? En derecho estricto y riguroso, únicamente a Dios — las Escrituras — la razón — la práctica de los mismos paganos — ¿A quién podemos orar? ¿Podemos orar a los ángeles? — ¿Podemos orar a los niños muertos después del bautismo? — ¿Podemos orar a las almas del purgatorio? — ¿Podemos orar a los justos que todavía viven? Se responde a todas estas preguntas por medio de las Escrituras — y de las doctrinas sacadas de buenas fuentes — El autor no ha hablado de la santísima Virgen — Es un

retraso, no un olvido. — Anuncia para dentro de poco una serie de instrucciones sobre este asunto ... 195

SERMON VIGESIMOSEGUNDO

FOR QUIÉN DEBEMOS ORAR

¿Por quién hay que orar? Es la tercera cuestión — Orar por los otros es un deber — un deber obligatorio para todos — Pero hay que especificar — Por quién hay que orar — Por los pastores — por todos los pastores — por el papa — por los obispos — por los sacerdotes y particularmente por los parroquiales — Hay que orar por príncipes — Sentido de esta palabra — La Sinagoga — la Iglesia — textos de san Pablo — el Tertuliano — Hay que orar por los justos — necesidad que tienen de ello — por los pecadores — ¿por qué pecadores? — por todos los pecadores. — Hay que orar por los enemigos — por los infieles — se toma esta palabra en el más amplio sentido — La obra de la propagación de la Fe — Hay que orar por los muertos; ya se ha dicho en otra parte — por los moribundos; se dice aquí — Plegaria final 206

SERMON VIGESIMO TERCERO

CUÁNDO DEBEMOS ORAR

¿Cuándo hay que orar? Sentido de esta frase: *hay que orar siempre* — Hay que orar a menudo, es decir, como lo especifican todos los catecismos: 1.º por la mañana, y por la noche — ¿Hay algo más justo? ¿Qué pecado es si se falta a esto? — Cristianos de antaño y cristianos de hoy — 2.º antes y después de las comidas — esta fue la práctica de todos los tiempos — y ya no lo es del presente — 3.º el domingo y los días de fiesta — se recuerda brevemente lo que se ha dicho en otra serie de instrucciones — 4.º en las tentaciones — ¿de qué provienen? ¿qué medios tenemos para resistirlas? — ¿qué han dicho sobre este punto los filósofos? — ¿los poetas? — ¿los herejes antiguos y los modernos? — ¿qué dice la Iglesia? — 5.º en las aflicciones — y en otras circunstancias — Plegaria final. 218

SERMON VIGESIMO CUARTO

EN DÓNDE HAY QUE ORAR

En dónde hay que orar. Esta cuestión ¿no equivale a esta otra: En dónde podemos orar? — Esta segunda cuestión está resuelta hace ya mucho tiempo: podemos orar en todas partes — La primera tiene un sentido preceptivo — Hay algunos lugares en los cuales no sólo se puede, sino que se debe orar — ¿Qué lugares son éstos? Las iglesias sacan su condición de casas de oración, lugares determinados de oración: 1.º de su bendición y consagración; 2.º de las cosas sagradas que hay en ellas, o se hace en ellas; y de los signos de santidad que en ellas vemos — 3.º del carácter que debe tomar la oración en ciertos días —Cuál es este carácter. La oración pública, que debe ser pública, necesita casas de oración pública. — Conclusión 227

SERMON VIGESIMOQUINTO

EN QUÉ ACTITUD DEBEMOS ORAR

En qué actitud hay que orar — Se distingue entre la oración pública y la privada — Si se trata de la oración pública, hay que conformarse con las reglas establecidas para la oración pública — Si se trata de la oración privada, particular, individual, no hay ley alguna que prescriba tal postura con preferencia a otra — un texto de san Agustín — ejemplos, sacados de las Escrituras, que autorizan diversas posturas orando — pero la oración de rodillas nos aparece como más usada — Los primeros cristianos oraban vueltos hacia el Oriente. — Pero nada de fariseísmo — Las posturas del cuerpo orando deben ser signos de la devoción interior — y de los medios para excitarla — De tal actitud para expresar los sentimientos del alma puede decirse lo mismo que de las palabras que expresan el pensamiento — De esta comparación se saca cuanto está en estado de dar — Conclusión: anhelos del predicador 236

SERMON VIGESIMO SEXTO

¿QUÉ FÓRMULAS DE ORACIÓN DEBEMOS EMPLEAR?

De qué fórmulas de oración debemos hacer uso. Se

ORACIÓN - 32

descartan las oraciones medianas — y aun se prescinde de las oraciones buenas, puesto que las hay muy buenas — ¿Cuáles son las muy buenas? — La Oración Dominical, o el *Pater*, ¿Por qué? — La Salutación Angélica, o el *Ave María* — ¿Por qué? — El Símbolo de los Apóstoles, o el *Credo*, ¿Por qué? — Las Letanías Mayores — ¿Por qué? — El Breviario, si el atractivo nos lleva a él. ¿Por qué? — Las oraciones de la Misa — y entre las oraciones de la Misa, la Colecta. ¿Por qué? — Exhortación a servir de las oraciones de la Iglesia — Plegaria final

246

LA ORACIÓN DOMINICAL

SERMON PRIMERO

LA ORACIÓN DOMINICAL

La Oración Dominical — su origen divino — sus otras cualidades: Es corta — Se dan hasta siete razones de esta brevedad — Es universal: abarca todo cuanto podemos legítimamente desear — Está magníficamente ordenada: no solamente está en ella todo, sino todo en su puesto: nuestro fin, y, para alcanzarlo, los medios que hay que poner y los obstáculos que hay que evitar.—Es eficaz: rezándola, oramos con Jesucristo y por Jesucristo — Hermosos textos de santo Tomás — de san Cipriano — Un pasaje del libro segundo de los Reyes — Se hace aplicación de él al asunto.—

257

SERMON SEGUNDO

PADRE NUESTRO

Padre nuestro. ¿Por qué llamamos a Dios nuestro Padre? ¿No será una palabra de alabanza para captarnos la benevolencia? — ¿No será más bien una palabra verdadera, muy propia para excitar la confianza? — Dios es nuestro Padre de tres maneras: *Ratione specialis creationis* — *Ratione gubernationis* — *Ratione adoptionis* — Pero la Oración Dominical, no siendo menos un resumen de los deberes que hemos de cumplir, que de las cosas que debemos pedir, ¿cuál son nuestras obligaciones con respecto a Dios, que es nuestro Padre? — Hermosos textos de san Agustín — de san Gregorio Niceno — de san Cipriano — Conclusiones prácticas ...

267

SERMON TERCERO

PADRE NUESTRO

Padre nuestro. Recapitulación de la instrucción anterior — ¿Por qué decimos *Padre nuestro* y no *Padre mío*? — A esta pregunta se dan varias respuestas. Primera respuesta — segunda respuesta — tercera respuesta: — Orar por los demás, es propio de la caridad fraternal, pero no es toda la caridad fraternal — Se amplía el cuadro, o mejor, el Catecismo Romano es el que lo amplía — y lo lleva — Hermoso episodio de la historia nacional suiza — Se hace aplicación de él a los tiempos actuales — *Amados los unos a los otros*

276

SERMON CUARTO

QUE ESTÁS EN LOS CIELOS

Que estás en los cielos — ¿Por qué, que estás en los cielos? — La ubicuidad divina en el sentido de la sana teología — Pero si Dios está en todas partes, ¿por qué las Escrituras dicen en varios puntos que está en el cielo, como si no estuviera más que en el cielo? Cuatro razones sacadas, las tres primeras, de la doctrina — la cuarta, de la moral. *Sursum corda*.

286

SERMON QUINTO

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

Santificado sea tu nombre. Se explican estas palabras — ¿Qué es el nombre de Dios? — Explicadas las palabras, el sentido de la primera petición de la Oración Dominical es claro: deseamos que Dios sea alabado, honrado, glorificado por la universalidad de los seres — más particularmente por los hombres — por los hombres por medio de la Iglesia — ¿Lo es, en efecto? — Y si no lo es, ¿quid inde? — Gloria interior de Dios — Gloria exterior — Importancia de esta distinción — Hermosos textos de san Agustín — de san Juan Crisóstomo — Conclusión práctica

295

SERMON SEXTO

VENGA A NOS TU REINO

Venga a nos tu reino. Dificultades de interpretación

— Diferentes reinos de Dios — Su reino visible, que no es otro que la Iglesia misma — Su reino invisible en las almas, por la gracia interior — Su reino de gloria en el cielo *in concilio Sanctorum* — Su reino perfecto y consumado en el día de la resurrección general, y del juicio final — Cómo la segunda petición de la Oración Dominical se aplica a estos cuatro reinos — Conclusión 305

SERMON SEPTIMO

HÁGASE TU VOLUNTAD

Hágase tu voluntad. Enlace de esta petición con la precedente — Para hacer la voluntad de Dios hay que conocerla — Según santo Tomás, Dios manifiesta su voluntad por precepto positivo — por precepto prohibitivo — por consejo — por acción — por premisas — Se explica todo esto — Ahora bien, al decir: *Hágase tu voluntad*, pedimos a Dios la gracia de cumplir esta santa voluntad, cualquiera que sea la manera, de las cinco indicadas más arriba, por la cual se declara — Se termina con esta reflexión: que si Dios no escucha tal o cual oración nuestra, hay que someterse humildemente a su voluntad, manifestada por esta negativa. — Conclusión 315

SERMON OCTAVO

ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Así en la tierra como en el cielo. Resumen sumarisimo de la instrucción precedente: Hacer la voluntad divina de cualquier manera que se manifieste — Añadimos: *en la tierra como en el cielo.* — Sentido de estas palabras — ¿Es permitido entender por *cielo* los justos, y por *tierra* los pecadores? San Agustín lo hace — ¿Es permitido entender por *cielo* el espíritu, y por *tierra* la carne? — San Cipriano lo hace — Pero por buenas, por teológicas que sean las interpretaciones precedentes, hay otra más común, más generalmente recibida, de no menos hermosa teología — ¿Cuál es? Se expone y se desarrolla — Hermoso texto de san Francisco de Sales 325

SERMON NOVENO

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLE HOY

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Tres sentidos de la palabra *pan*—No basta una interpretación general —Cuestiones de detalle: Primera cuestión: ¿Por qué el pan es decir, lo indispensable, es objeto de una oración? — Segunda cuestión: ¿Por qué llamamos *nuestro* a ese pan, si es Dios quien lo da? — ¿Por qué lo pedimos cada día? — ¿Por qué lo pedimos, no sólo para nosotros, sino para los otros? Se responde a cada una de estas cuatro preguntas. — Conclusión 332

SERMON DECIMO

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLE HOY

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Pan espiritual — El pan espiritual es la palabra de Dios — Pero ¿qué palabra es la palabra de Dios? — Se dice en primer lugar, cuál es la que no lo es; luego la que es: es la palabra de la Iglesia católica, apostólica, romana, única verdadera Iglesia de Jesucristo — He ahí el verdadero pan del alma — Dádnoslo, Padre nuestro — Dádnoslo en cantidad suficiente — Dádnoslo hecho nada más que cor. el puro trigo de la verdad. — Dádnoslo, y que nos aproveche — Dádnoslo y no menos que a nosotros, a nuestros hermanos que de él carecen — La obra de Propagación de la Fe 340

SERMON UNDECIMO

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLE HOY

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. El pan espiritual: la Eucaristía llamada por toda la antigüedad cristiana *un alimento*. — ¿Por qué llamada así? — La Eucaristía verdadero pan de nuestras almas—¿Cómo es *nuestra*? ¿En qué condiciones es *nuestra*? — La Eucaristía, alimento espiritual, es y debe ser nuestro pan cotidiano? — ¿Conviene por lo menos que lo sea? — Doctrina de los antiguos Padres — Doctrina todavía más autorizada del santo Concilio de Trento sobre la comunión frecuente — Unas palabras del Catecismo Romano dieron comienzo a esta instrucción — Unas palabras del autor de la *Imitación* la terminan 348

SERMON DUODECIMO

PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS

Perdonanos nuestras deudas. Esta petición y las siguientes tienen por objeto el alejamiento de los males, como las precedentes tuvieron por objeto la adquisición de los bienes — Enseñanzas generales de la quinta petición — Primera enseñanza: todos los pecados son remisibles — Segunda enseñanza: todos los hombres sin excepción son pecadores — Enseñanzas particulares. Cada palabra de la petición expresa una — Nuestros pecados son verdaderamente *nuestros* — Nuestros pecados verdaderamente *nuestros*, son *deudas* contraídas con Dios — El empleo del plural: Perdonadnos, es significativo; pedimos a Dios que nos perdone nuestros pecados y que perdone a otros los suyos — Obrar así, es caridad — es justicia, no menos es caridad — *Plegaria final* 357

SERMON DECIMOTERCIO

COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES

Como nosotros perdonamos a nuestro deudores. Se explica esta segunda parte de la quinta petición por medio del comentario de la parábola del deudor insolvente — Para hacer esta parábola más presente al espíritu, la citamos textualmente: — ¿Cómo fué introducida? — ¿Qué personajes figuran en ella? — ¿Cuáles son, tras estos personajes ficticios, los reales? — Desenlace y aplicación — Epílogo: Así procederá mi Padre celestial, dice Jesucristo, si cada uno de vosotros no perdona de todo corazón a su hermano. — *Plegaria final.* 365

SERMON DECIMOCUARTO

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

No nos dejes caer en la tentación. Enlace de esta petición con la precedente — Se precisa el asunto — Ser tentado, *quid?* — ¿Quién nos tenta? — La respuesta difiere según que la tentación se entiende en sentido amplísimo — en sentido menos amplio — en sentido restringido. — En sentido restringido, ¿quién nos tenta? La carne — el mundo — el demonio — ¿Cuándo la tentación es pecado? — ¿Cuándo no lo es?

— ¿Qué pedimos aquí? — ¿No sucumbir a la tentación? Sí — ¿No ser tentado? No — Ventajas de las tentaciones — Conclusión 375

SERMON DECIMOQUINTO

MAS LIBRANOS DEL MAL

Mas libranos del mal. Carácter recapitulativo de esta petición — Sentido propio independientemente del sentido general. — Libranos de mal, en singular, estos es, libranos del demonio, el ser malo por excelencia — libranos del pecado, que no solamente es un mal, sino el mal — Libranos de los males, en plural — de los males pasados — de los presentes — de los futuros — Se explica esta interpretación, que es la interpretación auténtica de la Iglesia — Conclusión. 385

SERMON DECIMOSEXTO

ASÍ SEA

Amén. Es la última palabra de la Oración Dominical — La recapitula enteramente — Sus diversos sentidos según las diversas partes de la divina Oración — Si se trata de la introducción a las peticiones, significa: Esto es — Si se trata de las siete peticiones, significa: Sea — Si se trata de los siete deberes correspondientes a las siete peticiones, significa: Esto debe ser, es el deber — desarrollos — Exhortación final 394

LA SALUTACION ANGELICA

SERMON PRELIMINAR

La Salutación Angélica. Después de la Oración dominical, la más excelente de las oraciones — Su origen es divino: se explica — Es tal por la coordinación de las partes que la componen, que encierra *todo el culto debido a María* — Culto de alabanza — culto de invocación — En adelante, nada se dirá en liturgia, nada se escribirá por los Doctores, que no sea comentario e interpretación de la Salutación angélica — Su empleo cotidiano — Su eficacia para con Dios. — Testimonios de los santos y de varios piadosos personajes 407

SERMON SEGUNDO

DIOS TE SALVE, MARÍA, LLENA ERES DE GRACIA

Dios te salve, María, llena eres de gracia. Dios te salve, *ave*; sentido de esta palabra; se fija según los mejores comentaristas. — María, *María*: sentido de esta palabra: Hermosos textos de san Atanasio — de san Bernardo — Llena de gracia, *gratia plena*: plenitud de gracia en María, desde el primer instante de su existencia — Definición de la Iglesia — ¿Decreterá esta plenitud de gracia? Jamás — ¿Aumentará? Sí, siempre — Vayamos a esta plenitud de gracia, que es también un océano de misericordia. 415

SERMON TERCERO

EL SEÑOR ES CONTIGO

El Señor es contigo. El Señor es con María — ni únicamente por su esencia — ni únicamente por su provi-
dencia — ni únicamente por su asistencia especial — ni siquiera únicamente por la gracia santificante sim-
plemente dicha, — sino por una unión que, exceptuada tan sólo la unión hipostática, es la más íntima que puede darse — La encarnación del Verbo en el seno de María — parte que toma en ella cada una de las tres personas divinas — Plegaria final. 422

SERMON CUARTO

BENDITA TÚ ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES

Bendita tú eres entre todas las mujeres. — Antes de todo tiempo — Al principio del tiempo — En el curso del tiempo — En cualquier época que se la considere, *María es la mujer bendita* — Bendita antes de todo tiempo — Bendita al principio del tiempo — Bendita en el curso del tiempo — Textos de las Escrituras — Enseñanza de la Iglesia — de los Doctores de la Iglesia — más particularmente de san Bernardo. 429

SERMON QUINTO

BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE, JESÚS

Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Algunas reflexiones sobre el nombre de Jesús — Pero quién lleva este nombre bendito — Jesucristo, Dios y hombre a la vez — Textos de las Escrituras — Enseñanza de la

Iglesia — Divina maternidad de María — Una tradición antigua: Entre Jesús y María la semejanza física era perfecta — Jesús, *benedictus in odore* — *in sapore* — *in specie* — Contraste entre Eva y María, según los antiguos Padres — Plegaria final. 437

SERMON SEXTO

SANTA MARÍA

Santa María. María es santa — santísima — la más santa — la toda santa — de donde es poderosa — poderosísima — la más poderosa — la todopoderosa cerca de Dios — Pero entre Jesús y María la distancia es infinita — Jesús, mediador de redención — María, mediadora de intercesión — El primero, necesario — La segunda muy útil — Se explica un hermoso texto de san Bernardo — Palabras de Mardoqueo a Ester — de los ancianos de Betulia a Judit — Se aplican a María 444

SERMON SEPTIMO

MADRE DE DIOS

Madre de Dios. — Maternidad divina de la santísima Virgen — Se expone con todo el rigor de los principios teológicos — María es madre de Dios; luego es todopoderosa cerca de Dios — Hermosos textos de los Doctores de la Iglesia sobre este asunto — María es también nuestra madre, porque rescatados por Jesucristo, convertidos en hermanos suyos por adopción, en miembros de su cuerpo místico, no podemos dejar de tener por madre Aquella que es madre de Jesucristo según la carne—Consecuencias que de ello sacan san Anselmo — san Buenaventura. — san Francisco de Sales — María es todopoderosa como madre de Dios y todo misericordiosa, porque es nuestra madre 451

SERMON OCTAVO

RUEGA POR NOSOTROS LOS PECADORES

Ruega por nosotros los pecadores. María es santa. *Sancita* .. *María*, primer motivo de confianza — María es madre de Dios *mater Dei*: segundo motivo de confianza — ¿Hay otro? Sí, si somos pecadores; y lo somos — si siendo pecadores, y miserables; y lo somos — si siendo pecadores, y miserables y lo confesamos; y lo

hacemos — La miseria es la que llama a la misericordia: *abyssus abyssum invocet* — Vayamos a María, abogada de paz y madre de misericordia. ... 458

SERMON NOVENO

AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE

Ahora y en la hora de nuestra muerte. En las instrucciones precedentes han sido expuestos los motivos de confianza en María — Se recapitulan — Por eso, oh María, ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte — ahora, esto es, siempre — ¿Por qué? Ahora, es decir, hoy mismo ¿Por qué? Y en la hora de la muerte — Hora terrible y llena de peligros — Sentir de los santos sobre este punto — Textos de las Escrituras — Enseñanza de la Iglesia — María, auxiliadora de los moribundos — Plegaria final ... 465

SERMON DECIMO

Así sea

Amén. Es la última palabra de la Salutación Angélica — Conocidos nos son ya los diversos significados de esta palabra — Así es: es el primero — Así sea: es el segundo — Así debe ser, es el deber: es el tercero — Si se trata de la primera parte de la Salutación Angélica, *Amén* significa: Así es; recapitula toda la alabanza — Si se trata de la segunda, *Amén* significa: Así sea; recapitula toda la invocación — Esta invocación no la hacemos por nosotros solos personalmente, sino por todos nuestros hermanos; Sí, así debe ser, es el deber: *Amén.* ... 472

SERMON SUPLEMENTARIO

EL SANTO ROSARIO

El santo Rosario. Enlace de este asunto de instrucción con las instrucciones precedentes sobre la oración. — Noción verdadera del Rosario — Empleando esta palabra en sentido impropio, ya que, en rigor, no pertenecen más que a los Sacramentos, ¿cuál es la *materia*? ¿cuál es la *forma*? — Origen del Rosario — ¿Con qué fin fué instituido? — Celo de los antiguos papas para hacer conocer su excelencia — para estudiar su práctica — En la actualidad — Pío IX y León XIII — Apremiante exhortación para rezar el Rosario ... 478

INDICE

LA ORACION

1.—Noción verdadera de la oración	3
2.—Necesidad de la Oración	12
3.—Objeciones y respuestas	20
4.—Eficacia de la oración	29
5.—Todavía la eficacia de la oración	40
6.—Facilidades de la oración	51
7.—La oración mental, vocal, pública	61
8.—La oración en común en familia	73
9.—La oración jaculatoria	82
10.—La oración contemplativa	92
11.—La oración indulgenciada	101
12.—Objeto de la oración	110
13.—Preparación para la oración	120
14.—Calidades de oración. Orar en nombre de Jesucristo	129
15.—Calidades de la oración. Orar con atención	139
16.—Calidades de la oración. Orar con humildad	149
17.—Calidades de la oración. Orar con confianza	157
18.—Calidades de la oración. Orar con perseverancia	167
19.—Calidades de la oración. La oración y las obras	176
20.—¿Quién debe orar?	185
21.—¿A quién debemos orar? ¿a quién podemos orar?	195
22.—¿Por quién debemos orar?	206
23.—¿Cuándo debemos orar?	218
24.—¿En dónde hay que orar?	227
25.—¿En qué actitud debemos orar?	236
26.—¿Qué fórmulas de oración debemos emplear?	246

LA ORACION DOMINICAL

1.—Señor, enseñándonos a orar	257
2.—Padre Nuestro	267
3.—Padre Nuestro	276

4.—Que estés en los cielos	286
5.—Santificado sea tu nombre	295
6.—Venga a nos tu reino	305
7.—Hágase tu voluntad	315
8.—Así en la tierra como en el cielo	325
9.—El pan nuestro de cada día dánosle hoy	332
10.—El pan nuestro de cada día dánosle hoy	340
11.—El pan nuestro de cada día dánosle hoy	348
12.—Perdónanos nuestras deudas... ..	357
13.—Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.	365
14.—Y no nos dejes caer en la tentación	375
15.—Mas líbranos de mal	385
16.—Así sea	394

LA SALUTACION ANGÉLICA

1.—Origen divino y otras cualidades de la Salutación Angélica	407
2.—Dios te salve, María, llena eres de gracia	415
3.—El Señor es contigo	422
4.—Bendita tú eres entre todas las mujeres	429
5.—Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús	437
6.—Santa María	444
7.—Madre de Dios... ..	451
8.—Ruega por nosotros los pecadores	458
9.—Ruega... ahora y en la hora de nuestra muerte	465
10.—Así sea	472

SERMON SUPLEMENTARIO

El Santo Rosario	478
-------------------------	-----